



ISABELLA MARÍN

*Al hombre
que dejé
atrás...*

Al hombre que dejé atrás...
Isabella Marín

© Isabella Marín, noviembre 2017

Diseño de la portada: Alexia Jorques

Foto: Fotolia

Primera edición: diciembre 2017

Corregido por Correctivia

“No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Indice

[Sinopsis](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Epílogo](#)

[Otros libros de la autora](#)

Sinopsis

Una chica regresa a Boston para hacer las paces con su pasado.

Un hombre acude cada vez que llueve a un bar de *soul*, se sienta siempre en la misma mesa, se pide una copa de *whisky* y espera en silencio a que empiece una canción vinculada al pasado.

Dos existencias vacías. Dos almas desgarradas por la soledad. Un abismo de tiempo separándolos.

El profesor de arte Wesley Holt queda asombrado cuando su más brillante alumna le pide un extraño favor: que uno de sus cuadros sea colocado en la galería del señor de Winter. Para Wesley, de Winter es un hombre de trato difícil, adusto, exigente, seco... No entiende por qué Hayley se empeña en enviarle su mejor y más emotiva obra. Y lo que le parece todavía más extraño, que se la envíe *gratis*.

Pese a su reserva, intenta persuadir al odioso de Winter para que acceda a tal sorprendente petición.

Al serle mencionado el nombre de la pintora, parecido al de la chica él lleva cinco años buscando desesperadamente, Jesse de Winter, intransigente como siempre, exige ver de inmediato el cuadro.

Y será delante de la obra llamada *Al hombre que dejé atrás...*, cuando Jesse será relegado a un pasado más real y más doloroso que nunca.

Capítulo 1

Presente

—Señorita Button, ¿está conmigo?

Era la tercera vez que el profesor de Arte le llamaba la atención a su alumna. Hayley ni siquiera le escuchó. Su mirada estaba perdida en la nada. El profesor Wesley Holt pensó en que nunca había conocido a nadie tan atormentado como esa chica que tanto se había empeñado en dar clases particulares con él, incluso cuando no le hacía falta en absoluto.

Había tenido alumnos malos, alumnos regulares y alumnos buenos. Hayley Button pertenecía a la categoría de brillante. Así pues, ¿qué hacía él ahí, en su salón, hablándole sobre la influencia de Michael Wolgemut en algunos de los pintores del Romanticismo? Y, lo que era aún peor, ¿por qué se estaba esmerando tanto, cuando era obvio que ella ni siquiera le escuchaba?

Era de dominio público que Hayley no tenía pensado seguir los pasos de su profesor. Nunca había mostrado interés alguno en la docencia ni en los tecnicismos de los que él hablaba con tanto orgullo, aun siendo consciente de que no servían de absolutamente nada en la práctica. En el Arte, o había talento o no lo había. Se trataba de una disciplina pragmática y bastante sencilla de comprender. La premisa no podía haber sido más elemental: no tenía sentido conocer todas las técnicas de los góticos si eras incapaz de dibujar un conejo. Conclusión: debías saber dibujar conejos, antes de encaminar tus pasos hacia el Arte. Así de claro lo tenía el profesor.

Por supuesto, había casos de gente especial, los que cursaban Arte sin ser demasiado buenos en ese campo. El mismo Wesley, sin ir más lejos. Modelar a los futuros artistas era su vocación. Nadie dudaba de su capacidad. Algunos de los mejores pintores del país habían pasado por sus manos, y todos le dirigían alabanzas.

En la práctica, en cambio, a la hora de convertirse él mismo en un artista, Wesley era mediocre. Sus cuadros no decían nada. Técnica correcta, siempre perfecta. Y, aun así, carente de vida. Lineal, sin arriesgar demasiado.

Claro que, sin riegos, había tan poca pasión...

Hayley Button no tenía ese problema, por fortuna. Tras licenciarse, su

intención era abrir su propia galería de arte donde exponer sus inmejorables cuadros. Si Wesley podía pasarse horas y horas hablando sobre técnicas de dibujar, ella era capaz de hacer algo mucho mejor que eso: podía llevar esas técnicas a la práctica. Y los resultados eran dignos de exponerse incluso en las mejores galerías del mundo, al lado de grandes artistas cuyos nombres Wesley no podía hacer más que atreverse a citar. Sabía que él jamás se acercaría a ese nivel, por muy estoico pintor que fuese. Hayley, por el contrario... Ella era otra historia.

No le necesitaba a él para dibujar. No le hacía falta *ser modelada*. Ella llevaba el Arte dentro, probablemente en la cabeza, o en las profundidades del corazón, y no experimentaba problemas a la hora de sacarlo de ahí y enseñárselo al mundo, lienzo tras lienzo, obras maestras y regias, obsesivamente encaminadas hacia la misma temática.

Como aquel que los ojos verdes del profesor estaban examinando con suma atención y, quizá, con una pizca de envidia profesional.

Los tonos del nuevo cuadro de Hayley eran igual de sombríos que siempre. Wesley pensaba que ella pedía a gritos un poco de amor. ¿Acaso no era eso lo que le inspiraba su trabajo?, ¿falta de amor y una desgarradora soledad? En el corazón de Hayley siempre llovía. También lo hacía dentro de sus cuadros. Ella era uno de esos pintores que se arrancaban el alma y la plasmaban en un lienzo. *Hayley al desnudo*. O *Desnudando a Hayley*. Habría sido un excelente título para ese cuadro.

—¿Cómo se llama? —se interesó Wes con voz suave.

Al advertir el ensimismamiento de su alumna favorita, la mente del profesor voló hacia su mentor, el gran pintor y amigo suyo, el señor Nakajima. ¿Qué haría Nakajima si se viera inmerso en una situación similar? Gritarle en japonés. Seguro que le gritaría en japonés. Pero él no podía gritarle a Hayley. Ella parecía demasiado sensible. Demasiado frágil. ¿Cómo se sentiría él si esos tristes ojos marrones se alzaran, repletos de lágrimas, hacia los suyos? Sin duda, devastado. No podía jamás lastimar a alguien como Hayley. Era algo impensable.

Por lo que, en vez de actuar como su mentor, hizo algo más propio de sí mismo y colocó una mano encima de la suya, lo cual surtió el efecto deseado, pues Hayley pareció regresar a la vida en ese momento.

—Disculpe. Estaba distraída. ¿Qué decía?

—Le preguntaba que cómo se llama su nuevo cuadro.

Los ojos de la chica se movieron, azorados, hacia el lienzo que aún olía a pintura. Era el retrato de un hombre. Un retrato especial. Los cuadros de Hayley tenían unas cuantas cosas en común, pues la artista mostraba una extraña fijación por algunos detalles. En primer lugar, el escenario variaba poco de un cuadro al otro. Siempre retrataba a un hombre, en un mundo donde llovía a cantaros. Y *siempre* era otoño. Para Hayley no existían otras estaciones del año. En su corazón, nunca dejaba de ser otoño.

En ese cuadro en concreto, los cielos, de un azul rayano en el negro, se alzaban amenazadores por encima de la lejana silueta que se fundía con la lluvia. El suelo, teñido de un marrón bastante oscuro, estaba poblado de hojas doradas. Un puñado de ellas flotaban, muertas, a ambos lados del camino.

El hombre al que ella pintaba con tanta insistencia siempre se hallaba de espaldas, en mitad de una tormenta. Algunas veces paseaba por una playa vacía. Otras, por la avenida de un parque. Lo que siempre se mantenía igual era el hecho de que nunca se le veía el rostro. Eso era la segunda constante en todos sus trabajos. No había rostros.

Él le había hablado hacía tiempo sobre la importancia de la expresión dentro de *un retrato*. Ella no había escuchado. Pintaba lo que quería y cómo lo quería. No seguía normas ni técnicas. Era caótica a la vez que brillante. Y odiaba las malditas caras.

Hayley no quería mostrar nunca un rostro. No había necesidad de ver una expresión facial. Ella sabía desnudar las almas de otro modo. Y, desde luego, conseguía hacerte sentir la derrota de ese personaje sin rostro, que se alejaba por la senda del pasado, con la cabeza gacha y las manos hundidas en los bolsillos de su chaqueta color mostaza. Contemplando la obra, percibías a la perfección su vencimiento; lo devastadora que le resultaba su soledad. Los trabajos de Hayley estaban repletos de esos dos sentimientos, que a Wes le resultan tan obsesivos como el hombre sin rostro y la eterna lluvia otoñal.

—Se llama *Al hombre que dejé atrás...* —contestó por fin, con voz melancólica.

—Es un cuadro precioso.

Ella dejó de contemplar la pintura y desplazó la mirada hacia él.

—Profesor Wesley, tengo que pedirle un favor.

Algo se encogió dentro de Wesley. Una parte de él estaba enamorado de ella. No necesariamente de la chica, sino de su alma; del genio que ella ocultaba dentro. La amaba y la admiraba a partes iguales. Quizá no con la

pasión de un amante, sino más bien con la fascinación de un aficionado. En su mente, ella era la maestra, y él, un discípulo hambriento de adquirir conocimiento.

—Claro, Hayley. Cualquier cosa que necesite.

—El señor de Winter —empezó Hayley, un poco cortada por tener que pedirle algo así—. Jesse... —susurró, casi con pasión—. Tengo entendido que usted reunió todas las obras para su galería particular.

Wes frunció el ceño. No tenía ni idea de dónde conocía Hayley al señor de Winter y, mucho menos, por qué maldita razón le llamaba *Jesse*, cuando a él le había dicho así de claro y con toda la sequedad del mundo:

—Soy de Winter. ¿Tiene usted algo que hacer en los próximos diez minutos? He de hablarle.

Jamás había mencionado su nombre de pila. Era un hombre adusto y bastante exigente, cuya intransigencia le resultaba preocupante a Wesley. A pesar de que apenas le conocía, el profesor había sacado en claro tres aspectos muy importantes de su carácter: era un hombre que sabía lo que quería, cómo lo quería y, más importante aún, ¡que lo quería para ayer! Cualquier cosa impacientaba a de Winter, cualquier contratiempo, cualquier dilación.

Al profesor Wesley no le caía demasiado bien el señor de Winter.

Aunque admitía que tenía buen gusto para el arte...

Y también que le había pagado una pequeña fortuna por ocuparse de la galería de su nueva casa...

Conclusión: el señor de Winter no era tan malo, después de todo. Solo que no encajaba en la categoría de *amigos entrañables* de Wesley Holt.

—Y así es. Trabajé para él —corroboró, incómodo.

—Me gustaría que este cuadro formara parte de su galería.

Wesley la contempló demudado.

—Hayley, su galería ya está al completo. Ayer licité por el último cuadro de su larga lista, y ya lo tengo. Se supone que llega dentro de dos semanas.

—¿Y qué cuadro es ese? —se interesó Hayley mientras sus soñadores ojos oscuros se paseaban por el rostro del profesor.

—*La danza de la nieve*, de un artista londinense, Paul...

—Ya conozco su obra —interrumpió ella con una impaciencia que Wesley solo había visto en el mismo de Winter, el mismo temblor nervioso de las manos, la misma aspereza de la voz—. La mía es mejor.

El profesor estuvo de acuerdo con ella. *Al hombre que dejé atrás...* era mucho mejor que *La danza de la nieve*. Pero de Winter había sido claro en sus exigencias. Quería *esa* obra en concreto. Y no aceptaba sugerencias. Los hombres como él nunca aceptaban sugerencias.

—Hayley, si quiere vender la obra, puedo recomendarla a cualquier otro...

—No quiero *venderla*. Quiero que forme parte de su galería.

—¿Por qué, en el nombre del Señor?! —se enervó Wesley—. ¿Por qué quiere un cuadro suyo en casa de ese hombre tan odioso? ¿*El mejor* cuadro suyo? ¿Y sin cobrar nada por él?

Hayley lo miró inexpresiva. Su delgado rostro estaba rígido, sus ojos, apagados. Wesley los había visto arder solo un par de segundos a lo largo de esos dos meses que llevaba tratando con ella. Y había sido al susurrar el nombre de Jesse. Así que, ¿qué significaba ese hombre para ella y por qué le había hecho tan extraña petición?

—No tiene necesidad de conocer esa respuesta, profesor.

—No creo que pueda conseguirlo, Hayley —se sinceró, con voz suave—. Él es un hombre de trato difícil. Y mi reputación está en juego. Con alguien tan influyente como de Winter no se juega.

—Sí, lo sé —musitó ella retorciéndose las manos nerviosamente—. Lo sé, profesor...

—Bueno, pues... ¿la veré el próximo miércoles?

En un impulso repentino, los delgadísimos dedos de Hayley se enroscaron alrededor de las muñecas de Wesley e impidieron que este se irguiera de la silla. Nunca antes lo había tocado, y él advirtió que su piel era increíblemente gélida, como si no hubiera vida dentro de ella; como si hubiese insuflado su último aliento en sus trabajos y ahora no quedaba más que un caparazón vacío, carente de vida. ¿Siempre había lucido su rostro ese aire tan decrepito? ¿Siempre habían sido sus ojos enormes cuencas vacías? A Wesley le pareció distinta en ese momento. Otra Hayley. Una versión mucho más torturada de la chica que se había presentado en su despacho para pedir clases particulares. ¿Por qué le había pedido clases particulares justo después de que él aceptara el encargo de de Winter? ¿De verdad había sido algo fortuito? Wesley empezó a ponerlo en duda.

—Al menos, dígame que lo pensará —suplicó ella.

Wesley buscó de nuevo su mirada, y por un momento se le ocurrió pensar que estaban tan cerca que podría haberla besado. ¿Cómo se sentirían esos

labios sonrosados encajados entre los suyos? No, no pensaría en nada de eso.
¡Era su alumna, maldita sea!

—Está bien —cedió, culpable por el rumbo de sus pensamientos—. Me lo pensaré.

Capítulo 2

Llovía. Las gotas se deslizaban despacio por el cristal que tenía delante, y en alguna parte a sus espaldas sonaba *Nights in White Satin*. Era una melodía melancólica, acorde con la noche que hacía. Jesse sabía que la voz pertenecía a Bettye LaVette. A fin de cuentas, iba a ese bar solo por escuchar a la maldita Bettye.

Y por el whisky, se consoló mientras se acercaba la copa a los labios y tomaba un buen trago.

Estaba sentado en la misma mesa de siempre. Solo. Nunca iba a ese bar llevando compañía. El sitio era un santuario, algo sagrado para él; un lugar de culto. Jamás se le ocurriría llevar ahí a nadie. Ahí solo acudía para rememorar tiempos pasados.

Y por la música, se recordó. *No te olvides de la jodida música.*

Su móvil vibró encima de la mesa. Jesse miró con dureza la pantalla que se encendía y apagaba, una y otra vez, a escasos centímetros de sus manos. Le molestaba esa intromisión en su intimidad. Y mucho más si el culpable era aquel hombrecillo timorato... ¿cómo diantres se llamaba? Jesse no lo recordaba. Tenía su número de teléfono guardado bajo el nombre de *profesor cansino*.

Al tercer toque, descolgó de muy mala gana.

—¿Qué desea? —soltó casi en un gruñido, mientras se aflojaba la corbata azul marino. Los gemelos de su traje oscuro atrajeron los destellos dorados, producidos por las lámparas de ese lugar, y los arrojaron sobre el cristal de la ventana salpicada por la lluvia. El ambiente a su alrededor era cálido y otoñal. En absoluto contraste, Jesse se sentía tan gélido como una larga noche de enero.

—Buenas noche, señor de Winter.

—Sí, sí. Vaya al grano —se impacientó Jesse.

Se acabó la copa y le hizo una señal con la mano al camarero, que se acercó de inmediato con un nuevo vaso lleno de hielo y alcohol. Todos conocían su impaciencia.

—Disculpe que le moleste tan tarde —volvió a hablar el profesor, azorado a más no poder.

Jesse desvió los ojos grises hacia su Rolex. Eran las siete de la tarde. No

era *tan* tarde. Lo que sucedía era que el *profesor cansino* se sentía muy intimidado por él, y eso era precisamente lo que más le impacientaba. Era tan modosito, tan dispuesto a complacer. Le exasperaba la gente así, con tan poca pasión en las venas.

—No se inquiete —le dijo, con cierta aspereza—. Estoy convencido de que, si me está llamando, es por un asunto de vida o muerte. Así que, ¿de qué se trata?

Al otro lado de la línea, Wesley cogió una honda bocanada de aire. No debía haber llamado. ¿En qué estaría él pensando?

—Profesor, ¿sigue ahí?

—Eh, sí... Verá, me temo que ha habido un contratiempo con una de las obras que pidió.

Jesse hizo una mueca. Odiaba los contratiempos.

—Tendrá que ser más concreto, hombre. No soy adivino. ¿De qué obra se trata?

—*La danza de la nieve*. Eh... Es posible que se haya vendido dos veces y...

—¿Que se ha vendido dos veces?! —ladró Jesse, con una expresión fiera consumiendo sus pupilas—. ¿Cómo ha podido suceder algo así?

—No está muy claro. La buena noticia es que le he conseguido una obra mejor.

—Quiero esa —insistió Jesse obstinadamente.

—Lo sé. Me lo dejó usted claro. Pero si pudiera ver la obra en cuestión...

—No quiero ver la obra en cuestión. Solo quiero *La danza de la nieve*, y más vale que me la consiga usted, que para eso le pago.

—Señor de Winter, si confía lo más mínimo en mi criterio —empezó Wesley con la paciencia de un santo, aunque con un tono un tanto resentido—, querrá ver esta obra.

Jesse entornó los ojos. ¿Por qué diablos se empeñaba tanto? No le gustaba la gente cansina. Ya le había dicho que no en repetidas ocasiones. Y, sin embargo, seguía insistiendo.

—¿Quién es el artista? —quiso saber, desdeñoso.

—*La artista*. En realidad, es una desconocida. Pero es buena. Muy buena.

—Sí, seguro que sí —dijo Jesse un poco despectivo—. ¿Cómo se llama?

—Hayley Button. Y su obra es *Al hombre que dejé atrás*... Es una declaración de... —La voz se volvió cada vez más lejana, hasta que se apagó

súbitamente.

Jesse de Winter palideció. Su mente era una vorágine de pensamientos. Se volvió a aflojar la corbata. Aun así, le faltaba aire en los pulmones, como si sus vías respiratorias estuvieran atascadas. No podía ser ella, claro. No era *aquella* Hayley. Solo era una coincidencia. Una estúpida, inapropiada y, quizá, divertida coincidencia. ¿Cuántas veces no había perseguido él esa clase de coincidencias a lo largo de los años?

Pero el nombre... Ese cuadro... Había algo que le atraía, y Jesse no sabía lo que era. ¿Por qué su corazón latía de ese modo por debajo de su carísima camisa blanca?

—Si usted me lo pide, lucharé con dientes y garras para conseguirle *La danza de la nieve* —estaba diciendo Wesley, sin saber que había perdido toda la atención de Winter en el momento en el que había formulado ese nombre: *Hayley*—. Pero si quiere dar una oportunidad a una de las mejores artistas de nuestro siglo...

—Quiero verla. La obra. Quiero verla.

—Puedo hablar con Hayley y establecer una cita para la semana...

—Esta noche. ¡Ahora mismo! *Quiero* verla —subrayó entre dientes, en un tono que al profesor se le antojo agresivo—. ¿Dónde está expuesta?

A Wes le asombró tantísimo empeño. Hasta hacía un momento se había negado a escucharle siquiera, ¿y ahora lo quería todo de inmediato? ¡Qué hombre tan difícil!

—En ninguna parte. La tiene ella.

—Pues tráigala a mi casa. Le doy una hora. Más vale que cuando llegue, esté ahí.

Y colgó, confirmando la teoría de Wesley de que era un hombre odioso.

Dejó el móvil encima de la mesa, encajado entre sus manos que, por supuesto, registraban ese habitual temblor nervioso. Sus dedos, de uñas cortas y muy bien cuidadas, repiqueteaban intranquilos sobre el cristal de la mesa. Su ceño estaba fruncido, y había mil demonios batallando dentro de su alma.

¿Cuántos años habían pasado sin que él hubiese escuchado ese nombre? Dos, como mínimo. Desde Nueva York. Desde que se había rendido.

—Hayley... —musitó para sí, y el dolor que le atravesó fue mucho más fuerte de lo que habría sido capaz de expresar con palabras.

Se acabó la copa de un trago, dejó dinero para la cuenta encima de la mesa y se precipitó hacia el exterior, donde llovía más que nunca. Corrió por la

acera, abrió su Mercedes plateado y se refugió dentro. Maldijo mientras se echaba los oscuros cabellos hacia atrás y se los peinaba con los dedos.

Hayley... Hayley... Hayley... pensó con una desesperación rayana en la demencia.

Claro que no era ella. No podía ser *su* Hayley. Ella no quería que él la encontrara, de modo que jamás se habría arriesgado a estar siquiera en la misma ciudad que él, mucho menos hacerle llegar un cuadro suyo. Solo era una coincidencia. Una estúpida coincidencia. Sí, debía de ser eso. Había muchas Hayleys en Estados Unidos. Sin duda, también en Canadá y en Australia. No tenía por qué ser *ella*.

Jesse giró la llave dentro del contacto, metió primera y salió despacio del aparcamiento. Cambió varias veces de canción, hasta que encontró la que estaba buscando: *Nights in White Satin*. Bettye LaVette.

Sus ojos estaban nublados de dolor. Escuchar esas notas, ese ritmo laxo, la voz enronquecida de Bettye, las palabras... era un proceso demasiado doloroso para él. Y sin embargo, lo hacía cada vez que llovía, porque le gustaba atormentarse a sí mismo con recuerdos de épocas lejanas.

En el exterior del Mercedes, la lluvia no dejaba de caer. La noche era oscura y gélida. Jesse conducía deprisa, pulsando siempre el botón para que sonara la misma melodía, de un modo obsesivo. Se alejó de nuevo por el camino del pasado y, una vez más, pudo ver a Hayley, acurrucada delante de la ventana, contemplando la lluvia con una taza de cacao humeando entre sus manos.

—¿Por qué te obsesiona tanto esta canción? —había preguntado él, una noche cualquiera, después de haber presenciado el mismo escenario decenas de veces.

Ella había movido sus almendrados ojos hacia los suyos y había sonreído.

—Tú solo escucha.

Y él había escuchado. Y lo había comprendido todo.

Ahora Hayley ya no estaba con él. Solo podía sentirla cerca cuando escuchaba esa canción. O cuando iba a ese bar que tanto le gustaba a ella. El bar donde ella ya nunca iba... Esa idea le hizo gruñir una maldición. El dolor empezaba a desatarse cada vez más, y Jesse no podía hacer nada para refrenarlo.

Llegado por fin delante de su nueva propiedad, pulsó el mando para abrir la verja y cruzó la entrada deprisa. Aparcó el coche delante de la puerta y, de

nuevo, tuvo que salir corriendo para no empaparse. Atravesó pasillos y dejó caer puertas. Le movían impulsos demenciales en los que no tenían cabida la paciencia o el sosiego.

Cuando llegó a su galería, había un nuevo cuadro colgado ahí, ocupando el lugar de la obra que acababa de perder. Jesse se acercó impulsivamente, casi con la intención de pasar los dedos por el lienzo para asegurarse de que no era una aparición. Su rostro se había quedado de piedra al ver a ese hombre bajo la lluvia. Sus ojos no podían dejar de mirarlo.

Escuchó el sonido de unas pisadas a sus espaldas. No se volvió. No le hacía falta. Con ver el cuadro, le bastaba para saber quién era la artista. Reconocía la escena. Recordaba la noche. Por supuesto que Jesse de Winter sabía *quién* era ese hombre al que ella no dejaba de retratar. Lo que desconocía era la obsesión con la que le retrataba, la misma obsesión con la que él escuchaba la maldita canción de Bettye.

—Te he buscado durante cinco años —dijo con aplomo, al sentirla detenerse a su derecha.

—No buscaste a Hayley Button, de Colorado.

La voz de Hayley no expresaba nada más que desapego. Jesse frunció el ceño.

—No. Busqué a Hayley Walsh, de Boston. Y a Hayley...

—Debiste haber buscado a Hayley Button, de Colorado —le interrumpió ella, cortando lo que él tenía pensado decir.

—Sí, supongo —musitó Jesse, bajando la mirada al suelo. Aún no se había atrevido a mirarla. Tenía miedo de que desapareciera si la miraba—. ¿Por qué estás aquí, Hayley? Has estado huyendo de mí durante cinco años. Has adoptado una nueva identidad para que jamás te localizara. ¿Por qué has vuelto ahora?

Hayley calló durante unos segundos. Jesse se preguntó si ella estaría escuchando el latido de su corazón. O, a lo mejor, solo podía oír la lluvia, golpeando contra las ventanas...

—Se suponía que debía escribirte una carta —acotó Hayley de pronto.

La arruga del entrecejo de Jesse se volvió más profunda.

—¿Una carta?

—Él dijo que no hacía falta venir a verte. Que bastaba con escribirte.

—¿Él? —repitió, cada vez más devastado.

Se volvió hacia ella y la miró por fin. Y fue entonces cuando estalló todo

su dolor y se propagó a través de sus venas. La pequeña Hayley, en persona, estaba de pie a su lado, envuelta en un cárdigan de lana blanca. Llevaba vaqueros azules y unas botas marrones, altas, muy sencillas. Su pelo castaño estaba suelto y caía sobre sus hombros, liso, largo y sedoso, como siempre. No había cambiado demasiado. Parecía la misma chica delgada, frágil y excesivamente vulnerable de la que él se suponía que debía cuidar. Una chica a la que cualquier palabra conseguía herir, incluso si no había sido esa la intención.

—Tenía que venir, Jesse —lo ignoró ella, manteniendo la vista clavada en su cuadro. Parecía una estatua, tan inmóvil se mantenía a su lado. Su rostro no desvelaba nada. Ni dolor ni alegría. Nada más que hielo e indiferencia. A Jesse le hubiese encantado poder desgarrar esa armadura y ver a la verdadera Hayley, que se ocultaba en el interior de esa chica de enormes ojos mortecinos.

—¿Por qué? —musitó él, con la voz cargada de emoción—. ¿Por qué *tenías* que venir?

Los ojos marrones de Hayley se movieron hacia los suyos.

—He pasado página, y quería que lo supieras por mí y no por una carta fría e impersonal.

Jesse de Winter la miró a los ojos un par de segundos más de la cuenta. Y entonces, lo recordó. Lo recordó todo, todo ese bagaje emocional que llevaba años enteros reprimiendo.

Capítulo 3

Seis años antes

Por primera vez en sus treinta y dos años de vida, Jesse de Winter no sabía cómo actuar, por lo que se estaba paseando inquieto de un lado al otro. Su rostro anguloso estaba asolado por una rigidez casi cadavérica, y notaba un extraño dolor en la boda del estómago.

—Hemos llamado a Hayley —comentó la directora del instituto privado de chicas y chicos, pero Jesse apenas la escuchó. No dejaba de recorrer ese ridículo despacho de arriba abajo. Con la donación que le constaba que hacía su amigo, Nolan Walsh, ¡bien podían haberse permitido un despacho más grande para la directora del centro! Le resultaba mucho más llevadero concentrarse en esa idea que en todo lo que sucedía a su alrededor. El orden de su vida estaba cambiando demasiado deprisa.

La puerta se abrió con un suave crujido, y Jesse se volvió aterrado. Al reconocerle, los ojos de Hayley se iluminaron en una sonrisa. Ella siempre sonreía cuando él estaba cerca.

—Jesse, hola. —Cuando la directora le lanzó una mirada cruzada, Hayley se corrigió deprisa—. Quiero decir, señor de Winter. ¿Me ha llamado?

—Eh... ¿nos disculpa usted unos momentos, directora? Quisiera hablar con Hayley a solas.

La directora asintió.

—Faltaría más. Estaré en el despacho de al lado.

Jesse se aflojó la corbata.

—Gracias —musitó, agradecido, mientras intentaba que la chica no advirtiera el temblor de sus manos.

Hayley estudió atentamente a Jesse, se fijó en que iba sin afeitarse y tenía los ojos hinchados y un poco enrojecidos. Sus labios estaban entrecortados, como si estuviera deshidratado. No parecía él mismo. Sus rasgos estaban desencajados.

—¿Sucede algo? —preguntó, un poco preocupada por su extraño comportamiento. ¿Qué hacía Jesse ahí? Nunca había ido a buscarla al instituto.

—Yo... Será mejor que nos sentemos, Hayley.

—Lo que sea que haya sucedido, dímelo ahora —le urgió ella, de pronto pálida.

Jesse decidió ir al grano y no atormentarla más. No había palabras adecuadas o palabras erróneas para anunciar aquello. Solo había un modo de hacerlo: rápido y doloroso.

—Tus padres. Ellos... —Jesse sacudió la cabeza. No tenía ni idea de cómo decirle a una chica de diecisiete años que sus padres acababan de fallecer.

—¿Están vivos? —susurró ella, con un brillo de terror en los ojos.

Él lo negó despacio.

—Lo siento, Hayls. Su helicóptero...

—Lo entiendo —musitó ella, dejándose caer, ausente, encima de una silla.

Se sentía tan dispersa que ni siquiera sabía cómo reaccionar; cómo encajarlo. ¿Estaban muertos y nunca más iban a regresar? ¿Nunca más volvería a ver la sonrisa de su madre? ¿A sentir una caricia de su mano? Su padre le había prometido enseñarle tocar la guitarra durante las vacaciones de verano. ¿Cómo iba a hacerlo ahora, si ya nunca regresaría a casa? ¡Ya no existía! Sus padres se habían ido, y lo último que ella les había dicho había sido una estupidez.

—Les dije que les odiaba —balbució, buscando los ojos de Jesse a través de los rescoldos del mundo que se venía abajo a su alrededor; esos preciosos ojos grises, que ahora le parecieron turbios a causa de las lágrimas que los habían invadido—. No me dejaron ir a una ridícula fiesta, y yo les grité que les odiaba. Eso fue lo último que les dije. Mi despedida. Y ahora ya no puedo retirarlo y decirles lo mucho que les quiero. ¡Porque se han ido!

Al verla tan vulnerable, Jesse se arrodilló delante de ella y la atrajo a sus brazos. Hayley rompió a llorar. Lloró y lloró, hasta que sintió que iba a estallarle la cabeza a causa de la presión con la que su corazón bombeaba sangre a través de sus arterias. Lloró por sus padres, por haberlos perdido, por la grosería que les había dicho. Y lloró también por el abrazo de Jesse.

Estaba enamorada de Jesse de Winter desde que tenía cinco años. Nunca la había rozado siquiera, y el hecho de que lo hiciera precisamente ese día, el peor de toda su existencia, le resultaba devastador a Hayley. Porque siempre asociaría el recuerdo de su primer abrazo con el recuerdo de la muerte de sus padres.

Cuando ella se hubo tranquilizado y acallado el llanto, varios minutos después, Jesse retrocedió y le pasó la mano por la cara, para secarle las

lágrimas. Hayley alzó sus enormes ojos marrones hacia los suyos y lo miró como un cachorro indefenso. Jesse no tenía ni idea de qué hacer o qué decir. Solo sabía que quería mejorar las cosas para ella.

—Escucha, Hayley. Hará un par de años, tu padre hizo unos arreglos, solo por si sucedía algo con ellos dos. Me nombró a mí tu tutor.

Hayley abrió los ojos de par en par.

—¿Vas a ser mi tutor?

Jesse asintió en silencio.

—Y el administrador de todos tus bienes hasta que cumplas los dieciocho. Mira, sé lo horrible que es todo esto. Yo también perdí a mis padres y sé lo que se siente. Pero te prometo que lo haré lo mejor que pueda. Me ocuparé de que nunca te falte de nada y...

Se calló cuando ella se lanzó de nuevo a su pecho y le rodeó el cuello entre los delgados brazos. Conmovido, le puso una mano en la nuca y empezó a mecerla despacio, mientras ella seguía con la nariz enterrada en el cuello de su camisa y absorbía su olor.

Los ladrillos que sujetaban el mundo de Hayley se estaban derrumbando y solo estar arropada por los brazos de Jesse le hacía sentirse mejor. Centrarse en su amor era mucho mejor que centrarse en su pérdida.

—Lo siento, Hayley —murmuró él, sus dedos acariciándole la nuca—. Lo siento mucho, pequeña.

Ella levantó el rostro, se secó las lágrimas y se obligó a esbozar un gesto amargo que pretendía ser una sonrisa.

—Gracias, Jesse. No sé qué haría si tú no estuvieras aquí.

Jesse le retiró el pelo de la cara y le volvió a enjuagar las lágrimas con ternura.

—Nunca lo sabrás. Porque yo siempre estaré aquí. Te lo prometo.

Jesse de Winter vivía en el centro de Boston. Era un hombre de treinta y dos años, socialmente activo, soltero hasta dos años atrás... y, además, odiaba las afueras. Pero para que Hayley no tuviera que salir de su zona de confort, puso en venta su ático y compró una acogedora casita en un bonito barrio residencial. A su prometida, Rafaella, no le hizo ninguna gracia el repentino cambio en la vida de Jesse. Ella se había enamorado de un hombre dinámico,

divertido y sin responsabilidades, y ahora resultaba que se había convertido en padre de repente y estaba comprándose una casa en las afueras. Eso no encajaba con los planes de futuro de Rafaella.

—Solo te falta un perro —se había burlado cuando él la había llevado a ver la propiedad, aprovechando que Hayley estaba en el instituto a esas horas de la mañana.

Su pupila aún no conocía la existencia de Rafaella, y Jesse aplazaba ese momento porque una parte de él sabía que las dos nunca congeniarían. Eran demasiado diferentes. Y Rafaella odiaba los niños.

Un poco tenso por la situación, cogió a la hermosa Rafaella de la mano y la llevó al salón, donde la hizo sentarse en el sofá. Su largo cabello caía en oscuros bucles que atraían toda la luz de esa casa, y Jesse pensó que nunca había visto nada tan hermoso como ella. Sus ojos eran de un verde esmeralda que parecía casi irreal en un rostro tan blanco y tan perfecto. ¿Acaso estaba modelada en porcelana? Desde luego, lo parecía.

—Oye, quería hablar contigo de nuestra boda —le dijo, cogiéndola de nuevo de la mano. Se sentía nervioso por tener que mantener aquella conversación.

—¿Qué pasa con nuestra boda? —se interesó ella, intentando no parecer preocupada.

—No podemos casarnos dentro de cinco meses. Tendremos que aplazarla. Rafaella soltó su mano con brusquedad y lo fulminó con la mirada.

—Así que ahora ya no quieres casarte —afirmó, indignada—. ¿Hay algún otro cambio del que quieras hablarme? Soy toda oídos.

—No, cielo, sabes que me casaría contigo ahora mismo —intentó tranquilizarla Jesse, tirando de ella con ternura para envolverla entre sus brazos. Rafaella, enervada, le empujó hacia atrás—. No es eso. Es por Hayley.

—¡Pues claro que es por *Hayley*! —escupió ese nombre con un desprecio que para nada gustó a Jesse.

—Mira, Rafaella, Hayley está pasando el peor momento de toda su vida —explicó con aspereza—, y no quiero importunarla ahora con la noticia de nuestra felicidad. Antes quiero que se acostumbre un poco a su nueva vida conmigo, y luego ya le hablaré sobre mis planes de boda.

—¿Y qué vas a hacer con ella cuando nos casemos, Jesse?

Jesse frunció el ceño. No le gustaba ese modo de expresarse, como si

Hayley fuese un problema. Era una persona. Una personita muy importante en su vida.

—¿A qué te refieres?

—A qué harás con ella —repitió Rafaella con los ojos entornados.

—¿Es que debo hacer algo con ella? —preguntó desconcertado.

—Obviamente. No esperarás que yo me convierta en esposa y madre de la noche a la mañana, ¿verdad? Porque no pienso hacerlo, Jesse.

Jesse separó los labios en un gesto de sorpresa. ¿De qué diantres estaba hablando esa mujer?

—Oye, tú no tienes que hacer nada. Hayley es cosa mía, y yo me haré cargo de ella. Solo te pido que seas amable con la chica. No tienes que ser su madre, Hayley ya tuvo una madre y no está bien que nadie la reemplace. A ti te tocará desempeñar el papel de amiga. Supongo que hablará contigo sobre cosas que no se atreverá a contarme a mí, como chicos, y la píldora, y todo ese rollo femenino.

—¿Y por qué no la envías a un internado en Suiza?

—¿Disculpa? —se enfureció Jesse.

—Es lo que se hace con los huerfanitos —prosiguió Rafaella sin nada de sensibilidad.

—Vuelve a llamarla una vez más *huerfanita*, y te juro que hemos acabado, aquí y ahora —ladró Jesse mientras se levantaba con brusquedad del sofá.

Al ver su reacción, Rafaella comprendió que esa muchacha estúpida sería una parte importante dentro de la vida de Jesse. Venía en el *pack*. Si le quería a él, tenía que tragarla a ella, no había más remedio. Así que se levantó y lo siguió por el vestíbulo.

—Cariño, lo siento. He sido una insensible —se lamentó, colgándose de su cuello.

Jesse se detuvo. Se giró y la miró con dureza, sin rodearla entre sus brazos. Rafaella sabía que debía esmerarse más. Debía bajar las pestañas recatadamente y parecer muy, muy arrepentida. A Jesse le ponía el rollo de las damiselas en apuros, que ella explotaba a máximo desde que lo había conocido en una fiesta de trabajo.

—Me lo has soltado así, sin previo aviso —siguió diciendo con dulzura—, y me ha pillado desprevenida. Pero que sepas que me parece admirable lo que estás haciendo por Hayley, y que, por supuesto, tienes todo mi apoyo. En cuanto a la boda, la aplazaremos hasta que ella esté preparada. ¿De acuerdo?

El rostro de Jesse se iluminó con una sonrisa. Era tan ingenuo... A Rafaella solo le hacía falta emplear un par de palabras, tres truquitos de nada y un tono meloso para tener a Jesse a sus pies.

—Gracias —le dijo él, agradecido por tanta benevolencia por su parte.

Rafaella le besó los labios con suavidad.

—De nada, cariño. Te quiero.

Él puso las manos en su cintura. Ella se frotó contra él. Sabía que la tormenta se había alejado.

—Y yo te quiero a ti —le dijo, volviendo el beso más pasional. La hizo retroceder hasta la escalera interior, y ahí le puso una mano por detrás de las rodillas, la levantó en brazos y la llevó a la segunda planta. Rafaella se reía encantada.

Jesse abrió la puerta de una habitación y la llevó hasta la cama.

—Este será nuestro dormitorio en cuanto nos casemos —le dijo, entusiasmado—. ¿Qué te parece?

Horrible. A Rafaella le parecía horrible. ¿Quién había decorado aquello? ¿El gato? ¿Un gato miope, a lo mejor?

—Es precioso —mintió, con una sonrisa que a él se le antojó sincera—. Me encantará vivir aquí contigo.

—Y con Hayley —puntualizó Jesse al mismo tiempo que la hacía tumbarse hacia atrás y se le colocaba encima.

Rafaella puso los ojos en blanco, consciente de que Jesse no la vería, pues su rostro estaba enterrado en su cuello.

—Y con Hayley, por supuesto...

Jesse no dio señales de advertir la sequedad de su voz. Se acercó a sus labios y los cogió entre los suyos.

Cuando llegó a casa, Jesse se encontró a Hayley sentada en el suelo de la cocina. Estaba llorando como una niña, y él se sintió muy culpable por haberla dejado sola durante tantas horas. Y aún más sabiendo que se había pasado esas horas haciéndole el amor a Rafaella.

—Oye... —Se sentó a su lado y tiró de ella hacia sus brazos—. ¿Por qué estás llorando?

—Quería hacerte la cena —sollozó Hayley, sorbiendo por la nariz—, pero

ha quedado todo destrozado. El asado se ha quemado, y el horno ya no se enciende. ¡Esto es un desastre! Solo llevo aquí dos semanas y ya te he jodido la casa, y...

Jesse se mordió el labio para no reírse. Ella parecía estar hecha polvo. Lo que menos necesitaba era escuchar sus carcajadas.

—No decimos la palabra con *j*, Hayley. Y no te preocupes por la casa o el horno. La semana que viene, en cuanto cojas las vacaciones de verano, nos mudaremos.

Ella retiró el rostro de la axila de Jesse, donde lo había enterrado nada más rodearla él entre sus brazos.

—¿Cómo que nos mudaremos? ¿Adónde? —preguntó, parpadeando con desconcierto.

Él bajó los ojos grises hacia los suyos, le sonrió y le secó la cara. Secar la carita de Hayley se había convertido en una costumbre para Jesse. Ella lloraba mucho. Siempre por la cosas más absurdas. Llorar por haber roto el horno le resultaba mucho más llevadero que admitir que lo había perdido todo y que, aparte de Jesse, no tenía a nadie más en el mundo.

—A una casa más bonita, que te gustará mucho más que está. Tendrás una habitación mejor, y jardín para jugar, y...

—¿Eres consciente de que tengo diecisiete años? —lo detuvo ella, secamente.

Jesse volvió a sonreír.

—Yo tengo treinta y dos y sigo jugando.

Ella alzó las dos cejas.

—¿En serio? —medió sonrió—. ¿Y a qué juegas tú?

Jesse se ruborizó un poco, y Hayley abrió los ojos de par en par.

—¡Dios mío! ¡¿Estás hablando de juegos pervertidos?! —chilló, apartándose de él.

Jesse se quedó boquiabierto.

—¿Qué? ¡No! —gritó escandalizado—. ¿Cómo se te ocurre pensar que yo hablaría de eso *contigo*? Me refería a videojuegos, y... ¡baloncesto, joder!

Hayley se sintió un poco avergonzada.

—Ah, vaya. Ya veo. Pues... muéstrame alguno de esos juegos.

Jesse la miró, todavía incómodo. Se pasó la lengua por los labios y se esforzó por relajar la expresión facial. Las chicas de esa época eran mucho más espabiladas de lo que él recordaba. ¡Juegos pervertidos! ¿Pero qué sabía

ella sobre los juegos perversos? Jesse, con una ira bastante paternal consumiéndole por dentro, deseó que nada. ¡Que no supiera una jodida cosa sobre ese tema! ¡Jamás! No mientras él viviera.

—Está bien —se obligó a tranquilizarse—. Pero antes pediré unas pizzas. ¿Quieres una pizza?

—¡La más picante de todas! —declaró Hayley entusiasmada.

Él se rio, se levantó y cogió el teléfono fijo.

—Sí. Soy de Winter —dijo mientras se paseaba de un lado al otro—. Quiero hacer un pedido. Dos pizzas. Una que sea la más picante de todas y la otra de jamón y piña. Un segundo. Lo consultaré. ¿Quieres algún complemento, Hayley? —Apartó el teléfono y la miró. Ella negó despacio—. No, nada más. Muchas gracias. Tienen mi dirección, ¿verdad? Estupendo.

Colgó y se volvió de cara a ella. Hayley estaba apoyada contra la isleta central y lo estaba mirando con fascinación. Vestía unos vaqueros anchos, viejos, y un jersey blanco, enorme, que le colgaba sobre los delgados hombros. Era muy bonita, muy sencilla, sin nada de artificios.

—¿Por qué sonríes así? —preguntó Jesse, sonriendo él también.

Hayley se encogió de hombros.

—Lo estás haciendo bien.

Jesse se le acercó con las manos en los bolsillos y la miró por debajo de los párpados entornados.

—¿El qué?

—Esto. Cuidar de mí. Se te da bien.

Él hizo un amago de sonrisa. Retiró una mano del bolsillo y le apartó el cabello de la cara. Pensó en que mañana mismo iría a comprarle unos... ¿Cómo se llamaban las cosas aquellas que usaban las mujeres para sujetarse el pelo? No lo recordaba, pero iría a comprarlas. El rostro de Hayley era demasiado bonito como para esconderlo debajo de unos mechones negros y lacios.

—Yo también pasé por lo mismo, Hayley —comentó con la voz un poco ronca.

Ella encajó la mano en la suya y lo arrastró hacia el sofá. Él la siguió en silencio.

—¿Cuántos años tenías?

—Siete —respondió Jesse al tiempo que se dejaba caer encima de los cojines grises.

—Fue horrible, ¿verdad? —comentó Hayley, sentada a su lado.

Jesse nunca había hablado de la muerte de sus padres con nadie. Ni siquiera con Rafaella. Pero en ese momento sintió la necesidad de compartirlo con Hayley. Ella sí lo entendería. Incluso de no haber pasado por lo mismo, lo habría entendido. Hayley tenía una sensibilidad especial. Jesse lo había visto en esos dibujos que ella le había ido regalando a lo largo de los años y que él había guardado en una caja de madera, en el armario de su habitación.

—Lo fue —contestó, mirándola—. No tenía a nadie más, y me llevaron a un orfanato. No fue la mejor época de mi vida. Me sentía demasiado solo. Fui incapaz de hacer amigos ahí. Siempre fui un niño algo retraído, pero tras la muerte de mis padres me volví absolutamente antisocial. Lo único bueno de ese orfanato era la playa.

—¿La playa? —se asombró ella.

Una sonrisa mortecina tembló en las comisuras de la boca de Jesse.

—Sí. Solía escaparme para ir a pasear por la playa. Sobre todo cuando llovía, porque nadie salía a buscarme entonces. Me perdía durante horas, fascinado por el fuerte oleaje que rompía contra las rocas. Me sentía tan derrotado en esos momentos, ahí paseando con el cielo derramándose por encima de mí... La soledad de un huérfano es devastadora, Hayley.

Ella se movió para estar de cara a él. Alzó la mano y las yemas de sus dedos recorrieron la áspera mejilla de Jesse. Él hizo un agónico amago de sonrisa.

—Lo siento, Jesse. Siento que hayas tenido una infancia tan triste.

Los ojos grises la miraron brillantes.

—Por eso nunca dejaré que a ti te suceda nada malo, pequeña.

Ella sonrió.

—Lo sé. Eres un buen tío.

Jesse bajó la mirada para ocultar su sonrisa.

—Puede que sí. Pero solo contigo. Los demás me odian —susurró distraído.

Hayley lo estudió callada.

—Yo jamás podría odiarte —declaró, apesadumbrada por la simple idea.

Él levantó la mirada hacia la suya, y algo se contrajo dentro de Hayley. Esos penetrantes ojos grises fijos en los suyos...

¡Madre mía!

Le amaba, le amaba tantísimo... Y cuando él la miraba, todo desaparecía por unos segundos. El dolor, el miedo, la incertidumbre. Nada. Hayley se quedaba en blanco, perdida en ese profundo océano de color gris.

Jesse agarró la mano que le estaba acariciando el rostro y le besó los nudillos. Ella entrecerró los párpados.

—Ya sé que no. No tendrás razones para odiarme, porque seré un buen hermano para ti, Hayley.

Hayley, devuelta a la cruel realidad, arrancó la mano de entre sus dedos con brusquedad. ¡¿Hermano?! ¿De qué estaba hablando? Ella no quería que él fuese su hermano. ¡Estaba enamorada de él!

—No necesito un hermano —gruñó como un perro.

Jesse sonrió un poco.

—¿Y un amigo? —le propuso, mirándola a los ojos.

Eso mejoró el humor de Hayley. Un hermano no podía ser nada más que un hermano. Pero un amigo... eso era diferente, porque los amigos podían convertirse en algo más. Era consciente de que, de momento, para Jesse solo era una niña. Pero cuando creciera... entonces, él la vería como a una mujer y se enamoraría de ella. Se casarían, tendrían hijos y serían felices para siempre.

Así que le sonrió a Jesse y asintió.

—Un amigo me vendría bien ahora.

Llegó la pizza y cenaron encima de la alfombra. Jesse, el estirado empresario Jesse de Winter, estoico, organizado, temible en su campo de trabajo, no cenaba encima de una alfombra desde que había cumplido los trece años.

—Es divertido hacer esto —le dijo a Hayley. Sus ojos destellaban una felicidad que hizo que ella sonriera como una tontina.

—¿El qué?

—Cenar encima de la alfombra. Nunca más volveré a cenar de otro modo.

Ella soltó una carcajada.

—Me gustaría ver eso.

—Y lo verás, pequeña. Lo verás.

Hayley dio un mordisco a su cena y miró cómo Jesse masticaba en silencio.

—¿Sabes lo que *no* es divertido, Jesse? —comentó de pronto.

Él le lanzó una mirada por debajo de la frente arrugada.

—No. ¿El qué?

—Echarle piña a la pizza. ¿A qué cerebro se le habrá ocurrido algo así?

Jesse rio a carcajadas. No recordaba la última vez que se había reído de ese modo. Solía ser un hombre bastante sombrío.

—A un genio, sin duda —señaló.

—No. Yo creo que era un desequilibrado mental —rebatía Hardy, pensativa.

Jesse cogió una servilleta y se la lanzó a la cara. Hayley fingió indignación.

—Oh, así que quieres guerra, ¿eh?

Se abalanzó sobre él como una luchadora de sumo y lo tiró hacia atrás. Aterrizaron en el parqué. Él la sujetaba por el cuello con el brazo y se estaba riendo como cualquier chico joven y no como el estirado que solía ser.

En algún momento, Hayley dejó de forcejear con él y se rindió entre sus brazos, y fue entonces cuando la atmósfera cambió por completo. Los segundos se volvieron más lentos. Mágicos, de algún modo. Ella alzó los ojos, anhelantes, hacia los suyos, y él bajó la mirada para sostenerlos. Se evaluaron durante un instante, los dos serios y extraños, los dos conteniendo el aliento. Ella se mordisqueó el labio, pidiendo a gritos que la besara. Jesse frunció el ceño. ¿Qué diantres estaban haciendo ahí?

Los ojos grises vagaron confusos por el delgado y anguloso rostro de Hayley, hasta que aterrizaron sobre sus labios sonrosados y entreabiertos. Labios que demandaban un beso suyo...

Jesse la echó hacia atrás, apartándola de él con una brusquedad y una rapidez que asombraron a la chica. Se levantó del suelo, para poner el máximo de distancia entre ellos dos, y Hayley pensó que parecía bastante incómodo en ese momento.

—Deberíamos irnos a dormir —susurró él, echándose el oscuro cabello hacia atrás con los dedos. Ni siquiera la estaba mirando. Sus ojos estaban clavados en un punto indeterminado de la pared.

—Sí...—musitó Hayley, decepcionada por esa reacción.

—Yo recojo. Tú ve a... en fin, a lo que tengas que hacer antes de dormir.

—¿Lavarme los dientes? —le propuso ella.

—Eso, ve a lavarte los dientes.

Hayley suspiró.

—Está bien. Buenas noches, Jesse.

Se le acercó y le besó en la mejilla sin afeitarse, demorándose un poco más de la cuenta. No quería apartarse de él. Olía tan bien... Y su pecho emanaba tanto calor...

Jesse dejó caer los párpados y respiró hondo. Su mandíbula estaba muy rígida. Sus anchos hombros, tensos. El corazón le latía con fuerza entre las costillas y le costaba bastante esfuerzo la simple tarea de tragar saliva.

—Buenas noches, Hayley —murmuró mientras volvía a apartarla.

—Sí... —musitó ella, triste.

Lo miró a los ojos unos segundos más y, al chocar contra esa dureza inquebrantable, que la hizo comprender que nada iba a suceder entre ellos esa noche, echó a andar por el pasillo.

Jesse se quedó ahí paralizado y la observó mientras se alejaba. En algún momento, ella volvió la cabeza hacia atrás para lanzarle una última mirada. Él se apresuró a fingir que estaba recogiendo.

Hayley sonrió hacia sus adentros y se adentró en la oscuridad pasillo. De haber tenido dos años más, solo dos años más, él la habría besado. Estaba segura de que si ella hubiese sido un poco más mayor, Jesse no se habría contenido esa noche. Lo único que debía hacer era esperar un poco más. ¡Y crecer, maldita sea! ¡Crecer!

Capítulo 4

Jesse estaba confuso. No sabía qué había sucedido exactamente esa noche en el suelo, ni por qué maldita razón había mirado a Hayley de ese modo. Lo que sí sabía era que eso no podía volver a pasar. Ella era la hija de su mejor amigo. ¡Una niña! La conocía desde que había nacido, prácticamente.

Sin duda, él estaba vulnerable por recordar la muerte de sus padres, la lluvia y los interminables paseos por la playa, y como ella sabía escuchar tan bien... Hayley pertenecía a esa categoría de personas que, cuando te miraban, lo hacían de un modo especial, como si no hubiera nada más en el mundo aparte de ti. Eso le había desconcertado y le había hecho...

Jesse frenó ese pensamiento, soltó una maldición y volvió a apretar la tuerca del lavabo. Tenían un atasco monumental en su nueva casa. Ciertamente era que podía haber llamado a un fontanero, pero Jesse de Winter no era de los que se rendían así como así. Le gustaba solucionar los problemas por sí solo.

No dejes en manos de los demás lo que puedas hacer tú mismo, Jesse. Eso le había dicho una vez Nolan Walsh.

Hayley se le acercó por detrás con una cerveza en la mano. Jesse solo podía ver sus pies desnudos y las uñas pintadas de rosa. Sus dedos eran regordetes y un poco torcidos. A Jesse le hicieron gracia.

—No volveré a echar los fideos al lavabo —aseguró Hayley, arrepentida por la que se había liado solo porque a ella no se había gustado la sopa de sobre que él le había preparado dos noches atrás.

Jesse, con la cabeza metida bajo el fregadero, sonrió. Aun así, se obligó a comportarse como un adulto y ocultar su diversión. No podía permitirse perder su autoridad delante de ella. ¡Era un adolescente!

—Eso estaría bien, Hayley —gruñó en tono severo.

—Te dejó aquí una cerveza fría. Estarás cansado.

—Pues sí. Gracias.

Jesse sacó la cabeza del armario que ocultaba las tuberías, se secó el sudor de la frente y cogió la cerveza. Se quedó ahí, sentado en el suelo, y la abrió. A Hayley nunca le había parecido más guapo que ese día. La camiseta blanca marcaba la anchura de sus hombros y desvelaba unos bíceps duros, muy bien trabajados. Su aspecto general era un tanto desastrado, aunque enloquecedor para la chica. Le gustaba verle tan despeinado y sencillo.

—¿Está puesto el aire? —quiso saber Jesse, agobiado por el calor.

—No funciona el mando —le contestó Hayley que, sentada en un taburete de la cocina, hojeaba con aire aburrido una revista para chicas. Era mejor mirar esa basura que mirar a Jesse. Amarle a distancia empezaba a pasarle factura, y los días en los que él estaba tan sexy, era aconsejable no quedarse mirándolo embobada.

Jesse alzó las cejas.

—¿Que no funciona el mando? ¿Cómo puede ser eso posible? Si lo acabo de comprar.

—Ya... Pero es que yo, por error, claro está, lo metí en el váter.

Jesse la miró escandalizado.

—¿Cómo que lo metiste en el váter?! ¿Por qué?

—No lo hice aposta, ¿vale? —se defendió ella en un chillido—. Es que lo llevaba en el bolsillo de atrás de los vaqueros, y cuando me los subí... En fin, que el mando se cayó. Y yo lo recuperé y lo lavé, pero había dejado de funcionar.

Jesse cogió una honda bocanada de aire en los pulmones y se obligó a no blasfemar delante de ella. El horno, el lavabo y ahora el mando del aire acondicionado. Esa muchacha era una completa serie de catástrofes y desdichas.

—Está bien. No pasa nada. Iré esta tarde a comprar otro.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó Hayley, mirándolo por encima de la revista detrás de la cual se había ocultado a causa de la vergüenza.

—¿Quieres ir a los grandes almacenes? ¿Qué es lo que te hace falta? ¿Tornillos? ¿Desbrozadoras? —se mofó Jesse, pues no veía razón para que una chica como Hayley estuviera tan entusiasmada por la idea de ir a esa clase de sitios.

Ella se encogió de hombros.

—Es que nunca hacemos nada, y estoy de vacaciones y me aburro aquí todo el día sola.

Él dejó caer los párpados. Pues claro que se aburría. Debía de sentirse muy abandonada. Él estaba trabajando todo el tiempo. Y cuando no estaba trabajando, estaba con Rafaella. A Hayley la tenía muy descuidada. De hecho, desde la noche de las pizzas, un par de semanas atrás, la había evitado todo lo posible. No era culpa de Hayley que él fuese un cretino, así que más valía comportarse como un tipo maduro y responsable y asumir sus

obligaciones de tutor. Obligaciones que, por cierto, no incluyan besar a su pupila.

—Está bien. Puedes venirte conmigo. Y luego te llevaré a alguna parte.

Hayley sonrió tan alegremente que Jesse se vio sonreír también.

—Conozco el sitio perfecto —declaró, cada vez más feliz.

—¿Ah, sí? —preguntó Jesse mientras tomaba un trago de cerveza.

—Ajá. Te gustará.

Hayley salió de la ducha con un vestido blanco que mosqueó a su tutor.

—Todos los chicos te van a mirar —advirtió.

—De eso se trata, Jesse —contestó Hayley mientras se colocaba las gafas de sol en la cabeza, de tal modo para que le retiraran el pelo de la cara.

Jesse hizo una mueca de exasperación a sus espaldas.

—¿Tu padre te dejaba salir así vestida a la calle?

—Por supuesto que no. Era un buen padre.

—Pues yo tampoco te dejaré —resolvió Jesse, cruzándose de brazos como un crío.

Ella se rio. Caminó hacia él, se le plantó delante y colocó los brazos alrededor de su cuello.

—Tú no eres mi padre —le susurró.

Jesse bajó los ojos hacia los suyos. Aún se le veía molesto. Sus rasgos tenían la dureza del hielo. Y la misma gelidez.

—No, no lo soy —admitió él con voz baja.

Hayley sonrió un poco, pero era obvio que su humor ya no era el anterior. La misma tristeza de siempre se había cernido sobre ellos dos. Su padre había sido un buen padre. Y su madre, una buena madre. Y ahora estaban muertos.

Hayley cerró los ojos y tragó saliva, pues notaba un extraño picor en la garganta.

—Puedes llevar ese vestido —le susurró Jesse, compasivo.

Ella intentó sonreír. No fue capaz.

—Gracias.

—¿Estás preparada para irnos?

Hayley asintió, retrocedió un paso y aguardó a que él se pusiera en marcha. Mordisqueándose el labio, Jesse cogió las llaves del coche, abrió la

puerta y se tapó los ojos con las gafas de sol.

Hayley lo siguió con actitud sumisa hasta el coche. Ocupó el asiento del copiloto y se mantuvo ausente durante todo el trayecto. Jesse advertía su tristeza, pero no sabía qué hacer para mejorar las cosas para ella, por lo que también permaneció callado.

Fueron a unos grandes almacenes, donde él compró dos mandos para el aire acondicionado y un par de cosas de bricolaje, a pesar de que no le hacían falta para nada en concreto.

—Esto siempre viene bien —le estaba explicando a Hayley, cuando vio a espaldas de la chica algo que hizo que sus ojos destellaran de pura satisfacción—. Ah, ¡y mira qué maquina cortacésped! La necesito. Y esa bomba de agua de ahí, también.

Y cogió ambas.

Hayley sonrió un poco y lo siguió por los pasillos. Era evidente lo mucho que le gustaba a Jesse todo eso del bricolaje. Ella se lo podía imaginar construyendo armarios y estanterías. Jesse encajaba de maravilla en ese lugar. Alto, bien parecido, con vaqueros viejos y una sencilla camiseta, blanca, básica, manejaba el carro por los pasillos y se detenía de vez en cuando para mirar unos guantes de mecánica o una llave inglesa. A Hayley le fascinaba verle en ese plan, haciendo cosas elementales.

—¿Qué quieres comer, *Hayls*? —preguntó Jesse mirándola desde arriba. Le sacaba casi una cabeza a Hayley.

—No sé... ¿Qué quieres tú?

—No te gustaría, así que será mejor que pillemos unas hamburguesas o unos *nuggets*.

¿Él realmente pensaba que ella tenía tres años? No era tan niña como Jesse imaginaba. Había tenido citas con chicos desde los quince, y no siempre habían ido al *Burger King*. Algunas veces la habían llevado a restaurantes serios. Y también había acompañado a sus padres. No le gustaba que Jesse la tratara como a una cría. Porque, si veía en ella a una niña, jamás se fijaría en la mujer que empezaba a asomarse.

—No me gustan las hamburguesas ni los *nuggets* —mintió—. Quiero ir a un sitio de gente normal.

—¿Acaso el *McDonald's* es de gente anormal?

Hayley le dedicó una mueca.

—Tú ya me has entendido. Así que llévame a tu restaurante favorito.

Las esquinas de la boca de Jesse se alzaron un poco.

—No te gustará.

—Ponme a prueba.

—Está bien. Pero no quiero oír quejas después.

—No las oirás.

—Estupendo.

Empujó el caro hacia la caja, pagó y salió con las bolsas y las dos cajas de cartón. Apenas se le veía detrás de ese montón de cosas. Hayley le siguió por el aparcamiento, pisándole los talones y preguntándose por qué Jesse se hacía el gallito y no llevaba las cosas en un carro, como hacía la gente normal.

—Hayley, hazme un favor —solicitó, a punto de que se le cayeran los bártulos al suelo por intentar sacar algo del bolsillo.

—¿Qué?

—La llave del coche. Está en el bolsillo.

El corazón de Hayley pegó un brinco. Iba a tocar a Jesse. Estaba emocionadísima.

—¿Qué bolsillo?

—Este. El delantero.

Hayley no perdió más tiempo. Deslizó la mano en el bolsillo de sus vaqueros y retiró la llave. Jesse se mantuvo inamovible, con las cajas entre las manos y una rodilla en el aire, apoyada contra los bultos, para impedir que se precipitaran al suelo.

—Ahora abre el coche y el maletero, si eres tan amable.

Hayley obedeció, orgullosa de estar colaborando en las tareas. Una vez abierto el maletero, Jesse se inclinó y guardó la compra. Hayley se quedó sin aliento. Los vaqueros de Jesse colgaban sobre sus caderas, dejando al descubierto el borde de sus calzoncillos.

Calvin Klein, ¿eh?

Hayley se ruborizó por estar mirándolo de ese modo.

—Esto ya está —anunció él, enderezándose.

Ella se limitó a sonreír. Algunas veces le costaba hablar, sobre todo cuando se pasaba un buen rato mirándolo ensimismada. En aquellos momentos, las palabras se desvanecían de su mente como por arte de magia.

—¿Vamos a comer? —siguió diciendo Jesse, ajeno a la conmoción de su pupila.

—Claro —consiguió balbucir Hayley, todavía culpable por sus

pensamientos.

Él le sonrió y se encaminó hacia la puerta del coche. Ocupó su asiento detrás del volante y aguardó a que Hayley montara y se colocara el cinturón. Solo entonces giró la llave dentro del contacto.

Ella lo estudió mientras conducía. Tenía las gafas doradas encima de la nariz y era, sin exagerar, el hombre más apuesto que había conocido nunca. Hayley no podía apartar la mirada de su simétrico perfil. Nariz recta, labios carnosos, rostro sin afeitarse, mandíbula siempre prieta. Se notaba que era un hombre decidido y seguro de sí mismo. La confianza con la que maniobraba el coche, su aplomo, la tranquilizaban. Él era lo único firme que había en su vida en ese momento. Todo lo demás se había vuelto demasiado caótico.

Jesse hizo maniobras de aparcamiento delante de un célebre restaurante francés y le lanzó la llave al aparcacoches. Apoyó una mano contra la espalda de Hayley, haciéndola estremecerse ante su contacto. Notaba un vacío en el estómago, y eso solo era por culpa de Jesse. Tenerle así de cerca y, a la vez, sentirle tan lejos de ella, la estaba matando. Quería tocarle... que él la tocara...

Pero tenía que esperar. La espera desesperaba a Hayley.

—Señor de Winter —les recibió el *maître*—. Bienvenido, señor. Señorita. ¿La mesa de siempre?

—Por supuesto.

Fueron conducidos hacia una mesa para dos, donde tomaron asiento cara a cara y abrieron sus respectivos menús. Hayley estaba impresionada por la sobriedad del lugar. Aun así, estuvo a la altura. Eligió los platos con cuidado, para asegurarse de que podría comérselos. No quería decepcionar a Jesse o hacerle creer que ella era una chica *Happy Meal*. Ella era una mujer. *Se sentía* como una mujer. Y las mujeres iban a sitios sofisticados y no se ponían nerviosas por ello. Así que Hayley no se puso nerviosa en absoluto.

—Conque este es tu sitio favorito, ¿eh? —comentó, mirando a su alrededor con ojos especulativos.

—Uno de ellos. Siempre vengo aquí en ocasiones especiales.

Hayley sonrió y volvió la mirada hacia él.

—¿Y qué celebramos hoy?

Jesse bajó los ojos y contempló el mantel.

—La nueva bomba de agua. Y el cortacésped.

Ella soltó una carcajada. Cogió el vaso vacío y lo chocó contra el de Jesse.

—Salud, pues.

Él estuvo encantador durante la comida. Habló apasionadamente, sobre nada en concreto. O sobre todo, quizá. Hablaron de la vida, del futuro, de sus planes...

—¿Has pensado alguna vez en dedicarte a la pintura? —preguntó Jesse mientras llenaba los vasos de agua.

Como ella no podía beber, él decidió no pedir vino, por lo que se limitó a acompañar la comida con agua.

—No creo que sea lo mío, Jesse.

Él arrugó la frente.

—¿Por qué no? Yo creo que eso es *exactamente* a lo que debes dedicarte en el futuro.

Hayley colocó las manos por debajo de la barbilla y paseó la mirada por todo su rostro.

—¿De verdad piensas que tengo lo que hay que tener?

—Creo que te sobra talento. He visto tus dibujos. Son... son alucinantes.

Una sonrisa discreta se insinuó en las esquinas de la boca de Hayley.

—Quizá lo haga. Quizá busque una escuela de arte en cuanto me gradúe.

—Deberías —aconsejó Jesse mientras se llevaba un trozo de entrecot a la boca.

Ella lo contempló con suma atención. Lo estudió como a un objeto curioso, y Jesse se ruborizó un poco. No era la primera vez que la sorprendía mirándolo de ese modo, tan pensativa, tan fascinada.

—¿Por qué me miras así?

—Porque me gustas —le contestó Hayley con naturalidad.

La sonrisa de Jesse fue un tanto tímida.

—Y tú me gustas a mí, *Hayls*. Y dime, ¿cuál es ese sitio al que pretendes llevarme después de comer?

—Es un secreto —se hizo la misteriosa.

Jesse soltó una carcajada.

—¡Ah, qué escándalo!

Ella bajó la mirada hacia su plato para ocultar la sonrisa traviesa que jugueteaba en su rostro. Para Hayley, aquella era una primera cita con Jesse, así que le llevaría a un sitio especial: el sitio al que su padre había llevado a su madre en su primera cita.

Hayley conocía el lugar. Era un bar de música *soul*. A ella le gustaba el *soul*. Le recordaba a sus padres.

Acabaron de comer, Jesse abonó la cuenta con una firma descuidada, y salieron juntos por la puerta. Estaba lloviendo a pesar de que, una hora atrás, el sol les había deslumbrado.

—La lluvia me hace sentir solo —comentó Jesse, con los ojos clavados en el plomizo cielo que amenazaba más lluvia.

Sabía que él relacionaba aquello con sus noches en el orfanato. Probablemente, estaría rememorando todos esos sentimientos en ese mismo momento. A Hayley le enterneció la repentina faceta vulnerable de un hombre que siempre parecía tan estoico, tan calmado y tan seguro de todo. La enterneció tanto que encajó su mano en la suya y le susurró:

—Ya no lo estás. Me tienes a mí.

Él esbozó un gesto triste y oprimió sus dedos.

—Sí. Te tengo a ti —murmuró distraído.

Recuperó las llaves de su coche y le abrió la puerta a Hayley. Era la primera vez que él le abría la puerta, y ella estaba entusiasmada, porque se estaba comportando como en una cita. Lo único que faltaba era que la besara al acabar la velada.

—Y bien, ¿cuál es ese sitio? —preguntó una vez dentro del coche.

Ella le dio la dirección y él la tecleó en el GPS. Tardaron media hora en llegar. El tráfico estaba colapsado por la lluvia. Jesse consiguió un aparcamiento en la calle, aunque bastante retirado de la entrada al bar, por lo que tuvieron que ir casi corriendo. Cuando llegaron, estaban empapados. El cabello de Jesse goteaba sobre su frente. A Hayley nunca le había parecido tan guapo como esa tarde bajo la lluvia.

Él le abrió la puerta, pero la que tomó la iniciativa luego fue ella. Lo cogió del brazo y lo arrastró hacia una mesa al lado de la ventana, donde se sentaron cara a cara, bañados por la tenue luz dorada de las lámparas. Al otro lado del cristal, el mundo estaba oscureciendo.

—¡Caramba! —exclamó Jesse, mirando a su alrededor—. Este sitio está muy, pero que muy bien. No creí que fueras a llevarme a un lugar así.

Ella puso los ojos en blanco.

—Eso es porque tú me imaginas en un McDonald's.

Jesse volvió la mirada hacia ella al mismo tiempo que una carcajada sacudía su robusto pecho.

—En la piscina de bolas de un McDonald's, para ser exactos —apuntilló con una sonrisa socarrona—. ¿Te acuerdas de cuando tu padre y yo te

llevábamos a jugar ahí?

—Sí. Tenía cinco años, Jesse —gruñó, exasperada. ¿Es que él no se daba cuenta de que ella ya no era esa?—. Por si no lo has notado, he crecido desde entonces.

—Oh, créeme, *Hayls*, lo he notado. Y me entristece.

Ella cogió su mano por encima de la mesa.

—¿Por qué? —le susurró, con una chispa de confusión ardiendo despacio en la hondura de sus oscuras pupilas.

Jesse alzó un poco los hombros.

—Porque eras absolutamente adorable entonces.

—¿Insinúas que no soy adorable ahora?

Los ojos grises se clavaron en los suyos. Ella se estremeció. En ese momento, él la estaba mirando de modo diferente. Tal y como la había mirado esa noche en el suelo. La estaba evaluando con la mirada, y no de un modo demasiado paternal. Había cierta pasión en sus pupilas, un brillo candente que renovó las esperanzas de la chica.

Jesse sacudió la cabeza y se volvió todavía más apesadumbrado.

—No. Ahora eres... guapa. Y lista. Y la chica más fuerte que he conocido nunca. Cualquiera se vendría abajo con todo esto, todos estos cambios tan repentinos a una edad tan complicada. Pero aquí estás tú. Siempre levantándote para seguir avanzando. Eso es lo que más admiro de ti. Tu fortaleza.

Los ojos de Hayley le respondieron lo que sus labios no se atrevían:

Tengo una razón, Jesse. A ti. Tú eres lo único que me hace seguir avanzando. Despertar día tras día y esperar que las cosas vayan a mejor. Solo por ti ignoro ese vacío que se ha abierto dentro de mí hará cosa de mes y medio. Solo por ti...

—Tú me has ayudado mucho.

—No. Has sido tú, Hayley. Tú eres la que lo está llevando. Porque eres fuerte. Y divertida. Y muy buena amiga. Pero ya no eres *adorable*. No como aquel día en el que saltabas entre todas esas bolas rojas y azules, y chillabas como una loca.

Una sonrisa melancólica cruzó el anguloso rostro de Jesse. Hayley sonrió al verle sonreír de ese modo.

—Siempre te recordaré así, saltando y chillando —añadió él, perdido en sus pensamientos.

La sonrisa de Hayley se borró.

—Ahora soy diferente.

—Sip. Lo veo —masculló Jesse, apartando la mirada.

No le prestó atención durante algo más de un minuto, y ella se sintió cada vez más mosqueada. Ese tío se estaba cargando su primera cita. ¿Qué demonios pasaba con él? Se comportaba de un modo muy extraño.

Hayley lo miró ofuscada. Tenía el cabreo impreso en el rostro. De haberla mirado, Jesse habría reparado en ello. Pero no la miró. Ni una maldita vez.

Se les acercó un camarero para tomarles nota. Jesse no supo qué pedir. Aún no habían mirado la carta.

—¿Nos da un minuto? Ahora le llamaremos.

El camarero de guante blanco se marchó a petición de Jesse.

—¿Qué beben las chicas de tu edad? —volvió por fin los ojos hacia ella.

—*Bourbon* —escupió ella irritada.

Jesse soltó una risa entre sarcástica, incrédula e histérica.

—Ja ja. Por encima de mi cadáver beberás tú *bourbon*—. Abrió la carta y la examinó con atención—. ¿Qué tal un cóctel tropical?

—¿Tiene alcohol?

—Por supuesto que no.

—Entonces, es una mierda.

—Muy bien—. Jesse, resignado, llamó al camarero—. Un cóctel tropical para la señorita gruñona y un whisky para mí. Gracias.

De nuevo se quedaron a solas. Hayley miraba las gotas que se deslizaban por la ventana.

—Siempre te imagino en este lugar —acotó de pronto, casi en un susurro.

Jesse alzó las cejas en un gesto de sorpresa.

—¿Ah, sí?

—Sí. En esta mesa. Fuera está lloviendo, como ahora. A lo lejos suena una canción de Bettye LaVette. *Nights in White Satin*, a lo mejor. Tú bebes *bourbon*.

—Whisky —la corrigió él, siguiéndola en esa fantasía—. Yo siempre bebo whisky.

El contenido de ese vaso de doble fondo que Jesse sujetaba en la mano cambió dentro de la imaginación de la chica.

—Whisky. Bebes whisky. Y tus ojos vagan ausentes por las gotas del cristal. Tu soledad es innegable. Siempre te imagino así, Jesse.

Él no dijo nada durante unos segundos. Hacer esa clase de cosas era típico en Jesse, pero ella no podía saberlo. Simplemente, le había calado sin apenas conocerle. Claro que variaban los detalles. No sucedía en ese sitio en concreto, y no sonaba una canción de Bettye LaVette. Por lo demás, Hayley no estaba equivocada.

—Tienes mucha imaginación —se obligó a responder, y su voz sonó diferente en los oídos de Hayley. Era menos áspera que antes. Más ronca. Más cálida. Le notaba más cerca de ella en ese momento.

Hayley movió los ojos, casi siempre tristes, hacia los suyos, e hizo un amago de sonrisa.

—Sí, la tengo.

Se les acercó el camarero con las copas. La de Hayley era de color naranja. Venía con sombrillita azul. La cogió disgustada y la lanzó encima de la mesa, lo cual le arrancó una carcajada a Jesse.

—¿Prefieres el *bourbon*? —se mofó él, con una sonrisa burlona.

La única respuesta que recibió fue una mirada seca.

—Me gusta esta canción —señaló Hayley al cabo de unos minutos. No habían hablado de nada. Se habían limitado a contemplar el cristal salpicado por la lluvia.

Jesse prestó atención para ver de qué canción hablaba ella. *He Made a Woman Out of Me*. Bettye LaVette. No fue capaz de retener la sonrisa.

—*He made a woman out of you*, ¿eh? —se burló, y su pupila le puso mala cara—. Está bien, ¿quieres hablarme de algún chico, mmmm? ¿Estás enamorada de alguien?

Hayley bajó los ojos hacia sus dedos, que jugueteaban con una servilleta.

—Sí —musitó—. Estoy *muy* enamorada de alguien.

Jesse sonrió un poco. Conocía los enamoramientos típicos de la edad de Hayley. Duraban menos que un constipado.

—¿Y cómo es el chico?

Hombre, lo corrigió Hayley mentalmente.

—Es... brillante —dijo con una tenue sonrisa en las comisuras de la boca—. En todo lo que hace. Destaca en todo. La gente intenta ser ingeniosa, inteligente, exitosa. A él no le hace falta intentarlo. Simplemente, lo es. Consigue todo lo que se propone, porque es un luchador nato que no cree en la rendición. Y es... la persona más atractiva que conozco. Es más que atractivo. Es... devastador. Cuando me mira, me quedo en blanco la mayoría

de las veces. Ni siquiera sé de qué hablar con él. Me intimida demasiado.

—Habla de la vida —aconsejó Jesse, sin mostrar ninguna reacción.

Hayley soltó una risa un tanto incrédula.

—¿De la vida? Ya hemos hablado de la vida.

—¿Y?

—No me está tomando en cuenta, Jesse. Él... solo me ve como a una amiga.

Jesse movió los labios en un gesto amargo.

—Pues haz que te vea como a una chica —aconsejó con voz suave.

Ella levantó los ojos hacia los suyos.

—¿Cómo? ¿Cómo hago que me vea como a una chica?

Jesse se encogió de hombros. La anchura de su espalda quedaba todavía más marcada por la tela blanca de su camiseta.

—No lo sé, enséñale que hay más chicos interesados en ti. Nos gusta eso a los tíos. Ver que algo se nos está escapando de las manos, despierta nuestro interés.

—¿Darle celos? —propuso Hayley con la cabeza ladeada.

—Sí. Yo haría eso. Le daría celos.

Ella sonrió. Su sonrisa fue larga y puede que un poco maliciosa.

—Es absolutamente brillante.

—¿El chico o mi idea?

—Ambas cosas. ¡Oh! ¡*Nights in White Satin!* Adoro esta canción. Solo vengo aquí porque no se escucha nada que no sea Bettye LaVette. Al dueño le chifla Bettye.

Jesse apuró su copa. Sabía que era mala idea, pero ella parecía tan entusiasmada mientras miraba las parejas que bailaban que él pensó que le gustaría bailar. A fin de cuentas, no tenía nada de malo sacarla a bailar, ¿no? No era como si fuera a besarla después. No. No tenía nada de malo.

—¿Quieres bailar? —le propuso.

Ella movió los ojos, abiertos de par en par, hacia los suyos. No cabía en sí de felicidad. ¡Iba a estar entre los brazos de Jesse!

—¡Sí! —exclamó pletórica—. ¡Claro que sí!

Jesse se puso en pie y le ofreció su mano. Ella cogió sus dedos y le pareció que ambos se habían estremecido y que la atmósfera entre ellos había cambiado. Claro que también podía haber sido cosa de su desorbitada imaginación.

Los brazos de Jesse le rodearon la espalda. Ella dejó los suyos alrededor de sus hombros, casi rozándole la nuca. Se movían despacio. Bettye no dejaba de gritar: *I love you, I love you, I love you*. Hayley se estaba derritiendo. Sus ojos se alzaron hacia los de Jesse. Al sentirse observado, él bajo la mirada hacia ella y le sonrió un poco.

Hayley apoyó la cabeza contra su pecho, y Jesse entrecerró los ojos. Fuera, la lluvia era lenta, persistente. Pero dentro... Dentro había calidez; la había entre ellos dos. El ambiente era íntimo. Era perfecto. Hayley habría dado cinco años de su vida a cambio de que él le levantara el rostro y la besara en ese momento.

Por supuesto, él no la besó. Se limitó a bailar con ella y a sujetarla entre sus brazos. Hayley, al tener la cabeza apoyada contra su pecho, notaba cómo latía el corazón de Jesse. ¿Estaba nervioso o era cosa suya?

Cuando se acabó la canción, Jesse tardó unos momentos en apartarse de ella. Era como si no quisiera dejar de abrazarla. La había sentido tan cerca de él y, por muy espantoso que fuese aquello, le había gustado la sensación. No de un modo retorcido, sino... diferente. Jesse no sabía con exactitud qué tenía eso de diferente. Solo sabía que le gustaba abrazarla y cuidar de ella. Nada más. No tenía nada de malo querer abrazar a Hayley, ¿verdad?

¡Sí, sí que lo tenía! Él era un chivo viejo y estúpido. ¿Pero cómo se le ocurrían idioteces como aquella? ¡Bailar con Hayley! ¡Por Dios bendito! La apartó y se juró a sí mismo que nunca más volvería a tenerla tan cerca. Ni siquiera cuando ella tuviera cincuenta años y él sesenta y cinco. ¡Ni siquiera entonces!

—Bueno, la diversión ha acabado, señorita. ¿Nos vamos?

Hayley lo miró decepcionada. ¿Por qué no la había besado?

—Pues vámonos, si tantas prisas tienes —gruñó disgustada.

Jesse la siguió desconcertado. No entendía por qué había cambiado tanto su humor. Y en tan poco tiempo, además. ¿No le había gustado bailar con él? Porque a él le había gustado bailar con ella. Le había gustado un poco más de la cuenta.

Jesse de Winter apretó los dientes con fuerza y juró hacia sus adentros.

Capítulo 5

Hayley necesitaba un novio, y lo necesitaba para ayer. Lo malo era que no tenía ni idea de dónde conseguir uno. Las clases habían acabado y ella no tenía demasiados amigos con lo que quedar durante las vacaciones. Siempre había sido una chica retraída. Sus mejores amigos eran los libros, la música y su bloc de dibujos. De haber estado viva su madre, le habría pedido consejo a ella. Pero Emma estaba muerta y Hayley no tenía a nadie para que la aconsejara, así que más valía apañárselas sola.

Se levantó a la mañana siguiente, se dio una larga ducha y vistió sus mejores atuendos, que ella consideraba los óptimos para ligar: unos vaqueros ajustados, un top rosa y unas sandalias de cuña alta. Se maquilló delante del espejo y se onduló el pelo. Siempre lo llevaba tan lacio, tan aburrido... ¿Cómo iba a fijarse Jesse en ella? Seguro que estaba acostumbrado a mujeres despampanantes que sabían lo que hacían, qué decir y cómo actuar. Ella se ponía nerviosa a la mínima, se ruborizaba y las palabras se negaban a brotar. Era un desastre.

Se dio un repaso en el espejo y, complacida por su aspecto, decidió aprovechar el hecho de que Jesse estaba trabajando para salir por ahí. Jamás habría desperdiciado las noches, el tiempo en el que Jesse estaba a su lado, por lo que, si iba a buscarse novio, tendría que ser de día.

Dejó caer la puerta a sus espaldas, fue corriendo al garaje y se adueñó de uno de los coches de Jesse, un Chevy rojo, clásico (él no le había dado permiso para tocar sus coches, pero, claro, él pensaba que ella tenía cinco años y que aún se bañaba en piscinas de bolas). Sacó el Chevy del garaje y condujo hasta el centro. Lo dejó en un parking subterráneo, se aseguró de haberlo cerrado bien y salió al exterior. Estuvo paseando durante un buen rato por varias calles comerciales. Si bien los chicos la miraban, ninguno le habló. Ella había tenido novios en el pasado. Los había conocido en el instituto, o en la hípica... Una vez, incluso en la iglesia. Sí, aquello fue divertido. Ligar en la iglesia.

Hayley miró a su alrededor, esperanzada. No había iglesias. Maldición. ¿Y ahora qué?

Vio un Starbucks y suspiró aliviada. Entraría a tomar un cappuccino y ya luego lo pensaría con más tranquilidad. Sintióse menos decepcionada por

su fracaso, se encaminó hacia la puerta del local, esperó a que saliera una parejita con cara de pánfilos (para Hayley, todos menos Jesse eran unos pánfilos) y entró tras ellos. Se acercó al mostrador, donde pidió un cappuccino y un *muffin* de chocolate.

—Aquí tienes —le sonrió el empleado, ofreciéndole una bandeja.

—¿Cuánto te debo?

—Oh, no, invita la casa.

Ella levantó los ojos del monedero y lo miró sorprendida. Él le dedicó una de sus sonrisas más seductoras.

Ese chico no podía tener más de veinte. Era perfecto para cabrear a Jesse. Debía de ser la Providencia la que lo había puesto en su camino. Hayley miró hacia el cielo y exhibió una sonrisa traviesa.

—Gracias, eh... —Miró el nombre de su camiseta—, Mark. Estaré ahí, sentada en esa mesa. Por si quieres tomar algo conmigo cuando... eh... cuando acabes el turno y todo eso...

Se sentía un poco violenta. Estaba siendo descarada. Nunca había actuado de ese modo. Pero más le valía espabilarse. No podía ser una pánfila para siempre.

Mark torció los labios, impresionado por su osadía. La gustaban las chicas atrevidas.

—En media hora, estaré contigo.

Hayley no se lo esperaba, por lo que sonrió alegremente. ¡Había ligado!

—Oh. Vale. Pues... hasta ahora.

—Hasta ahora, mmmm...

—Hayley.

—Hayley —repitió él, sonriendo como un pánfilo.

Sí, todos menos Jesse eran unos pánfilos.

Esa noche, a Jesse de Winter le pareció que su pupila estaba más alegre que de costumbre. Le estaba esperando con la cena: ensalada y sándwiches de jamón.

—Esto debería hacerlo yo —anotó mientras se bajaba la americana por los hombros—. Soy el adulto.

—Y yo seré adulta dentro de cinco meses y cuatro días.

Y ya podré casarme contigo entonces, añadió hacia sus adentros mientras le sujetaba la silla con aire complaciente. Jesse rio y tomó asiento, para no decepcionarla.

—Vino, ¿señor?

—¿Vino y todo? ¿Estamos celebrando algo, Hayley?

Ella se inclinó sobre él y colocó una servilleta en su regazo. Jesse tragó en seco.

—¿Te has echado colonia? —volvió a preguntar, seducido por ese olor que invadió sus fosas nasales cuando Hayley, prácticamente, le pasó el cuello por la nariz.

—*Chanel Madeimoselle*. ¿A que huele muy bien?

—Sí, huele bien —gruñó él, casi displicente.

Hayley tomó asiento y sirvió los sándwiches como si se tratara de unos manjares. Se prometió a sí misma que tomaría clases de cocina para poder cuidar mejor de Jesse.

—Y bien, ¿qué estamos celebrando? —preguntó él, mirándola por encima de la luz de la vela—. Has hecho la cena, has abierto una botella de vino, hay velas encendidas, tú llevas colonia. No parece un martes cualquiera. Además, tu vestido es... muy bonito. Y llevas perlas. Si no te conociera mejor, diría que intentas seducirme.

Hayley soltó una carcajada nerviosa. ¿Tan evidente era?

—¿Funcionaría? —repuso con coquetería.

Había dureza en los ojos de Jesse cuando se clavaron en los suyos.

—*No* —ladró con aspereza.

Hayley, acobardada, bajó la mirada hacia su plato.

—Pues a cenar —instó, con todo el entusiasmo que pudo fingir.

Escuchó un soplido largo, pero no se atrevió a alzar los ojos. Al cabo de unos segundos de contemplarla, Jesse agarró un sándwich y le dio un buen mordisco. Sus ademanes eran bruscos, casi violentos.

—Está bueno —comentó, y se le notaba el mosqueo en la voz.

—Solo lleva jamón y pan —balbució ella—. Nada podía salir mal.

—Contigo nunca se sabe.

Hayley le lanzó una mirada glacial. ¿Por qué estaba tan cascarrabias con ella?

—Ya. ¿Mañana qué planes tienes, Jesse?

Él se encogió de hombros y siguió comiendo. Parecía tener prisa por

acabar la cena.

—Pues ir a trabajar —dijo mientras masticaba—. Es miércoles.

—Ajá.

—¿Por?

—No, por nada.

—Mmmm.

Y dio otro mordisco a su cena, esforzándose por ignorarla todo lo posible. ¿Por qué se había puesto tan guapa, maldita sea?

—¿Qué coño estás haciendo con el vino? —gruñó Jesse de pronto.

Hayley, sobresaltada, levantó la mirada.

—Eh, ¿echarme un poco? —dijo como si fuese evidente.

Jesse le arrancó la botella de las manos y la dejó encima de la mesa. Se levantó, cogió la copa de Hayley y vertió el contenido en el fregadero. Fue a la nevera, retiró un bote de Fanta y lo abrió. Regresó a la mesa y lo depositó, ruidosamente, delante de ella.

—Las chicas buenas no beben vino.

Los ojos de Hayley lo atravesaron con evidente ira.

—No soy una chica buena.

—Me da igual. No vas a beber vino.

Se volvió a sentar y prosiguió con la cena. Hayley estaba cabreada. El humor de Jesse había ido a peor tras su primera cita. La estaba evitando todo lo posible y la estaba tratando con más dureza que nunca. Cuando no era severo con ella, era indiferente. La noche anterior, al regresar de ese bar, le había preparado un bol de cereales y la había enviado a la cama a las nueve de la noche. No entendía nada, pues ella había pensado que para él también había sido especial aquel baile. Por unos segundos, la había mirado como un hombre mira a una mujer, con calor y pasión, o eso le había parecido a ella, pero luego la había vuelto a apartar y había regresado esa distancia infranqueable entre ellos dos. Estaban tan cerca, sentados cara a cara en la mesa del comedor, y aun así, a Hayley le parecía que había todo un abismo entre ellos. Esa noche le sentía más lejos que nunca.

Suspiró y se forzó a seguir mordisqueando el sándwich. No tenía hambre en absoluto. Un extraño dolor le había cerrado el estómago.

Jesse acabó su sándwich deprisa, recogió su plato, lo guardó en el lavavajillas y subió a su habitación. Cuando volvió a bajar, Hayley se quedó boquiabierta. Se había deshecho del traje azul y se había duchado, a juzgar

por los mechones mojados que le colgaban sobre la frente (y que ella se moría por tocar).

—Hueles muy... bien.

—Gracias.

Se quedó de pie en la cocina mientras se ponía el reloj. Hayley lo contempló de arriba abajo. No iba vestido para estar por casa. Llevaba vaqueros desgastados y una camisa blanca, con las mangas subidas. Así pues, ¿adónde iba?

—¿Te vas? —susurró, temiendo la respuesta.

Los ojos grises se alzaron, medio ausentes, hacia los suyos.

—¿Eh? Sí. He quedado esta noche.

Hayley notó una punzada en el corazón. Se volvió de espaldas y pasó un trapo por la mesa, para tener las manos ocupadas.

—¿Una chica? —se interesó, como si no le importara demasiado.

—Ajá.

Ella dejó caer los párpados.

—¿Es guapa?

—Preciosa.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintinueve.

Hayley rechinó los dientes.

Zorra.

—¿Y te gusta?

—Bastante, sí. ¿Estarás bien esta noche?

Ella movió el cuello hacia la derecha y luego hacia la izquierda, para liberar la tensión. Sonaron dos crujidos.

—Si dijera que no, ¿te quedarías conmigo?

Él resopló, se le acercó por detrás y colocó las palmas en sus hombros. Los ojos de Hayley se empañaron. Esa noche sería otra la que sentiría la calidez de esas palmas en su piel, y el sabor de sus labios... Se sentía inmensamente desgraciada solo de pensarlo.

—Solo si lo dijeras en serio —susurró Jesse, tan cerca que ella se estremeció—. Así que sé sincera conmigo. ¿Estarás bien?

Hayley cogió aire en los pulmones. Lo retuvo unos momentos, antes de expulsarlo despacio. Trascurrieron unos segundos. Para ella, fueron eternos.

—Sí, Jesse, estaré bien.

—De acuerdo. No te acuestes muy tarde. Y no veas ninguna película de *Saw*, que luego te dan miedo.

—Sí...

—Adiós, Hayley.

Plantó un beso en su pelo y dio media vuelta. Olía tan bien que sentía ganas de chillar. Ella se había pasado toda la tarde arreglándose para él. Él, en cambio, se había puesto tan guapo, pero para otra mujer.

—Adiós, Jesse —musitó, convencida de que ni siquiera la había escuchado.

Estaba demasiado distraído. Había otra persona en su mente esa noche. Mayor, y preciosa, y diferente a ella. Una mujer que a él le gustaba. *Bastante*, había dicho. Hayley tiró el trapo encima de la encimera y subió corriendo a su habitación. Abrió un bloc de dibujos y empezó a dibujar a Jesse. No era un dibujo romántico. Era oscuro. Él estaba en la lluvia, de espaldas a ella, y se marchaba. Cada vez más lejos, y más lejos, y más lejos, como un sueño que se estaba apagando en la oscuridad de la noche. Y la maldita lluvia nunca cesaba. Era otoño. *Tenía* que ser otoño, porque no había nada más triste que los otoños. Hayley dibujó unas hojas muertas encima del suelo. Sí, era otoño, y él se marchaba a través de la persistente lluvia, sin importarle la chica que dejaba atrás.

Las lágrimas se le escurrían por las mejillas, pero a Hayley no le importaron. Su mano siguió moviéndose deprisa, trazando líneas y contornos, plasmando el otoño que la desgarraba por dentro; un otoño en el que Jesse la abandonaba para siempre.

Hayley tenía su primera cita con Mark y estaba un poco nerviosa. Él no la había llamado en toda la semana. Y ese día, así, sin más, recibió una llamada suya. La invitaba a cenar. Era sábado. Por norma general, Hayley habría sido incapaz de concebir siquiera la idea de salir durante el fin de semana y perder el poco tiempo que Jesse le dedicaba a ella, pero ese día le dio igual. Quedó con Mark a las ocho. Él vendría a recogerla.

Pasó toda la mañana encerrada en su cuarto. Evitaba a Jesse desde el martes. Verle le resultaba demasiado doloroso, así que intentaba no coincidir apenas. Tampoco había resultado tan complicado. Él había salido todas las

noches. *Probablemente, con su novia*, pensó Hayley, y volvió a sentir esa angustia insufrible.

Se escuchó un pitido en el exterior. Hayley se echó brillo de labios, cogió su bolso y corrió escalera abajo. Jesse, hundido en el sofá y con el mando de la tele en la mano, volvió la cabeza para mirarla.

—¿Te vas? —preguntó, asombrado de que ella no se lo hubiera mencionado antes.

—Sip. Adiós.

Jesse se levantó de un salto y la siguió de camino a la puerta.

—Espera, Hayley. ¿Adónde vas?

Frenó en seco y se volvió de cara a él. Estaba guapísimo. Sin afeitarse, sin peinar, descalzo y con vaqueros y camisa a cuadros. Hayley lo miró con un brillo de agonía en los ojos. Guapo e inalcanzable, como la efigie de un hombre que había vivido cien años atrás, en otra época y en otro lugar. Tú la encontrabas por casualidad, en la biblioteca o en internet, y pensabas: *madre mía, ¡qué hombre más guapo!* Pero acto seguido recordabas que nunca ibas a conocerle. Porque él ya no existía. Eso era Jesse para Hayley en ese momento: solo una efigie de épocas pasadas.

—Tengo una cita —contestó, aferrándose con nerviosismo a las correas de su bolso.

Jesse frunció el ceño.

—¿Una cita? ¿Con quién?

—Con un chico, claro está.

—Pero...

—Adiós, Jesse. Estarás bien, ¿verdad?

Cuando él dejó de parpadear, la puerta ya se había cerrado tras ella. Jesse, desconcertado, se acercó a la ventana y movió un poco la cortina, como una vieja cotilla. Sus ojos se abrieron de golpe. ¡Una moto! ¡Por Dios bendito! Echó a correr hacia la puerta, tiró de ella con ira y salió al porche, descalzo.

—¡Hayley! ¡Baja de ese trasto ahora mismo!

Ella sonrió y se despidió con la mano. Jesse vio rojo delante de los ojos.

—¡Ni se te ocurra irte con ese adorador de Satán, o te juro que te confiscaré el móvil!

La moto hizo un ruido fuerte al ser acelerada. Los dos jóvenes salieron como alma que lleva el diablo. Jesse soltó una blasfemia entre dientes. Entró en casa furioso, dejando caer la puerta con tanta fuerza que vibraron las

paredes. Sacó el móvil del bolsillo y marcó el número de Hayley. Sus manos registraban un temblor nervioso que nunca había experimentado antes de conocer a esa chica. Saltó el contestador.

—Hola, soy Hayley. No puedo atenderte. Deja tu mensaje.

—Soy yo, tu peor pesadilla. Vuelve de inmediato o te prometo que no irás al baile de fin de curso.

Y colgó enfurecido. Cruzó la cocina, fue al salón y se sirvió una copa de whisky. Con ella en la mano, se desplazó hacia el equipo de música y lo encendió. *¿Nights in White Satin?*

—¿Pero qué coño...? —se enervó Jesse.

Hizo ademán de cambiar el CD, pero se lo pensó mejor y lo dejó estar. Gruñendo y resollando como un viejo, se hundió en el sofá y tomó un trago. Esa canción le hizo recordarla. Rememoró cómo habían bailado esa noche, en aquel lugar.

Más vale que él te lleve a bailar, Hayls, pensó. Eres de la clase de chicas a las que les gusta bailar.

Echó la cabeza hacia atrás hasta apoyarla contra el respaldo del sofá, cerró los ojos y volvió a maldecir hacia sus adentros. ¿Qué pasaba con ella últimamente? ¿Por qué lo eludía tanto? ¿Estaba cabreada porque tenía novia? Vaya tontería. ¿Por qué estaría cabreada por eso? Jesse recordaba que había niñas que no eran capaces de tolerar a la novia de su padre tras un divorcio. Pero él no era su padre. No podría ser cosa de celos.

¡Ni que estuviera enamorada de ti!, se dijo, y luego su expresión se volvió rígida. ¿Podría ser eso? ¡Qué estupidez!, rebatió su mente al instante. Si ella está enamorada de ese chico... ¿Cuál era su nombre? Jesse hizo memoria. No, ella nunca lo había mencionado. ¿Podría ser él la persona de la que ella le había hablado? Jesse se incorporó en el sofá. ¡¿Pero qué estaba pensando?! ¡Claro que no era él! Ella se refería a algún chico que había conocido en alguna parte. En el instituto, a lo mejor.

Y su cita no tiene nada que ver contigo, cabrón egocéntrico. Está pasando por la época más rebelde de su vida. Además, está en la edad de tener novio. No tienes nada por lo que preocuparte. Ella no está enamorada de ti ni tú de ella. Punto. Sois amigos. Ya está. ¿Por qué no dejas de pensar en Hayley de una vez y te centras en otra cosa?

Debía de ser por esa estúpida canción. No le dejaba pensar en nada más que en ellos dos bailando. Jesse se levantó del sofá y tiró del cable. Paz y

tranquilidad. Estupendo.

Mark llevó a Hayley a un bar en el centro. Estaba lleno de jóvenes, y olía a cerrado, lo cual era comprensible, teniendo en cuenta el hecho de que se hallaban en una especie de sótano que fomentaba los temores claustrofóbicos de la joven.

—No conocía este sitio —comentó, aferrada a su chupa de cuero. No quería perderse en la multitud.

—Mola mogollón. Hay música en directo y todo eso. ¿Te gusta el rock?

¿Mola mogollón? Hayley lo miró horrorizada. Intentó imaginar a Jesse diciendo que algo *molaba mogollón*. No, no podía visualizarlo. Jesse jamás habría dicho algo así.

—¿El rock? No, soy más de *soul*.

—¿El qué?

—No importa.

—Ah, mira, se está librando una mesa. Vamos.

La arrastró hasta ahí, la hizo sentarse y se fue a por dos cervezas. Hayley estaba convencida de que Jesse le habría pegado un puñetazo a Mark de haberle visto ofrecerle una cerveza.

—Supuse que querrías una cerveza.

—Sí. Gracias, Mark.

La cogió y le dio un buen trago, para cabrear a Jesse, más que nada. No le gustaba el sabor de la cerveza, pero si llegaba a casa ebria, mejor.

Encendió el móvil y vio que tenía una llamada y un mensaje nuevo de Jesse. Lo borró de inmediato. No le apetecía escucharle gritar.

Mark le quitó el móvil de las manos, lo dejó encima de la mesa y le alzó la barbilla para pedirle que le mirara a él. Hayley sonrió. El chico quería su entera atención. De acuerdo. Iba a tenerla.

—Lo siento. Prometo no volver a mirar el móvil en toda la noche.

—Estaría bien. Oye... ¿Quién era ese tío? ¿Tu hermano?

Ella lo negó despacio.

—Mi tutor.

—¿Tutor? ¿Y tus padres?

—Muertos...

La expresión de Mark se alteró.

—Oh. Vaya. Qué torpe he sido. Lo siento.

—No pasa nada. ¿Hace mucho que trabajas en ese sitio? —se interesó Hayley, intentando deshacerse de esa tristeza, ya familiar a esas alturas.

—Desde el primer año de universidad —contestó Mark, antes de llevarse la botella a los labios.

—¿En qué curso estás?

—Tercero.

—¡Demonios! ¿En serio? Pareces más joven.

El robusto pecho de Mark se sacudió a causa de la risa. Sus ojos verdes se iluminaron.

—Sí, supongo.

Hayley advirtió que era un chico bastante guapo, con hoyuelos en las mejillas. Si ella no hubiese estado tan enamorada de otro...

—¿Y qué estudias? —volvió a preguntar.

Él la miró unos segundos a los ojos.

—Medicina.

—¡Vaya! —se asombró Hayley—. Me parece difícil.

—No lo es cuando lo tienes claro.

—¿Cuándo lo tienes claro? —repitió ella desconcertada.

—Que quieres salvar vidas.

—Oh.

—Sip.

Los dos se miraron incómodos. Hayley detestaba las primeras citas, los silencios incómodos, los chicos jóvenes que no sabían cómo actuar y dónde llevarla... Los hombres mayores, en cambio, eran diferentes. Nunca se ponían nerviosos. Lo tenían todo claro antes de salir de casa; eran hombres que se ceñían a un plan. Conocían los mejores sitios de la ciudad y cómo llevar una conversación. Para la joven Hayley no había lugar a dudas: la experiencia derrotaba a la juventud. Y a ella le gustaba la experiencia. Bueno, a ella le gustaba Jesse.

—¿Y tú? ¿Has pensado en qué es lo que te gustaría hacer en el futuro?

¿Casarme con Jesse y cuidar de él?

—No sé... A lo mejor ¿pintar?

—¿Sabes pintar? Guau. ¡Qué fuerte! Me gustaría ver un cuadro tuyo algún día.

Hayley se volvió triste otra vez. Sus obras eran desgarradoras. A la gente le disgustaba esa oscuridad que envolvía su arte. Preferían pinturas alegres y luminosas. Jesse era el único que creía que ella valía para ser pintora.

—Sí, algún día... —musitó distraída.

—Ay, mira, empieza el concierto. ¿Quieres que nos acerquemos? Ahí podremos bailar.

—Pero antes consigamos unas bebidas más fuertes —le pidió ella.

—¿Más fuertes?

—Tequila o algo así. Tú tienes edad para comprar alcohol, ¿verdad?

—Sí, pero... ¿qué pensará tu tutor?

Montará en cólera y escupirá fuego por la nariz.

—Olvídate de mi tutor. Esta noche lo pasaremos bien. Hoy se cumplen cincuenta días desde la muerte de mis padres y creo que ha llegado la hora de que me olvide de ese tema, aunque solo sea por un par de horas.

Mark, sin poner más pegos, se fue a por la bebida. Después de tomarse cinco chupitos seguidos, Hayley le cogió de la mano y lo arrastró hasta el escenario, donde cinco chicos jóvenes estaban a punto de arrancar la diversión.

Las guitarras eléctricas empezaron a sonar y Hayley se volvió de cara a Mark, le rodeo el cuello con los brazos y empezó a bailar con él.

—Mola mogollón —se burló, achispada.

Él bajó los ojos hacia los suyos y le sonrió. Era una de las chicas más guapas que había conocido nunca. Le alzó el rostro y lo atrajo hacia sí. Hayley no se echó hacia atrás, y Mark la besó. Al principio, apenas rozándole los labios. Luego, le metió la lengua dentro y le dio un beso lento, un beso que Hayley imaginó de era de Jesse, por lo que correspondió con un entusiasmo que hizo que Mark se enamorara de ella ahí mismo.

Cuando llegó a casa, Hayley se estaba tambaleando. Y esas sandalias de cuña eran tan incómodas...

—¿Seguro que puedes llegar hasta la puerta? —se preocupó Mark, abrazándola al lado de su moto.

Hayley se llevó una mano a la frente. Estaba tan mareada que apenas veía por dónde pisaba.

—Sí, estoy bien. Es que... no estoy acostumbrada a beber.

—Ha quedado demostrado.

Le echó el pelo hacía atrás, la cogió por la nuca y la besó, ahí, delante de su casa, sin advertir la presencia de Jesse detrás de las cortinas. Se había pasado toda la noche patrullando los pasillos, asomándose por las ventanas y llamando a Hayley cada cinco, o tres, minutos. Al oír el ruido de una moto, había pegado un salto del sofá y había llegado a la ventana de la cocina justo cuando ellos se estaban besando. Los miró con dureza y apretó los dientes y los puños. Sin embargo, no salió a molestarles. Estaban en la edad de enrollarse, ¿verdad? ¿Se enrollaba él con la edad de Hayley?

Puff. A menudo.

Mark fue disminuyendo la intensidad del beso, hasta que le puso fin. Hayley estaba sin aliento y hacía esfuerzos sobrehumanos para no vomitar. Se dio cuenta de que no habría sido demasiado halagador para la técnica del chico vomitar nada más acabar el beso, así que se obligó a mantener a raya la inquieta actividad de su estómago. Pensó en limones y en naranjas. Eso mejoró un poco las cosas.

—Tengo que entrar.

—Te llamaré mañana.

—Vale. Buenas noches. Gracias. Me lo he pasado bien.

Ella intentó marcharse. Mark no le soltó la mano y la atrajo de vuelta a sus brazos. Jesse entornó los ojos.

—¿No le metiste la lengua lo bastante, gilipollas? —gruñó detrás de la ventana.

Claro que Mark no le escuchó. Abrazó a Hayley y le volvió a dar un beso largo y pasional. Le costaba separarse de ella. Le gustaba muchísimo, y le hubiese encantado llegar más lejos esa noche.

—Mark... —advirtió ella tambaleándose.

—Sí, lo sé. Sufres una intoxicación etílica y solo quieres dormir.

—O vomitar... Me estoy forzando mucho para no hacerlo ahora.

—Oh. Vaya. Vale. Buenas noches.

Ella le dio la espalda por fin y arrastró los pies hacia la puerta de la cocina.

—¿Seguro que estarás bien? —gritó Mark a sus espaldas.

Jesse volvió a poner los ojos en blanco.

—Sí, seguro. Mañana hablamos.

¿Mañana? ¿Es que iban a quedar también mañana? Jesse soltó la cortina,

enervado, y se fue hacia la puerta para recibir con una buena amonestación a su rebelde pupila.

Hayley metió la llave en la cerradura. Jesse abrió con brusquedad y ella se tambaleó, perdió el equilibrio y aterrizó en sus brazos.

—Eh, ¿estás bien? —se inquietó Jesse, arrepentido por sus anteriores pensamientos y por la brusquedad con la que había actuado. ¿Pero qué demonios le pasaba? No se estaba comportando bien con ella. Sí, había tenido una cita tras la muerte de sus padres. ¡Tenía casi dieciocho años y quería superar su pérdida! ¿Qué demonios tenía eso de malo? ¿Por qué se había cabreado de ese modo con ella?

—Yo... —Las mejillas de Hayley se ahuecaron.

—Ay, madre, vas a vomitar.

Lo único que le dio tiempo de hacer fue coger la papelera y ponérsela delante. Hayley metió la cabeza dentro y vomitó. Jesse le sujetó el pelo hacia atrás y le acarició la nuca con los dedos. Era tan tierno que Hayley se sintió todavía peor.

—Lo siento —murmuró cuando por fin fue capaz de dominar su estómago.

—¿Cuánto has bebido? —preguntó Jesse con una calma que le puso los pelos de punta a Hayley.

Tragó en seco, sacó la cabeza de la papelera y lo miró arrepentida.

—Un cerveza.

—¿Y qué más?

—Dos o tres chupitos.

—¿Y qué más?

—Puede que fuesen cinco.

—Ajá.

—Jesse...

—No volverás a ver a ese chico nunca más —advirtió en un gruñido.

—Vamos, Jesse...

—¡Te ha dado de beber, Hayley! —estalló con furia—. Te-ha-da-do *de beber*. Debería haber sabido que te sentaría mal beber tanto alcohol. Tú no estás acostumbrada a beber.

—¿Y cómo iba a saberlo Mark? —le gritó ella.

—Yo lo habría sabido.

—¡Tú no estabas ahí!

Jesse se echó un poco hacia atrás y su nuez se movió al tragar saliva.

—No, no lo estaba —musitó, apesadumbrado.

Ella lo miró por unos segundos. Sus ojos dijeron todo lo que sus labios callaron.

—Buenas noches, Jesse —susurró, con los ojos clavados en los suyos.

Derrotada, se levantó del suelo, cogió su bolso y se fue arrastrando los pies hacia la escalera. Jesse fue tras ella.

—Si vas a seguir gritándome, olvídale. Me va a estallar la cabeza.

—No voy a seguir gritándote. Voy a asegurarme de que estás bien.

—Estoy bien.

—Quiero verlo con mis propios ojos.

Ella entró en su habitación. Él la siguió. Hayley le lanzó una mirada cruzada.

—¿Qué haces aquí? ¿Es que no sabes leer lo que pone en mi puerta? Pone *prohibido el paso. Propiedad de Hayley*.

Jesse sonrió un poco. Con las manos colgándole de los bolsillos de los vaqueros, se apoyó contra el escritorio lleno de dibujos siniestros.

—Ya sé lo que pone en la puerta. Lo colgué yo.

—Si lo sabes, lárgate —escupió ella mientras se deshacía de las sandalias—. Dios mío, qué alivio.

Jesse miró sus pies, descalzos, encima del parqué. Se imaginó a sí mismo mordisqueando esos dedos rechonchos.

—Tienes los pies hinchados —advirtió con voz rota.

—Llevo toda la noche bailando.

—Ah. ¿Y qué tal la cita?

Ella puso mala cara. Jesse se mantuvo impasible.

—Bien.

—¿*Bien*? ¿Eso es todo lo que vas a contarme?

—Bien, Jesse —gruñó exasperada mientras se quitaba los pendientes—. La cita fue bien. Mark me besó en repetidas ocasiones y, ya que pareces tan interesado, una vez, su mano...

—¡Vale! —chilló Jesse—. Te he entendido.

Ella sonrió, de espaldas a él. Al ver que Jesse no se iba, se le ocurrió una maldad. ¿Y por qué no? Estaba lo bastante ebria como para no tener inhibiciones.

Así que se volvió de cara a él y lo miró fijamente a los ojos. Jesse frunció

el ceño. ¿Qué estaba tramando Hayley? ¿Por qué de pronto lo miraba y sonreía de ese modo?

—¿Hayls? —susurró desconfiado.

Ella alzó la barbilla con gesto desafiante. Cogió la parte baja de su top, tiró de ella hacia arriba y se sacó la prenda por la cabeza. Los ojos de Jesse se abrieron de par en par. Y puede que oscurecieran un poco. Hayley estaba delante de él. ¡En sujetador! Necesitó unos tres segundos para reaccionar y darse la vuelta.

—Hayley, por Dios, avisa antes de hacer... ¡eso!

—¿Por qué? Estaba convencida de que te gustaría ver el *show*.

—¡Oh, por el amor de Dios!

Jesse salió enfurecido y tiró de la puerta con fuerza a sus espaldas. Hayley se quedó en mitad de la habitación, con una sonrisilla de triunfo jugueteando en las esquinas de sus labios. Le había afectado. Ella sabía que le había afectado verla de ese modo. Había percibido el cambio de expresión en sus ojos. No la había mirado como a una niña en ese momento. Había visto a la mujer.

Hayley sonrió y se dejó caer hacia atrás. Aterrizó en el mullido colchón, donde se quedó dormida de inmediato, con los vaqueros puestos y la cara llena de maquillaje. El mundo giraba demasiado deprisa como para mantener los ojos abiertos.

Jesse corrió a su cuarto de baño y se echó agua fría en el rostro. No estaba bien. No estaba bien mirar a Hayley de ese modo. ¡Maldita sea! ¡Tenía que cuidar de ella! Le dio un furioso golpe al lavabo y luego blasfemó. El mármol tenía más resistencia que sus nudillos, que empezaron a sangrar de inmediato.

Se mojó el oscuro cabello, se lo echó hacia atrás y levantó el rostro del lavabo, aferrándose con las dos manos a los bordes.

—Eres un degenerado, Jesse de Winter —le dijo a su imagen del espejo.

Enervado, dio media vuelta, se cambió de ropa y llamó a su novia. Eran las tres de la mañana.

—¿Qué? —rugió Rafaella, cuyo humor de recién despertada solía ser de perros.

—Hola, preciosa, soy yo.

—Ya sé que eres tú, Jesse. Tengo tu número grabado, ¿recuerdas? ¿Qué quieres a estas horas?

Jesse se dejó caer en el borde de la cama y suspiró.

—Me preguntaba si... si podría verte.

—¿Ahora?

—Sí. Te echo de menos.

Rafaella suspiró.

—Vale. Pásate por casa. Y a ver si arreglas la situación con tu protegida de una vez, porque esto de vernos a escondidas me crispa los nervios. Ni que tuviésemos quince años.

—Lo haré en breve. Lo prometo.

—Más te vale —gruñó Rafaella antes de colgar.

Jesse suspiró hondo, se levantó y salió por la puerta. Estaba a punto de bajar por la escalera, cuando vio de reojo la puerta de Hayley. ¿Estaría bien, o se habría desmayado? ¿Y si le pasaba algo? ¿Y si vomitaba en sueños y se ahogaba?

Inquieto, giró a la derecha por el pasillo y golpeó suavemente a la puerta.

—¿Hayls? ¿Todo bien ahí dentro?

No recibió respuesta. Volvió a llamar. Nadie contestó. Preocupado, entornó un poco la puerta. Hayley estaba en el centro del colchón, con los brazos extendidos hacia ambos lados y los pies colgando por encima del borde de la cama. Se había desplomado y no se había movido desde entonces. Si dormía en esa postura tan incómoda, al día siguiente estaría hecha polvo.

Jesse entró y la miró desde arriba. Por unos segundos, sus ojos se arrastraron despacio por todo el cuerpo de Hayley, como una caricia lenta y ardiente. Después, se sintió avergonzado por mirarla de ese modo. Se mordió el labio y suspiró. ¿Por qué no podía haberse desplomado con la ropa puesta? Exasperado, la cogió en brazos, tiró de la sábana y colocó a Hayley con la cabeza apoyada encima de la almohada. Ella ni siquiera se movió. Jesse la tapó con la sábana y sonrió un poco. Era adorable en ese momento. Se inclinó sobre ella y le dio un beso en la frente.

—Jesse... —suspiró ella.

Él frunció el ceño y retrocedió. ¿Estaba soñando con él? Debía de ser eso, pues parecía estar profundamente dormida.

—Descansa, Hayls —le susurró, acariciándole el pelo con ternura.

Salió despacio por la puerta y se fue a ver a Rafaella. Estaba necesitado de

contacto humano. De lo contrario, ¿por qué una parte de él todavía deseaba dar media vuelta, meterse en la cama de Hayley y dormir abrazado a ella? Eso no era muy paternal por su parte. Además, dormir con ella entre sus brazos seguro que ni siquiera era legal.

Las manos de Jesse temblaban cuando arrancó el coche y encendió la música. Buscó varias emisoras, hasta que encontró una que le agradara.

—Y ahora, antes de despedirnos, les dejamos con London Grammar y su *Wicked Game* —estaba diciendo el locutor, pobre diablo que estaba trabajando a esas horas de la madrugada.

Jesse elevó el volumen y empezó a tararear mientras conducía.

—*No, I don't want to fall in love... with you...*

La reprobación que sentía hacia sí mismo le hizo sacudir la cabeza.

—Eres un gilipollas, de Winter —se dijo.

Capítulo 6

El verano pasó volando para Jesse y Hayley. Se evitaron todo lo posible después de esa noche. Ella se sentía incómoda por haberse desnudado delante de él (y por haber vomitado en la papelera, y por haber regresado a casa en tan avanzado estado de embriaguez...), y él se sentía culpable por haberla mirado de ese modo, y por haber sentido todo lo que había sentido esa noche al verla medio desnuda.

De acuerdo, habían sido solo tres segundos, pero su intensidad había sido tal que Jesse se había sentido asqueado por sus propios sentimientos y deseos. Era repugnante, y más valía evitar todo lo posible a esa chica. Esa... ¡niña! Era una niña y se merecía a alguien de su edad, no a un viejo chivo degenerado. Jesse había sido bastante duro consigo mismo después de ese incidente. Incluso había sopesado la idea de ir a ver a un terapeuta. Estaba claro que algo dentro de su cabeza no funcionaba como era debido, si se sentía atraído por la joven Hayley.

Un día expuso sus preocupaciones delante de su mejor amigo, Ryan.

—O sea, que te atormentas a ti mismo por un par de meses —dijo Ryan despreocupadamente, mientras tomaban una cerveza aquella tarde.

Jesse lo miró por encima de sus gafas de sol. Estaban en una terraza en un parque y todavía hacía bastante calor como para que los dos expusieran sus largas piernas desnudas, bastante bronceadas después del interminable verano.

—¿Cómo que *por un par de meses*?

—Acabas de decir que le quedan tres meses para que sea mayor de edad. No es una perversión, Jesse. Es que... eres un hombre, y ella es una mujer. Y vivís juntos. Eso quiere decir que... bueno, que ella siempre está ahí.

—¡Es una niña!

—Que dentro de tres meses será adulta. Podrá votar, viajar al extranjero y... mantener relaciones sexuales contigo.

—¡Uh! No sé para qué te cuento nada.

Jesse apoyó la frente contra la mesa y hundió la cabeza entre los brazos. Ryan se echó a reír. Era un hombre muy apuesto. Rubio, de ojos verdes. Siempre lucía un bronceado perfecto. Su padre tenía un yate en Mónaco y Ryan pasaba ahí la mayoría de los veranos, navegando a su antojo. Llevaba

una vida relajada y libre de preocupaciones. Su filosofía de vida era diferente a la de Jesse. Si este último se hundía en un océano de conflictos interiores y culpa, Ryan se lo tomaba todo a la ligera, pues creía que la vida estaba hecha para disfrutarla y no para atormentarse.

—Escúchame, no pasa nada —intentó consolar a su amigo—. Yo una vez besé a una alumna mía.

—Tío —se quejó Jesse, asqueado.

—Y era un año más joven que tu Hayley.

—Ah, es repugnante. No quiero que me lo cuentes.

—Estaba buena —sonrió Ryan, perdido en sus recuerdos.

Jesse le miró sin dar crédito.

—¿Es que no os hacen pruebas psicológicas a los profesores de instituto?

Ryan le lanzó una mirada seca.

—No digas chorradas. No estoy loco. Es que algunas adolescentes de hoy en día parecen de treinta.

—¡Pero no lo son!

Ryan sacudió la cabeza, aburrido por el pronunciado sentido de la moralidad de su amigo.

—Solo digo que te olvides del tema. La miraste. ¿Y qué? ¿Qué ibas a hacer? Cualquiera hombre en su sano juicio miraría a una tía que se quita la ropa delante de él.

—Pero ella no es *una tía* —repuso Jesse exasperado—. Ella es Hayley. La Hayley a la que yo...

—Llevabas a jugar a la piscina de bolas —gruñó Ryan con los ojos entornados—. Sí, te he oído las primeras ochenta veces. Pero han pasado unos trece años desde entonces, Jesse. Hayley ya no tiene cinco años. Es una chica guapa, y estaba en cueros. Tú la miraste. No tiene nada de malo. Punto.

—El problema no es que la mirara —insistió Jesse—. El problema es lo que sentí cuando la miré.

—¿Una erección? —se burló Ryan.

Jesse hizo una mueca de enfado.

—¡No! No fue una erección, idiota. Fue algo mucho más fuerte que eso.

—¿Más fuerte que una erección? No hay nada más fuerte que una erección, compañero.

—Sí que lo hay. Es algo aquí. Dentro.

Jesse señaló su pecho.

—¿Amor? ¿Te refieres a amor? ¿Ese amor de *quiero casarme con ella, hacerle cinco hijos y tenerla solo para mí hasta que la muerte nos separe?*

—Bueno, no tan teatral. Pero sí.

—Vale. Estás loco. Coincido contigo. ¿Te buscamos psicólogo ya?

Jesse le dedicó una bonita peineta.

—¿Y la buenorra de tu novia? —se interesó Ryan después de un trago.

—Oh, por Dios. Recuérdame cómo me hice amigo tuyo.

—En la universidad. Te tiraste a mi novia, ¿recuerdas?

Jesse miró al cielo suplicando paciencia.

—Estábamos borrachos —se defendió.

—Sí, tú eres de los que comenten locuras cuando se emborrachan.

—Sip.

—Pues cuidado, no vayas a estar bajo el mismo techo que Hayley cuando bebas.

—No, si tengo peligro estando sobrio... Rafaella dice que debería enviarla a un internado en Suiza.

—¿Y vas a hacerle caso a *Cruella?*

Jesse puso mala cara.

—No, claro que no. No voy a apartar a Hayley solo porque yo sea un gilipollas.

—Entonces, tenla bajo tu techo y contéplala como a un sueño incorruptible e inalcanzable. Será tu *dama florentina*.

Jesse cogió la botella de cerveza y le dio un buen trago.

—Sí, cojonudo. Buen plan.

—¿Le has dicho ya que te casas?

—No, y no sé cómo decírselo.

—Muy sencillo. *Hayley, me la pones dura. Pero voy a casarme con Cruella de Vil porque estar coladito por ti me parece un atroz crimen en contra de Dios. ¿Qué te parece eso, compañero?*

—Me parece que eres gilipollas —escupió Jesse—. Me voy. Tengo que ir a recoger a Hayley.

—Uh, va a por su novia al insti —se mofó Ryan en voz alta—. Cuidado con los *skaters*, no te la vayan a quitar. A las chicas como Hayley les mola el peligro, y tú eres un sosaina, de Winter.

—Ve a mamarla —gruñó Jesse, levantándose airado.

Ryan soltó una carcajada y contempló a su amigo mientras este se alejaba

por la acera.

—¿Ese tío bueno es tu tutor? —preguntó Iris, una vieja amiga de Hayley. No eran íntimas, pero habían pasado por muchas cosas juntas. La guardería... La primaria... Las clases de hípica... El acné...

—Sí, ese es Jesse.

—Está como un queso. ¿Tiene novia?

—Sí —repitió Hayley de mala gana.

—¡No! Qué desperdicio. Tía, tienes que seducirlo. Será divertido.

Hayley puso los ojos en blanco. Estaba de espaldas a Jesse y alargaba su conversación con Iris aposta. Necesitaba valor para enfrentarse a otro viaje en coche, los dos callados y ausentes, en medio de una tensión casi tangible.

—No puedo. Para él tengo cinco años.

—¿Y tu novio?

—¿Qué pasa con Mark?

—¿Jesse no te mira de otro modo desde que sales con Mark?

—Oh, sí. Me mira con irritación.

Iris contempló a Jesse descaradamente.

—No lo sé, pero ahora mismo te está mirando de un modo bastante interesante.

—¿Con exasperación? ¿Aburrimiento? ¿Impaciencia?

Iris le lanzó otra mirada a Jesse. Él ni siquiera se molestó en fijarse en ella. Solo tenía ojos para Hayley.

—Interés. Yo que tú, me lo tiraba ya. Parece dispuesto. Oye, tengo que marcharme. Mis padres estarán echando espumas por la boca. Odian que me retrase. Te veo mañana.

—Sí, adiós.

—Ciao.

Hayley se volvió por fin sobre los talones y se encaminó de mala gana hacia la verja, donde aguardaba Jesse, vestido de blanco, con pantalón corto, camiseta y gafas de sol oscuras. Cogió una honda bocanada de aire en los pulmones, pero eso no hizo que se sintiera menos intranquila.

—Hola.

—Buenas tardes, señorita.

Él retiró las manos de los bolsillos y le quitó la mochila, que acto seguido se la colgó del hombro. Echaron a andar por la acera de camino al coche.

—¿Qué tal el primer día? —se interesó Jesse.

Hayley se encogió de hombros.

—Un asco.

Él la miró con la frente arrugada. Hayley tragó en seco. Era demasiado guapo. Y demasiado inaccesible.

—¿Por? —inquirió él.

Hayley volvió a hacer un gesto de desdén.

—El instituto es un asco. Quiero ser mayor y hacer lo que me plazca.

Él frenó en seco y la tiró de la mano para que dejara de andar.

—¿Es por mí? —susurró.

—¿Qué si es por ti, el qué?

Jesse se mordisqueó el labio por dentro.

—Lo que acabas de decir. Lo de ser mayor y hacer lo que te plazca. ¿Lo dices por mí? ¿Porque no estás cómoda con esta situación?

Hayley lo miró por debajo de las pestañas cargadas de rímel. A Jesse le pareció exasperada en ese momento.

—Me gusta vivir contigo, Jesse. Pero también me gustaría que mis padres estuvieran vivos y que mi vida no hubiese cambiado de este modo, y me gustaría ser mayor y ser tomada en cuenta. Una cosa no excluye a la otra. El hecho de que yo sueñe con todo eso no involucra necesariamente que no esté cómoda contigo.

—Yo sí te tomo en cuenta, Hayley —le susurró él.

—No para los asuntos serios.

—¿Qué asuntos serios?

No me besas, ni me tocas, ni me amas...

—Es igual, Jesse. Para ti solo soy una niña. Y da igual los años que sume. Siempre seré la niña de la jodida piscina de bolas a la que solías llevarme cuando era pequeña.

Jesse cerró los párpados y respiró hondo. Al cabo de unos segundos, abrió los ojos y le lanzó una mirada larga y llena de desesperación.

—Hayley, ¿qué hay entre tú y yo?

Ella lo miró demudada, con los ojos muy abiertos y los labios separados por la sorpresa. Se le habían ruborizado las mejillas.

—¿A qué te refieres?

Jesse la estudió con fijeza.

—¿Estás enamorada de mí? ¿Ese es el problema? ¿Por eso dices que no te tomo en cuenta para los asuntos serios? —Ella se ruborizó todavía más y apartó la mirada—. Porque si ese es el problema, Hayley, entonces llevas toda la razón. Sí, eres una niña. Y no, no te tomo en cuenta para esos asuntos, porque ¡sí!, Hayley, para mí siempre serás la chica de la *jodida* piscina de bolas —gritó, con sus ojos grises más dilatados que de costumbre.

Hayley se sintió tan herida que reaccionó del único modo posible: contraatacando.

—Eres un gilipollas presuntuoso si piensas que estoy enamorada de ti —escupió, con la voz similar al ladrido de un perro.

Y, sin esperar la contestación de Jesse, dio media vuelta y se fue airada hacia el coche.

—Sí que los soy —refunfuñó Jesse a sus espaldas, y su aspecto parecía derrotado en ese momento.

La siguió, abrió el maletero y lanzó la mochila dentro. Abrió la portezuela, ocupó su asiento detrás del volante y arrancó. Se fijó en que sus manos registraban ese extraño temblor, que solo sucedía cuando estaba con ella o cuando pensaba en ella. Mosqueado, se incorporó al tráfico y elevó casi al tope el volumen de la radio. Hayley apoyó las rodillas contra el pecho, las rodeó con los brazos y se pasó todo el trayecto mirando ausente por la ventana. Jesse no advirtió las lágrimas que se escurrían por el rostro de la chica. Más que nada, porque no la miró ni una sola vez. Se limitó a conducir, con una agresividad que no era natural en él.

Ni siquiera sabía qué le había molestado tanto. ¿El hecho de que ella había negado estar enamorada de él? No tenía sentido. ¡Jesse no quería que ella estuviera enamorada de él! Entonces, ¿por qué se sentía de ese modo? ¿Por qué cuando ella le había gritado que era un gilipollas presuntuoso y sus ojos se habían vuelto chispeantes, él había sentido la estúpida necesidad de cogerla por la cintura y atraerla hacia él, besarla obstinadamente y demostrarle de ese modo lo equivocada que estaba? ¿Demostrarle que sí estaba enamorada de él y que, tal vez, él también lo estaba de ella?

Jesse rechinó los dientes y adelantó a un coche que iba demasiado despacio para su gusto. Llegaron a casa. Él aparcó con un chirrido de ruedas. Bajaron a la vez y dejaron caer sus respectivas puertas con fuerza. Hayley se metió para dentro deprisa. Jesse se entretuvo recuperando su mochila.

Cuando llegó, ella estaba tomando un vaso de zumo.

Dejó caer la mochila al lado de sus pies y la miró. Ella sostuvo su mirada con el mismo empeño.

—Haz los deberes —le ordenó con dureza.

—¿Y sí no me diera la gana? —le propuso Hayley.

Jesse la fulminó con la mirada.

—¿Qué coño te pasa, Hayley? ¿Por qué de repente ya no me aguantas?

Hayley notaba los ojos escociéndole.

—¡Porque te echo de menos! —le gritó.

Eso pilló desprevenido a Jesse.

—¿Qué? —susurró, evaluándola con sus interrogantes iris grises.

—Que te echo de menos —confesó con voz queda—. Nunca estás en casa. No haces más que evitarme. Yo quiero tu atención, pero solo recibo migajas. ¡Y estoy harta de esto! ¡Si tienes algo que decirme, dímelo de una puta vez, Jesse!

Él la miró con un brillo agónico en los ojos. *¿Qué podía decirle? ¿Estoy enamorado de ti y no puedo estarlo porque, aparte de que seas una niña, eres la hija de mi mejor amigo? ¿La hija cuyos cuidados él me encomendó antes de morir? ¿Enamorarme de ti no supondría traicionar su memoria?*

—Si haces los deberes, te llevaré al parque esta tarde.

Hayley lo miró con seriedad, hasta que no fue capaz de soportarlo más y sonrió.

—¿Qué? —dijo Jesse, sonriendo también, a pesar de que no supiera por qué razón actuaban de ese modo.

—Intentas camelarme como a una niña malcriada.

Él le lanzó una mirada significativa por debajo de la frente arrugada.

—¿Funciona?

La sonrisa de Hayley se volvió cada vez más pronunciada.

—Ya te digo.

—Bien. Entonces, haz los putos deberes.

—Me está dando usted un mal ejemplo, señor de Winter.

Jesse entornó los ojos.

—He estado cinco minutos en la puerta de tu instituto y he escuchado cosas peores.

—No lo dudo. Voy a subir a hacer los deberes.

Jesse se apoyó contra la encimera y hundió las manos en los bolsillos de

su pantalón corto.

—¿Quieres que te prepare la merienda?

Hayley paseó la mirada por todo su rostro. Su recta nariz, sus sensuales labios, su mentón... Se imaginó a sí misma recorriendo con las puntas de los dedos la incipiente barba que cubría su tensa mandíbula.

—¿Hayley?

—¿Eh?

Subió hacia esos ojos grises y lo miró desconcertada.

—¿Te hago la merienda? —repitió él despacio.

Hayley notaba un enorme hueco en el estómago. Habría sido incapaz de comer nada.

O casi nada, pensó descaradamente, y luego se ruborizó.

—No. No tengo hambre —se apresuró a decir, con tanto nerviosismo que las palabras se atropellaban las unas contra las otras nada más brotar de sus labios.

—De acuerdo. Avísame cuando hayas acabado con los deberes.

Él salió por la puerta con las manos en los bolsillos y ella se quedó un rato contemplando su ancha espalda alejándose. Cerró los ojos y respiró hondo. Pensó en la noche en la que habían bailado juntos. Qué lejos le parecía ahora.

Suspirando, cogió la mochila y subió por la escalera. No tenía deberes. Por lo visto, a Jesse se le había olvidado que nadie tenía deberes en su primer día de instituto.

Llegada a su habitación, Hayley se dejó caer en la cama, boca abajo y con los pies en alto, y abrió su bloc de dibujos. De nuevo dibujó un otoño en el que Jesse la abandonaba. Esas imágenes eran demasiado obsesivas y el único modo de arrancárselas de la cabeza era plasmarlas en un papel.

Después de dedicar tres horas a unos deberes inexistentes, Hayley bajó al salón. Jesse estaba jugando a la videoconsola. Se quedó apoyada contra el umbral y lo miró con una sonrisa. Parecía un chaval en ese momento. El empresario ceremonioso y exigente quedaba muy lejos.

—¡Ah, joder! —se enervó Jesse cuando perdió la partida.

Hayley ahogó una risita. Él, pillado por sorpresa, se volvió y la miró.

—¿Te parece gracioso que haya muerto?

Quería hablarle con dureza, pero su voz registraba un evidente toque de diversión.

—Sí. Ha sido épico. *Dark Jezebel* ha muerto. Épico y dramático a la vez.

—¿Cuánto tiempo llevas mirando?

—Lo bastante como para saber que te llamas *Dark Jezebel* en el mundo virtual.

Jesse rio.

—¿Has hecho los deberes?

—Sí, señor. Todos.

Suspiró y se levantó del sofá.

—Bien. Entonces, al parque.

Hayley no se movió, se limitó a mirarlo desde el umbral.

—¿Haremos castillos de arena? En los parques no hay piscinas de bolas. O, al menos, en la mayoría, no.

Jesse se quedó en mitad de la estancia, con su casi metro noventa de altura, y sostuvo sus ojos. Gris contra marrón. Fuego contra hielo.

—No. Hoy haremos algo de mayores. Te lo prometo.

Ella hizo un amago de sonrisa.

—¿Voy bien vestida para lo que sea que vayamos a hacer?

Jesse le lanzó una mirada de arriba abajo. Se fijó en sus vaqueros anchos, en su camiseta verde y en las converse. Luego subió la mirada y la paseó por encima de su rostro, su delicado cuello, sus labios, sonrosados y un poco entreabiertos, sus hermosos ojos, su coleta alta, perfecta para enroscarla alrededor de su mano y atraer la boca de Hayley más cerca de la suya...

Para, Jesse. Para de una puta vez.

—Vas perfecta —dijo, y carraspeó, pues su voz sonaba ronca.

Hayley hizo otro amago de sonrisa. Jesse cogió las llaves del coche y salió, azorado, por la puerta. Era casi de noche. Estaba nublado y había muy poca claridad fuera. Sabía que cuando estuvieran en el parque, el mundo se oscurecería por completo.

Montaron en el Mercedes y cerraron las puertas a la vez. Él arrancó. Ella se puso el cinturón. Jesse siguió su ejemplo y se colocó el suyo. Actuaba como un robot. Ni siquiera estaba seguro de recordar cómo se conducía. Metió primera con la mano temblorosa. ¡Maldito temblor! ¿Qué era? ¿Parkinson, o el nerviosismo que le provocaba Hayley, sentada tan cerca de él que podía sentirla... respirarla?

En la radio pusieron *Caught out in the Rain*, y los dos alargaron la mano para elevar el volumen. Sus dedos se rozaron. Jesse y Hayley se miraron, desconcertados por la descarga eléctrica que habían sentido. ¿Cuál había sido la causa? ¿La oscuridad del ambiente? ¿La inminente llovizna? ¿La sensualidad de la música? Sus corazones latían violentamente mientras sus ojos se evaluaban confusos. Alguien pitó, y Jesse volvió la vista al frente e intentó centrarse en el tráfico. Tragó saliva, enderezó los hombros y agarró el volante con más fuerza. Hayley subió la música, y él dejó caer los párpados por un segundo.

—¿Por qué no te gusta Justin Biber, como a las chicas de tu edad?

—Porque no soy como las chicas de mi edad.

—Ya —Jesse frunció los labios, al mismo tiempo que suspiraba—. ¿Cómo te va con Mike?

—Mark.

—Como sea.

—Bien. No me va mal.

—¿Estás enamorada?

—Sí... —sonrió Hayley, melancólica.

Jesse le lanzó una mirada breve.

—¿De él?

Ella agitó la cabeza.

—No, de él no.

—Ya veo.

Volvió a suspirar y giró a la derecha, donde aparcó al final de la calle. Bajaron a la vez y cerraron las puertas al mismo tiempo. Parecían muy compenetrados.

En silencio, se encaminaron hacia la entrada del parque.

—¿Y a ti, Jesse? ¿Cómo te va con tu novia?

—Bien. No va mal.

Ella le lanzó una mirada de reojo.

—¿Cómo se llama?

—Rafaella.

—Es muy... exótico.

Jesse soltó una carcajada.

—Ella es muy exótica.

Hayley cabeceó incómoda y miró el cemento que estaba pisando.

—Ya me imagino. Me la tienes que presentar.

—Sí. Lo haré en breve.

—Vale...

Giraron a la derecha y anduvieron un buen cacho en silencio.

—¿Les echas de menos? —preguntó Jesse de pronto.

Ella lo miró confundida.

—¿A quién?

—A Nolan y a Emma.

Hayley bajó la mirada, apesadumbrada.

—Todos los días. Todos los días pienso algo del tipo: *Dios mío, este top no pega con esta falda. ¿Qué me pongo? Se lo preguntaré a mamá.* Pero luego recuerdo que mamá ya no está aquí.

Su voz se iba quebrando conforme hablaba y sus ojos se estaban llenando de lágrimas. Jesse le pasó un brazo por los hombros y la acercó a su costado. Ella colocó la palma en su espalda y siguieron paseando de ese modo, pegados el uno al otro.

—Nunca dejarás de echarles de menos, pero llegará el día en el que te dolerá menos. Un día en el que, en vez de recordar el dolor de su pérdida, recordarás lo bueno del pasado, los momentos en los que Emma te preparaba pastel de moras, o en los que Nolan te obligaba a ducharte a diario y tú te negabas y montabas una rabieta.

Hayley soltó una risita.

—Es verdad que me negaba. Se me había olvidado eso.

El pecho de Jesse se sacudió por la risa.

—No te gustaba la higiene, pequeña Hayley.

Ella se volvió a reír.

—Odiaba las puñeteras duchas diarias. ¡Con pelo y todo! Papá era un obseso de la limpieza.

—Sí que lo era —admitió él con una carcajada.

—¿Por qué tuvieron que irse, Jesse? No es justo.

—Las vida es injusta, Hayls. A la gente buena le suceden cosas malas.

—Ya... menudo tópico, ¿eh?

Él la pegó a su costado todavía más y plantó un beso en su coronilla. Hayley estaba devastada, envuelta por su calor y ese olor tan masculino, tan... suyo. Se estaba derritiendo, y el deseo que la desgarraba por dentro era insoportable. Alzó los ojos hacia los suyos y lo miró con verdadera

veneración.

Jesse bajó la mirada. Tragó saliva y le sonrió un poco. Su sonrisa fue breve. Esquivó. Desvió los ojos grises de inmediato, quebrantando la intensidad de ese contacto visual. De no haberlo hecho, la habría besado, y besar a Hayley era algo impensable para Jesse.

—Me ha llegado un correo electrónico de tu instituto —cambió de tema, para dejar de pensar en cómo se sentiría la boca de Hayley buscando indecisa la suya.

—¿Ah, sí?

—Sí, con los detalles del Baile de Otoño. No sabía que hubiera un Baile de Otoño.

—Sí, bueno, no es... nada especial. Ya sabes, pintamos hojas doradas y castañas, decoramos el gimnasio y ponemos una bola de discoteca para dar la bienvenida al otoño. Suele ser muy ochentero todo.

—Parece divertido —sonrió Jesse.

—Lo es. Si te gusta *Like a virgin*...

El pecho de Jesse se volvió a sacudir.

—Entiendo que a ti no te gusta Madonna.

—Soy más de Aretha Franklin.

—Me parece que naciste en la época equivocada —señaló él con aire divertido.

—¿A que sí? Hace medio siglo habría encajado mucho mejor.

Y tú me habrías hecho caso.

—Sí, creo que sí. Conque no te gustan los ochenta, ¿eh?

—¡Pero qué cutrez! —exclamó Hayley—. Igualitos que la frescura de los veinte o la elegancia de los cuarenta. La música, con unas cuantas excepciones, era mala. Los *looks*, Dios mío, qué espanto. El cine, brrrrrr. Malo de cojones.

Él la miró indignado.

—¡Los ochenta molaban, niña blasfema! Lo que pasa es que tú no has vivido en esa época y no la entiendes. Vamos, hombre, ¡¿el cine malo?! ¿Has visto *Los Gremlins*?

—Tristemente, sí. 106 minutos de tormento.

Jesse le puso la mano en la nuca y le echó la cabeza hacia abajo, a modo de broma.

—No te metas con mi película de la infancia, o te perseguiré por todo el

parque. Y deberías estar aterrada, porque también he visto *Pesadilla en Elm Street*. ¡Varias veces!

—Oh, te puedo imaginar viendo ese espanto de película, con tu *look* ochentero y la cara llena de acné. Debías de estar monísimo. ¿Llevabas la permanente, Jesse?

Él se rio.

—No. Nunca me hice la permanente.

—Puf. Muy mal, porque yo te imagino con un *look* a lo Bon Jovi.

—Ah, ¡Bon Jovi! Y ahora me dirás que tampoco te gusta Bon Jovi, claro. Hayley torció la boca.

—No. Bon Jovi es lo único de los ochenta que sí mola.

Jesse suspiró con un alivio tan teatral que hizo reír a Hayley.

—Menos mal. De lo contrario, esta noche cenabas gusanitos.

—¿Te gusta Bon Jovi, Jesse?

—¿Estás de coña? He ido a todos sus conciertos y tengo un póster de la banda debajo de mi cama.

—Vaya. Pues sí que te gusta.

—Ya te digo. Oye...

—¿Mmmm?

—Y el baile este...

—¿Qué pasa con el baile? —preguntó ella, mirándolo.

—¿Vas a ir con Mike?

—Mark.

—Como sea.

Hayley se encogió de hombros.

—Bueno... ningún otro se ha ofrecido a llevarme, así que...

Jesse, sin embargo, no se dio por aludido, y prosiguió.

—Porque, si vas a ir con Mike...

—Mark —interrumpió ella con los ojos entornados.

—Como sea. Si vas a ir con él, me gustaría conocerle antes.

Hayley le lanzó una mirada cruzada.

—¿Por qué?

Jesse hizo una mueca.

—Ya sabemos lo que pasa en los bailes del instituto.

Hayley se apartó de él con horror.

—¡Oh, Dios mío! ¡Me vas a dar la charla del condón!

Jesse la miró azorado.

—No, solo iba a decir que tiene que traerte de vuelta antes de medianoche y que no te deje beber bajo ningún concepto. Espera, ¿crees que debería darte la charla del condón?

Estaba tan desconcertado que Hayley alucinó.

—¡No, Jesse! ¡No tienes que darme la charla del jodido condón! Ya sé que hay que usarlo.

Jesse dejó de caminar y la miró con ojos como platos.

—Porque Mike y tú....

—¡MARK! ¡Por el amor de Dios! ¡Se llama *Mark!*, ¿te enteras?

Jesse levantó la mano en actitud conciliadora.

—Lo siento. *Mark*. Mark y tú...

—¡No pienso decirte si lo he hecho con Mark, Jesse, por el amor de Dios!

—No estarás embarazada, ¿verdad? Hayley, soy demasiado joven para convertirme en el yayo Jesse.

—¡Oh, Dios mío, llévame a casa! ¡No te soporto!

Y se fue gruñendo por la avenida. Jesse se quedó en ese mismo sitio, desconcertado. ¿Él sería el yayo Jesse si ella tuviera hijos? ¡Oh, era terrible! ¿Seguro que Hayley no estaba embarazada de ese cretino que le metió la lengua hasta la garganta aquella noche? Porque, si le había metido la lengua con tanto descaro, delante de su jodida casa, ¿qué más le había metido ese muchacho?, y ¡¿dónde!?

Jesse vio rojo delante de los ojos. Su respiración empezó a acelerarse de golpe. Escuchaba el latir de su sangre en los oídos.

¿Estoy teniendo un ataque de pánico? ¡No puedo tener un ataque de pánico!

—¡Jesse, espabila! —gritó Hayley a lo lejos—. Empieza a llover.

Jesse sacudió la cabeza para despejarse y la siguió como un robot. ¡El yayo Jesse!

Capítulo 7

Cuando Jesse y Hayley se quisieron dar cuenta, llegó octubre y el baile de otoño se había convertido en una realidad que estaba a la vuelta de la esquina. Jesse tuvo que buscar un hueco en su apretada agenda para llevar a Hayley a que se comprara un vestido.

Aburrido por esa tarea, dejó a su joven pupila en manos de una dependienta que no dejaba de ponerle ojitos, y se hundió en una butaca bastante cómoda. Retiró el móvil del bolsillo y se puso a jugar al *Candy Crush*. Un juego estúpido, pero relajante.

Hayley salió del probador y se quedó delante de él, con un vestido de noche color cereza.

—¿Y bien?

Jesse sacó la nariz del móvil y la miró. Empezaron a temblarle las manos otra vez.

—Por encima de mi jodido cadáver llevarás ese vestido, Hayley.

—¿Por qué no? ¿No me sienta bien? —preguntó insegura.

Jesse dejó caer los párpados y gruñó.

—El problema no es ese, Hayls. El problema es que el bueno de Mike será incapaz de mantener las manos quietas. O, lo que es aún peor, la...

—¡Vale! —chilló Hayley, tapándose los oídos—. Te has hecho entender.

La dependienta paseó la mirada de un rostro al otro, intentando averiguar qué era lo que estaban buscando exactamente en un vestido.

—Buscaré otro que pueda gustarle a tu hermano.

—No, yo no soy...

—Él no es...

Al darse cuenta de que estaban hablando al mismo tiempo, se callaron los dos y se miraron incómodos.

—Oh. ¡Oh! Perdón. No me había dado cuenta de que es usted el padre. Como es tan joven...

El rostro de Jesse fue recorrido por una oleada de furia.

—No soy su padre —declaró entre dientes—. Y vaya usted a buscar el dichoso vestido de una vez.

La dependienta se marchó turbada. Hayley giró sobre los talones para regresar al vestidor.

—Hayley.

Se detuvo después de un par de pasos más, pero no se giró hacia él.

—Si quieres ponerte ese vestido, puedes ponértelo —le dijo Jesse con voz suave—. No voy a imponerte qué ropa llevar. Solo que... no parece tu estilo, eso es todo.

Un suspiro hondo ensanchó el pecho de la chica.

—Que le den al vestido. Si me lo pongo, no podré respirar. No sé en qué estaba pensando.

Y sin añadir nada más, dejó caer la cortina a sus espaldas.

Cuando volvió a salir, Jesse la contempló con un nudo en la garganta. Esta vez llevaba un precioso vestido griego de color amarillo limón. Era largo y sencillo, y estaba perfecta con él. Era como si lo hubiesen creado aposta para ella.

—Estás... —hizo un gesto afirmativo porque no le salían las palabras.

Hayley se quedó plantada delante de él, evaluándolo con la mirada.

—Creo que este me gusta —musitó, un poco indecisa—. Pero vale el doble.

El rostro de Jesse era inescrutable. Tan solo sus ojos dejaban entrever una reacción, pues ardían más que nunca mientras se arrastraban por todo el cuerpo de la chica. Sabía que nunca se borraría de su mente la imagen de Hayley aquel día. Siempre la vería delante de él con ese hermoso vestido amarillo.

—Me da igual el dinero. Este es *el* vestido. Estás perfecta con él.

Se sonrieron el uno al otro y la dependienta suspiró aliviada. Se acababa de llevar un muy buen incentivo por la venta de ese vestido carísimo. Le gustaban los tíos con pasta. ¿Por qué no la había mirado ese hombre?

El viernes, Jesse se paseaba intranquilo de un sitio al otro. Era la noche del baile y él estaba mucho más nervioso que la misma Hayley, que llevaba toda la tarde encerrada en su habitación. ¿Qué demonios hacía ahí? ¿Necesitaba ayuda? Jesse no pudo aguantar más toda esa zozobra y subió los escalones de dos en dos, para ir a averiguar qué sucedía ahí arriba.

Delante de la puerta de Hayley, empezó a dar vueltas, cada vez más inquieto. Levantó la mano para llamar, pero cambió de opinión en el último

momento y la volvió a bajar. Dio una vuelta circular y suspiró. Se tornó de espaldas a la puerta y se dispuso a regresar al salón. Las chicas siempre tardaban en arreglarse. Más valía aguardar a que ella saliera.

Había bajado tres escalones cuando, movido por un impulso demencial que le resultó imposible de reprimir, frenó en seco, dio media vuelta y llamó con impaciencia. ¡Maldito temblor de manos!

Escondió las manos en los bolsillos para ocultar ese nerviosismo. Parecía un neurótico que fumaba cuatro paquetes de cigarrillos al día y bebía más de la cuenta. No era esa la imagen que pretendía dar a Hayley.

—Pasa —musitó ella, con voz extraña. ¿Estaba mala? ¿Con gripe? ¿Varicela? Su voz no parecía normal.

Jesse, aún más preocupado, entornó un poco la puerta y metió la cabeza por el hueco.

—¿Te encuentras bien?

Hayley no estaba dentro de su campo visual.

—No... —farfulló, con voz estrangulada.

El corazón de Jesse dio un vuelco. Entró deprisa y la buscó con la mirada. Hayley estaba sentada en un rincón, acurrucada en el suelo, y había lágrimas corriendo por su anguloso rostro. Algo se encogió dentro de Jesse. Verla ahí tan vulnerable, tan indefensa... Nunca se había sentido peor.

—Hayls, ¿qué pasa, pequeña?

Se fue a su lado, se arrodilló en el suelo y la cobijó entre sus brazos.

—No viene... —gimió ella.

Jesse la miró confuso.

—¿Quién?

—¡Mike! O sea, Mark. Por culpa tuya ya no sé ni cómo diablos se llama.

Jesse se mordió el labio para no sonreír. Era un pésimo momento. Hayley parecía muy afectada y no quería echar más leña al fuego.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—¡Me ha dejado! —balbució Hayley, enterrando el rostro en la camisa de Jesse—. Ha cortado conmigo por teléfono. Está saliendo con otra persona. Mayor, claro... Dijo que estaba cansado de perder el tiempo con una chica con la que no se... Bueno, ya sabes.

Hayley alzó el rostro para mirarle y se limpió la nariz con el dorso de la mano. Jesse apretó los dientes con ira. ¿La había dejado porque no se estaba acostando con él?

—Menudo cabrón —gruñó.

—Eso es lo de menos. El problema es que ahora no puedo ir al baile y todos se burlarán de mí mañana. Les había dicho que iría con un chico mayor, y pensarán que me lo he inventado todo. ¡Quiero morirme! —declaró, con el rostro contorsionado. Su labio inferior temblaba y las lágrimas no dejaban de caer.

Jesse sabía que para las chicas de la edad de Hayley todo era un drama y un *quiero morirme*. Aun así, deseó con todas sus fuerzas quitarle ese dolor, por muy superficial que fuese.

—Que le jodan a ese tal Mike —blasfemó enfurecido—. No sabe lo que se está perdiendo.

—¡Lo sabe y le da igual! —berreó Hayley entre sollozos entrecortados.

—Chiss. Calla, pequeña, no llores más. Jesse está aquí.

Después de mecerla un par de veces entre sus brazos, la soltó, se levantó y se fue al armario. Movié varias perchas, hasta que encontró lo que estaba buscando. Con el vestido amarillo en la mano, regresó adonde estaba Hayley y se lo alargó.

—Vístete, Hayley.

—¿Para qué? —sollozó ella, mirándolo desde el suelo—. ¡No tengo pareja!

—Sí, sí que la tienes.

Hayley dejó de sollozar por un momento y lo miró desconcertada.

—¿De qué estás hablando?

—Hay un chico mayor (y, no quiero parecer presuntuoso, pero es bastante atractivo), que se muere por llevarte a ese ridículo baile del instituto. Así que deja de moquear, ponte este espectacular vestido y arréglate mientras yo voy a buscar algo que ponerme. ¿Un esmoquin te parece excesivo?

—¿Tú? —consiguió articular Hayley—. ¿Vas a llevarme al baile? ¿Tú?

—¿No soy lo bastante guapo para encajar con la descripción que diste a tus amigas?

Ella soltó una risa incrédula. Él era mucho más guapo de lo que ella había descrito a Mike. ¡Mark! ¡Se llamaba Mark!

—No, es solo que...

Jesse la miró con naturalidad.

—¿Qué?

Hayley se encogió de hombros.

—Nada. Pensé que tendrías mejores cosas que hacer un viernes por la noche.

—Pues ya ves que no. Tienes una hora. Me impacientan los retrasos.

Y salió por la puerta, dejando a Hayley boquiabierta.

Cuando consiguió asimilar que él no estaba de broma, se levantó del suelo, se enjuagó las mejillas y entró en el baño. Se miró al espejo. Parecía un sapo. Sus ojos estaban hinchados y tenía un aspecto general horrible. Se lavó la cara con agua fría y se metió en la ducha.

Una hora más tarde, se estaba contemplando en el espejo de cuerpo entero que Jesse había montado en su habitación. Su cara había mejorado considerablemente. El maquillaje tapaba los últimos vestigios de llanto. Se sentía guapa, pero había algo en su aspecto que no la convencía. Algo que faltaba.

Y Hayley no conseguía adivinar el qué.

Jesse llamó a la puerta y entró, vestido con un traje negro que lo volvía irresistible a los ojos de su joven pupila. Sonrió al verla, y luego soltó un silbido apreciativo.

—¡Demonios! ¿Podría ser esta la misma chica de hace una hora? ¿La que berreaba entre terribles sollozos que se quería morir porque un gilipollas había cortado con ella por teléfono?

Hayley sonrió un poco.

—Bueno, puede que eso fuese un poco melodramático por mi parte.

Una chispa de diversión se reflejó en los iris grises de Jesse, y las esquinas de sus ojos se arrugaron un poco a causa del gesto risueño que dibujaron sus labios.

—¿Puede? —se mofó.

Ella puso mala cara.

—¡Está bien! Fue *muy* melodramático. Soy una *drama queen*. ¿Qué tal estoy? —preguntó insegura, lanzándose otra mirada al espejo.

La expresión de Jesse cambió. La sonrisa se apagó encima de sus labios, y su rostro se volvió pétreo.

—Estás preciosa —admitió con voz suave.

Ella buscó sus ojos y se estremeció. Él la estaba mirando de un modo especial. Como con deseo. La miraba como si la deseara en ese momento; como si deseara acercársele, hundir las manos en sus bucles oscuros y besarla. Hayley se imaginó cómo le separaría él los labios con los suyos y

cómo se hundiría en su boca. ¿Sería agresivo? ¿Insistente? ¿Tierno? ¿Pasional? ¿Una mezcla de todo?

Suspiró y, aunque se ruborizó un poco, fue incapaz de romper la intensidad de ese contacto visual. Jesse la siguió mirando, y Hayley advirtió que en sus ojos había más pasión de la que nunca había creído posible.

—Siento que me falta algo —susurró.

Él frunció el ceño.

—Y así es —dijo, mirándola.

Un atisbo de confusión encendió la mirada de la chica.

—¿Y qué es lo que me falta?

Jesse metió la mano en el bolsillo y retiró una cajita de terciopelo azul.

—Esto. Lo compré hace una semana, pensando en ti. Iba a dártelo esta noche. Me pareció perfecto para... este vestido.

Se le acercó con lentitud y le ofreció la caja. Hayley la cogió y la miró desconcertada.

—Ábrela —instó Jesse con suavidad.

Hayley buscó algo en sus ojos. Él asintió despacio, para reiterar sus palabras. Volvió a bajar la mirada hacia la caja que tenía en la mano, la contempló unos segundos y la abrió por fin. Dentro había un collar de oro. La cadena era fina, muy bonita, espectacularmente elaborada. El colgante era redondo. Un aro, en cuyo interior había un pájaro con las alas extendidas hacia arriba. Hayley pasó los dedos por los diamantes incrustados en su plumaje.

—¿Qué es?

—Un fénix —le explicó Jesse, con el rostro inclinado sobre el suyo—. El pájaro que siempre renace de sus propias cenizas.

Ella miró hacia arriba, hacia sus ojos, e hizo un acerbo amago de sonrisa.

—¿Un eufemismo de Hayley? —le propuso, con ese gesto agónico temblando en las comisuras de sus labios.

La boca de Jesse registró su espectacular sonrisa tímida.

—Un eufemismo de la única chica que conozco que sé a ciencia segura que sería capaz de superar cualquier cosa.

Ella notó un extraño picor en la garganta, lo cual le impidió hablar durante unos momentos.

—Gracias —dijo por fin, con la voz rota—. Es precioso.

Jesse asintió despacio.

—¿Puedo? —se ofreció, y ella dijo que sí con un gesto de la cabeza.

Él retiró la joya de su caja y lo sostuvo en la mano. Hayley se volvió de espaldas y se levantó el pelo en una coleta alta. Jesse cogió aire en los pulmones, lo soltó despacio y se obligó a relajarse de una vez. Rodeó el cuello de Hayley con el collar y se lo cerró. Ella se miró en el espejo y volvió a acariciar ese aro dorado.

—Es exactamente lo que me faltaba —musitó con mirada ausente.

Jesse no dijo nada. Se mantuvo a su espalda, callado, turbado, un poco pálido. Tan solo sus ojos reaccionaron, mirándola ardientes desde la rigidez de su rostro.

Cuando llegaron al baile, todas las compañeras de Hayley se quedaron alucinadas por su acompañante. Jesse destacaba un montón en ese gimnasio lleno de adolescentes. Él era un hombre, y era un hombre guapísimo que, allá adonde iba, todos se volvían para mirarle. Hayley pensó que parecía un dios rodeado de simples mortales. Estaba absolutamente embriagada esa noche.

Una vez dentro, Jesse la cogió de la mano para no perderse, y Hayley casi se desmayó ahí mismo. Todas esas corrientes eléctricas la dejaron demudada. Jesse tuvo que preguntarle tres veces qué quería beber.

Hayley dijo que vino. Jesse puso mala cara.

—¿Me estás tomando el pelo? Es un baile de instituto, Hayls. Aquí no sirven vino.

—Pues lo que sea que sirvan. ¿Qué más da?

Jesse pidió dos zumos de piña. Le ofreció uno a ella.

—Quieres... ¿bailar? —propuso, un poco incómodo. No sabía exactamente lo que había que hacer.

—No, todavía no. Busquemos un sitio para sentarnos —propuso ella.

Jesse peinó el gimnasio con la mirada. Todo el mundo estaba de pie, bailando.

—No hay ningún sitio para sentarnos.

—Yo conozco uno.

Lo cogió de la mano y lo arrastró hacia una puerta. Salieron de ahí y echaron a andar por un pasillo oscuro.

—Creo que no deberíamos estar aquí —advirtió Jesse.

—Relájate. No pasará nada.

Intentaron abrir varias aulas, pero estaban todas cerradas con llave.

—Tiene que haber algo abierto —se empeñó Hayley.

—Seguro que no. Volvamos a la fiesta.

—No seas aburrido. Esto es lo habitual en los bailes del instituto.

Jesse la miró aterrado.

—No me pedirás que me enrolle contigo en un aula vacía, ¿verdad?

Ella puso los ojos en blanco y siguió arrastrándolo por el pasillo. ¡Pues claro que se lo habría pedido! Pero sabía que Jesse se negaría.

—No, cascarrabias. No voy a pedirte que me quites la virtud esta noche, así que relájate.

Jesse empezó a sentirse asfixiado dentro de ese traje. No pudo reprimir a tiempo las imágenes que se reprodujeron en su mente, imágenes de ellos dos haciendo el amor apasionadamente. Intentó respirar y se aflojó la corbata.

—Menos mal, porque no pienso hacerlo —aseguró. Su voz temblaba.

Hayley tiró de la puerta del laboratorio de física y casi chilló de alegría. La puerta estaba abierta.

—¡*Tachán!* Perfecto para sentarse —anunció ceremoniosamente.

Empujó a Jesse dentro y cerró la puerta a sus espaldas. Él se sentó detrás de la mesa del profesor y adoptó un aire digno. Hayley tomó asiento en primera fila, delante de él.

—Señorita Walsh, más vale que haya hecho los deberes —bromeó, fingiendo la autoridad de un docente.

Hayley soltó una carcajada.

—Oh, sí, todos.

—¿Cuál es la fórmula química del agua?

—Es un laboratorio de física, Jesse —contestó ella con los ojos en blanco.

—Bueno, pues háblame de la teoría de la relatividad.

—Mira que eres aburrido. ¿A qué clase de bailes de instituto has ido tú?

La sonrisa de Jesse se borró. Hayley, a pesar de la oscuridad que les envolvía, se percató de ello.

—Nunca he ido a un baile de instituto. Es mi primera vez —susurró él.

Ella tragó saliva, pero se sintió como si fuesen cristales los que se deslizaban por su garganta.

—¿Nunca?

Jesse lo negó despacio.

—En los orfanatos no organizan bailes, Hayls. Así que discúlpame si desconozco el protocolo.

Hayley se levantó de su asiento, se fue hacia él y le ofreció su mano. Jesse la miró confundido.

—¿Qué es lo que quieres de mí?

—Quiero mostrarte cómo es verdaderamente un baile de instituto. ¿Preparado?

Jesse sostuvo sus ojos. Ella no vio nada en su rostro. Él se mantenía inexpresivo.

—¿Qué tengo que hacer?

—Para empezar, coger mi mano.

Una sonrisa seductora quebrantó la rigidez del rostro masculino. Cogió la mano de Hayley y ella le hizo levantarse.

—Y ahora, hagamos maldades —anunció, complacida.

Él soltó una carcajada.

—¿Eres consciente de que soy tu tutor?

—Esta noche, no. Esta noche tienes quince años y eres un novato. Bienvenido a tu primer baile, Jesse de Winter. Lo primero que debes saber es que, antes de ir a divertirse, hay que putear a los profesores.

—No sé si me gusta eso.

—Tienes quince años, ¿recuerdas? Te gusta, confía en mí. ¿Y cómo puteamos a los profesores, señor de Winter? —preguntó como si estuvieran en un examen de ciencias.

Jesse sacudió la cabeza.

—¿Haciendo los deberes antes de que ellos lo pidan? —le propuso, con una sonrisa socarrona.

Hayley cabeceó con reprobación.

—No —gruñó exasperada—. Hay que desarmar la silla, novato. Ya verás qué sorpresita se van a llevar el lunes.

—¡Pero eso es vandalismo! —exclamó él horrorizado.

—Exactamente. Así que manos a la obra. Tiene que haber un destornillador en alguna parte de este laboratorio, y más vale que lo encuentres.

Jesse abrió varios cajones, aunque la que dio con la caja de las herramientas fue Hayley.

—Tengo el destornillador.

—Temía que dijeras algo así —refunfuñó él, disgustado, mientras cerraba de mala gana el cajón en el que estaba cotilleando. ¿Vodka? ¿Qué clase de profesores había en ese instituto? Jesse se aseguró de confiscar esa botellita antes de que cerrara el cajón. Ya más tarde tomaría represalias.

—Pero he encontrado algo mucho mejor —añadió ella con aire de complacencia.

—Dios nos libre.

Jesse se guardó la botella en el bolsillo interior de la chaqueta, se volvió hacia su pareja de baile y la miró expectante. Hayley, con expresión malévola, le señaló un pequeño bote de plástico. A juzgar por su media sonrisa, parecía encantada por esa nueva travesura.

—Tinta azul —anunció, alzando las dos cejas en un gesto diabólico.

—¿Tinta azul? ¿Para qué queremos la dichosa tinta azul? ¿Pretendes que le firmemos un cheque por los destrozos causados?

—Ay, Dios, qué poco espabilado. ¡Empaparemos la silla! Así, cuando se levante, tendrá el ojete azul. ¿Qué te parece?

—Bueno, es menos sanguinario que destrozar el mobiliario. Me gusta. Venga, echemos la tinta y larguémonos de aquí antes de que nos descubran.

Hayley se la ofreció.

—¿Pretendes que lo haga yo? —se asombró él.

—Eres un novato, y nunca has hecho maldades. Así que adelante. ¡Echa la tinta! El tapizado es azul. No lo notarán, hasta que sea demasiado tarde. Y lo mejor de todo es que el lunes tengo física y el profe es un cretino racista, xenófobo, que, además, sufre una homofobia preocupante. Una vez suspendió a un chico porque lo vio besándose con otro en el recreo. ¿Te lo puedes creer?

Oh, sí. ¿Qué esperar de un hombre que oculta botellitas de vodka en los cajones de su escritorio?

—Parece una mala pieza.

—Oh, lo es. Me lo pasaré en grande cuando le vea paseándose por los pasillos con una mancha azul en el ojete.

Jesse, riéndose, se fue y cumplió con el reto. Como estaba de espaldas a Hayley y ella no podía verle el rostro, sonrió mientras empapaba la silla. Se sentía malo, y la idea de que le pillaran haciendo eso era vivificante. En el fondo, sabía que no era para tanto. Lo más probable era que la tinta estuviera ya seca el lunes por la mañana. Aunque eso no hizo que le pareciera menos

divertido...

—Ya está. ¿Y ahora qué?

—Ahora guardaremos el bote vacío en mi bolso.

—¿Por qué?

—Haz lo que quieras, pero sin que te pillen. El principal lema del siglo XXI, novato. No queremos dejar pruebas.

—Bien visto.

Le ofreció el bote y ella lo guardó en el bolso.

—Siguiente parada: a bailar —anunció Hayley entusiasmada.

Lo volvió a coger de la mano y lo arrastró de vuelta al gimnasio.

—¡Ah, cómo me gustaba esta canción! —exclamó Jesse, refiriéndose a *Living on my Own*, de Freddie Mercury.

—Sí, de las pocas que molan de esa época.

Se fueron al centro de la pista, donde, rodeados de alumnos vestidos de gala, empezaron a bailar. Hayley sonrió al ver a Jesse moviéndose tan despreocupado como cualquier otro joven de por ahí. Tenía treinta y dos años y era su primer baile de instituto. La primera vez que el Jesse de quince años que llevaba dentro bailaba con una chica. Y esa chica había resultado ser precisamente ella. Era maravilloso; una noche mágica.

—*I go crazy. Oh, so crazy. Living on my own* —cantaron a la vez, en una actuación muy teatral. Se miraron y estallaron en carcajadas.

—Parecemos Cher y Sonny —se mofó Jesse.

—Pues deberíamos cantar *I Got you Babe* —señaló ella divertida.

Jesse soltó una carcajada y volvió a atraerla cerca de él. Bailaron ahí, en esa pista, durante algo más de dos horas. Estaban eufóricos los dos.

En algún momento, él se excusó y dejó que ella bailara con sus amigos, cosa que Hayley hizo durante un buen rato. Pero sin Jesse, sus sonrisas ya no eran verdaderas. Su diversión era fingida. Su cuerpo se movía, sus labios sonreían; sin embargo, su corazón no estaba ahí. Su corazón se había marchado con él.

Decidió ir al servicio, pintarse los labios y luego buscarle. Sentía sus ojos siguiéndola desde alguna parte, y no se equivocaba. Él la había estado observando todo el rato, encogiendo las pupilas cada vez que un chico le rozaba la cintura o se inclinaba para susurrarle algo al oído y ella reía. Si Jesse hubiese estado al tanto de lo difícil que le resultaba a ella fingir todas esas risas...

Cuando regresó, Hayley dio una vuelta completa al local y encontró a Jesse en una esquina, apoyado contra la pared. Estaba cruzado de brazos y miraba impasible hacia la pista. Si ella no estaba ahí, ese lugar no despertaba ningún interés en él. Incluso la música había dejado de gustarle desde que Hayley se había marchado al baño.

—¿Volvemos a bailar? —propuso, colocándose a su derecha, con la espalda pegada a la pared.

—Después de esta canción —dijo él.

Ella suspiró y su mirada se perdió en algún punto. Abandonó su ensimismamiento cuando empezó una canción que le resultaba hartamente familiar.

—¡No me lo creo!

La sonrisa de Jesse fue traviesa. Volvió los ojos hacia ella y la miró con dulzura.

—Me han dicho que a una chica de esta sala le gusta Aretha Franklin —comentó el DJ—, así que, Hayley, quien quiera que seas, esto es para ti: *A Natural Woman*.

Hayley se tapó la boca con las dos palmas para no chillar. Jesse rio y le ofreció su mano.

—¿Quiere bailar la señorita?

—¡Ay, madre! ¿Cómo has conseguido que pongan esta canción?

—Sencillo. Le di cincuenta pavos al DJ.

Hayley soltó una carcajada.

—Ningún novato debería llevar tanto dinero encima.

Él alzó las cejas en un gesto pícaro y sus ojos destellaron auto suficiencia.

—Pero yo no soy un novato, Hayls.

Ella retuvo sus ojos y adoptó un gesto serio.

—Es lo que más me gusta de ti, Jesse de Winter —susurró.

Él tragó en seco. La atmósfera había cambiado. Estaba más cargada. Electrificante. Lo cogió de la mano, él la atrajo hacia su pecho, y empezaron a bailar, despacio, pegados el uno al otro. Hayley apoyó la cabeza en su hombro y él se aferró a ella con un poco más de fuerza. Los dos mantuvieron los ojos cerrados, para aislarse de todo cuanto les rodeaban. Ya no estaban en un baile en el instituto de Hayley. El escenario fue alterándose dentro de sus mentes, hasta que cambió por completo. Las personas desaparecieron, los muros cayeron, Boston quedó atrás, y ellos se encontraron en una especie de campo verde y desierto. Solos. Él y ella, mirándose a los ojos mientras el

mundo cambiaba demasiado deprisa como para seguirle el ritmo.

A ninguno de los dos les importaba ese aislamiento. Porque en ese lugar de sus mentes, en esa extraña dimensión, no había leyes ni normas. Ahí podían amarse sin que nadie les condenara por ello. Dentro de sus mentes, se hallaban en un lugar especial, donde no existía lo correcto o lo erróneo, sino el *aquí y el ahora*.

De haber estado solos en el mundo, Jesse y Hayley habrían sido felices. Pero eso no era posible, porque en realidad se encontraban en un baile, en un instituto lleno de personas. De modo que, tan pronto como acabó la canción, retrocedieron y se evaluaron el uno al otro. Jesse estaba serio. Demasiado serio, advirtió ella.

—Creo que ya hemos hecho todo lo que había que hacer en un baile, novato —se esforzó en decir Hayley, para poner fin a ese momento tan triste—. Salvo bañarnos desnudos en la piscina y enrollarnos en la sala de profesores, pero algo me dice que no querrás hacer eso.

Jesse intentó sonreír. No fue capaz. Estaba demasiado turbado. La había vuelto a sujetar entre sus brazos y la sensación había sido muy poderosa. Cada vez que estaba cerca de ella, ese dolor en el pecho se volvía más agudo.

—Será mejor que nos vayamos a casa —susurró al cabo de unos instantes de silencio.

Ella asintió.

—Sí...

Jesse la condujo hacia la puerta, que abrió y sujetó para ella. Hayley se adentró en la oscuridad de la noche con paso lento. Lloviznaba.

—Maldita lluvia —juró Jesse—. Quédate aquí. Traeré el coche. No tiene sentido que nos empapemos los dos.

Ella asintió en silencio y lo miró mientras se marchaba. Jesse tardó menos de dos minutos, pero, aun así, Hayley estaba muerta de frío cuando se montó. Jesse, por supuesto, se dio cuenta y elevó la calefacción. Antes de poner el coche en marcha, encendió la música y buscó una canción que sabía que le gustaría a ella.

Hayley, perdida en la música, cerró los ojos y apoyó la sien contra la ventana llena de vaho.

—Es Angie Stone, ¿verdad? —susurró.

—Sí —respondió Jesse con voz ronca.

—Me gusta. No sé cómo se llama esta canción, pero me gusta.

Él se humedeció los labios y le lanzó una mirada. Ella se mantuvo con los ojos cerrados. La cabeza le daba vueltas.

—*Wish I didn't Miss You* —contestó Jesse.

La boca de Hayley se alzó un poco.

—Sí, yo también lo desearía... —murmuró.

Jesse la miró unos segundos más de la cuenta. Una parte de él le exigía a gritos que detuviera el coche en la cuneta y la besara.

No puedes besarla, de Winter. Porque si la besas, el mal estará hecho y no habrá vuelta atrás.

Hayley suspiró con una tristeza que hizo que Jesse frunciera el ceño. Preso de un momento de repentina debilidad, cogió la mano de Hayley. Ella, asombrada, abrió los ojos y lo miró. Jesse le devolvió la mirada.

Y no soltó su mano.

Hayley se estremeció. Por las corrientes eléctricas, por el fuego que ardía en las pupilas de Jesse... la música, la lluvia... Se mordió el labio, y él oprimió sus dedos con más fuerza. Algo se rompió dentro de ella cuando Jesse se llevó su mano a los labios y plantó un beso en sus nudillos. Sus labios se sentían cálidos y suaves. Lo habría dado todo por sentirlos moverse contra los suyos.

—Gracias —le susurró Jesse, cambiando de marcha con la mano de Hayley en la suya.

Ella le lanzó una mirada confusa.

—¿Por?

—Por mostrarme lo que se siente al ir a un baile de instituto. Me has hecho sentirme vivo esta noche, Hayley.

Hayley hizo un amago de sonrisa.

—Soy yo la que tiene que darte las gracias a ti.

Él arrugó la frente.

—¿Por?

—Por convertirlo en el mejor baile de instituto al que he ido nunca. Y, créeme, he ido a unos cuantos.

Las esquinas de la boca de Jesse se alzaron de un modo apenas perceptible.

—Duerme, pequeña Hayley. Pareces cansada.

Hayley volvió a cerrar los ojos. Estaba agotada. El llanto, el baile, estar con Jesse... Era demasiado para ella en ese momento, así que se quedó

dormida de inmediato. Jesse condujo cada vez más despacio, como si no quisiera llegar nunca a casa. La ciudad a su alrededor se mantuvo en la oscuridad. Las gotas que se deslizaban por el cristal del coche parecían lágrimas, como si el mundo estuviera llorando. Angie cantaba: *desearía no extrañarte nunca más.*

Jesse tragó saliva y miró la mano de Hayley, encajada en la suya. Pasó el pulgar por sus nudillos muy despacio. Le pequeña Hayley. Estaba enamorado de ella, ¿verdad? Ryan tenía razón. Quería casarse con Hayley y tener varios hijos con ella, pero eso era imposible, porque ella se merecía a alguien mejor que él, alguien de su edad, alguien quien descubriera el mundo al mismo ritmo que ella. Él ya había vivido lo suyo. Estaba en otra etapa de su vida. No era justo para Hayley. Ella era muy joven y se merecía vivir, antes de asentar la cabeza y formar una familia.

Tenía que estar con alguien de su edad, un gilipollas como Mike, que la dejaría por teléfono en cuanto se cansara de ella. Y habría un montón de otros gilipollas iguales en su vida, hasta que un día, a lo mejor dentro de diez años, ella conociera a un hombre con el que tuviera muchas cosas en común. Un *buen* hombre. Se enamoraría de él, se casarían y serían muy felices. Tendrían hijos. Y un perro. Él le regalaría flores para su aniversario. Y la llevaría a bailar *Nights in White Satin*.

Y ese hombre nunca serás tú, Jesse. Nunca. Porque ella se merece a alguien mejor.

Jesse resolvió que en Acción de Gracias invitaría a Rafaella a casa y le confesaría a Hayley sus planes de casarse. Era lo mejor que podía hacer: casarse con su prometida y olvidarse de ese amor tan absurdo e imposible que le procesaba a Hayley, la chica a la que años atrás solía llevar a jugar a una piscina de bolas en el centro comercial.

Capítulo 8

Una vez arrancado el curso, Hayley empezó a estar tan ocupada en el instituto que apenas reparó en el extraño comportamiento de Jesse, quien la evitaba más que nunca. O si advirtió algo, no le prestó demasiada atención. Estaba acostumbrada a que él fuera encantador y se comportara como un hombre enamorado hasta que, de repente, cambiaba por completo. Regresaba esa distancia infranqueable, esos muros de hielo que eran demasiado imponentes como para que ella pudiera escalarlos.

Se apuntó a todas las actividades extraescolares que pudo y dedicó todo el tiempo a sus estudios. Necesitaba conseguir plaza en una buena universidad. Quería que Jesse se sintiera orgulloso de ella. A fin de cuentas, él se había licenciado *cum laude* en Empresariales, en una de las mejores universidades del país. Ella no podía acabar de otro modo.

Tan solo dejó de estudiar en Halloween. Vale que tuviera que esforzarse para obtener plaza en una buena universidad, pero a los muertos vivientes no podría dejarlos plantados. Podía tomarse una noche libre y pasarla con su amor de su vida, ¿verdad?

Se fue a un centro comercial y se pasó todo el día buscando disfraces para ella y para Jesse. Estaba emocionadísima. Se moría por pasar esa fiesta con él. Conociéndole, seguro que la llevaría a pedir caramelos como a los niños pequeños. Hayley ahogó una risita, giró la llave dentro de la cerradura y abrió la puerta. Jesse estaba en la cocina y justo estaba vistiendo una americana azul marino cuando ella entró.

—¿Por qué vas tan elegante? —balbució Hayley con un enorme nudo en la garganta—. ¿Vas a alguna parte?

Los ojos grises se volvieron hacia ella.

—Sí, voy a llevar a Rafaella a cenar. Vienen sus padres de Nueva York.

Hayley, a punto de echarse a llorar, dejó caer las bolsas al suelo y echó a correr hacia la escalera.

—¿Hayls? —Jesse, desconcertado por su comportamiento, la siguió con la mirada—. ¡Hayley! ¿Qué pasa?

La única respuesta que recibió fue el golpe de la puerta de la habitación de Hayley, que se cerró ruidosamente a espaldas de la chica. Jesse, con el ceño fruncido, fue hacia las bolsas y miró dentro. Vio dos disfraces: novia y novio

cadáver. Cerró los ojos y soltó una maldición ahogada. ¡Era Halloween! ¿Cómo diantres se le había olvidado? Probablemente Hayley se había pasado semanas enteras planeando alguna actividad con él y por eso estaba tan enfadada ahora.

Jesse cogió la bolsa de los disfraces y subió por la escalera. Golpeó suavemente la puerta de Hayley.

—¿Hayls? —susurró.

—¡Lárgate! —ladró ella, y, por su voz, Jesse supo que estaba llorando a mares.

—Por favor, ponte el disfraz. Por favor. Te dejo la bolsa aquí, al lado de la puerta. Haremos lo que tú quieras. En serio. Te lo prometo.

Depositó la bolsa en el suelo, retiró su disfraz de novio cadáver y se metió en su habitación. Lo tiró encima de la cama, soltó un largo suspiro y se sacó el móvil del bolsillo.

—Raf, yo soy.

Rafaella entornó los ojos. ¿Por qué siempre tenía que decir que era él? ¿Acaso no se daba cuenta de que ella ya lo sabía?

—¿Estás de camino? —preguntó, forzándose por dominar su mal genio y no pegarle una contestación borde a Jesse.

—En realidad, no. Verás.

—A ver —gruñó ella, exasperada. No le hacía falta escucharle. Por su tono incómodo, Rafaella ya sabía que esa niñata había liado alguna cosa para que Jesse no se fuera. Menuda pieza la tal Hayley. En cuanto se casara con Jesse, se ocuparía personalmente de darle su merecido.

—No puedo ir. Hayley... bueno, hoy es Halloween, y... acaba de...

La paciencia de Rafaella estaba a punto de acabarse.

—Perder a sus padres —terminó la frase en un ladrido—. Sí, Jesse, lo sé, ¿pero qué tiene eso que ver con nuestra cena? Mis padres vienen desde Nueva York para conocerte.

—Lo sé, cielo, lo sé, y me sabe fatal dejarlos plantados, pero no puedo dejarla sola. A lo mejor mañana...

—¡Mañana estarán en París, imbécil! —estalló Rafaella, ya cansada de seguir actuando con mesura—. No, ¿sabes qué? Quédate con tu querida Hayley y olvida todo esto. Mis padres te conocerán en la boda.

Y le colgó, furiosa. Jesse resopló, cansado de ese eterno rollo con Rafaella. Decía apoyarle con Hayley, pero aún no había recibido ni una sola

muestra de apoyo por su parte. Pegas, en cambio, le había puesto bastantes.

Se dejó caer encima de la cama y se estuvo masajeando el entrecejo durante un buen rato. Lo de ser adulto le agotaba. Suspirando, cogió el disfraz y fue a ponérselo al baño.

Ya vestido, se miró al espejo y empezó a sonreír. En ese momento descubrió que no le importaba haberse saltado la cena con sus futuros suegros. Inversiones financieras, fusiones... ¿Quién querría pasarse la noche hablando de ese rollo, pudiendo lanzar huevos y papel higiénico a las casas de sus vecinos? Jesse se sentía como si, de repente, tuviera quince años. Se dio cuenta de que nunca se había disfrazado en Halloween ni había hecho ninguna de esas cosas que tenía pensado hacer con Hayley esa noche.

Y volvió a sonreír. Nadie más que ella le hacía sentirse tan vivo.

Salió de la habitación, cruzó el vestíbulo y llamó a la puerta de Hayley. Su sonrisa se ensanchó al ver que la bolsa con el disfraz había desaparecido.

—¿Puedo pasar? —susurró, volviendo a golpear suavemente.

Como nadie contestaba, Jesse empujó la puerta. Hayley escuchaba música en su *iPod*, por eso no le había oído. Ya llevaba su disfraz de novia cadáver, y se había pintado el rostro de un modo aterrador.

—Estás... escalofriante —aseguró Jesse después de desenchufarle los cascos.

Ella sonrió al verle disfrazado.

—Tú, en cambio, no das nada de miedo.

—Lo sé. Yo no voy pintado como tú. ¿Crees que podrías... eh... echarme una mano con eso? No tengo maquillaje.

Hayley rio y le hizo sentarse en una silla, delante de su tocador.

—Tranquilo, tengo para los dos.

Se le acercó y empezó a disponer los botes. Jesse, al estar tan cerca de ella y aprovechando que estaba distraída, alzó la mirada y la contempló con ardor. Lentamente, absorbiendo cada una de sus facciones, paseó los ojos por su rostro, por sus labios... La boca de Hayley estaba tan cerca de la suya que Jesse se tuvo que morder el labio para refrenar el impulso de arrastrarla hacia él y perderse en ella.

—¿Preparado? —preguntó la chica, bajando los ojos hacia los suyos.

Lo único que pudo hacer Jesse fue asentir despacio.

—Pues allá vamos. Te echaré una base y luego el maquillaje blanco. No te muevas.

Jesse tenía las rodillas separadas y Hayley estaba entre ellas, aplicándole potingues en la cara. Jesse sonrió un poco.

—¡He dicho que no te muevas!

—Lo siento.

—¡Y que no hables!

Los dedos de Hayley repasaron todo su rostro mientras Jesse la miraba fijamente. Le gustaba sentir sus manos en su piel. Hayley bordeó su boca con las yemas, para esparcir bien la pintura blanca. Él se estremeció y tragó saliva.

—Empiezas a tener un aspecto decente —se burló ella.

Jesse siguió mirándola absorto. El corazón le latía desbocado, y tenía de repente muchísimo calor con ese disfraz. Él mismo se dio cuenta de que se le había alterado la respiración y que no había sangre en sus mejillas, tan pálido estaba por debajo de su capa de maquillaje.

Por fin Hayley acabó y giró la silla de cara al espejo. Jesse se miró asombrado.

—Vaya... ¡Qué artista! Doy miedo y todo.

—De eso se trata, Jesse. De que des miedo. ¡Es Halloween!

Él se giró con la silla y la miró sonriendo.

—¿Cuál es el plan?

—Supongo que no querrás hacer un botellón, ¿verdad?

—Lo supones bien.

—¿Y alterar el orden público?

—Hayley —advirtió Jesse en un gruñido.

—Está bien, está bien. Al menos me dejarás tirar huevos a las fachadas, ¿verdad?

—Eso sí.

—Bien. Pues vayamos a armar un infierno ahí fuera.

Jesse rio y la siguió de camino hacia la puerta.

Hayley retiró una cesta del armario de la cocina, cogió todos los huevos de la nevera y cuatro rollos de papel higiénico del baño. Jesse la seguía con la mirada, incapaz de dejar de sonreír. Hayley parecía muy entusiasmada.

Apoyado contra la encimera de la cocina, Jesse pensó en lo poco que hacía falta para que Hayley fuese feliz. No era para nada complicada como su novia. No ponía pegas a todo ni venía con ocurrencias cada cual más disparatada que la otra. Lo único que quería Hayley era su atención. Y

cuando se la concedía, aunque fuese una migaja, ella sonreía y estaba muy agradecida.

La sonrisa de Jesse se volvió triste. Deseó haberla conocida en otras circunstancias. De no haber sido la hija de su mejor amigo, y de no haber sido tan joven comparada con él, nada se habría interpuesto entre ellos. Ella habría sido suya. Pero eso no era posible. No en esa vida.

—Ya lo tengo todo —anunció la chica.

Jesse la miró con ese gesto acerbo temblando en las esquinas de su boca. Sus ojos devoraron el rostro de Hayley, haciéndola ruborizarse un poco. Nunca la había mirado de ese modo, con tantísimo empeño.

—Voy a sacar el coche —resolvió él por fin.

Suspiró y salió por la puerta. Hayley lo siguió con una mirada ceñuda, sin entender muy bien por qué él parecía tan triste esa noche. ¿Era porque ella le había estropeado la cena con sus suegros? Seguro que era por eso, pues no veía otra razón.

Volvió en sí al escuchar un pitito. Era Jesse, aguardando fuera. Hayley cogió el cesto, salió corriendo y ocupó el asiento del copiloto. Jesse condujo hacia la otra punta de Boston. No quería fastidiar a sus propios vecinos. Dejó el lujoso automóvil en un aparcamiento, bajó y cogió a Hayley de la mano. Las calles estaban llenas de gente disfrazada. Algunos les ofrecieron caramelos. Hayley los cogió y lo agradeció con esa sonrisa suya que siempre le alegraba el día a Jesse. Daba igual lo triste o estresado que estuviera. Verla sonreír a ella lo mejoraba todo.

Se alejaron por unas calles oscuras, hasta que, de repente, ya no se cruzaron con nadie.

—Creo que este lugar nos vale. ¿Preparado? —le dijo ella con una sonrisa diabólica.

Jesse asintió con solemnidad.

—Siempre.

—Pues manos a la obra.

Cogieron un par de huevos y empezaron a lanzarlos contra una fachada desvencijada. Habían lanzado unos cinco, cuando la puerta se abrió y salió un viejo con una escopeta.

—¡Venid aquí, cabroncetes! ¡Ya os enseñaré yo disciplina!

—¡Ay, madre! ¡Nos ha tocado el demente!

Jesse cogió a Hayley de la mano y salieron corriendo para ponerse a salvo

de los perdigones del anciano.

—¡Ya os alcanzaré, rufianes! —gritaba el viejo mientras descargaba la escopeta hacia arriba.

La cesta se cayó al suelo y quedó atrás. Riéndose como locos, Hayley y Jesse corrieron hasta un parque desierto, donde se dejaron caer en un banco para recobrar el aliento.

—¿Le has visto la cara? —rio Hayley entre respiraciones entrecortadas.

Jesse asintió.

—¡Estaba loco!

—Ya te digo. ¡Iba a dispararnos, el muy bribón!

Jesse soltó una carcajada.

—¿Quién dice bribón hoy en día?

Hayley también rio.

—Soy anticuada, ¿vale? Además, él nos llamó rufianes. ¿Quién dice rufián hoy en día?

Jesse la miró con una sonrisa de oreja a oreja.

—Dios, parece mentira que tenga treinta y dos años y esté haciendo estas locuras contigo —comentó, con aire pletórico. El corazón le latía como loco y la adrenalina chorreaba en sus venas, lo cual magnificaba el entusiasmo impreso en su rostro.

La sonrisa de Hayley empezó a perder contorno.

—Siento haberte estropeado los planes —musitó, de pronto arrepentida.

Bajó la mirada al suelo, pero Jesse colocó un dedo por debajo de su barbilla y la obligó a mirarle.

—Oye, tú no has estropeado nada. Estoy aquí porque quiero estarlo.

—Ya —dijo ella, para nada convencida de ello.

—Hablo en serio, Hayls. Me gusta pasar mi tiempo contigo.

Los ojos de Hayley escrutaron ávidos los de Jesse. Le pareció que él hablaba en serio. ¿Podía ser eso cierto? ¿De verdad le gustaba pasar su tiempo con ella?

—A mí también me gusta pasar mi tiempo contigo —susurró Hayley con voz rota.

Él sonrió un poco.

—Lo sé. Anda, ven aquí.

La cogió por las muñecas y la atrajo a sus brazos. No estaba bien abrazarla, y Jesse lo sabía, pero le dio igual en ese momento. Quería sentirla

más cerca de él. Mañana; mañana se alejaría de ella otra vez.

La rodeó con el brazo y la instó a apoyar la cabeza en su pecho. Hayley colocó la mano en su estómago, que se contrajo por debajo de sus dedos. El corazón de Jesse pegó un violento brinco y, muy a su pesar, empezó a notar que se empalmaba. Cerró los ojos y rezó para que su cuerpo se tranquilizara de una vez.

El dedo índice de Hayley dibujó un círculo en el rígido abdomen de Jesse. Su miembro se sacudió de nuevo. Jesse apretó los párpados con fuerza y juró hacia sus adentros. ¿Qué coño estaba haciendo? ¡Era Hayley, por Dios! ¡La pequeña Hayley! ¡No podía empalmarse con ella entre sus brazos!

Y, sin embargo, sucedió. El dedo de Hayley no dejó de moverse, y su miembro no dejó de reaccionar ante esas caricias.

—Hayls —suspiró.

Ella alzó los ojos hacia los suyos. Jesse bajó la mirada y tragó saliva.

—¿Sí?

—Yo...

Jesse intentó decir algo, pero las palabras no brotaban. Sus ojos enfocaron los labios entreabiertos de Hayley. La atmósfera estaba de nuevo cargada entre ellos dos.

El dedo de ella volvió a moverse. Jesse gruñó y, en un impulso descabellado, le rodeó el mentón con las puntas de los dedos y arrastró su boca hacia la suya. Los ojos de Hayley se abrieron de golpe y el corazón le dio un vuelco en el pecho. ¡Iba a besarla! ¡Él iba a besarla!

Jesse, para nada consciente de lo que estaba haciendo, rozó los labios de Hayley con los suyos. Lo hizo con tal suavidad que incluso él mismo quedó asombrado. Bajo los efectos de ese embrujo que no le permitía razonar como era debido, bajó los párpados y se entregó a todas esas emociones que le recorrieron de arriba abajo. Lo primero que sintió fue alivio; el alivio de haber conseguido algo que había estado persiguiendo durante muchísimo tiempo. Después, llegó el deseo; un deseo inaguantable, brutal, rayano en el paroxismo.

Habría detenido el tiempo eternamente en ese momento, de haberle sido posible. ¿Cuántas, cuántas noches no había soñado él con besarla? ¿Cuántas malditas veces la había contemplado mientras se iba a la cama y había fantaseado con cogerla del brazo, volverla de cara a él y hundir la boca en la suya?

Ahora estaba sucediendo. Su boca rozaba la de Hayley, y era mucho más intenso de lo que él jamás había imaginado.

Los labios de la chica se movieron vacilantes. Jesse no la estaba besando, solo tenía la boca encima de la suya, apenas tocándola. Él mantenía los ojos cerrados y los párpados apretados con fuerza. Ella, en cambio, los tenía bien abiertos, para así mirarle y asegurarse de que no era un sueño.

—Bésame, Jesse... —le suplicó, al tiempo que sus manos se aferraban a su rostro, desfigurado de culpa. Sus fríos dedos se clavaron en su mandíbula. Él gruñó, y por fin la besó. Le separó la boca con la suya, le metió la lengua dentro y la besó como nunca la habían besado. Era obstinado, insistente, con un punto de agresividad que enloqueció a la chica.

Los dedos de Hayley se clavaron en su mandíbula con más fuerza, y Jesse se volvió más hambriento todavía, obligando a Hayley a seguirle en esa erótica lucha de roces y empujones.

La besó hasta que notó que los labios de Hayley se estaban hinchando. Solo entonces aflojó la presión con la que sujetaba su barbilla, y sus labios fueron moviéndose cada vez menos, hasta que se detuvieron.

Al cabo de unos segundos, Jesse soltó los labios de la chica y apoyó la frente contra la suya.

—Lo siento —le susurró derrotado, dejando caer los párpados. Sabía que se arrepentiría después y, aun así, la había besado. Ahora, la culpa le consumiría durante meses—. Yo no...—no supo qué decir, así que calló. Abrió los ojos y le lanzó una mirada de arrepentimiento—. Lo siento, Hayls. No tenía que haberte besado esta noche —volvió a susurrar.

Ella asintió despacio, conmovida por la agonía que torcía la expresión de Jesse.

—Llevas razón. No tenías que haberme besado esta noche. Debiste haberlo hecho años atrás.

Él sonrió un poco y le acarició las comisuras de los labios. Su rostro todavía estaba inclinado sobre el de la chica, sus frentes se apoyaban la una contra la otra, y ella se moría por volver a sentir esos labios voluptuosos encima de los suyos.

—No volveré a besarte nunca más. Lo sabes, ¿verdad?

Hayley tragó saliva y sus ojos devoraron la expresión de culpabilidad pintada en ese rostro que tanto amaba ella.

—¿Qué puedo hacer para que cambies de idea?

Jesse volvió a sonreír.

—Nada. No puedes hacer nada. La decisión está tomada. Yo no puedo ser nada más que tu tutor.

—Entonces, ¿por qué me has besado esta noche? —preguntó ella mientras retrocedía un poco, herida por su rechazo.

Jesse bajó la mirada y sacudió la cabeza. Hayley sabía que él se estaba martirizando en ese momento, y no le gustaba verle así de atormentado.

—Porque a veces se me va la olla. Y porque me moría por... *besarte*.

Su confesión fortaleció las esperanzas de Hayley. Decidió ir al grano y plantear una pregunta cuya respuesta la atormentaba desde hacía meses.

—¿Estás enamorado de mí, Jesse?

Él retrocedió y la miró con ojos turbados.

—Voy a casarme con Rafaella.

Claro. Conciso. Hiriente. Sin ninguna especie de preparación previa. Lo había soltado tal cual. Hayley notó una punzada de dolor entre las costillas, como si le hubiese propinado un latigazo.

—Ya veo. Así que vas y besas a la pobre Hayley porque te sientes culpable por abandonarla.

El rostro de Jesse se nubló. Sus ojos se alzaron de prisa y fulminaron a los de Hayley.

—¿Qué coño estás diciendo? —gruñó entre dientes.

Hayley se levantó del banco y se quedó mirando a Jesse desde arriba. Nunca se había sentido más humillada o más herida. ¡Iba a casarse! ¿Por qué la había besado entonces? ¿Por pena? ¿Ella se había lanzado a sus brazos y a él le había incomodado rechazarla y por eso la había besado de ese modo? Oleadas de furia abrazaron las venas de la chica e incendiaron su rostro al instante.

—¿Sabes qué, de Winter? ¡Eres un *grandísimo* gilipollas, como todos los putos tíos de este estúpido planeta! ¡¿Por qué habré pensado que eras mejor?!

Estaba demasiado devastada como para seguir mirándole, por lo que echó a correr hacia la calle. Él juró y fue tras ella.

—¡Hayley! ¡Para ahora mismo!

Hayley corrió más rápido y giró a la derecha.

—¡Hayley! —volvió a rugir Jesse, siguiéndola—. Como no pares...

Se calló de pronto al encontrarse solo en un callejón sin salida. Peinó los alrededores con la mirada. Hayley no estaba ahí. El corazón de Jesse empezó

a acelerarse. Se echó el cabello hacia atrás con ambas manos y se lo mesó de pura desesperación. ¿Qué demonios pasaba con él? ¿Por qué no había sido capaz de mantenerse alejado de ella? ¿Y si le sucedía algo por culpa suya? Era de noche y los barrios estaban repletos de jóvenes borrachos. ¿Y si alguno de esos capullos le hacía algo a Hayley?

El pánico más atroz atenazó las entrañas de Jesse. Dio media vuelta, regresó corriendo a la calle principal y empezó a llamar a Hayley de nuevo.

—¡Hayley! ¡Por favor, vuelve! ¿Dónde estás? ¡Hayley!

Al escuchar su voz alejándose, la chica salió de detrás de los cubos de basura donde se había ocultado y se sorbió las lágrimas. Envuelta por la penumbra, caminó cautelosa hacia la calle alumbrada y corrió en dirección contraria a la voz de Jesse.

Ni siquiera era consciente de lo mucho que se estaba alejando. Ni siquiera le importaba. Lo único que deseaba Hayley en ese momento era que el feroz dolor que desgarraba su corazón cesara de una vez por todas.

Pero el maldito dolor se volvía más galopante con cada metro que la alejaba del amor de su vida.

Capítulo 9

Jesse se pasó la noche recorriendo las calles. Llamó a la policía y, aunque le aconsejaron que se quedara en casa por si Hayley regresaba, no obedeció. Sabía que ella no regresaría, así que la estuvo buscando como un loco. Nunca en toda su vida se había sentido peor. La desesperación, mezclada con la más absoluta impotencia, le resultaba devastadora. Sabía que era todo culpa suya. No tenía que haberla besado. Y mucho menos decirle, nada más besarla, que iba a casarse con Rafaella.

Ella lo había interpretado todo al revés. Ahora se sentía despreciada y creía que él lo había hecho por pena. Y no era así. Jesse la había besado esa noche porque nunca había deseado nada con tantas fuerzas como la deseaba a ella y había perdido el control. Unos minutos. Unos malditos minutos había bajado la guardia con ella y el resultado era caótico. ¡Tenía que encontrarla!

Al salir el sol, Jesse comprendió que Hayley estaba desaparecida y que no iba a regresar. Se dejó caer encima de un banco en la calle y permaneció ahí con la mirada perdida en la nada.

—No va a volver... —musitó. Se sentía devastado, aterrado, agotado por todo eso.

El teléfono vibró dentro del bolsillo de su pantalón. Se dio prisa para mirarlo, por si era Hayley.

No lo era. Aun así, contestó.

—¿Diga?

—Señor de Winter, soy el agente O'Reilly.

—Ah, agente. ¿Qué sucede?

—Hemos encontrado a Hayley.

El corazón de Jesse dejó de latir. Inconscientemente, apretó el teléfono entre los dedos con tanta fuerza que podría haberlo destrozado.

—Ella... Ella... ¿Está bien? —consiguió musitar, temiendo la respuesta a esa pregunta.

—Está perfectamente. Quizá acabe con un constipado, porque estaba congelada de frío cuando la encontramos, pero, por lo demás, no parece haber sufrido daño alguno.

Jesse cerró los ojos y dio gracias a Dios.

—Gracias. Muchísimas gracias, agente. ¿Dónde está?

—A mi lado. Vamos camino de su casa.

—En veinte minutos estaré ahí.

Los dos colgaron a la vez. Jesse se levantó deprisa y corrió hacia el coche. El alivio era igual de devastador que la preocupación anterior.

Condujo como un loco, abriéndose camino por las calles de Boston a base de pitidos y adelantamientos irregulares. Dejó el coche delante de casa con un chirrido de ruedas y entró corriendo. Hayley estaba en el sofá, con una taza de té en la mano y una manta alrededor de los hombros. Tenía los ojos hinchados y rojos y el maquillaje escurrido. Su suave cabello estaba despeinado, y había hojas de otoño en él.

Jesse se detuvo en mitad de la habitación y la miró arrepentido. Ella levantó la mirada hacia la suya.

—Lo siento —musitó.

Jesse hizo un amago de sonrisa. Se fue hacia ella, se arrodilló delante y devoró su rostro con la mirada.

—El que lo siente soy yo. Lo siento mucho, Hayls. ¿Estás bien?

Hayley sentía ganas de llorar a causa de toda esa suavidad con la que él le estaba hablando.

—Sí —consiguió balbucir.

—Bueno, parece que mi trabajo aquí ha concluido —comentó el agente de policía, incómodo.

Nadie le prestó la más mínima atención. Los dos habitantes de esa casa se estaban mirando ensimismados el uno al otro. O'Reilly esperó un minuto más, ahí apoyado contra la chimenea, y luego se fue hacia la puerta.

—Será mejor que me vaya.

Nadie contestó a eso. O'Reilly abrió la puerta, salió y la cerró a sus espaldas. Jesse siguió mirando a Hayley de ese modo tan suyo. Y ella siguió mirándole a él.

—Me he vuelto loco esta noche, pensando que te habías marchado —susurró.

Hayley se percató de que su rostro lucía decrepito, y algo se estremeció dentro de ella.

—Lo siento —balbució—. No tenía que haberme comportado de ese modo.

Jesse alargó la mano y le quitó una hoja del desgredado cabello. A Hayley la destrozaba toda esa ternura con la que él actuaba.

—Prométeme que nunca te irás, Hayley —le suplicó, ahí arrodillado delante de ella—. No soportaría la idea de no volver a verte nunca más.

Ella escrutó sus ojos, se fijó en la humedad que los cargaba, en el miedo que destilaban. Era evidente que a Jesse le aterraba la idea de perderla. ¿Por qué? ¿La amaba, o solo se sentía responsable de su destino? Hayley estuvo a punto de escupir esa pregunta, pero se detuvo a tiempo y se limitó a escudriñar su rostro en busca de una respuesta. Algo debió de ver en las facciones de Jesse, porque asintió despacio.

—Te lo prometo.

Jesse, aliviado, la agarró por los hombros y la atrajo hacia su pecho, rodeándola en un fuerte abrazo. Hayley se sentía entumecida. Cerró los ojos y suspiró. Nunca se había sentido tan bien como se sentía entre los brazos de Jesse. Ojalá nunca tuviera que salir de ese refugio.

Él la abrazó un momento más y luego retrocedió.

—Supongo que querrás dormir.

Hayley asintió en silencio.

—¿Te irás a la oficina?

Él lo negó.

—No. Yo también necesito dormir hoy. Me tomaré el día libre. Vamos. A la cama.

Hayley colocó la taza en la mesilla y lo siguió de camino a la escalera. Subieron en absoluto silencio, cortados e incómodos. Al llegar delante de la puerta de Hayley, se detuvieron. Ninguno sabía qué decir.

—Hayley, respecto a lo de anoche... —comenzó Jesse.

Ella agitó la cabeza.

—No hace falta que sigas disculpándote. Sé que no volverá a suceder.

—Aun así, lo siento.

—Ya. Y yo. Aunque no siento que me hayas besado, Jesse —desveló de pronto, mirándolo—. Solo siento haber huido como una loca y haberte preocupado.

Jesse sonrió un poco.

—¿Te confieso un secreto?

—¿Cuál? —susurró la chica, asombrada por el repentino aire travieso que delataba el rostro de Jesse.

Él la miró a los ojos durante un buen rato. Apretó la mandíbula y cogió aire en los pulmones. Lo que iba a decirle no era muy acertado por su parte,

pero no se lo podía callar más. Consideraba que ella debía saber que lo de la noche anterior no había sucedido por pena ni por compasión, sino que lo había propiciado el brutal deseo que hacía meses que sentía hacia ella.

—Yo tampoco siento haberte besado —le soltó, antes de volverse con cierta brusquedad y alejarse hacia su habitación.

Hayley se quedó en mitad del pasillo, atónita. Sus ojos estaban dilatados y perdidos en la nada. Gradualmente, una sonrisilla fue abriéndose camino en sus labios. ¡Jesse no lamentaba haberla besado!

Mil demonios atormentaban el alma de Jesse de Winter desde que había besado a Hayley. Los días en el trabajo se le hacían interminables. Las reuniones le cabreaban. Su humor no podía haber sido peor. Todos sus empleados estaban desquiciados. En menos de una semana, Jesse de Winter se había convertido en una versión masculina y bastante más retorcida de Miranda Priestly. Si antes resultaba bastante difícil tratar con él, puesto que Jesse era un jefe exigente y un trabajador todavía más aplicado, ahora era insoportable. Su impaciencia alcanzaba límites vertiginosos.

Aquel viernes, cuando por fin Jesse salió de su despacho en la última planta de la torre *DeWinter*, y echó a andar hacia el ascensor, una sonrisa de alivio se pintó en los rostros de sus empleados. Dos días sin soportar el mal humor del jefe era un regalo divino para todo el mundo, y pensaban aprovecharlo al máximo.

Jesse, ajeno a las antipatías que iba despertando, caminó con paso firme por toda la oficina. Se detuvo delante del ascensor y aguardó. A sus espaldas, todos fingían teclear deprisa en sus ordenadores. Jesse sonrió, complacido por la eficiencia de sus trabajadores.

Llegó el ascensor y Jesse le abrió paso a su secretaria, que subía con un montón de carpetas del archivo. Su odioso jefe le había pedido un informe detallado sobre las ventas del año pasado y a Sandra le tocaba trabajar ese viernes hasta muy tarde.

—¿Se va usted, señor de Winter? —preguntó con una acidez que no pudo reprimir a tiempo.

Jesse le lanzó una mirada aséptica. Aún estaba cabreado con ella por no haber preparado el informe tres semanas atrás. Si sabía que él necesitaba el

dichoso informe todos los años por esas fechas, y ella llevaba cinco años en la empresa, ¿por qué no se había adelantado para así tenerlo listo a tiempo? ¿De verdad tenía que pedirlo *todo, todos* los días?

—Sí. Me voy.

¡*Cabrón tiránico!*, pensó Sandra, enervada. Él se iba, tan ancho, ¡y ella tenía que quedarse a trabajar y perderse su cita a ciegas con un amigo de su hermano!

—Que tenga usted un buen fin de semana —escupió.

Jesse no se percató de lo envenenada que lucía su mirada. Tenías cosas más importantes en las que pensar. Cosas como... Hayley.

—Y usted también —farfulló mientras entraba en el ascensor.

Las puertas se cerraron a sus espaldas, por lo que no pudo ver la peineta de su secretaria ni escuchar las carcajadas de los demás empleados a los que había hecho trabajar hasta muy tarde ese viernes.

Empezó a tararear una canción y, de ese modo recorrió el aparcamiento, abrió su reluciente Mercedes plateado y ocupó su asiento detrás del volante. Había sido una semana complicada y se alegraba de que se hubiera acabado. Ahora tenía todo el fin de semana para pasarlo con Hayley. Rafaella estaba en París, confeccionando su vestido de novia.

Por lo general, Jesse la habría echado de menos. Esta vez, en cambio, le alegraba su ausencia. Así no tendría que pasarse otro fin de semana escuchando sus protestas y quejas. ¿Se quejaba más de la cuenta últimamente, o era cosa suya? Cogió el volante con más fuerzas y siguió divagando. Rememoró el beso que le había dado a Hayley, y volvió a sentir cómo se empalmaba. Juró por lo bajo y se prometió que nunca más pensaría en esa noche. Ni siquiera en sus fantasías más salvajes. Besar a Hayley había sido el mayor error de toda su vida.

¡Y ni siquiera tenía la decencia de arrepentirse!

Volvió a jurar. ¿Qué pensaría Nolan de todo aquello?

—¡Te entregué a mi hija para que la cuidaras, no para que te la follaras, de Winter, viejo chivo degenerado!

Seguro que le diría algo así. ¡Y con razón!

Por fin llegó a casa. Llovía, y las gotas que caían eran lentas, persistentes. Hacía bastante frío. Prácticamente, una temperatura invernal. La humedad caló a Jesse hasta los huesos. Se dio prisa para entrar antes de que se mojara todavía más.

Hayley estaba en el salón, sentada en el alfeizar de la ventana. Tenía una taza de cacao humeante entre las manos. En el equipo sonaba *Nights in White Satin*.

Jesse se quedó unos instantes mirándola desde el umbral. Ella no había advertido su presencia, estaba demasiado distraída contemplando las gotas que resbalaban por el cristal.

Él sonrió un poco. La veía tan delicada, tan vulnerable. Llevaba un jersey ancho color crema, que caía sobre su hombro derecho, y su oscuro cabello estaba recogido en un moño alto, muy desenfadado. Jesse nunca había visto nada más bonito que Hayley.

La miró con pasión, imaginándose cómo sería hacerle el amor.

Esa misma noche.

Mientras llovía.

Mientras Bettye gritaba: *Cause I love you, yes, I love you, oh how I love you...*

Casi pudo visualizar sus labios deslizándose por el largo cuello de Hayley. Sus manos deshaciéndole el moño, para hundirse en su cabello y atraer su boca hacia la suya. Se vio a sí mismo respirándola, absorbiéndola. ¡Y cómo la besaría! ¡Con qué pasión! ¡Cuánta ternura!

Claro que aquello no era más que un sueño salvaje que jamás llevaría a la práctica.

—¿Por qué te obsesiona tanto esta canción? —preguntó al cabo de un momento, con voz rota.

Ella movió los ojos hacia los suyos y sonrió.

—Tú solo escucha.

Jesse, con los párpados entornados, escuchó la letra de la canción, mientras su sonrisa tierna empezaba a cobrar cada vez más contorno.

—Ya veo. Es muy... sensual.

—Perfecta para hacer el amor —dijo Hayley, con los ojos clavados en los suyos y una media sonrisa pícaro torciendo sus labios.

Jesse tragó saliva, y las imágenes anteriores volvieron a atormentarle. Vio a Hayley tumbada debajo de él, vio sus sonrosados labios entreabiertos, preparados para recibirle...

—Sí. Supongo —musitó, desviando la mirada.

—¿Por qué no bailas conmigo, Jesse?

Él se ruborizó un poco, avergonzado de la reacción de su propio cuerpo.

—No debo bailar contigo, Hayley.

—¿Por qué no?

Jesse alzó la mirada y la observó por debajo de los párpados entrecerrados.

—Porque querré besarte otra vez. Y me prometí a mí mismo que nunca volvería a besarte.

—¿Por qué? —susurró ella, atrapando su mirada.

Los ojos grises de Jesse ardían con tanta pasión que algo se estremeció en el interior de la chica.

—Porque yo no soy el tío que necesitas, Hayls.

—¿Quién lo dice?

—Lo digo yo.

—Pues te equivocas.

Dejó la taza encima de la mesilla, se irguió y caminó despacio hacia él. Jesse volvió a tragar saliva. Sus manos empezaron a temblar de nuevo. Le ponía extremadamente nervioso tenerla tan cerca, en una noche como aquella. A sus espaldas, el fuego crepitaba en la chimenea. La lluvia tamborileaba contra el techo. Los ojos de Hayley le seducían. Sus labios... ¿Por qué no podía dejar de mirar sus labios?

Ella se plantó delante y le rodeó el cuello con los brazos. Jesse se mordió el labio para frenar el impulso de cogerla por la cintura y pegarla contra su cuerpo.

—Eres *exactamente* lo que necesito —susurró Hayley, sin aflojar la presión con la que sus ojos le retenían.

Los párpados de Jesse cayeron despacio. Su autocontrol empezaba a flaquear. Hayley se le acercó un poco más. Se inclinó un poco y sus labios rozaron la comisura de la boca de Jesse. El corazón de este se aceleró.

—¿Qué es lo que estás haciendo?

Quiso gruñir para apartarla de él, pero la voz le salió queda. Más que apartarla, estaba suplicándole más.

—Te estoy besando —contestó ella con naturalidad.

—No me beses, Hayley.

—¿Por qué no?

Jesse abrió los ojos y la miró.

—Porque no querré parar.

—¿Y quién dice que debemos parar?

Jesse se esforzó por mantener la mente serena. No podía hacerle el amor a

Hayley. ¡Era menor de edad, por el amor de Dios!

—La ley.

Ella soltó un suspiro desencantado. ¡Pues claro que Don Moralista no iba a quebrantar la ley por ella!

—Si es ese tu único impedimento, descuida. En breve seré mayor de edad y no habrá nada más interponiéndose entre tú y yo. ¿Sabes, Jesse? Cuando cumpla los dieciocho, quiero un solo regalo. —Los labios de Hayley se acercaron al oído de Jesse y subrayaron— Que me hagas el amor.

Sonrió como una niña buena, plantó un beso en su mejilla sin afeitarse y se marchó hacia su habitación. Él se quedó ahí, en el umbral, esforzándose por recuperar el aliento. La deseaba de un modo indecente. ¡Y ella le deseaba a él! Ahora ni siquiera ocultaban sus sentimientos. Cuando estaban cerca, se miraban de una forma demasiado carnal. Una simple caricia adquiría connotaciones distintas. Cogerla de la mano ya no era un simple acto entre dos amigos. Ahora parecía erótico. Sentir la calidez de su piel traspasándole, las descargas eléctricas penetrando sus venas...

Jesse sentía unos impulsos demasiado primitivos cuando estaba cerca de ella. Le invadía la tentación de atraerla a sus brazos, pegarla contra el mueble de salón y besarla hasta saciarse. Claro que sabía que nunca sería posible saciarse, pues lo que Hayley despertaba en él era insaciable.

Abrió el mueble bar, se sirvió una copa de *whisky* y ocupó el lugar que Hayley había dejado libre en el alfeizar de la ventana. De nuevo sonaba *Nights in White Satin*. La llovizna parecía cada vez más lenta, más penetrante. El calor del hogar envolvía a Jesse. El fuego de la chimenea agonizaba a sus espaldas. La estancia estaba en penumbra, iluminada solamente por esas mortecinas llamas y una luz dorada procedente del vestíbulo.

Se quedó ahí contemplando lágrimas en el cristal. No pensó en nada, tan grande era su abatimiento. Se limitó a escuchar a Bettye, sin saber que esa noche marcaría el comienzo de media década de obsesión, dolor y desesperación.

Al día siguiente, Hayley se enteró de que Jesse había invitado a su prometida para que pasara en casa el Día de Acción de Gracias, y eso desencadenó tres

noches de desesperado llanto. Al cuarto día, se recompuso y se prometió que nunca más volvería a verter una lágrima por un hombre.

La promesa duró al menos dos horas. Escuchó a Jesse hablando por teléfono, diciéndole a esa tal Rafaella que la quería, y fue incapaz de dominar el llanto. Subió corriendo a su habitación, echó el pestillo de la puerta y rompió a llorar otra vez.

Jesse le subió la cena, pero Hayley se negó a abrirle. Él dejó la bandeja en un aparador del pasillo, se sentó en la moqueta, al lado de la puerta, y suspiró.

—Hayls, habla conmigo.

—No —gimió ella.

Jesse apoyó la nuca contra la puerta y cerró los ojos. Hayley, al otro lado, hizo exactamente lo mismo. Sus espaldas se habrían rozado, de no haber sido por la madera que les separaba.

—Hayley, cielo, si he hecho algo que...

—¡No has hecho nada! Ese es el problema.

Jesse juró por lo bajo. La situación era insostenible. Ellos dos no podían seguir de ese modo. Por un momento sopesó la ocurrencia de Rafaella de enviar a Hayley a un internado en Europa. Sabía que era lo mejor que podía hacer por la chica, pero le mataba la idea de separarse de ella.

¿Y qué vas a hacer, de Winter? ¿Casarte con Rafaella, vivir los tres juntos y mirar a Hayley como un perverso? ¿Desearla como la deseas ahora?

Tampoco era una opción sostenible. No podía ser tan egoísta como para retenerla a su lado solo porque se sentía incapaz de dejarla marchar.

—¿Mañana vas a cenar con nosotros? Vendrán tus tíos de Nueva York.

—Me dan igual mis tíos —berreó Hayley. No quería que viniera nadie. Solo le quería a él. Se había imaginado que cenarían los dos juntos, encima de la alfombra, a la luz de una vela. Ella quemaría el pavo y tendrían que pedir pizza. La suya, picante. La de Jesse, con piña. Era perfecto. ¿Por qué él no pensaba lo mismo? ¿Por qué tenía que invitar a su estúpida novia, y encima, pedirle que fuese amable con ella? ¡No tenía la más mínima intención de ser amable! Si hasta el nombre le disgustaba. ¡Rafaella! ¡¿Pero qué clase de nombre era aquel?!

—Está bien —suspiró Jesse al cabo de un buen rato—. Me voy a la cama. La cena está al lado de la puerta, si a vuestra majestad le apetece cenar.

Hayley ahogó un sollozo.

—Lárgate, de Winter.

—Buenas noches, Hayls.

—No sé qué tendrán de buenas.

Él se marchó y Hayley estalló en llanto. ¿Por qué seguía adelante con su estúpida idea de casarse con otra? ¿No se daba cuenta de que ella le quería mil veces más de lo que le habría querido cualquier otra mujer? ¿No podía entender que habría hecho *cualquier* cosa por él? ¿Que él era su única razón para seguir adelante?

El corazón de Hayley sangraba, destrozado, y su rostro era un riachuelo lleno de lágrimas de dolor y desesperación. Se sentía vencida y más sola de lo que se había sentido nunca. ¿El otoño no iba a acabarse nunca?

Se levantó del suelo, sin molestarse en enjuagarse las lágrimas, y cogió su bloc de dibujos. Se sentó en el alfeizar de la ventana, dobló las rodillas y encajó el cuaderno entre ellas. Sus manos empezaron a trazar el contorno de una silueta humana. Un hombre. De espaldas. Porque se marchaba y no le importaba la chica que dejaba atrás.

Las lágrimas de Hayley se deslizaban a lo largo de su nariz y aterrizaban encima de su camiseta. No se preocupó por ellas. Siguió dibujando ese eterno otoño en el que perdía a Jesse para siempre. Lo sentía cada vez más cerca. Casi notaba su frialdad en la nuca. El cruel otoño la alcanzaría en breve y se lo arrebataría todo, dejándola a merced de un invierno solitario y áspero; un invierno donde no tendría más que hielo y soledad; profunda desesperación. ¡Negro, más negro! ¡Su dibujo debía volverse más oscuro!

Capítulo 10

Rafaella fue la primera en llegar aquella tarde. Quería que todo estuviera perfecto, por lo que a las tres de la tarde se presentó en casa de Jesse, para disponer la mesa y guiar a los del catering.

—¡Dios mío! —se escandalizó nada más llegar—. ¡Te dije que compraras velas beige!

Jesse, ceñudo, miró las velas que acababa de retirar de un envoltorio de plástico.

—Y las he comprado.

—¡Esto es naranja! ¡Te dije clarísimamente que tenía que ser *beige*! ¿Acaso no entiendes mi idioma?

Jesse se mordió el labio para no pegarle un corte. Llevaba ya un tiempo exasperándole con sus contestaciones bordes y su malhumor. ¿Siempre había sido igual de superficial, o era él, que desde que estaba colado por Hayley, no hacía más que encontrarle taras a su prometida? ¿Era alguna especie de intento retorcido por sabotear su propia relación y así dar vía libre a sus sueños más salvajes?

Intentó tranquilizarse, respirar hondo y tomárselo a la ligera. No era un buen momento para reflexionar ni para mosquear a Rafaella, a la que veía en ese momento como a un gatito caprichoso con deseos de afilarse las uñas en algún corazón humano. El suyo o, peor aún, en el de Hayley.

—Yo creo que no hay ninguna diferencia —comentó con un tono mesurado que, sin embargo, no consiguió aplacar la creciente furia de su prometida.

—¿*Tú crees* que no hay ninguna diferencia? ¡Dios, Jesse!, ¡no ves que no pegan con el resto de la decoración? ¿Sabes qué? Olvídalo —se llevó una mano al pecho, respiró hondo y se obligó a sí misma a sonreír—. No voy a estresarme por las puñeteras velas. Ya bastante estresante es toda esta situación. ¿Dónde está tu protegida?

Jesse la miró por unos segundos, con mala cara. Quiso decirle algo, y a punto estuvo, pero luego se lo pensó mejor y lo dejó pasar. Otra vez.

—Vistiéndose —contestó mientras colocaba las velas de mala gana.

Rafaella se dispuso a arreglar el centro de mesa.

—Pues qué falta de previsión. Debería estar ya vestida y ayudando con los

preparativos. ¿O es que espera que lo haga yo todo?

Jesse estaba a punto de escupir una respuesta áspera, cuando escuchó la puerta de la habitación de Hayley cerrándose con un estrépito. Calló, porque no quería que la chica les encontrara peleándose. Ya era bastante traumático para ella saber que Jesse y Rafaella iban a casarse.

—Calla, que ya baja Hayley —susurró.

Rafaella cogió una honda bocanada de aire en los pulmones.

—¿Qué tal estoy?

Jesse le lanzó una mirada de arriba abajo. Rafaella iba arreglada como para un desfile de moda. Llevaba un traje blanco, ajustado, con falda de tubo y chaqueta corta, una blusa de volantes y unos tacones de vértigo color *nude*, que hacía muy buen contraste con su piel dorada. Su pelo largo caía en ondas hacia un lado y sus labios brillaban con un tono color carne que los volvía más voluptuosos todavía. Estaba guapísima, y aun así, no despertó nada en Jesse.

Bien era cierto que su corazón se estaba acelerando, pero no era por Rafaella, sino por la chica cuyas zapatillas escuchaba bajar por la escalera.

—Estás perfecta.

Y era cierto. Lo estaba. Perfecta, aunque no para él. La perfección, en opinión de Jesse, vestía unos vaqueros rotos, una camiseta blanca, ancha, que caía sobre su hombro, y llevaba el cabello recogido en un moño alto, muy desordenado. Era frágil, vulnerable, susceptible y... la cosa más bonita que había visto en sus treinta y dos años de vida.

La miró eclipsado, y no pudo frenar a tiempo una sonrisa. Su rostro siempre adquiriría ese aire de ternura cuando Hayley andaba cerca.

—Buenas —saludó la joven con voz aséptica.

—Rafaella, esta es Hayley. Hayls, ella es Rafaella, mi... ejem...

—*Prometida* —gruñó Rafaella, exasperada por tantos balbuceos.

Jesse sonrió cortésmente.

—Prometida. Es mi prometida.

Hayley le lanzó una mirada indiferente a Rafaella, que estaba forzando una sonrisa de lo más falsa.

—Enhorabuena —les dijo con sarcasmo.

No se acercó a besarla ni a estrechar su mano. No tenía pensado ser amable con la mujer que le estaba robando al amor de su vida, por lo que se dejó caer en el sofá, de espaldas, y fingió que ninguno de los dos existía para

ella.

—¿Está bien? —le susurró Rafaella a Jesse.

—Puede que esté de mal humor —se atrevió a sugerir este.

—Me refiero a si está bien de la cabeza. Parece... no sé... ¿perturbada?

Jesse rechinó los dientes con ira y la fulminó con la mirada.

—¡Está perfectamente! ¿Me disculpas?

No esperó la respuesta. Dejó a Rafaella al lado de la enorme mesa, colocada para diez personas, fue hacia Hayley y la cogió del brazo, obligándola a levantarse del sofá.

—¿Me acompañas a por el hielo?

—¡¿No has comprado hielo todavía?! —chilló Rafaella, estupefacta.

—Se me ha olvidado.

—¡Dios mío! ¡Despierta, Jesse! Por si no lo has notado, tus invitados llegarán dentro de media hora.

Jesse se volvió hacia ella con mirada punzante.

—Solo necesito quince minutos para traer el puñetero hielo.

—¿Y por qué sigues aquí?

Para poner fin a esos chillidos, arrastró a Hayley hacia la puerta, dejando a Rafaella a solas, para que siguiera organizando cosas y cambiara los adornos de sitio. Nada la complacía aquella tarde.

Hayley y él caminaron en silencio por el jardín, en dirección al coche.

—¿Estás bien? —susurró él, la mar de preocupado.

Hayley se encogió de hombros a modo de respuesta. Jesse abrió el coche y montaron a la vez. No volvió a hablar hasta que estuvo ya incorporado al demencial tráfico. Todo el mundo se iba a casa para el Día de Acción de Gracias y la ciudad estaba colapsada.

Jesse tuvo que parar, ya que era imposible seguir avanzado. Estaban en medio de un océano de coches atascados. Miró la hora. Solo haciendo un pacto con Satanás volverían a tiempo para recibir a los invitados. Esa tarea le tocaría a la *dulce* Rafaella. A Jesse le complació esa maldad. Sabía que ella se lo echaría en cara después, pero le traía sin cuidado.

—¿Qué te ha parecido Rafaella?

Hayley se tomó unos momentos. Al notar su demora, Jesse pensó que ella no iba a contestarle ni a reaccionar de ningún modo, por eso se sorprendió cuando la chica movió la mirada hacia la suya y sus ojos parecieron verle por primera vez en varios días. Antes, le había mirado como si no existiera, con

la mirada perdida.

—¿Por qué te casas con alguien así, Jesse?

Él frunció el ceño. Nunca se había planteado esa pregunta.

—Es... guapa.

—Ya. Seguro que has conocido a un montón de otras chicas guapas. ¿Por qué ella?

Jesse se mordisqueó el labio por dentro.

—No lo sé, supongo que era el siguiente paso. La conocí, nos enrollamos, empezamos a pasar cada vez más tiempo juntos, ella dejó caer que le gustaría casarse... Y yo se lo pedí.

—Así que es por obligación.

La miró con los párpados entornados.

—No es solo eso, Hayls. No es solo obligación. Es que yo...

—¿La quieres?

No como a ti.

—Bueno, sí. No me es indiferente.

—Es mala gente —sentenció Hayley, moviendo la mirada hacia la ventanilla.

Jesse la cogió de la mano, y ella se obligó a respirar.

—¿Por qué dices eso?

—La escuché. Me llamó perturbada.

Jesse se mordió el labio para refrenar la sonrisa.

—Tienes buen oído.

—Como los zorros —coincidió ella, cada vez más tosca.

A pesar de su mal humor, sonrió un poco al escuchar la carcajada de Jesse. El tráfico empezó a animarse ligeramente. Jesse metió primera, sin soltar su mano, y condujo despacio.

—Ryan la llama *Cruella* —acotó de pronto.

Hayley rio y se volvió de cara a él.

—¿En serio?

Él asintió solemnemente.

—Ya te digo. Siempre la llama Cruella.

—Ryan me cae bien. Viene esta tarde, ¿no?

—Sí, pero no te acerques a él —aseveró Jesse—. Es un perverso.

Hayley le dedicó una mirada seca.

—Puede, pero resulta que a mí me chiflan los perversos.

Jesse, enervado, pegó un frenazo brusco, lo cual le acarreó una lluvia de pitidos.

—Te prohíbo que te acerques a Ryan, Hayley.

—¿Por qué? ¿Tienes celos? —le desafió ella.

Arrancó el coche para que los demás conductores dejaran de pitar y le lanzó una mirada rápida a la chica.

—¿Y si los tuviera? —le propuso, con rostro rígido y voz lenta.

El corazón de Hayley empezó a agitarse.

—Te diría que no deberías, ya que vas a casarte con *Cruella* y abandonarme para siempre.

Jesse se aferró a sus dedos con más fuerza.

—Nunca te abandonaré —aseguró, con los ojos grises clavados en los de Hayley—. Pase lo que pase. Tú y yo siempre estaremos juntos.

—Sí. Los dos juntos. *Con* Rafaella.

Un soplido exasperado brotó a través de los labios de Jesse.

—¿Qué quieres de mí, Hayley?

—Ya sabes lo que quiero, Jesse.

—No puedo darte lo que quieres.

—¿No puedes, o no te da la gana?

Él entrecerró los ojos y volvió a gruñir.

—Hayls, tienes diecisiete años.

—Casi dieciocho.

—Es igual. Prácticamente, te doblo la edad.

—¿Y crees que a mí me importa?

—¡Me importa a mí! —gritó él, mirándola—. Tú eres muy joven y no sabes lo que quieres.

—¡Sé que te quiero a ti! —gritó ella de vuelta.

Jesse cerró los ojos por un segundo.

—No digas esas palabras —musitó, con aspecto derrotado.

—¿Cuáles?

—*Te quiero*.

—¿Te molesta que te quiera?

—¡Dios, Hayls!

Como ya estaban al lado de una gasolinera, cogió el desvió y detuvo el coche. Se inclinó sobre ella y sus ojos planearon sobre su rostro.

—Yo no soy la persona con la que deberías estar. ¿Qué pensarías tu padre?

—¿Que eres un buen partido? —propuso ella, y Jesse puso los ojos en blanco.

—Me odiaría. Se supone que tengo que cuidar de ti, no... ¡En fin!

—¿Follarme? ¿Es ese el problema? ¿No quieres acostarte conmigo porque temes lo que pueda pensar mi padre muerto?

—No, Hayley —ladró Jesse a través de los dientes apretados—. ¡No quiero follarte contigo porque tienes diecisiete años! Y voy a casarme con Rafaella.

—¡Pues cástate y déjame en paz de una puta vez, Jesse! —gritó Hayley al borde de las lágrimas—. No me atormentes más... —suplicó con voz rota. Hundió el rostro entre los trémulos dedos y se tragó las lágrimas, antes de musitar—. Por favor, no me atormentes más...

Verla tan herida destrozó a Jesse. Mil palabras se debatían en sus labios, mas no formuló ninguna de ellas. En silencio, movió el coche hasta la gasolinera, se fue a por hielo y dio media vuelta.

Cuando llegaron a casa, todo el mundo había llegado. Estaban los tíos de Hayley, su amigo Ryan, y un par de conocidos de Rafaella. Por supuesto, fue amonestado con la mirada nada más entrar por la puerta, pero como la casa estaba llena de personas, y Rafaella era una maestra a la hora de disimular sus emociones, ahí acabó la cosa. Jesse supuso que más tarde, al quedarse solos, recibiría su sermón. Le dio igual. Tenía cosas más importantes de las que preocuparse. Cosas como la chica cuya mirada lucía apagada desde esa conversación en el coche.

—¿Quieres hacer el favor de comportarte como un buen anfitrión? —le gruñó Rafaella en cuanto se le presentó la ocasión.

Jesse, refugiado en un rincón, sonrió con naturalidad, se acercó a saludar a todo el mundo y decidió dejar de lado sus reflexiones sobre Hayley, al menos hasta que acabara la velada. Hayley fue presentada como su pupila, un término que mortificó a la chica e hizo que su humor empeorara considerablemente.

—Bueno, creo que va siendo hora de que nos sentemos a cenar, ¿no? —propuso Rafaella en cuanto los camareros dejaron de servir los aperitivos.

Todo el mundo se encaminó hacia la mesa. Hayley estaba a punto de tomar asiento a la derecha de Jesse, cuando Rafaella la detuvo.

—No, no, no. Ese no es tu sitio, Hayley. En cada plato hay una tarjetita con el nombre de cada uno, y si miras en tu plato, ¿qué pone?

Hayley, rechinando los dientes, bajó la mirada hacia la estúpida tarjeta. Ponía Marissa.

—Y bien, ¿qué pone, Hayley? —insistió Rafaella con una dulzura que le acarreó una mirada reprobatoria por parte de Jesse.

—No le hables así —gruñó este.

Rafaella fingió colocarse el pelo. Era evidente que la desconcertaba el comportamiento de su prometido. Pensaba haberlo adiestrado bien, pero en ese momento se dio cuenta de que no lo había hecho. Jesse aún se rebelaba.

—Yo no le hablo de ningún modo, cielo —se defendió con una sonrisa incómoda. Jesse la estaba dejando en ridículo delante de todo el mundo, y Rafaella estaba ardiendo de ira por dentro.

—Sí, sí lo haces. Le hablas como si tuviera tres años y le faltara la mitad del cerebro.

—No pasa nada, Jesse. Iré a buscar mi sitio.

Hayley se dispuso a marcharse. Jesse la agarró por la muñeca y la obligó a detenerse. Con la otra mano, cogió la tarjeta de su plato y sus ojos grises, repletos de dureza, bajaron hacia el nombre que su prometida había anotado con perfecta caligrafía.

—*Marissa* —leyó en voz alta, sin importarle incomodar a sus invitados con ese numerito—. Muy bien, Marissa, ¿dónde estás? —Miró la sala, pero no vio a nadie.

—Se retrasa —balbució Rafaella, cada vez más ruborizada.

—Ah, conque se retrasa —el tono de Jesse era una mezcla entre sarcástico y ácido—. ¿Y quieres echar a Hayley de SU sitio, el sitio que ocupa en esta mesa desde hace meses, para sentar a tu amiga que ni siquiera está aquí?

—Yo... —Rafaella no supo cómo justificarse. Nunca se había sentido tan violenta. Todo el mundo la estaba mirando, y era evidente que discrepaban con su comportamiento.

Enervado, Jesse rompió la tarjeta en pedazos y la lanzó al suelo con una brusquedad que le arrancó una sonrisa a su mejor amigo, Ryan.

Quiere casarse con ella, se dijo a sí mismo, y volvió a sonreír mientras miraba fijamente a Jesse y a Hayley y se preguntaba cómo serían sus hijos. Monísimos, seguro. Los dos eran muy guapos.

—Siéntate, Hayls —ordenó Jesse en un ladrido—. Tu sitio está a mi lado. *Siempre* —subrayó, con toda la intensidad de sus ojos desgarrando las pupilas de Rafaella, que había encogido en su asiento y lucía bastante pálida.

—Lo siento —entonó con voz débil, aunque solo lo hizo porque sabía que todos esperaban que se arrepintiese por su falta de sensibilidad.

En realidad, Rafaella no se arrepentía en absoluto, y su odio hacia Hayley se tornó mayor. De haber sido por ella, esa chica maleducada que le estaba robando a Jesse habría cenado en su cuarto. ¡A oscuras!

—Me alegra ver que cuidas tan bien de mi sobrina, Jesse —comentó Henry, el tío paterno de Hayley, que había presenciado la escena desde la otra punta de la mesa, donde había sido colocado al lado de su mujer, Sarah—. Está claro que mi hermano no se equivocaba en cuando a ti. Admito que al principio tuve mis dudas. Pensé: ¿una chica de diecisiete años y un hombre de treinta y dos? —Ryan se atragantó con el vino. Jesse le lanzó una mirada elocuente a su amigo, una mirada que hizo que Hayley, sentada en medio, frunciera el ceño. Henry prosiguió, ajeno a lo que sucedía en la otra esquina—. Pero ahora, todas las dudas se han disipado. Cuidas a Hayley como si fuera tu propia hija.

—Oh, sí —se mofó Ryan, con una sonrisa socarrona—. Nuestro Jesse es muy paternal.

El aludido intentó propinarle una patada por debajo de la mesa, pero los pies de Hayley se interpusieron en su camino. Al advertir el cambio en la expresión de su pupila, Jesse se disculpó de inmediato.

—Lo siento. Intentaba estirarme y... lo siento —repitió, muy avergonzado.

El ceño de Hayley se volvió más profundo. La sonrisa de Ryan, más descarada. ¿Qué estaban tramando esos dos? Miró primero a uno y luego al otro, pero no consiguió sacar nada en claro.

—Muchas gracias, Henry. Tus palabras significan mucho para mí —habló Jesse, el cual presidía la mesa.

—No hay que dar las gracias, hombre. No te estaba haciendo un cumplido. Te lo has ganado, de Winter.

—Ya.

Durante el resto de la cena, se limitaron a mantener conversaciones ligeras, para evitar más episodios incómodos. Rafaella apenas participó. Estaba tan malhumorada como una niña mimada. Las charlas de los demás se centraron en la nueva casa de Jesse, los planes de futuro de Hayley y, por último, la boda de Jesse, que Ryan tuvo el descaro de mencionar. Jesse, en un gruñido, dijo que aún no tenían fecha.

—Hayley, debes de estar encantada —canturreó su tía Sarah, una mujer

que tenía menos cerebro que un mosquito, a ojos de Hayley. Se alegraba de que su padre no la hubiese enviado a Nueva York con los Walsh. Lo habría pasado mal viviendo con Sarah.

—¿Y eso por qué, tía?

—Estás a punto de tener una nueva mamá. Y es *tan* guapa. Debe de ser muy emocionante para ti.

Rafaella se atragantó con su propia saliva. Los ojos de Hayley encogieron y oscurecieron. Todas las conversaciones cesaron.

—Hayley solo tiene una madre, *y es Emma* —subrayó Jesse con cierta agresividad.

Sarah, al sentirse amonestada, se ruborizó.

—Sí, claro, pero Rafaella...

—Rafaella nunca será la madre de Hayley —se impacientó Jesse, cuyas manos temblaban un poco a causa de los nervios—. Al igual que yo no soy su padre. Hayley ya tiene padres. *Tuvo* padres. Dos maravillosos amigos que nadie conseguirá reemplazar nunca.

Hayley cogió la mano de Jesse por encima de la mesa y le dio un apretón para tranquilizarlo. Los ojos grises soltaron despacio los ojos verdes de Sarah y se centraron en esa unión. La agresividad empezó a apagarse dentro de su pecho a medida que florecía la ternura.

Miró sus manos durante algo más de veinte segundos. Luego, sus ojos subieron lentamente por el rostro de la chica y se arrastraron por sus facciones, devorándolas una a una con un hambre devastador. Todo el mundo les miraba en ese momento. Ellos solo eran capaces de mirarse el uno al otro, porque los demás no existían.

La boca de Jesse empezó a moverse poco a poco, a alzarse en una sonrisa tierna. La de Hayley hizo exactamente lo mismo.

—Creo que deberíamos servir el postre —intervino Ryan, con su pronunciado acento británico.

Jesse carraspeó incómodo y retiró la mano, consciente de que él y Hayley estaban dando todo un espectáculo esa noche. Movié los ojos hacia los de su mejor amigo y le preguntó, con absoluta normalidad:

—¿Me acompañas, Hamilton?

Ryan compuso una sonrisa servicial.

—A tu servicio estoy.

Se levantaron los dos y se marcharon. Rafaella no entendía por qué tenían

que ir los dos a encargarse el postre, cuando había cuatro camareros atendiendo la mesa y solo hacía falta tocar la campana.

Jesse y Ryan salieron al jardín trasero. Jesse expulsó el aire de los pulmones y, con él, algo de la tensión que le había embargado. Se apoyó contra un árbol y se cruzó de brazos.

Ryan apoyó el hombro contra otro árbol y se encendió un cigarrillo.

—Deberías casarte con ella —acotó de pronto, nada más lanzar una calada hacia arriba.

—Voy a casarme con ella —gruñó Jesse, disgustado.

Ryan entornó los ojos.

—No me refería a Cruella.

Los ojos de Jesse, hasta aquel momento perdidos en el cielo nocturno, aterrizaron sobre el rostro de Ryan con brusquedad.

—¿Qué coño estás diciendo? —lo reprendió con aspereza.

—No ves a nadie más que a ella, Jesse. Tú no pareces darte cuenta, pero cuando la miras, tu rostro se ilumina de un modo alucinante. Estás muy pillado por esa chica.

Jesse echó la nuca hacia atrás, cerró los ojos y los apretó con fuerza.

—La besé —confesó en voz baja.

Ryan sonrió, complacido.

—Menos mal. Empezaba a dudar de tu cordura. ¿Y?

—Y ella me besó a mí —musitó sin abrir los ojos.

—Ajá... —apremió Ryan, instándole a que siguiera.

Jesse suspiró.

—Y no sé cómo conseguí parar, tío, porque no quería dejar de besarla nunca.

—Eso sí que es amor verdadero —se mofó Ryan.

Jesse abrió los párpados súbitamente y le lanzó una mirada fulminante.

—No es amor, Hamilton. ¡Es locura! Estoy absolutamente loco por la chica, y odio sentirme de este modo.

—¿Por qué? ¿Por qué coño lo odias? Ella también está loca por ti. Es evidente. Solo tiene ojos para ti.

Jesse hizo una pausa interminable.

—Debo de estar enloqueciendo —musitó de pronto, y Ryan advirtió el brillo agónico en sus ojos y el repentino aire decrepito de su rostro—. Toda esta pasión hacia ella me está desgarrando por dentro y me ha hecho perder la

razón.

—Eres un exagerado. Tú la quieres y ella te quiere. ¿Dónde coño está el problema?

—¿En serio que hace falta que te conteste a eso?

Ryan estaba a punto de replicar, cuando Hayley abrió la puerta de la cocina y salió al jardín.

—¡Ah, Hayley!, ¡manzana de la discordia! —exclamó Ryan, burlón—. Ven aquí, que el tito Jesse se enfrenta a una intensa lucha interna.

—¡Cállate! —ladró Jesse, enervado.

Hayley se les acercó con una sonrisa.

—¿Qué demonios hacéis aquí? Tu novia está furiosa.

—Olvídate de su novia. Sí Jesse te dijera que se quiere casar contigo, ¿qué dirías tú?

La sonrisa de Hayley se apagó al instante.

—¿Qué? —balbució, con toda la sangre de sus venas bombeándole en los oídos.

—Si de Winter, este viejo zorro, te propusiera matrimonio aquí y ahora, ¿qué contestarías tú, joven y bella Hayley? —volvió a exponer Ryan, con su habitual sonrisa cínica.

Jesse apretó los puños para refrenar el impulso de propinarle un puñetazo a su mejor amigo.

—Déjala en paz, Hamilton, te lo advierto.

—No sé qué quieres de mí —balbució la chica, ignorando a su tutor.

Hayley estaba temblando, y sus palabras sonaban débiles, carentes de cualquier energía. Estaba tan pálida que parecía a punto de venirse abajo. Tan solo su corazón se movía, embargado por una extraña inquietud.

Ryan se volvió serio. La miró a la cara y susurró:

—Solo contesta a eso. ¿Qué pensarías?

Hayley movió los ojos hacia Jesse, que la observaba mordisqueándose el labio. Él también estaba muy nervioso. Y el hecho de que los ojos de Hayley se hundieran en los suyos tan profundamente no ayudaba para aplacar su nerviosismo.

—Le diría que sí —contestó la chica, sin dejar de retener la mirada de Jesse—. Indudable, irrevocablemente, aquí y ahora. Le diría que sí.

Ryan, recuperando su aire burlón, aplaudió.

—Hala, asunto arreglado. Ahora os dejaré para que establezcáis los

detalles de vuestro próximo enlace. Más vale que yo sea el padrino y que vuestro primogénito se llame Ryan. ¿Qué menos que eso?

—No voy a casarme con Hayley —declaró Jesse a través de los dientes apretados.

Ryan se detuvo a mitad de camino hacia la puerta de la cocina y, exasperado, se volvió de cara a él.

—¿Qué?

El rostro de Jesse registraba un aire sarcástico que no iba en absoluto con su actitud habitual. Ryan sabía que solo lo estaba fingiendo para mantener fuera a Hayley. Era su modo de apartarla de él, quería destruir sus esperanzas para protegerla.

Admirable, pensó Ryan. Estúpido y, a la vez, admirable.

—He dicho —comenzó Jesse lentamente, lanzándole una mirada desdeñosa a Hayley—, que no voy a casarme con ella. Solo es una cría. Prefiero las mujeres con experiencia. Además, ya estoy prometido.

Y se marchó airando, dejando atrás a su mejor amigo, que lo miraba desconcertado, y a su pupila, cuyo labio inferior acababa de empezar a temblar.

En cuanto él entró en la cocina, Hayley se vino abajo. Se dejó caer en un banco y rompió a llorar. Ryan, muy arrepentido por haber provocado esa escena, se apresuró hacia ella y la abrazó.

—Oye. No, no, no. No llores, pequeña Hayley. Jesse no hablaba en serio.

Ninguno de los dos se había percatado de que Jesse los contemplaba desde la ventana de la cocina, y de que tenía el ceño muy fruncido.

—Sí que iba en serio —balbució ella—. Él no me quiere. La quiere a ella.

—¿A Cruella? ¡No la quiere! Se la pone dura. Eso es diferente.

Hayley lo miró con los ojos abiertos de par en par y el rostro ruborizado. Ryan, avergonzado por su falta de tacto, entornó los ojos.

—Quiero decir que lo que Rafaella provoca en Jesse es una simple reacción física. No importa eso. Habrá cien mil Rafaellas para él, pero Hayleys solo hay una. Tú *eres especial*.

Ella agitó la cabeza despacio.

—Te agradezco tus palabras, pero sé que él la quiere. ¿Y cómo no iba a quererla? ¿La has visto? Es espectacular. Yo nunca seré como ella. Soy tan poca cosa...

Ryan le secó las lágrimas con la misma ternura con la que Jesse solía

hacerlo.

—No digas eso, Hayley. Tú eres preciosa, y habría que estar ciego para no fijarse en ti.

Pero Hayley no le prestó atención alguna. Siguió sumida en su ensoñación. Ryan la mantuvo abrazada contra su costado, por lo que no advirtió que Jesse, mortificado por verles así, se les estaba acercando por detrás.

—Sabe cómo vestir, y qué decir en cada momento... —estaba susurrando Hayley, distraída, paralizada por la intensidad del dolor que la desgarraba por dentro—. Es elegante y refinada... Rafaella nunca se pone nerviosa como yo. ¡Dios, Ryan, desearía ser como ella!

—Prométeme una cosa, Hayls —intervino Jesse, parado a sus espaldas—. Prométeme aquí y ahora que tú nunca serás como ella.

Sobresaltada, la chica se volvió y lo miró, con esos ojos tristes que eran un claro reflejo de la agonía que se debatía en su interior. Se estremeció al ver a Jesse ahí parado, tan vulnerable, tan atormentado por la idea de que ella acabase siendo, en un futuro, como Rafaella.

—¿Por qué no? —balbució Hayley, errando la mirada por todo su rostro.

Jesse calló un momento. Ryan hizo como si no estuviera ahí. Se habría levantado para marcharse y así concederles un poco de intimidad, pero estaba abrazando a Hayley y, de haberse movido, habría roto el embrujo de ese momento entre su amigo y la joven, por lo que se mantuvo inmóvil y sin apenas respirar.

—Me gustas así —confesó Jesse, con un brillo agónico temblando en la grisácea superficie de sus ojos.

Hayley intentó sonreír a través de las lágrimas. Su sonrisa también tenía algo de agónico en ella.

—¿Lo dices en serio?

Jesse caminó hacia ella, la cogió de la mano y la hizo levantarse. Ryan quedó asombrado por la capacidad de ambos de ignorarle. ¿Es que no se daban cuenta de que él seguía ahí, como un pasmarote?

—Lo digo muy en serio, Hayls —susurró Jesse, instándola a abrazarle.

Ella colocó los brazos alrededor de su cuello, y él la sujetó unos segundos pegada contra su pecho. Ryan pensó que hacían muy buena pareja. De acuerdo, Jesse le sacaba unos quince años a la chica, pero no era una diferencia que se notara demasiado. Dentro de un par de años, cuando Hayley

madurara, no se notaría en absoluto. Eso si el viejo zorro iba al gimnasio y se esmeraba un poco, claro.

—Deberíamos entrar —volvió a susurrar Jesse, a pesar de que soltarla era una idea que casi le producía dolor físico—. Tenemos invitados. Despacharemos el postre y luego los mandaremos al Infierno a todos, Rafaella incluida. ¿Te parece?

Hayley sonrió, entusiasmada por la idea. Ryan los miró y sonrió también. ¿Harían el amor esa noche? A lo mejor. Desde luego, de haber estado él en el sitio de Jesse, de haber estado enamorado de una chica tal y como Jesse lo estaba de Hayley, le habría hecho el amor sin más dilación. Claro que de Winter era un sosaina, así que... ¡A saber cuándo movería ficha con Hayley! Si es que tenía pensado mover nada...

—Luego haremos algo divertido tú y yo —aseguró Jesse.

Los ojos de Hayley centellaron.

—¿Me lo prometes?

—Sí, seguro que querrá que juguéis al Monopoly —se mofó Ryan, cansado de seguir pasando desapercibido.

Hayley soltó una risita. No miró a Ryan. Solo tenía ojos para el hombre que la estaba abrazando.

—Jugar al Monopoly con Jesse me parece lo más perfecto en el mundo —musitó, con los ojos clavados en los suyos y puede que un poco más brillantes de lo habitual.

Él hizo un amago de sonrisa. La cogió por la nuca, acercó su rostro al suyo y plantó un beso en su frente.

—Vamos —le susurró, con infinita ternura—. No les hagamos esperar más.

Capítulo 11

—¿Seguro que no quieres que me quede, amor?

Jesse miró a Rafaella con frialdad. Estaba claro que sus zalamerías no le afectaban en absoluto.

—No hace falta —insistió él, con el brazo apoyado contra el marco de la puerta—. Hayley y yo recogeremos este desastre.

—Pero...

Jesse la acalló con un beso corto que nada transmitía.

—Buenas noches.

Y le cerró la puerta en las narices.

Rafaella parpadeó, desconcertada. Aguardó en el porche unos segundos más, por si se trataba de alguna especie de broma de mal gusto. Al ver que la puerta no se volvía a abrir, comprendió que no lo era, que Jesse estaba tan cabreado con ella que no tenía intención de pasar la noche en su compañía, y entonces se volvió sobre los tacones y echó a andar hacia el reluciente deportivo rojo que antes había dejado aparcado al pie de la escalera.

Al otro lado de la puerta, Jesse y Hayley estaban recogiendo todo para guardarlo en el lavavajillas. Él llevaba los platos y ella los colocaba.

—Hacemos un buen equipo —comentó Hayley risueña, cuando lo tuvieron todo limpio y colocado en su sitio, incluidos los adornos que Rafaella había cambiado de sitio por puro capricho.

—Ya te digo —rio Jesse. Lanzó una mirada al reloj—. Casi las dos de la mañana. Vaya. Ha durado más de lo que había calculado. ¿Estás muy cansada?

Ella se apoyó contra la mesa de la cocina, hundió las manos en los bolsillos de sus vaqueros y miró a Jesse por debajo de las pestañas.

—En absoluto.

Él sonrió un poco y la miró detenidamente. Hayley pensó que la miraba como si tuviera intención de grabar cada una de sus facciones dentro de su mente. O absorberlas.

—¿Y qué quieres que hagamos? —volvió a preguntar él, esta vez en un susurro casi ronco.

Hayley se encogió de hombros.

—Cualquier cosa mientras sea contigo.

Jesse volvió a sonreír con timidez. Cuando estaba con ella, se sentía diferente, vulnerable, preso de un nerviosismo que era incapaz de explicarse a sí mismo. En los demás ámbitos de su vida, él era el líder. Llevaba el mando siempre, y le gustaba eso, porque nada fascinaba más a Jesse que poseer el control. Se mantenía impasible ante cualquier situación, como un arrecife que resistía fuertes oleajes sin inmutarse ni inquietarse por la fuerza con la que estaba siendo golpeado. Él nunca perdía su sangre fría.

Salvo cuando estaba con Hayley.

Ella era la única que lo ponía todo patas arriba. Su control, su disciplina, su... ¡cordura! Se esfumaban cuando Hayley andaba cerca. Sus manos registraban un temblor nervioso que le avergonzaba, sus ojos eran incapaces de dejar de seguirla por la casa, incluso mientras Hayley realizaba las tareas más aburridas, como pintarse las uñas o aplicarse una mascarilla encima del rostro. Todo lo que ella hacía le resultaba fascinante a Jesse. A veces se sentía como un loco, observándola cuando sabía que ella no le miraba.

—Jesse, ¿estás conmigo?

Él sacudió la cabeza y la miró turbado.

—¿El qué?

Hayley entornó los ojos.

—¿Dónde estabas, Jesse de Winter?

—Lo siento. Yo...

—Sí, estabas soñando despierto. Ya me he dado cuenta. Te estaba preguntando si quieres ver una peli conmigo.

—Mira a ver si echan algo en la tele.

—Olvídate de la tele. Hay una peli que quiero ver en Netflix.

—No tenemos Netflix —señaló él, indiferente.

—Yo sí. Pero hay que verlo en mi portátil.

Jesse alzó un hombro en un gesto despreocupado.

—A mí me vale si te vale a ti.

—Pues ya está. Sígueme.

Jesse, como un autómatas, se dejó arrastrar hacia la escalera. Solo cuando estuvieron arriba abandonó su ensimismamiento.

—Espera. ¿Quieres que vaya a tu habitación?

—¿Y qué tiene eso de malo? —gruñó Hayley, temerosa de que Jesse fuera a echarse atrás.

Él se rascó detrás de la oreja. Parecía un tanto incómodo.

—No, nada. Es que la última vez me prohibiste el paso y...

—Ya puedes entrar, Jesse —Hayley, con los ojos en blanco, abrió la puerta y lo empujó dentro—. Bienvenido a la morada de Hayley.

Y dejó caer la puerta a sus espaldas.

Ella se dejó caer encima de la cama y encendió el portátil.

—Túmbate, anda —dijo distraída, mientras tecleaba algo deprisa.

Jesse frunció los labios para retener una sonrisa.

—Y ahora querrás que te acurruque entre mis brazos, claro.

—Por supuesto.

Él sacudió la cabeza despacio. Podía haberse marchado. De hecho, *debía* haberse marchado. Pero no le dio la gana hacerlo. Estaba tan cansado de luchar...

Por lo que se dejó caer en la cama, tiró de la chica y la pegó a su costado. El suspiro de Hayley le arrancó una sonrisa lenta.

—¿Y qué peli vamos a ver?

—*Emma*.

—¿*Emma*? —se asombró Jesse, arrugando la frente.

—Sí, es una adaptación de una novela de...

—Jane Austen. Lo sé. No soy tan bobo, Hayls.

Ella se rio.

—No he dicho que seas bobo. Es que nunca te he visto leer nada que no fuera el *Times*.

—Mentira. También leo la revista *Forbes*. Algún día, estaré en la portada.

Ella se volvió a reír.

—Y no eres en absoluto presuntuoso.

—No, qué va. Bien, pues veamos *Emma*.

—A mi madre le pusieron Emma por Emma Woodhouse. ¿Lo sabías?

Jesse entendió de pronto por qué Hayley quería ver esa película. Le recordaba a su madre. Algunas veces nos aferramos a trocitos de nada, como una película, una canción o un lugar, porque es el único modo de sentir a ese ser querido un poco más cerca de nosotros. Eso mismo estaba haciendo Hayley. Jesse lo supo en ese momento.

—No tenía ni idea. Quieres ver la peli porque la has echado de menos esta noche, ¿verdad? En la mesa. Es el primer Acción de Gracias sin ellos.

Hayley hizo una pausa.

—Ayer me dormí con su jersey puesto —confesó en un murmullo—. Aún

huele a ella.

Él asintió, y se le nublaron los ojos. Estrechó a Hayley un poco más entre sus brazos y plantó un beso en su coronilla.

—Dale al *play*, Hayls. Iniciemos las dos horas de tormento —bromeó, para alejar las nubes de tristeza.

—Qué exagerado. ¡Si la historia es preciosa!

—Sí, es una cosa...

Ella puso los ojos en blanco y pulsó el botón. Jesse, en contra de lo que había pensado al principio, disfrutó la película. La disfrutó mucho más que Hayley, que se quedó dormida media hora más tarde.

Cuando acabó, él intentó moverla, para poder regresar a su habitación, pero ella gruñó y se aferró a su torso con más empeño, por lo que Jesse desistió de despertarla y se limitó a apagar el portátil y a guardarlo debajo de la cama.

La habitación de Hayley quedó sumida en una densa oscuridad. Él se volvió de cara a ella, muy despacio, con cuidado, para no despertarla, e intentó mirarla a través de la oscuridad. Al cabo de unos minutos, se le había acostumbrado lo bastante la vista como para poder distinguir las rectas facciones de la chica que dormía encogida contra él. Jesse sonrió un poco.

Incapaz de estarse quieto, alargó la mano y pasó suavemente el dedo por la punta de su nariz. Volvió a sonreír cuando recordó que, unos doce años atrás, él solía llamarla *Garbancito*, porque su nariz no era mayor que un garbanzo. ¡Cómo habían cambiado las cosas desde entonces!

Ahora, *Garbancito* ya no era *Garbancito*. Se había convertido en una chica preciosa, inteligente, ¡brillante! Una chica de la que él estaba muy enamorado. ¿Cuándo había dejado de ser *Garbancito* para él? ¿Aquella noche en la que jugaban en el suelo y ella se rindió entre sus brazos? Jesse rememoró la mirada que Hayley le había dirigido, el deseo en sus ojos, sus labios, sonrosados y un poco entreabiertos, preparados para recibirle... Prácticamente, le estaba suplicando que la besara esa noche.

Con esa imagen, de ella entre sus brazos, se quedó dormido, y soñó que la besaba, lenta, obstinada, apasionadamente, y que ella le besaba de vuelta.

—¿Jesse?

—Mmmm.

—Jesse...

—Mmmmmm.

—¿Llevas el móvil en el bolsillo? Es que me lo estás clavando en la espalda.

Jesse abrió los ojos de par en par y todo vestigio de sueño se esfumó de sus facciones.

¡Mierda!, gruñó hacia sus adentros. ¿Pero quién le mandaba a él a dormir con ella entre sus brazos? *El demonio, casi seguro*, se dijo a sí mismo, resollando a causa de la exasperación que le producía su propia estupidez.

Se apartó de inmediato y carraspeó para poder hablar.

—Sí, lo siento. Es el... móvil. Sip. Esto... Bueno, ya es de día. Me tengo que ir.

Pegó un salto de la cama y se marchó casi corriendo. Hayley hundió la cara en la almohada, para poder sofocar la risa. Sabía perfectamente que no había sido el móvil. Más que nada, porque el móvil de Jesse estaba en su mesilla.

Al cabo de unas dos horas, Hayley bajó por fin a desayunar. Jesse intentaba arreglar la tostadora, para poder distraerse con algo y no pensar en el embarazoso momento que había protagonizado a primera hora de la mañana. Ella entró en la cocina, le dio un beso en la mejilla sin afeitarse y se fue hacia un armario alto, del que retiró una caja de cereales, teniendo que estirarse bastante para conseguirlo. Como vivía con un gigante de casi metro noventa...

Jesse enchufó la tostadora y pegó un saltó a espaldas de Hayley.

—¡Joder! —gruñó, enervado—. Menudo chispazo.

—¿No será mejor que compres una nueva? —propuso ella mientras, parsimoniosa, se echaba leche en un bol—. No creo que estemos tan mal de dinero.

—Me gusta arreglar cosas, ¿vale? —ladró él, clarísimamente de muy mal humor.

Hayley levantó las palmas en gesto de rendición.

—Disculpe usted. Solo era una sugerencia.

—Lo siento. No tenía que haberte gritado —le dijo, arrepentido.

—Ya. Voy a desayunar al salón. Está claro que te has despertado de malas pulgas hoy.

Jesse resopló y siguió obstinado en arreglar la vieja tostadora. Hayley se marchó, para no dar lugar a un conflicto entre ellos dos. La noche anterior había sido perfecta y no quería estropearlo todo a la mañana siguiente.

Se dejó caer en el sofá y buscó algo en la tele para entretenerse. Solo echaban *Tom y Jerry*. Lo demás, era una basura. Miró hacia la puerta de la cocina, para asegurarse de que estuviera cerrada (¿cómo iba a tomarla Jesse en serio si la pillaba viendo *Tom y Jerry*?), y dobló las rodillas, encajando el bol de cereales entre ellas.

En algún momento, Jesse consiguió arreglar la tostadora y salió de la cocina. Hayley estaba tan ensimismada viendo los dibujos que no escuchó sus pisadas. Además, él iba descalzo y solía ser bastante sigiloso.

Jesse se apoyó contra el umbral de la puerta y la miró con una sonrisa de inefable afecto. Recordó que una vez ella le había regalado un dibujo suyo de un gato persiguiendo a un ratón. Porque le gustaba *Tom y Jerry*.

Y sigue gustándole. ¿Porque es una niña! ¿Cuándo viste tú por última vez dibujos animados, Jesse?

Esa idea le mosqueó todavía más.

—¿Has visto mi móvil? —rezongó.

Hayley abrió un poco los ojos. Se le había olvidado bajar el móvil de Jesse y ahora este iba a sentirse muy avergonzado por su erección matutina. ¿Pero qué demonios pasaba con ella? ¿Acaso no había planeado bajarlo y dejarlo entre los cojines del salón, para evitarle a él un mal trago?

—Yo... nop. No lo he visto. Estará por ahí...

—Mmmm.

Jesse dio media vuelta y subió por la escalera. Fue derecho a la habitación de Hayley. Por supuesto, el móvil estaba en la mesilla, donde él mismo lo había dejado la noche anterior. Resopló aliviado. Menos mal que Hayley no lo había visto todavía. Lo guardó en el bolsillo de sus vaqueros y bajó deprisa la escalera. Hayley estaba en la cocina, recogiendo.

—Me voy a dar una vuelta —anunció Jesse.

—¿Adónde vas?

—A pescar. Quiero aprovechar mi día libre para liberar un poco de estrés.

—¿Puedo ir contigo?

La expresión de Jesse se nubló. ¿Qué parte de *liberar estrés* no había pillado Hayley? Si ella le acompañaba, él estaría aún más nervioso.

—Será mejor que no, Hayls. Necesito pensar en mis cosas.

Nada más rechazarla, se dio cuenta de lo afligida que parecía, y se arrepintió. Primer Acción de Gracias sin sus padres, y ahora él la dejaba plantada para irse de pesca. Estaba siendo un tutor pésimo.

—O sí —cambió de opinión al instante, en un intento por remediar las cosas—. Tu padre tenía una casa en el lago, ¿verdad? Recuerdo haberle acompañado un par de veces, pero no conozco el camino. Podríamos ir ahí. Creo que ese lago estaba lleno de peces.

Los ojos de Hayley brillaron de entusiasmo, y Jesse sonrió al verla tan feliz. Hacía falta *tan* poca cosa para contentarla y pintar una sonrisa en su cara...

—¡Genial! ¿Podemos pasar la noche ahí? ¡Cómo echo de menos la paz de ese lugar! Y la chimenea. ¡Jesse, tienes que encender esa chimenea! Mi padre lo hacía siempre que íbamos. ¡Oh, qué maravilloso volver ahí!

—Bueno... ¿Por qué no? ¿Quieres que llame a Rafaella y así os vais conociendo mejor? —le soltó, sin pensárselo demasiado.

La sonrisa de Hayley empezaba a menguar, pero se forzó a mantenerla viva encima de sus labios.

—¿Sigues empeñado en casarte con ella? —repuso.

—En principio, sí.

Hayley entornó los ojos. ¡Al demonio con sus planes de tener a Jesse solo para ella en un entorno privilegiado, aislado y romántico!

—Pues que se venga Cruella —cedió, de muy mala gana, en un acto de benevolencia del cual se arrepintió nada más cometerlo—. A lo mejor en la serenidad de ese sitio podré aguantarla... —dijo para sí, en un intento por auto consolarse.

Jesse, sonriente y conforme con sus palabras, bajó el rostro sobre el suyo y le dio un beso en la mejilla.

—La llamaré, a ver qué le parece.

Rafaella le dio una larga lista de razones por las cuales no iba a acompañarles en aquella excursión tan precipitada.

1. Mosquitos.
2. Cualquier viaje de más de ochenta kilómetros debía realizarse en avión o helicóptero. Nunca por carretera.
3. No tenía crema solar. Y, no, no importaba que estuviera nublado. Había que echarse crema de todos modos.
4. Le aburría la pesca.

5. Su ex novio iba de pesca.
6. Su ex novio era un desgraciado.
7. *Ergo*, los hombres que pescaban, eran unos desgraciados.
8. Y la razón más importante: Hayley.

—Está claro que no congeniamos ayer, Jesse. Será mejor que, hasta la boda, nos evitemos la una a la otra. Meternos a las dos en una casa en mitad de la nada no me parece la mejor de las ideas. Y mucho menos si hay mosquitos y pesca de por medio.

—Al contrario. Si vamos a casarnos, será mejor que os conozcáis ya.

—¿Como que *si* vamos a casarnos? ¿Acaso tienes dudas?

—No pretendía decir eso.

—¿Y qué pretendías decir, Jesse?

—¿Sabes qué? Olvídalo. Últimamente no hacemos más que discutir cada vez que hablamos. Llevas razón. Será mejor que no nos veamos en un tiempo.

—Pero Jesse, no me refería a nosot...

Él no esperó más. La paciencia no era una virtud suya. Colgó y luego apagó el móvil.

—Cambio de planes —informó a Hayley—. Nos iremos tú y yo solos.

Hayley dio palmaditas y corrió a preparar su maleta. Se llevó un par de vaqueros, camisetas y un libro para leer, aparte de los artículos de higiene y sus cosméticos.

Jesse cargó en el maletero toda clase de provisiones, conservas, agua, bolsas de patatas fritas para mantener entretenida a Hayley...

—Si te doy de comer, te quedas quieta como un bebé —se mofó, cuando Hayley preguntó por qué llevaban tantas bolsas de Lays.

—Ja ja. Me parto contigo.

Tiró su mochila al maletero y ocupó su asiento en el coche. Jesse, riéndose, cerró y se dio prisa para montar también. No sabía exactamente cuándo su perfecta jornada de pesca, planeada para desarrollarse en completa y absoluta tranquilidad, se había convertido en un fin de semana con Hayley en la casa del lago de sus padres. Pero le entusiasmaba la idea.

Arrancó el coche y condujo deprisa por las serpenteantes carreteras, tan angostas que a duras penas cabían dos vehículos, y tan altas que mirar hacia abajo daba auténtico vértigo. No se veía el final del abismo a causa de la neblina, pero Hayley sabía lo hondo que era. De pequeña, estaba convencida

de que ese precipicio llegaba hasta las profundidades de la tierra.

A lo lejos, las puntas de las montañas ya estaban teñidas de blanco, coronando el paisaje otoñal, tan mágico que Hayley estaba fascinada por el despliegue de intensos amarillos, naranjas, rojos e incluso violeta. Eso era arte en su estado más genuino.

Si ella pintara ese paisaje, sería tan poca cosa comparada con la belleza que la rodeaba... Esa belleza sólida, inamovible, eterna... ¿Cuánto duraría su lienzo? ¿Cien años, doscientos, medio milenio? Daba igual, porque, algún día, el paso del tiempo lo alcanzaría y acabaría destruyéndolo; corroería las líneas trazadas por su mano, marchitaría la intensidad de esos amarillos.

El tiempo lo desintegraría todo, pero a ella le daría igual, porque llevaría mucho tiempo muerta. ¿Qué le importaría un estúpido lienzo, tirado en alguna parte de una buhardilla polvorienta, cuando ella no fuera más que un fantasma del pasado?

Estaría tan muerta como lo estaban ahora sus padres. A los muertos, nada les importaba. No les preocupaba lo que dejaban atrás. Ellos cerraban los ojos y pasaban página. Era mucho más fácil irse que quedarse. La vida era muy efímera, Hayley lo sabía. Un instante, y luego toda una infinitud de oscuridad, soledad, frío... ¡Un instante!

Pero había instantes que valían más que toda una eternidad. Ese instante en el que él la cogía entre sus brazos, la besaba, hacía el amor con ella... ¿Quién querría ser eterno, pudiendo alcanzar, por un solo instante, la felicidad más absoluta?

—Te veo muy pensativa, Hayley. ¿Vas bien?

Su mirada dejó de vagar por las puntas blancas de las montañas y aterrizó sobre el rectilíneo perfil de Jesse, el cual se limitaba a mirarla de reojo, pues la carretera tenía unas curvas demasiado pronunciadas en ese lugar.

—Sí...

—No estarás mareada.

—No, estoy bien. Estaba... pensando.

Él cogió su mano y se la estrechó.

—¿Quieres hablarme de ello?

—Bueno... —dijo Hayley como quien no quiere la cosa.

Jesse acercó su mano a sus labios y plantó un beso en las puntas de sus dedos.

—¿En qué estabas pensando?

—En que esas montañas de ahí son eternas —susurró ella, estremeciéndose ante el contacto de esos cálidos labios encima de su piel.

La boca de Jesse se alzó en una sonrisa apenas perceptible. Sus ojos vagaron ausentes por las puntas de las montañas.

—Lo son... —musitó.

—Estaba pensando en que... pasará el tiempo, cientos de años a lo mejor. El mundo cambiará de modos horribles, miles de veces cambiará, pero esas montañas siempre estarán ahí, mirando impasibles la metamorfosis del valle.

—¿Te asuntan los cambios? —preguntó él, lanzándole una mirada corta, aunque muy concentrada.

Hayley suspiró.

—Está en nuestro ADN cambiar, Jesse. De lo contrario, nuestra raza no habría sobrevivido.

—Cambiar no tiene nada de malo —señaló él, con la frente un poco arrugada.

—Lo sé. Cambiar no es malo. Es... triste.

—¿Te entristecen los cambios, pequeña Hayley?

Se produjo una pausa, que concluyó con un susurro de la joven.

—Desde hace tiempo me entristece cualquier cosa, Jesse.

—¿Te entristezco yo?

—No, tú no. Tú eres la única luz que desgarras este abismo lleno de tinieblas.

Encima de los labios de Jesse volvió a temblar esa sonrisa un tanto agónica.

—Me quieres.

No era una pregunta. Jesse lo estaba afirmando. Y Hayley no se veía con fuerzas para negarlo. Sabía que él iba a casarse con Rafaella. Sabía que, tarde o temprano, la apartaría de su lado, colocaría una barrera infranqueable entre ellos dos y nunca más volvería a tenerle solo para ella. Por eso se lo tenía que decir. Antes de que la apartara para siempre, él *debía* conocer la verdad.

—Una vez intenté robar membrillos —confesó Hayley, con ceño fruncido y mirada hueca—. Es un fruto estúpido, que a nadie le gusta en estado puro. Es duro, seco, ácido... La gente lo convierte en mermelada, o lo prepara de algún modo, pero casi nadie se lo come tal cual, nada más cogerlo del árbol.

Jesse ahogó una sonrisa.

—Cierto es que el membrillo es una fruta curiosa —acotó, mirando la

carretera a lo lejos.

—Pues a mí me gusta, por eso intenté trepar al árbol de mis vecinos para robar un membrillo. ¿Sabes?, los veía todos los días desde mi ventana, tan amarillentos, tan apetecibles... Y un día me dije a mí misma que había que conseguir uno de aquellos membrillos, por lo que me colé en el jardín de al lado e intenté trepar al árbol. Me caí al menos cinco veces. No podía trepar. Solo podía estar ahí debajo y mirarlos. Estaban tan cerca, comparado con mi ventana, *tan cerca* que casi los podía rozar, y, sin embargo, se mantuvieron lo bastante lejos como para que yo no llegara hasta ellos. Los membrillos eran para mí un sueño inalcanzable, y me decepcionaba ser incapaz de realizarlo. Me decepcionaba tanto que me eché a llorar. Esa fue mi primera decepción en la vida.

—Debió de ser terrible —se obligó a decir él, y su voz había enronquecido considerablemente.

—Fue devastador, porque yo aún era demasiado joven, y el dolor parecía mucho más intenso y más grande que yo. ¿Pero sabes qué sucedió, Jesse? Que se me acercó un hombre. Era joven, mucho más joven que mi padre, o eso me pareció a mí. ¡Y, Dios mío, era guapo! Estábamos en otoño, y la luz que se abría paso a través de las hojas de los árboles era de color rojizo. Él cruzó esa mágica luz, vino hacia mí y extendió la mano hacia el árbol. Era tan alto que no le hizo falta trepar. Simplemente, rompió el membrillo de su rama y me lo ofreció. Ni siquiera sabía cómo actuar. No le conocía de nada. No supe qué decir. Creo que ni siquiera le di las gracias. Él se acuclilló junto a mí lado y me enjuagó las lágrimas. No dijo nada, mas no hacía falta. Sus ojos grises me lo dijeron *¡todo!*

Jesse la miró y se dio cuenta de que había lágrimas escurriéndose por el rostro de la chica.

—Hayls... —musitó, sin saber muy bien qué decir.

Ella agitó la cabeza despacio.

—En ese momento me enamoré de ti. Tenía cinco años.

Volvió los ojos hacia los suyos y advirtió que Jesse parecía devastado por su confesión. Sus ojos brillaban un poco y el tormento estaba impreso en su hermoso y elegante rostro.

—Hayley, yo... —él, preso de una turbada desesperación, sacudió la cabeza, y ella se sorbió las lágrimas.

—Llevo toda mi vida amándote —susurró Hayley, con el rostro contraído

de agonía—, y ahora siento que te estoy perdiendo. Y duele, Jesse. Duele muchísimo. No te haces ni una idea de cuán intenso es este maldito dolor.

El corazón de Jesse latía de un modo casi angustioso. Aprovechó un mirador en el lado derecho para apartar el coche de la carretera y, nada más detenerse, agarró desesperadamente el rostro de Hayley entre las manos y lo arrastró hacia el suyo. Sus labios se encontraron en un beso cuya profundidad no aliviaba, sino que les lastimaba de modos horribles. Su necesidad era pura codicia. La lengua de Jesse entraba y salía de la boca de Hayley, mientras sus manos se aferraban a su rostro como si estuviera aterrándole la idea de que ella se escapara a través de sus dedos como la neblina.

Se devoraron a besos en ese mirador, sin lanzar ni una sola mirada a las imponentes vistas. Lucharon y se rindieron, atacaron y retrocedieron. Y el dolor, en vez de apagarse, florecía cada vez más dentro de sus almas, porque los dos sabían que su amor era terrible. Puro y, aun así, terrible, porque iba más allá de cualquier razonamiento. Más allá de sus propias voluntades. Ninguno de ellos controlaba esa voracidad. Al contrario. Estaban siendo controlados por ella. Se encontraban pillados en medio de un torbellino huracanado y no podían hacer más que dejarse pillar por la ventisca.

Jesse menguó la intensidad del beso, hasta que sus labios dejaron de moverse. Sin embargo, su boca no se separó ni un milímetro de la boca de Hayley. Se mantuvo encima, absorbiendo cada uno de sus soplos de aire, impregnándose en ella. Movié un poco los dedos por su mandíbula y le acarició las comisuras de los labios.

Después, atormentado por la culpa, dejó caer la frente sobre la suya y cerró los ojos. No podía más. Se sentía cansado, derrotado, débil y muy vulnerable. Hacía muchísimos años que no se sentía así de vulnerable. Desde aquellas noches en la playa.

—No quiero hablar de amor, Hayley —le susurró—. Me aterra.

—¿Por qué?

Él abrió los ojos y los clavó en los suyos.

—Porque odiaría hacerte daño alguna vez, ¿no lo entiendes?

—Tú nunca me harías daño.

Jesse movió la cabeza despacio.

—No lo sé, Hayls. Yo nunca he sabido lo que es el amor, o la ternura. No sé si puedo...

—¿Amar?¿No sabes si puedes amar o... *amarme*?

Él cerró de nuevo los ojos y sus dedos se aferraron al rostro de la chica con más fuerza.

—No sé si *debo* amarte.

—Si no quieres hacerme daño, entonces ámame, Jesse. Es lo más correcto que puedes hacer.

—Dios... Me lo estás poniendo muy difícil.

—Ya. La vida no es fácil, y tú lo sabes.

Se quedaron así, frente apoyada contra frente, durante al menos cinco minutos.

—Deberíamos irnos —susurró Hayley por fin—. Creo que va a nevar, y no conviene pillar una nevada en esta carretera. Todavía nos queda media hora de subida.

Jesse asintió, se apartó de ella y arrancó el coche. Mientras giraba el volante hacia la izquierda, lanzó una mirada al cielo. No tenía buena pinta.

Capítulo 12

La ventisca movía de un modo espeluznante las puntas de los viejos arcos. En la atmósfera flotaba todo un torbellino de hojas, tan rojas como la sangre. Jesse detuvo el coche en la entrada de la propiedad y bajó casi corriendo. Había que encender un buen fuego de inmediato si tenían planeado pasar la noche ahí. Las temperaturas habían descendido doce grados respecto a la ciudad, y eso que aún era de día.

Cogió las maletas y entró junto a Hayley, que se había mantenido en total silencio después del beso que le había dado a mitad de camino. Una vez dentro, se sintieron más seguros. Al menos el viento no podía alcanzarlos ahí. Estaban a salvo.

El *living* de la casa del lago era amplio, muy luminoso, gracias a tres de sus cuatro paredes, que eran de cristal. Había una enorme chimenea de piedra en mitad de la estancia. Una escalera interior daba acceso a los dormitorios de la planta superior. El suelo, de reluciente madera dorada, atraía toda la luz del exterior. Estaba todo muy limpio. Jesse se había ocupado de mantener en nómina a la mujer que venía una vez a la semana para asegurar la limpieza, y a su marido, el encargado de los exteriores.

Era una buena propiedad, lo cual acarreaba unos cuantos mantenimientos. Los arbustos, de haberlos dejado a sus anchas, habrían convertido en jardín en un denso bosque, y las plantas se habrían secado. Jesse no quería que Hayley percibiese una sensación de dejadez al visitar el sitio, puesto que eso habría hecho todavía más presente la ausencia de sus padres. Todo debía mantenerse tal y como estaba cuando Nolan y Emma aún vivían.

Y así fue como lo encontró Hayley, unos meses después de haberlos perdido.

—Sigo esperando a que mamá baje por esa escalera y me regañe por no haberme puesto una buena chaqueta —comentó, mirando a su alrededor con los ojos cargados de lágrimas.

Jesse dejó las maletas al lado de un bonsái.

—Si te resulta duro estar aquí...

Hayley sacudió la cabeza.

—No. Quiero estar aquí. Lo necesito. Estar aquí hace que los sienta más cerca. Es un dolor que me alivia de algún modo. No sé explicarlo —se calló

por un instante y se obligó a dejar de sentirse tan triste—. ¿Quieres que te ayude con la chimenea?

—No. Me las apañaré. Pero si quieres, puedes colocar las provisiones en la cocina y decirme dónde está la leña.

—Sal por la puerta de atrás y ahí verás un cobertizo. La llave está en tu llavero. Debería haber leña ahí.

—Muy bien. Voy a ocuparme del fuego ya.

—¿No prefieres cambiarte antes? —repuso ella, mirándolo de arriba abajo, sus vaqueros descoloridos, su camiseta blanca, la sudadera *Adidas*, que mantenía desabrochada, desvelando un pecho tan sólido y firme que hizo que Hayley notara un enorme nudo en la garganta. Quería colar sus manos por debajo de la tela azul de esa sudadera y abrazarse a su torso; colocar la cabeza contra su pecho y sentir cómo latía el corazón de Jesse; dejarse envolver por su calor corporal y su masculino olor.

—No, está bien —murmuró él, distraído, mientras examinaba las llaves del llavero en un intento por decidir cuál de ellas debía usar para abrir el cobertizo—. No pasa nada si estropeo un par de vaqueros viejos —añadió, levantando los ojos grises hacia los de Hayley—. Para eso me los he traído.

Ella asintió y se fue a la cocina.

Mientras Hayley enchufaba la nevera y guardaba las cosas dentro, Jesse, con un hacha, intentaba sacar un par de astillas para encender el fuego. Media hora después, estaba todo dispuesto, los armarios colocados y la lumbre encendida.

Jesse, complacido por el trabajo realizado, se dejó caer en el sofá, y Hayley no tardó en juntársele.

—Me parece que no vas a poder pescar esta tarde.

—Probablemente, mañana tampoco —apuntó él, meditabundo.

—Probablemente...

—No pasa nada, Hayls. De todos modos, no soy muy aficionado a la pesca. Solo pescó cuando estoy muy estresado.

—Ah.

Surgió una incómoda pausa, o eso le pareció a Hayley. Cuando miró a Jesse, se dio cuenta de que él no parecía incómodo en absoluto. Tenía un brazo subido al respaldo del sofá, como si estuviera abrazándola a ella, y sus ojos estaban clavados en la lumbre. Su rostro lucía una serenidad que muy pocas veces había visto en él. O, al menos, no desde que se había convertido

en su tutor. Sus largas piernas estaban extendidas hacia el fuego. Sus hombros, relajados. Nada en su expresión desvelaba el infierno que se desataba en su interior. Sus ojos no dejaban entrever el deseo que le desgarraba por dentro, ni que cada molécula de su cuerpo se agitaba a causa de la proximidad de Hayley.

—¿Quieres que ponga la tele? —preguntó Hayley abruptamente.

—No. Estoy bien así, gracias. Me gusta escuchar cómo crepita el fuego.

—De acuerdo.

Hayley empezó a toquetearse las uñas, luego el pelo. Estaba siendo asaltada por oleadas de inquietud que le impedían relajarse de una vez. ¿Qué pasaba por la mente de Jesse? ¿Por qué había empezado a fruncir el ceño de repente? ¿Por qué no le hablaba? Apenas habían cambiado un par de palabras después de ese beso tan devastador que le había dado. Y, por cierto, ¿en qué punto les dejaba ese beso exactamente?

—Voy a leer —anunció, cuando fue incapaz de seguir soportando el silencio de Jesse.

—Una actividad saludable para nutrir el alma —comentó él, burlón.

Hayley puso los ojos en blanco.

—Adelante, búrlate, *don-yo-solo-leo-el-Forbes-porque-quiero-salir-en-la-portada*.

Jesse soltó una carcajada ronca.

—Leo el *Forbes* porque me divierte.

—Sí, claro. Pues yo leeré *Cumbres Borrascosas* porque me divierte.

El ceño de Jesse volvió a hacerse notar.

—¿Qué tiene de divertido *Cumbres Borrascosas*? —quiso saber, al tiempo que desviaba los ojos hacia los suyos—. Que yo recuerde, es un puñetero dramón.

—La lluvia —comentó Hayley, desviando la mirada hacia el cristal—. Llueve mucho.

Se levantó del sofá y se fue hacia la ventana. Se quedó delante, abrazada a sí misma, y contempló los primeros copos de nieve del año.

—¿Por qué te fascina tanto la lluvia? —preguntó él a sus espaldas.

Hayley echó el aliento en el cristal y dibujó dos muñecos en el vaho.

—Porque me recuerda a ti...

—¿A mí?

Con mirada mortecina, se quedó contemplando los dos monigotes cogidos

de la mano. Tardó unos momentos en contestar, y cuando volvió a hablar, su tono sonaba todavía más lejano, como si ella ya no estuviera ahí, dentro de ese cuerpo, sino muy, muy lejos.

—Siempre te imagino en la lluvia, Jesse. *Siempre*.

Él la miró tragando saliva.

—Y cuando me imaginas así, ¿estás tú a mi lado, o estoy solo?

Otra pausa prolongada.

—Tú siempre estás solo —musitó Hayley, ausente.

Jesse expulsó al aire de los pulmones, se levantó del sofá y fue hacia ella. Se quedó unos segundos paralizado, sin saber qué hacer o qué decir, y luego se abrazó a su cuerpo. Hayley suspiró al sentir sus brazos rodeándola desde atrás.

—¿Has visto cómo nieva? —le susurró él al oído—. Los copos giran antes de caer.

—Sí... ¿No te parece lo más hermoso que has visto nunca? —repuso ella, abstraída.

—He visto cosas más hermosas.

Ella calló unos momentos, y luego suspiró otra vez.

—¿Como cuáles?

Jesse se tomó un instante, antes de contestar.

—Tú.

La volvió entre sus brazos, la cogió por la nuca y la besó. Estaba mal por mil razones, como mínimo, pero no le importó. La besó con avidez, con tanto empeño que dejó mareada a la chica.

—Léeme algo, Hayley —susurró contra su boca, sus posesivos dedos aferrados a su frágil nuca, su frente apoyada en la suya.

Ella sonrió un poco.

—¿Quieres que te lea *Cumbres Borrascosas*?

—Si es el único libro que te has traído...

—Lo es.

Intentó apartarse para ir a por el libro, pero él la cogió por las muñecas, la detuvo a su lado y volvió a atraerla hacia su pecho.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, escrutándolo con ansia.

Jesse arrastró la mirada por todo su rostro, muy despacio. Como siempre, absorbiéndolo. Quería que esa imagen de Hayley quedara guardada en su mente para siempre, porque nunca había visto nada más bonito que ella.

—Nada —dijo al cabo de unos momentos—. Yo solo... No es nada. Anda, ve a por el libro.

—Está bien. No te muevas.

Pero él se movió. Cuando regresó Hayley con el libro, Jesse ya no estaba al lado de la ventana, sino que se había vuelto a sentar en el sofá, con los ojos perdidos en la chimenea. Parecía preso de tal tormento en ese momento que el corazón de Hayley dio un doloroso brinco. Se arrepentía. Seguro que se arrepentía de haberla besado.

—He vuelto.

Él ni siquiera advirtió el cambio en la voz de la chica. No percibió su dolor.

—Maravilloso. Ven. Siéntate a mi lado.

Hayley se mordió el labio, aguardó un segundo y luego cruzó la habitación. Él la invitó a acurrucarse contra su costado, y ella no esperó a que se lo dijera dos veces, sino que se acomodó antes de que Jesse cambiara de parecer.

Abrió el libro y buscó uno de sus pasajes favoritos.

—*Si todo pereciera y él se salvara* —comenzó a leer con voz suave—, *yo podría seguir existiendo; y si todo lo demás permaneciera y él fuera aniquilado, el universo entero se convertiría en un desconocido totalmente extraño para mí.*

La boca de Jesse se alzó un poco en una sonrisa atormentada. Hayley calló por unos segundos, y luego siguió leyendo, con entonación sosegada. Jesse estaba fascinado. Nunca le había gustado ese libro, pero ella hacía que pareciera diferente. Especial. Al igual que la canción de Bettye LaVette. Jamás se había interesado por la música de Bettye. No hasta conocer a Hayley. Ahora se había comprado un CD para el coche y escuchaba *Nights in White Satin* siempre que podía, porque le recordaba a la chica de la que estaba perdida, terrible, absolutamente enamorado.

—Si estuvieras en el lugar de Catherine, ¿qué harías? —la interrumpió.

Hayley bajó el libro y buscó su mirada. Él la sostuvo, con ojos tan ardientes como las ascuas que se consumían en la lumbre.

—Me iría con Heathcliff. Me daría igual mi marido. Lo dejaría todo y me iría con él hasta los confines del mundo.

Se miraron en silencio. Jesse parecía cada vez más atormentado.

—¿Y tú? —propuso Hayley de pronto—. ¿Qué harías tú, Jesse, si

estuvieras en el lugar de Heathcliff? Si el amor de tu vida se hubiese casado con otro, ¿cómo reaccionarías?

Los ojos de Jesse bajaron hacia su boca y la contemplaron con tanto ardor que el estómago de la chica se contrajo.

—Yo la raptaría —contestó él, alzando la mirada hacia la suya, lo cual permitió a Hayley advertir la dureza que se había instalado en las profundidades de sus pupilas; su determinación. Jesse hablaba muy en serio—. No la dejaría ser feliz con otro.

—Es un poco egoísta, ¿no crees?

Él sacudió la cabeza despacio.

—En realidad, no, no lo es. Sería lo más altruista del mundo.

—¿Cómo es eso posible?

—Ningún otro podría hacerla tan feliz como yo. ¿Acaso no es eso altruismo?

Hayley sonrió un poco.

—Tú siempre tergiversas las cosas para salir ganando.

Él también sonrió.

—Es que odio perder —murmuró y, de improviso, clavó los dedos en la nuca de Hayley y atrajo su rostro hacia el suyo.

La besó una vez más, de ese modo tan desesperado, tan obstinado, y luego la soltó, echó la espalda hacia atrás y volvió a contemplar la chimenea mientras suspiraba de vez en cuando. Hayley, instada por su mano, apoyó la cabeza contra su hombro y se mantuvo callada.

—Jesse...

Él le estaba acariciando la oreja muy despacio, distraído.

—¿Mmmm?

—¿En qué punto estamos?

—En el que a mí me ingresan en un manicomio y a ti te mandan a terapia.

Ella sopesó esas palabras y el significado que guardaban.

—Ya veo.

El mundo había oscurecido en el exterior. Jesse y Hayley estuvieron mucho tiempo ahí sentados, limitándose a contemplar el fuego de la chimenea. De vez en cuando, él se levantaba, lo avivaba, y luego se sentaba y abrazaba de nuevo a Hayley.

Sobre las nueve de la noche, Jesse preparó dos platos de sopa de sobre y abrió una lata de atún. Hayley no protestó por el menú. Engulló todo lo que él

le ofreció, y luego soltó un larguísimo suspiro. Llevaban al menos dos horas callados, apenas cambiando un puñado de palabras. A eso de las diez, cuando los platos estuvieron lavados, secados y colocados dentro del armario, él propuso que se fueran a la cama.

Subieron los dos la escalera de manera. Como ninguno tenía intención de usar el dormitorio principal, llegados a la bifurcación del vestíbulo, giraron uno a la derecha y el otro a la izquierda. Dieron unos ocho pasos cada uno, hasta que Jesse se volvió bruscamemente.

—Hayley...

Ella frenó y también se volvió, hambrienta de sus palabras.

—¿Sí, Jesse?

Había algo de desbordante en el tormento impreso en el elegante rostro masculino.

—¿Quieres dormir conmigo esta noche?

La boca de Hayley empezó a alzarse, poco a poco, despacio pero firme, en una sonrisa.

—Me encantaría.

Fue corriendo hacia él y lo siguió hacia el dormitorio como un cachorrillo eufórico. Jesse sonrió al ver que ella había colocado sus cosas en el armario. Cogió una camiseta y se la lanzó.

—Puedes usar el baño para cambiarte.

—O puedo cambiarme aquí.

Él se volvió de espaldas y tragó saliva, pero eso no mitigó su turbación.

—*Debes* usar el baño para cambiarte, Hayls —rectificó con un poco más de severidad.

Escuchó un suspiro de protesta a sus espaldas y luego los pasos de Hayley alejándose. Cuando regresó con la ropa de Jesse puesta, él ya llevaba pantalón corto y una camiseta negra.

Los ojos grises la miraron de arriba abajo. Sin duda, eso era deseo. Hayley sabía que eso era deseo. Lo que no sabía era lo devastador que le resultaba a él, o la voracidad con la que ese deseo lo consumía.

—Te llega hasta las rodillas —comentó, con voz rota.

—Es que eres muy alto.

—Ya. Mmmm... ¿dormimos?

—Vale...

Los dos se miraron incómodos. Jesse no sabía muy bien por qué le había

propuesto ese disparate. Ya no era él mismo, porque él, el viejo Jesse, nunca habría hecho las estupideces que hacía ahora. Sus pensamientos eran tan molestos que los apagó y siguió a Hayley hasta la cama. Se acomodaron, cada uno en su sitio, y él pulsó el interruptor para apagar la lámpara de su mesilla.

Se quedaron de esa forma, tumbados en la oscuridad, boca arriba, tensos, rígidos y con los ojos clavados en el techo. Hayley quiso decir algo, pero no se le ocurrió nada. Él suspiró y cerró los ojos, obligándose a conciliar el sueño.

Ninguno podía dormir sabiendo que el otro estaba a unos escasos centímetros de distancia, tan cerca que sentían su calor corporal y la energía que fluía entre ellos dos, arrastrándolos inevitablemente el uno hacia el otro.

Hayley, con el corazón desbocado, tragó saliva y movió un poco la mano hacia la de Jesse. Al ver que él no se apartaba, le rozó los nudillos con las yemas.

Jesse se mantuvo inmóvil por unos segundos, y luego movió también la mano, hasta que sus dedos encontraron los de Hayley.

Ella sonrió en la oscuridad. Él sonrió también.

Y por fin pudieron dormirse.

Al día siguiente, Hayley despertó en una enorme cama vacía. Se levantó, se puso los vaqueros que había llevado el día anterior y una sudadera de Jesse, y salió al exterior a buscarle. Un buen manto blanco cubría el suelo, por lo que a Hayley no le costó demasiado esfuerzo seguir las pisadas de Jesse.

Caminando, se asombró al ver lo lejos que llegaban las pistas, hasta el corazón del denso bosque. ¿Qué demonios hacía Jesse ahí a las ocho de la mañana?

—¡Jesse! —gritó, cansada de seguir caminando—. ¡¡Jesse!!

Escuchó un ruido a sus espaldas y se volvió. A lo lejos vislumbró a Jesse. Venía corriendo hacia ella.

—Estoy aquí —dijo, acercándosele.

Tenía el rostro encendido y jadeaba a causa del esfuerzo.

—¿Qué demonios estabas haciendo? —preguntó Hayley al tiempo que se envolvía con la sudadera—. Hace un frío de mil demonios.

—Ya. Estaba corriendo.

—¿Corriendo?

—Correr me relaja. No deberías haber salido sin un abrigo.

—Dijo el tío que solo llevaba una sudadera.

—Ya hago ejercicio. Es diferente.

—Sí, vale, lo que tú digas. ¿Volvemos a casa?

—¿A Boston? —se extrañó él mientras seguía la cadencia de sus pisadas. Hayley puso los ojos en blanco.

—No, hombre. A Boston, no. *Aquí*. Me refiero a si entramos.

—Aaahh. Vale. Sí. Está bien. Entremos. Te haré el desayuno.

Cogieron el camino de vuelta en silencio. Estaban todavía más raros que la noche anterior.

—¿Has dormido bien? —preguntó Jesse de repente.

—Sí. Muy bien. ¿Y tú? —repuso ella mirándolo.

—Sí. No estuvo mal. O sea...

—Sí, que dormiste bien. Te he entendido.

—Vale.

No se les ocurrió nada más de lo que hablar, por lo que caminaron callados hasta alcanzar la puerta trasera. Entraron en la cocina y Jesse empezó a trastear con unos cazos. Preparó café y unas salchichas fritas.

—No tenemos pan —informó, ofreciéndole un plato a Hayley.

—¿Y mostaza?

—Tampoco.

Ella hizo pucheritos. Él sonrió.

—Está bien. Gracias, Jesse.

—De nada.

Se sentó al otro lado de la mesa y empezó a desayunar. Hayley no se daba cuenta de que la observaba por encima de las pestañas. Estaba mirando su plato ensimismada.

—No te gustan las salchichas —afirmó Jesse, un poco exasperado, aunque no con ella sino con él mismo, por no haber traído cereales o algo así.

Ella sacudió la cabeza.

—No, no es eso. Es que yo... —Levantó el rostro y sus labios se contrajeron en una línea tensa—. No me gusta desayunar.

Jesse levantó las cejas en un gesto de asombro.

—¿Desde cuándo?

—Bueno, no me gusta desayunar cuando estoy inquieta —explicó a media voz.

Él juntó las manos por debajo de la barbilla y la observó durante unos segundos.

—¿Y por qué estás inquieta, Hayley?

—Pues porque... esto es extraño.

—¿El qué es extraño? —preguntó él despacio.

—¡Esto! Tú y yo. Antes éramos amigos y ahora...

—¿Y ahora qué?

Hayley bajó la mirada hacia su plato, porque la intensidad con la que los ojos grises de Jesse la escrutaban le resultaba demasiado intimidante. Se sentía cobarde y cohibida. Casi le daba vergüenza decírselo.

—Pues que no sé lo que somos. Ni somos novios ni somos amigos.

Jesse se extendió un poco para coger su mano por encima de la mesa.

—Tú y yo siempre seremos amigos, Hayls. Independientemente de nuestra relación sentimental.

Los ojos marrones se alzaron esperanzados.

—Así que hay una relación sentimental.

—Hayley...

—Está bien. Me basta con saber que aún somos amigos y que no te he perdido para siempre.

Parecía tan triste que Jesse no pudo soportarlo más. Se levantó de su silla, se acuclilló delante de Hayley y le cogió el rostro entre sus enormes manos.

—Eh... No. No, no, no. No te pongas así. Nunca me perderás, Hayley. ¿No te he prometido que siempre estaré aquí?

El nudo de la garganta apenas le permitía respirar y sus ojos se estaban nublando. Jesse se sintió todavía más enternecido por la expresión de tormento que pudo leer en el rostro de la chica.

—Sí, eso dijiste —murmuró ella.

Él la miró con fijeza. Treinta segundos. Un minuto. Los ojos de Jesse no soltaban los ojos de Hayley.

—Hablabas en serio —aseguró.

Ella hizo un endeble amago de sonrisa. Él ladeó un poco la cabeza y le acarició la mejilla.

—No estés triste, ¿quieres? Este es un fin de semana para pasarlo bien. ¿Quieres que hagamos un muñeco de nieve?

Hayley, a pesar de sus tormentos, soltó una carcajada.

—Estarás bromeando.

—¿Te parece que esté bromeando?

Lo evaluó con atención.

—No mucho.

—Porque hablaba en serio. Anda, desayunemos y salgamos afuera. Habrá que disfrutar de la primera nevada.

Capítulo 13

La luna estaba tapada por una fina neblina, por lo que apenas arrojaba sus gélidos rayos sobre el jardín. Hayley estaba acurrucada en una butaca delante de la ventana. Sus ojos contemplaban el muñeco de nieve que ella y Jesse habían hecho un par de horas antes. Sonrió al recordar cómo la había cogido él en brazos y la había lanzado a un enorme montón de nieve, solo porque Hayley se había burlado de la cabeza que Jesse le había puesto al muñeco.

—¡Su cabeza está perfecta! —había defendido él su trabajo, aunque luego había procurado mejorarlo, para complacerla a ella.

Pese a sus esfuerzos, a Hayley seguía pareciéndole que el muñeco tenía la cabeza deforme. Lo miró distraída y volvió a sonreír. Jesse seguía en la ducha. Lo sabía porque escuchaba la bomba de agua trabajando y la caldera del sótano calentando el agua. Se imaginó el cuerpo de Jesse bajo todos esos chorros calientes, y sintió un escalofrío. Estaba harta de amarlo a distancia. Quería más. Quería besarlo siempre que le apeteciera. Y tocarlo. Y que él la tocara...

Estaba tan ensimismada en su fantasía con Jesse que ni siquiera escuchó las pisadas de este a sus espaldas.

—Por fin he entrado en calor —comentó con un suspiro.

Hayley se giró, sobresaltada. Jesse estaba de pie al lado de la chimenea encendida y solo llevaba un pantalón de chándal gris y una camiseta blanca. Iba descalzo. Parecía relajado.

La miró en silencio mientras se echaba el cabello, todavía mojado, hacia atrás y se lo peinaba con los dedos.

—¿Echo más leña? —propuso al cabo de unos instantes.

Ella sacudió la cabeza.

—Ya hace bastante calor, Jesse.

—¿En serio? Será que aún sigo destemplado.

—Sí, es que pasarse el día fuera con una simple sudadera...

—¡Tú también llevabas una simple sudadera! —se defendió él, interrumpiéndola.

—Yo llevaba dos —lo corrigió Hayley—. Una mía y una tuya.

—Ah.

Jesse se sentó en el sofá y se quedó mirando el fuego. Hayley se levantó

de su butaca, cruzó el salón y tomó asiento a su lado, con la cabeza apoyada contra el hombro de Jesse. Él hundió el rostro en sus cabellos, aspiró hondo y soltó un suspiro.

—Hueles a vainilla —susurró, sin apartarse de ella.

—Es el champú —señaló Hayley.

—Ya me imagino.

Jesse estuvo meditando un buen rato. Hayley deseaba saber en qué estaba pensando tan concentrado, pero no se atrevía a abrir la boca. Lo miraba de vez en cuando, de reojo, y se daba cuenta de que la lucha interior de Jesse se intensificaba con cada instante que trascurría. Claro que, como siempre, no alcanzaba a adivinar cuán intensa era.

Y es que dentro de la mente de Jesse de Winter se había desatado un infierno lleno de demonios.

Al cabo de media hora, Jesse la apartó para poder levantarse. Ella lo siguió con la mirada. ¿Adónde iba? ¿A la cama ya? Hayley desvió los ojos hacia el reloj. Solo eran las nueve y media. Jesse nunca se iba a la cama antes de las doce.

Volvió a mirarlo y se dio cuenta de que se estaba dirigiendo a la estantería de los CD. Se pasó un buen rato ahí delante, examinándolos. Retiraba uno, miraba las canciones, como si estuviera buscando alguna en concreto, y luego, al no encontrar la que él quería, lo volvía a empujar a su sitio.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó Hayley al cabo de unos cinco minutos.

—¿Eh? Ah, no. Yo me ocupo. Tú mejor sítveme una copa de vino.

—A la orden.

—Y sítvete una a ti también.

Hayley frenó en seco de camino a la cocina y se volvió ceñuda.

—¿Desde cuándo puedo beber?

Jesse, con un CD en la mano, se volvió para encararla.

—En la mayoría de los países del mundo se puede beber a los dieciocho. Seamos europeos por un día, Hayls. Tenemos cosas que celebrar.

La boca de Hayley se movió en una sonrisilla.

—Sabes que hoy es mi cumpleaños —afirmó, debatiéndose entre la alegría y la decepción.

La media sonrisa de Jesse fue un tanto pícara.

—¿De verdad pensabas que se me había olvidado, cielo? A partir de hoy, ya no soy tu tutor. Abramos esa botella de vino que me he traído de casa.

Esto habrá que celebrarlo.

Hayley tragó saliva. No sabía si alegrarse o echarse a llorar. ¿Qué significaba exactamente el hecho de que él dejara de ser su tutor a partir de ese día? Vale, de acuerdo, ella podía administrar sus propios bienes y tomar sus propias decisiones respecto a su vida y al patrimonio Walsh. Pero ¿qué más suponía ese cambio? ¿Suponía apartarse de Jesse? ¿Mudarse y dejar que él fuera feliz con Rafaella? La mera idea le destrozaba el corazón a Hayley. Durante toda su vida había deseado ser mayor para que Jesse la tomara en cuenta, pero ahora quería volver a tener diecisiete y que él estuviera obligado a cuidar de ella.

¡Maldita sea, perderlo la estaba matando!

Abrió la botella de vino con manos trémulas y echó una buena cantidad en dos copas. Se le cayó un poco a causa del nerviosismo, pero lo limpió de prisa con un trozo de papel.

Antes de ir a su encuentro, se obligó a sí misma a respirar hondo y a tranquilizarse. Si iba a mantener una conversación seria con Jesse, más valía no empezarla hecha un manojo de nervios.

Cuando volvió al salón, encontró a Jesse hundido en el sofá. La habitación estaba en penumbra, y sonaba un CD de Bettye LaVette. Hayley sonrió. Conque era a Bettye a quien buscaba Jesse con tanto empeño. Se le acercó y le ofreció una copa. Él la cogió, agradeciéndoselo con la mirada y una leve inclinación de la cabeza. Sin dejar de mirarla a los ojos, tomó un sorbo en silencio. Hayley, de pie a su lado, tomó otro, para aplacar los nervios.

Se disponía a abrir la boca, pero entonces cambió la canción, y Jesse dejó la copa en el suelo y se irguió, lo cual hizo que Hayley se replanteara lo que tenía pensado decir.

—*Nights in White Satin* —comentó él, con los ojos clavados en los suyos y la voz enronquecida—. ¿Me concedes este baile?

Hayley se obligó a respirar. Notaba las piernas flaqueándole.

—Sí, claro —logró decir.

Jesse la cogió de la mano y la atrajo hacia su pecho casi con brusquedad. Hayley tragó en seco e intentó alejar las imágenes eróticas que le estaban invadiendo la mente. ¿No era cierto que había algo muy erótico en el modo de mirarla de Jesse? ¿Acaso sus ojos no desvelaban un brillo apasionado y bastante más oscuro de lo habitual? ¿No ejercían sus manos demasiada presión en su espalda?

—¿En qué estás pensando? —susurró él.

—En mi regalo de cumpleaños —musitó ella, ruborizándose por su propio descaro.

Una carcajada ronca sacudió el fuerte pecho de Jesse. Hayley notó esa vibración por toda la espina dorsal.

—¿Sigues empeñada en eso? Porque te he comprado una pulsera muy bonita y esperaba que con eso fuese suficiente.

Hayley no apartó los ojos de los suyos. Lo miró mucho tiempo sin decir nada. Jesse empezó a inquietarse. ¿Por qué no hablaba Hayley? ¿Qué pasaba por esa cabecita morena? ¿Por qué lo miraba con tanta intensidad?

—No te cases con ella —susurró Hayley, y él pudo sentir la pasión en cada una de sus palabras.

—¿Qué? —preguntó, pillado por sorpresa por su extraña petición.

Hayley sacudió la cabeza lentamente.

—No te cases con ella, Jesse. Cásate conmigo.

Jesse bajó los ojos hacia su boca, la miró por unos segundos y luego volvió a buscar su mirada. Estaba tan turbado que apenas era capaz de seguir moviéndose.

—Hayls...

Las palabras se ahogaron, murieron en su garganta, y Jesse calló porque no supo qué decirle.

—Ella nunca te amaré como te amo yo, y lo sabes —prosiguió ella—. Sabes que nadie, *nunca*, te amaré de este modo, Jesse. Llevo enamorada de ti toda mi vida. Por favor. Por favor. No te cases con ella. *Cásate conmigo*.

Jesse estaba del todo sobrecogido, debatiéndose entre la felicidad más absoluta y la agonía más desgarradora. Eso era lo que en las profundidades de su odioso ser siempre había deseado: que Hayley le amara. A él. Pero estaba tan mal; ¡tan, *tan* terriblemente mal!

—Cásate conmigo... —volvió a suplicar Hayley, con los ojos cargados de lágrimas.

Jesse, sin ser consciente de nada más, pues una inclemente vorágine de pensamientos le nublabla la razón, hundió los dedos en su cabello, arrastró su rostro hacia el suyo y sus labios se encontraron en un beso agresivo. Hayley se sintió como si él intentara castigarla de algún modo a través de la voracidad de ese beso, pero le dio igual. Lo siguió en ese frenesí sin tan siquiera vacilar.

Al cabo de un rato eterno, Jesse empezó a enternecerse y su beso dejó de ser tan violento. Se tornó cada vez más tierno, más suave, más lento; cada vez más carnal, saboreando despacio la boca de Hayley mientras la dominaba con el tamaño de su cuerpo. Entre sus brazos no era más que una muñeca, pequeña, frágil, indefensa. Le necesitaba. Y él la necesitaba a ella más de lo que nunca, en toda su vida, había necesitado a nadie.

Jesse había perdido la cabeza y apenas se daba cuenta de ello. Su erección empujaba contra el vientre de la chica y una parte de él sabía que no iba a limitarse a darle un solo beso, lo cual le parecía abominable. Daba igual que ella ya no fuese menor de edad. Seguía siendo demasiado joven para él, y se sentía tan miserable, tan ruin por desearla de ese modo. La hija de sus mejores amigos. ¿Qué dirían Emma y Nolan?

Se obligó a dejar de pensar en ellos cuando Hayley se pegó a él todavía más y su calor le atravesó de arriba abajo, como un latigazo, haciendo que su miembro reaccionara ante esa proximidad.

—Te quiero —musitó ella.

Sus dedos se relajaron en su nuca y la acariciaron tan despacio que ella soltó un gemido abandonado. Sus manos bajaron por su espalda y la aplastaron contra su pecho con una desesperación que le quitó el aliento a Hayley.

Apenas podía respirar. Todos sus soplos de aire provenían de la boca de Jesse. Ella lo estaba respirando en ese momento. Los labios de él se movieron de nuevo con empeño, pero al no encontrar resistencia alguna, se relajaron una vez más, al mismo tiempo que sus manos dejaban de abrazarla con tantísima fuerza.

Sonaron al menos cinco canciones hasta que fueron capaces de despegar sus labios. A Hayley nunca la habían besado de ese modo, con toda esa pasión.

—Mañana iremos a Las Vegas —musitó Jesse con los labios contra los suyos—. Espero que no hayas planeado una boda grande.

Hayley abrió los ojos de par en par. ¿Le estaba diciendo que iba a casarse con ella?!

—Tú, yo, dos testigos —siguió diciendo él.

¡Sí, iba a casarse con ella!

Dios mío, Dios mío, ¡¡¡Dios mío!!!

—¿Hayley, por qué no dices nada? —se inquietó, intentando dominar el

temblor nervioso de sus manos. Retrocedió, la cogió suavemente por los hombros y la sacudió un poco—. Eh, ¿has cambiado de opinión? Porque si lo has hecho, me liberarás de un terrible...

Ella se aferró a su querido y demacrado rostro con las dos manos y clavó los dedos en su mandíbula. No le gustaba verle tan atormentado, tan consumido por la culpa.

—¿Cambiar de opinión? —interrumpió, con los ojos a la altura de los suyos—. ¿Cómo podría cambiar de opinión cuando te quiero con tantas fuerzas que me duele el alma? ¿No lo entiendes? Eres *lo único* que me importa, Jesse. ¡Lo único! Me da igual la boda. Me da igual que nos casemos bajo un puente y que nuestros testigos sean dos vagabundos. Todo me da igual. ¡Te quiero! De cualquier modo, en cualquier lugar, bajo cualquier circunstancia. Te quiero desesperadamente, y *quiero* casarme contigo. Dios... —soltó una risa tan histérica que derivó en llanto—. Dios, he esperado este momento toda mi vida —balbució, cuando fue capaz de volver a hablar.

Una oleada de agonía contrajo el rostro de Jesse.

—Siento no estar a la altura, amor —murmuró mientras le enjuagaba las lágrimas con ternura.

—¿Pero qué dices?

Él la miró con tristeza.

—No ha sido en absoluto romántico. Ni tengo un anillo ni me he puesto de rodillas... Joder, ¡ni siquiera te he dicho que te quiero! Yo... Te he hablado de Las Vegas y dos testigos. Lo siento, Hayls. Soy un patán.

Ella rio a través de las lágrimas.

—Me da igual. Te quiero tal y como eres. Y esto... ha sido perfecto. No lo cambiaría por nada en el mundo.

Él la agarró por la cintura y volvió a estrellar la boca contra la suya. Sin dejar de besarla, la levantó en brazos y caminó con ella hacia la escalera. El corazón de Hayley latía desacompasado, embargado tanto por la inquietud como por la felicidad.

Llegados a la planta superior, Jesse giró a la izquierda y abrió la puerta de su habitación empujándola un poco con el pie. Dejó a Hayley encima de la cama, se enderezó y se quitó la camiseta. Hayley pensó en que alguien debería abofetearla. A lo mejor así conseguiría reaccionar y cerrar la boca.

Jesse de Winter estaba delante de ella, ¡sin camiseta!, y ¡Dios mío!, estaba *muy* cañón. A pesar de su altura, no era demasiado corpulento, pero era

fuerte. Ella notaba esa fuerza en sus bíceps, en sus hombros... Incluso en la oscura determinación de sus pupilas.

Contemplándolo detenidamente (mientras él, a su vez, la contemplaba a ella), Hayley advirtió que su cuerpo se estrechaba hacia el vientre y que había una línea de vello muy fina recorriendo su piel desde el ombligo y hasta por debajo de la cintura de los vaqueros. Se vio a sí misma pasando la lengua, despacio, por encima de esa línea, mientras las manos de Jesse se hundían en su pelo. Por supuesto, ese pensamiento encendió sus mejillas, lo cual arrancó una media sonrisa apenas perceptible en Jesse. Encontraba delicioso ese rubor.

Sin quitarse los vaqueros, fue hacia ella, cogió el borde de su camiseta, rozándole ligeramente los costados con las yemas de los dedos, y se la sacó por encima de la cabeza. La hizo una bola y la lanzó a sus espaldas, hacia la puerta abierta. Hayley se quedó en sujetador, un sujetador rosa de *Looney Tunes*. Estaba avergonzada, pero él sonrió y pasó el dedo por la punta de su pecho. Hayley dejó de respirar y notó cómo se le endurecían los pezones por debajo de la tela. No sabía si Jesse sonreía porque también lo había notado o por cualquier otra razón.

—Te lo voy a quitar —informó, y la voz no parecía la suya. Hablaba de un modo diferente, en un tono mucho más gutural.

—Vale...

Hayley, tenía que admitirlo, estaba muy nerviosa. Sentía una extraña inquietud perforándole el estómago, y el corazón le latía con tanta fuerza que escuchaba su bombeo en los oídos. ¿Y si no estaba a la altura? ¿Y si Jesse quedaba decepcionado por su falta de experiencia? Una vez había dicho que le gustaban las mujeres con experiencia. ¿Y si lo decía de verdad?

Si bien estaba hecha un manojo de nervios, se obligó a calmarse y a centrarse en esos ojos grises, insistentemente clavados en los suyos. Él se inclinó sobre ella, llevó las manos a su espalda y las acercó al cierre de su sujetador. Hayley aguardó sin aliento a que se lo desabrochara, pero él no lo hizo. Pasó el dedo por debajo y la acarició. Ella dejó caer los párpados y se tensó. La espera era enloquecedora.

—Tu piel es muy suave —le susurró él, tan cerca del oído que la chica volvió a estremecerse. Jesse sonrió un poco, consciente de que, al mantener el rostro bajo, ella no podía verlo. Le gustaba lo que estaba provocando en ella. Le seducía ese modo de reaccionar ante sus caricias.

Mientras seguía moviendo el dedo por debajo del cierre de su sujetador, acercó los labios a su cuello. Lo besó despacio, lo lamió y le hizo cosquillas con su barba. Hayley estaba devastada por todas esas sensaciones, tan nuevas para ella. La boca de Jesse se aferraba a la sensible piel de su cuello y Hayley sentía que cada centímetro de ella estallaba en llamas por debajo de sus labios.

Jesse arrastró la mano por su espalda. Subió hacia su nuca, la hundió en su pelo y luego volvió a bajarla. Su boca se deslizó por su clavícula y se centró en su hombro derecho. Llevó de nuevo la mano al cierre del sujetador y esa vez lo desabrochó. El abdomen de Hayley reaccionó, tensándose.

El corazón de Jesse latía con brutal fuerza.

Para, de Winter. No hagas esto. No con Hayley.

Pero sus manos siguieron moviéndose, como si se estuvieran rebelando en contra de su razón. Los tirantes del sujetador de Hayley fueron bajados despacio y suavemente por sus hombros, y la boca de Jesse no tardó nada en lanzarse sobre su clavícula desnuda y devorarla a besos.

—Jesse... —musitó ella, hundiendo los dedos en su cabello.

Él dejó caer los párpados. Había una pequeña parte de él que deseaba poner fin a esa locura. Pero la tentación de sentir el cuerpo de Hayley contra el suyo, su boca en su boca, sus manos en su piel, era demasiado grande como para detenerse.

No obstante, retrocedió y buscó sus ojos, antes de quitarle del todo el sujetador.

—¿Estás segura de esto? —musitó, evaluándola con ojos oscurecidos.

La boca de Hayley se curvó en un fugaz gesto de incredulidad.

—¿Me lo preguntas en serio?

La garganta de Jesse se movió al tragar saliva.

—Sí. *Muy* en serio.

Ella sacudió la cabeza, exasperada.

—Jesse, hazme el amor. Por favor. Llevo muchísimo tiempo esperando esto.

Él volvió a cerrar los ojos. Hayley vio la lucha en su rostro. Había algo desbordante en su intento por resistir. Por un momento, Hayley pensó que la razón de Jesse iba a ganar la batalla, y eso la asustó, porque habían llegado tan lejos... Sí él se echaba atrás en ese momento, ella se moriría, porque nunca más habría otra oportunidad como aquella. Él se casaría con Rafaella y

lo perdería para siempre.

No estaba dispuesta a eso, por lo que sacudió el cuerpo para que los tirantes del sujetador bajaran solos, cogió las dos manos de Jesse y las colocó encima de sus pechos. Él abrió los ojos y la miró turbado, con la respiración alterada de pronto. Había un nervio latiendo en su sien, sudor en su frente, y su mirada lucía más oscura y más profunda que nunca. La miró con tantísima intensidad que ella sintió sus ojos traspasando su carne; desgarrándola.

—Dios... —gruñó Jesse y, al instante, se precipitó sobre Hayley, la empujó hacia atrás en la cama y la besó con fuerza. Su erección se frotaba contra su muslo, y la chica supo en ese momento quién había ganado la batalla.

Y no, no había sido el intelecto. Jesse era un hombre brillante, muy inteligente, mejor que todos los demás. Pero no dejaba de ser un hombre, subyugado por sus instintos más primitivos. A Hayley le divirtió esa idea. Le gustaba mucho el Jesse primitivo.

Se arqueó cuando la boca de Jesse bajó por su clavícula y se aferró a uno de sus pechos, y gimió al sentir su mano bajando por su abdomen, arrastrándose despacio arriba y abajo.

Jesse le desabrochó el vaquero, metió la mano dentro y rozó suavemente el sexo de Hayley a través de la tela de su ropa interior. Ella se sacudió por debajo de él, reacción que le hizo sonreír.

Succionó su pecho, clavó los dientes en el pezón y luego pasó la lengua por encima para calmarlo, al mismo tiempo que su dedo apartaba la tela que se interponía en su camino y le impedía el paso. Hayley cogió aire en los pulmones y esperó a sentir esa caricia que tanto se hacía de rogar. A Jesse le encantaba atormentarla. De lo contrario, ¿por qué tardaba tanto? ¿No se daba cuenta de lo mucho que le necesitaba en ese momento?

Por fin Jesse traspasó la tela de las bragas y tocó a Hayley, la tocó de verdad, dibujando unos eróticos círculos con los dedos. Ella cerró los ojos y apretó los párpados con fuerza mientras se prometía a sí misma que nunca, jamás, olvidaría esa sensación. La boca de Jesse se arrastró por su abdomen, hasta la línea de los vaqueros.

—Esto también te lo voy a quitar.

—Vale...

Retiró la mano de entre sus piernas y tiró hacia abajo de la cintura de su pantalón. Hayley alzó la pelvis para ponérselo fácil. Él sonrió un poco. Le

gustaba que ella cooperarse y estuviese tan impaciente como él.

Le bajó el pantalón por los mulso y, a medida que la piel quedaba al descubierto, se ocupaba de cubrirla con besos. Al llegar al tobillo, lo rodeó con los dedos, lo lamió y luego dejó caer el pantalón al suelo.

Se levantó y se quedó de pie delante de la cama, paseando la mirada por todo el cuerpo de la chica. Sus pechos eran pequeños y muy firmes. Su piel, pálida. Solo llevaba unas bragas de encaje de color rosa. Jesse se mordió el labio al sentir cómo repercutía en su miembro esa imagen de Hayley casi desnuda.

—Eres lo más bonito que he visto nunca —le dijo, con voz rota.

Ella sonrió un poco. Jesse, de pie y con los ojos fijos en los suyos, se desabrochó el vaquero y empezó a bajárselo por las caderas. Hayley se puso un poco pálida y él esbozó un gesto socarrón.

—¿Te arrepientes? —le dijo, y su voz sonó un poco burlona.

Hayley se alegró, porque ese era el Jesse que a ella le gustaba: el Jesse burlón, joven, sin demasiadas preocupaciones, no el Jesse atormentado y desgarrado por la inmensidad de ese sentimiento de culpa que lo carcomía por dentro desde hacía meses.

—En absoluto. Estoy disfrutando el *show*.

Él enarcó una ceja. Se le veía muy divertido.

—Pues proseguiré.

Hayley lo apremió con la mirada.

—Adelante.

Jesse se quitó el vaquero y los calzoncillos bajo la mirada de Hayley, cuya sonrisa de auto suficiencia iba menguando a cada instante. Quería parecer coqueta, pero... ¿a quién intentaba engañar? No era más que una pánfila.

Sus ojos se abrieron de par en par al ver a Jesse completamente desnudo delante de ella. Tragó saliva y se esforzó por dejar de mirar su cuerpo y centrarse en su querido rostro. Él le sonrió para infundirle ánimos, la cogió por las muñecas y la levantó de la cama para poder abrazarla.

Ella se tensó al sentir su piel desnuda pegada a la piel desnuda de Jesse. Él la abrazó con fuerza y hundió el rostro en su cuello. Se impregnó de su olor y se sintió feliz, aunque de un modo aborrecible. Le parecía que no tenía ningún derecho a sentirse de ese modo, y que todo aquello estaba terriblemente mal. Era muy egoísta por su parte estar enamorado de Hayley. Ella era tan dulce, tan inocente... Él no se la merecía.

—Nunca habías hecho esto, ¿verdad? —le susurró al oído.

—No...

—¿Por qué?

Ella se apartó un poco para poder mirarlo a los ojos.

—Quería que fuera contigo.

Él asintió.

—Lo comprendo.

Con las palmas apoyadas contra su espalda, la aplastó de nuevo contra su pecho y la mantuvo así durante un buen rato. No quería que ese momento acabara. Sentirla tan cerca de él, su calor atravesándole, su olor invadiendo su nariz, su corazón latiendo contra el suyo... Se sintió como si hubiese estado buscando esa sensación durante años, siempre en vano, sin alcanzarla hasta aquella noche.

Hayley empezó a mover las palmas por la espalda de Jesse. Al principio, con timidez. Luego, con deseo. Él la cogió por la nuca con una mano, le levantó el rostro y la besó. La besó lenta y apasionadamente.

—Voy a hacerte el amor, Hayley —susurró cuando sus labios se despegaron por un momento.

—Vale...

La sonrisa de Jesse fue tierna. Incapaz de encontrar consuelo con tan poca cosa, la besó de nuevo y, mientras su lengua entraba y salía de la boca de Hayley, le quitó ese trozo de tela que aún la separaba de él. La inclinó hacia atrás, la colocó tiernamente encima de la cama y su beso se volvió todavía más devastador. Le separó las rodillas con una mano y arrastró la palma por la parte interior de su muslo. Hayley gimió en su boca cuando sintió los dedos de él abriéndola, traspasando la carne palpitante y húmeda.

El beso de Jesse era cada vez más apasionante, al igual que sus caricias se volvían cada vez más carnales. Cogió la mano de Hayley y la colocó encima de su erección.

—¡Se ha movido! —exclamó ella retirando la mano deprisa.

El pecho de Jesse se sacudió encima del suyo a causa de la risa.

—Sí, tiene esa mala costumbre —se mofó, cogiendo de nuevo la mano de Hayley—. Pero si la coges por la base, de este modo, mira. *Así*. Y la acaricias *así* hasta la punta, ya verás como os hacéis amigas en breve.

Ella retiró la mano de nuevo y le lanzó una mirada cruzada.

—Te estás mofando de mí.

—Ni de lejos.

—Eres un poco cabrón, ¿lo sabías? Me haces sentir mal por mi falta de experiencia.

Él se esforzó por volverse serio.

—Lo siento. No tienen gracia —le dijo, cada vez más arrepentido.

Hayley lo miró con dureza, pero no fue capaz de seguir controlándose, y estalló en risas.

—¡Sí que la tiene!

Al ver que ella solo le tomaba el pelo y que no estaba enfadada de verdad, Jesse sonrió de puro alivio.

—Embustera. Me has hecho pasar un mal rato. Ven aquí.

La arrastró hasta él y se hundió en su boca. Hayley se aferró a sus fuertes hombros y le dejó a Jesse las riendas del beso. Libró un suspiro profundo cuando él bajó por su garganta y su clavícula y envolvió un pezón con los labios.

Lo lamió tiernamente, sonriendo hacia sus adentros cuando la vio arquear la espalda para demandar más caricias suyas.

Será un placer dártelas, nena, pensó mientras su boca se arrastraba por su abdomen. Iba a descubrir y amar cada pequeña parte de ella.

—¿Jesse...? ¿Qué es lo que...? ¡Ay, madre!

Él soltó una risa ronca mientras hundía un dedo en su cuerpo. Retiró por unos segundos la cabeza de entre sus piernas para poder mirarla a los ojos.

—Chissss. Confía en mí. Sé lo que estoy haciendo —murmuró, antes de inclinarse para seguir amándola.

Tumbado en la cama con los dedos de Hayley encajados entre los suyos, Jesse pensó en que ese había sido el momento más feliz de toda su vida.

Amar a Hayley..., se maravilló, manteniendo los ojos cerrados.

Se mordió el labio mientras una sonrisa desplegaba sus labios. Había sido maravilloso. Sentirla, besarla, tocarla... ¡Y cómo se había estremecido ella! ¡Y sus pupilas! ¡Qué modo tan delicioso de dilatarse! No había visto eso en ninguna chica. ¡Ah, y esa sensación de plenitud al estar dentro de ella! Jesse se sintió como si acabara de hacer el amor por primera vez en toda su vida. Lo demás ya no importaba. Las mujeres que había conocido, a las que había

amado... Ya no se acordaba de ninguna de ella. Para él, solo existía ella. *Hayley. Siempre. Para siempre.*

A su lado, Hayley escrutaba el aristado rostro de Jesse con avidez. Cada gesto. Cada facción. Las estaba absorbiendo, prácticamente. Estaba muy callado. ¿En qué estaba pensando? ¿Qué clase de demonios atormentaban la mente de su amado Jesse? ¿Fruncía el ceño? ¿Por qué? ¿Acaso estaba arrepentido? Oh, ¡¿por qué no le decía nada?! Hayley estaba muriéndose por dentro, hambrienta por conocer los pensamientos más profundos de Jesse.

Se sentía muy insegura. Su inseguridad rozaba lo patético. Había conseguido a Jesse, pero la aterraba la idea de no saber cómo conservarlo. ¿Y si él estaba decepcionado? ¿Y si no había sentido todo lo que ella había sentido? ¿La amaba? Nunca se lo había dicho. En cambio, le había hablado de boda y testigos. ¿Era eso amor? ¿Era culpa? ¿Responsabilidad? No pudo más. Su zozobra era inaguantable.

—Jesse...

—¿Mmmm?

—¿En qué estás pensando?

—En ti...

Hayley tragó saliva. ¿Eso era bueno o malo? ¿Pensaba en ella porque la amaba, o pensaba en ella porque la despreciaba por haberle seducido y haberle hecho quebrantar sus principios más fundamentales?

—Jesse...

—¿Mmmm?

—¿Qué acaba de pasar?

Él abrió sus preciosos ojos grises, se volvió de costado y la miró con dulzura.

—Hemos hecho el amor. Y a juzgar por las reacciones de tu cuerpo, me atrevería a decir que te ha gustado. *Bastante.*

Mientras subrayaba eso último, su sonrisa se volvía pícaro, un poco descarada.

—Sí, claro, pero... ¿Y ahora qué?

Él suspiró. Suspiró más que nada porque no le apetecía moverse de esa cama nunca. Quería pasarse la vida entera ahí, con ella a su lado. Sin embargo, Hayley interpretó ese gesto como una muestra de fastidio. Había cometido un error acostándose con ella y ahora le fastidiaba tener que casarse para remediarlo.

—Habrá que mirar los vuelos —contestó Jesse al cabo de unos segundos de silencio—. Nos iremos de aquí bien temprano y, mañana a estas horas, serás la señora de Winter.

Su sonrisa la hizo sonreír un poco, aunque no consiguió hacerlo de verdad, fue más bien un intento frustrado. Jesse, sin embargo, no advirtió la inseguridad que había en ese gesto. De haber adivinado sus pensamientos, la habría consolado y tranquilizado; le habría confesado lo especial que había sido todo eso para él y le habría dicho que en absoluto era una obligación, sino algo que había deseado durante mucho tiempo, y si no lo había cogido antes, había sido porque creía que no se lo merecía.

Pero como no conocía los conflictos interiores de Hayley, dio por hecho que ella ya sabía todo aquello; que lo había advertido en su actitud, o en sus gestos, o en su modo de mirarla. Pensaba haberla hecho sentir la intensidad de su amor a través de sus besos, y dio por hecho que con eso sería suficiente.

Por lo que volvió a tumbarse boca arriba, cerró los ojos y se pasó toda la noche soñando despierto, planeando su futuro juntos, sin adivinar siquiera que Hayley vivía todo un infierno a su lado.

La boda fue sencilla. No hubo invitados, tan solo dos testigos a los que Jesse había tenido que pagar para que vinieran. Hayley llevaba un vestido morado que él le había comprado esa misma mañana en un centro comercial. No lo tenían en blanco. A Jesse le dio igual. Le dijo que estaría preciosa con cualquier cosa que se pusiera.

Hayley, en cambio, lo interpretaba como un mal augurio. No tenían el vestido en blanco porque era una señal de que ella no debía arrastrar a Jesse a esa locura. Seguro que él no quería casarse con ella. Lo que pasaba era que Jesse de Winter era la responsabilidad personificada y no concebía la idea de no hacerlo después de haber sido su primer amante. Era eso, ¿verdad?

Hayley se estaba mordiendo las uñas en el baño de la habitación de hotel. Estaba sentada encima del váter, con su vestido morado y su flor morada en el pelo, y no se atrevía a salir a dar la cara. Nunca se había sentido más insegura en toda su vida.

—Hayls —Jesse llamó a la puerta suavemente y aguardó un segundo—. No estarás pensando en dejarme plantado, ¿verdad? —Aguardó de nuevo a

que ella contestara. No lo hizo. ¿Qué le pasaba? ¿Estaba nerviosa?—. Vamos, Hayley, sal de ahí para que te pueda ver.

Pasaron unos insufribles treinta segundos hasta que ella abrió la puerta y se dejó ver. Los ojos grises de Jesse la estudiaron de la cabeza a los pies.

—Una chica tan guapa como tú... ¿Seguro que quieres casarte conmigo? —bromeó él.

—¿Y tú? —repuso ella, tan seria que la sonrisa de Jesse se borró.

—¿Qué pregunta es esa? Estoy aquí, ¿no? Y llevo traje. Eso es que sí quiero.

Hayley se encogió de hombros.

—Sí. Supongo...

—¿Supones? —se enervó Jesse. Fue hacia ella y la cogió por el mentón para verle bien la cara—. Oye, ¿qué pasa? ¿No quieres...? —El miedo le hizo sentir una punzada en el corazón. ¿Ella se estaba echando atrás?—. No quieres... —Volvió a interrumpirse, escrutó su rostro ávidamente, y luego añadió en un susurro—... ¿casarte conmigo?

Ella hizo un amago de sonrisa y extendió el brazo para tocarle. Colocó la palma contra su mejilla y buscó sus ojos.

—De *cualquier* modo, en *cualquier* lugar, bajo *cualquier* circunstancia —susurró. Ella sabía que quería casarse con él. Lo que no sabía era si él también lo deseaba—. Ya te lo dije.

Jesse intentó sonreír. Cogió su cabeza entre las manos y atravesó sus pupilas con una mirada de lo más concentrada.

—Entonces, hagámoslo. De *cualquier* modo, en *cualquier* lugar, bajo *cualquier* circunstancia. Hagámoslo, Hayley. Aquí. Ahora. Tú y yo.

Hayley sonrió un poco.

—Vale.

Él también sonrió. Se inclinó sobre ella y le besó los párpados. La cogió de la mano, abrió la puerta y la miró antes de salir.

—¿Preparada, señora de Winter?

Ella lo miró a los ojos, y pudo ver entonces su amor. Lo sintió. Lo vislumbró en su mirada.

—Preparada, señor de Winter.

Y cruzaron ese umbral cogidos de la mano, jurándose lealtad y respeto. En esa ciudad, bajo las luces de un neón de color púrpura, prometieron ser fieles, amarse, cuidarse y respetarse, en lo bueno y en lo malo, en la riqueza y en la

pobreza, en la salud y en la enfermedad, *todos* los días de su vida, hasta que la muerte les separase.

Capítulo 14

Presente

—Has pasado página... —Jesse se quedó unos segundos sopesando esas tres palabras; cavilando acerca de su significado. Tenía impresa en el rostro la agitación de sus pensamientos. Su aire era sombrío, su ceño fruncido—. ¡¿Has pasado página?! —rugió de repente, incrédulo, y en sus ojos, demasiado dilatados, se encendieron unas llamas que hicieron retroceder a la señora de Winter.

Hayley desvió la mirada. No soportaba mirarlo a los ojos y ver esa acusación tan afilada que desgarraba su carne como un puñal.

—Sí. He pasado página —musitó, con la mirada clavada en sus botas.

Jesse no reaccionó durante casi medio minuto. El corazón de Hayley latía frenéticamente. Había gotas de frío sudor deslizándose por su espalda, y no podía dejar de estremecerse a causa de toda esa gelidez. Jamás había pensando que aquello le resultaría tan difícil.

Jesse bufó de puro escepticismo. Ella alzó los ojos hacia los suyos. Seguía mirándola tan incrédulo como antes, aunque ahora percibía también otros sentimientos en la hondura de sus pupilas. Jesse estaba herido, acaso furioso. Su rostro revelaba toda una mezcla de sentimientos y emociones.

—¡Has pasado página! —exclamó contrariado, antes de estallar en unas carcajadas casi histéricas.

—Jesse...

Atravesó la distancia que les separaba, la cogió por los brazos con ira y la arrastró hacia él. Por un momento, ella pensó que iba a besarla, y ese simple pensamiento la turbó. Se suponía que lo de Jesse era agua pasada. Entonces, ¿por qué había sentido ese escalofrío en las profundidades de su alma? ¿Por qué una parte de ella se había emocionado ante esa idea?, ¿esa estúpida, ridícula idea de volver a sentir los carnosos labios de Jesse de Winter encima de los suyos?

El elegante rostro de Jesse se inclinó sobre el suyo. Sus manos no aflojaron la fuerza con la que la sostenían. Hayley, para poder mirarlo a los ojos, tuvo que echar un poco la cabeza hacia atrás. De lo contrario, le habría mirado los labios, y no quería eso porque los labios de Jesse la

desconcertaban demasiado.

—¿Quieres que te diga lo que ha sido de mi vida mientras tú pasabas página, Hayley? —gruñó él con una dureza que la hizo comprender que no iba a besarla.

Ella tragó saliva. Aun así, sintió que le escocía la garganta.

—No especialmente —se las apañó para murmurar, aunque le quedó claro que él no la había escuchado.

—Durante cinco años, ¡cinco *jodidos años!*, cada maldita vez que llovía, iba a ese condenado bar a escuchar a la *condenada* Bettye LaVette, porque era el único sitio donde aún te sentía cerca de mí. ¿Y sabes qué, Hayley? ¡EN BOSTON LLUEVE MUCHO, JODER!

Ella se puso rígida. La presión de las manos de Jesse le resultaba sobrecogedora.

—Lo siento.

Los ojos grises fulguraron un destello de demencia en lo más profundo de su superficie.

—¡Lo sientes! ¡¿Lo sientes?! ¡No jodas!

—No sé qué más quieres que diga.

—Para empezar, dónde coño has estado durante todo este jodido tiempo. Por qué coño te marchaste sin decirme nada. Y lo más importante de todo, qué cojones haces en mi galería esta noche. Adelante. Puedes elegir el orden que quieras.

—Antes tendrás que soltarme —gruñó ella a través de los dientes apretados.

La sonrisa de Jesse fue desafiante.

—¿Y si no me diera la gana?

Ella sonrió del mismo modo, retándolo con la mirada.

—No contestaré a ninguna de tus preguntas, y te pasarás otros cinco años atormentándote y escuchando a Bettye LaVette cada vez que llueva.

Él soltó un inarticulado gruñido de ira. La miró a los ojos. Vio dureza. Resistencia. Empeño. El mismo empeño que oscurecía sus pupilas.

—Echo de menos a la Hayley que solías ser —escupió mientras sus manos aflojaban su agarre.

—Era una pánfila —comentó Hayley cuando estuvo libre por fin.

—Me gustaba mucho más que esta nueva versión.

—¿Y ahora por qué ya no te gusto? ¿Soy demasiado mayor para ti?

—propuso ella con una sonrisa cínica.

Jesse mantuvo el rostro impassible, tan solo un musculo latió en su rígida mandíbula. Sus ojos la miraron, pero Hayley no supo interpretar esa expresión. ¿Acaso no había nada en su mirada?, ¿nada más que ese gélido e inquebrantable acero gris?

—No —respondió Jesse con dureza—. No me gustas porque me recuerdas demasiado a Rafaella.

Hayley intentó que él no viera lo mucho que la había afectado ese golpe bajo.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—Tómalo como te dé la gana. ¿Qué quieres?

—¿No vas a ofrecerme una bebida? Tu falta de cortesía roza lo insultante. Él hundió las manos en los bolsillos de su pantalón de sastre.

—Tú no mereces cortesía —escupió con una mirada en la que ella pudo ver algo tan desgarrador como el desprecio.

Podía con su ira. Quizá, también con su dolor. Pero el desprecio de Jesse, eso dolía demasiado. Tenía que haberle hecho caso a *él* y haberle mandado una carta. Oh, ¿por qué maldita razón había vuelto a Boston?

—¿Por qué te fuiste? —preguntó él en un ladrido áspero.

Hayley levantó la mirada hacia la suya. Jesse se había calmado en esos segundos que habían transcurrido. Ahora la miraba de nuevo con impassibilidad.

—Tú no me amabas, Jesse —susurró ella, mirándolo.

—Yo no te amaba —repitió él con una sonrisa en la que Hayley no pudo ver más que dolor; una terrible agonía que recorrió su hermoso rostro, contrayéndolo—. ¿Y cómo cojones lo sabías tú? —susurró, con voz queda y ojos brillantes.

Ella se encogió de hombros. Lo miró, y él la miró de vuelta.

—Nunca lo dijiste.

Jesse sacudió la cabeza y volvió a esbozar un gesto incrédulo con los labios.

—Así que te marchaste porque yo nunca te dije que te amaba.

—Más o menos.

—Ajá. ¿Y adónde fuiste?

—Nueva York.

—¡Nueva York! Tan cerca de mí, y, aun así, tan lejos —musitó para sí con

aire distraído.

—Sip.

Él sacudió la cabeza, puso orden en sus pensamientos y volvió a mirarla.

—¿Y has vuelto porque...?

—Quiero el divorcio.

—Quieres el divorcio —repitió Jesse con una sonrisa muy extraña—. Claro. Tiene mucho sentido.

—Jesse...

—¡Cállate! —le gritó con dureza—. ¡Cállate, Hayley! ¡No quiero escuchar ni una jodida palabra de tu boca!

—Pero Jesse...

—¡Dios mío!, cinco años buscándote como un demente, ¡¿y ahora estás aquí, tan tranquila, pidiéndome el jodido divorcio?! ¿Por qué ahora?

Hayley se pasó la lengua por los labios resecos. Todo eso era muy extraño. La reacción de Jesse era espeluznante.

—Quiero volver a casarme —susurró con voz queda.

Jesse la miró hasta que estalló en carcajadas. Parecía un perturbado, riendo y riendo como si fuese incapaz de detenerse. Echó la cabeza hacia atrás y se estuvo riendo durante mucho tiempo, bajo la mirada atónitas de Hayley.

—¡Qué bueno! —exclamó, dándole una palmadita a una mesita auxiliar. Probablemente, una pieza de coleccionista—. ¡Sí, señor! La joven Hayley quiere volver a casarse y necesita al viejo Jesse para que la libere del lastre de este desafortunado matrimonio. Ni en mis mejores sueños pasaba algo tan bueno. Sabes, Hayley, durante cinco interminables años he soñado con toda clase de métodos de atormentarte y hacerte pagar por el daño que me causaste al marcharte, pero ni en mis más crueles fantasías pasaba algo tan jodidamente brillante.

—No te entiendo. Te estás comportando como un loco —acusó ella con voz baja y tensa.

Él dejó de reír y la miró extrañamente. Un segundo. Dos. Cinco. Diez. Hayley estaba cada vez más horrorizada por ese brillo maligno en los ojos de Jesse. Casi pegó un grito cuando él la cogió del brazo y empezó a arrastrarla hacia la puerta.

—Te lo diré para que lo pilles, amor mío —le dijo con falsa dulzura mientras abría la puerta de la entrada. Fuera llovía a cantaros. Jesse esbozó una media sonrisa malévola al ver que Hayley no llevaba paraguas. Dios

estaba de su parte. Sí, Dios siempre se ponía de parte de los tipos buenos—. En la puta vida te firmaré el divorcio, y mucho menos para que te cases con un gilipollas de por ahí. Hala. Hasta dentro de otros cinco años.

La echó fuera, bajo la lluvia, le dedicó una sonrisa de autosuficiencia y, sin dejar de mirarla a los ojos, le dio con la puerta en las narices.

Hayley llegó a su piso de Beacon Hill empapada y calada hasta los huesos. Odiaba a Jesse de Winter y no había dejado de maldecirle esos quince minutos que había tenido que recorrer las calles en busca de un taxi. ¡Echarla así, sin más! ¿Qué había sido de aquel hombre tierno que solía cuidar de ella y prepararle sopa de sobre?

Hayley soltó un estornudo y se dio cuenta de que estaba muy destemplada. La sopa de sobre de Jesse le habría venido bien esa noche. Esa idea la hizo sonreír un poco.

Perdida en recuerdos del pasado, se dejó caer en una butaca al lado de la ventana y contempló la densa lluvia. ¿De verdad había hecho eso Jesse durante cinco años? ¿Ir al *Forever Soul* cada vez que llovía, porque le recordaba a ella y a esa primera vez que habían bailado *Nights in White Satin*? ¿Qué significaba todo eso? ¿Quería eso decir que la había echado de menos?

Aunque luego había mencionado algo acerca de la venganza y hacerle cosas terribles...

No, claro que no la amaba ni la había echado de menos. Lo que sucedía era que a de Winter no le gustaba perder. Se había obsesionado con encontrarla solo porque la consideraba una propiedad de la que no podía prescindir. Nada más.

Hayley suspiró, se levantó de su butaca y encendió la música. Fue pasando canciones hasta que dio con la que necesitaba escuchar en ese momento. *Wish I didn't Miss You*.

Recordó la primera vez que había oído esa canción. Había sido en el coche de Jesse. Él la había cogido de la mano y la había mirado de un modo especial. Sus ojos habían ardidado como carboncillos. En aquel entonces, ella lo había catalogado como amor. Era demasiado joven. Ahora estaba convencida de que había sido solo deseo. Deseo *carnal*. Pura lujuria. Nada más. A eso se

resumía su matrimonio con Jesse: al deseo físico que rugía entre ambos.

Claro que, en su momento, había sido tan especial para ella... La noche de su baile, cuando él la había rescatado de la vergüenza pública como un caballero andante. ¡Oh, qué guapo estaba con ese traje oscuro! ¡Y cómo brillaban sus ojos cuando la miraban! Había bailado con ella delante de todos sus compañeros, había sobornado al DJ para que pusiera una canción de Aretha Franklin...

Había sido perfecto. El hombre perfecto y el momento perfecto.

¿Y ahora, qué? Ahora le decía que le recordaba a Rafaella, porque sabía que eso le heriría lo bastante, y hablaba de modos retorcidos de atormentarla. ¿Qué había sido de su caballero andante? No lo reconocía ahora. No lo había reconocido esa noche. En sus ojos no había nada familiar. Meras órbitas huecas. La esencia de su Jesse ya no estaba dentro de ellas.

Dureza. Malicia. El viejo Jesse nunca la habría mirado de ese modo. Pero el viejo Jesse ya no existía, ¿verdad? Nunca volvería a verle, y esa era una idea tan desgarradora que Hayley se sentó en el suelo y rompió a llorar. Sentía que la llama de ese dolor nunca se apagaría. Volver a verle había resultado mil veces más doloroso de lo que ella había pensado en un principio.

Jesse de Winter estaba hecho un basilisco. Fue al salón maldiciendo entre dientes, tirando a derecha e izquierda todos los objetos que se interponían en su camino. Unas sillas inglesas del siglo XVI, un jarrón de la dinastía *Ming*, una ridícula lámpara de pie, que ni siquiera recordaba de qué maldita época era. ¡Y ni siquiera le importaba!

Sus manos temblaban de un modo preocupante. Cruzó la alfombra de pelo color café, se abalanzó sobre el armario donde guardaba los licores y agarró un vaso. Intentó echarse hielo, pero se le cayó al suelo tres veces seguidas, a causa de ese dichoso temblor. Soltó terribles juramentos y a punto estuvo de estrellar el vaso contra la chimenea, pero necesitaba demasiado el whisky como para perder el tiempo con actos de vandalismo.

Se obligó a calmarse un poco y respiró mientras intentaba dominar el temblor de las manos. Volvió a retomar su tarea y por fin consiguió echar dos cubitos de hielo en el vaso y llenarlo con alcohol. Lo tomó de golpe y luego

lo volvió a llenar.

¡Cinco años buscándola como un loco! ¡Recorriendo el país de punta a punta, cada pista, cada maldita ciudad, cada pueblo donde alguien afirmaba haber conocido a una Hayley que pintaba cuadros! ¿Y dónde estaba ella en todo ese tiempo? ¡En el jodido Nueva York, enamorándose de algún gilipollas! ¡Y ahora tenía la cara dura de venir a pedirle el divorcio! Porque se quería casar, nada más ni nada menos. ¡JA! ¡Lo tenía claro la señora de Winter!

Se acabó el contenido de su copa como si de un chupito se tratase y lanzó el vaso contra la chimenea.

Tú no me amabas, Jesse. ¡¿Que él no la amaba?! ¡¿Pero qué demonios estaba diciendo?! ¡Si su único pecado a lo largo de toda su vida había sido precisamente amarla!

Te estás comportando como un loco. ¿Un loco? Ella no sabía ni por asomo lo que era estar loco; loco de dolor, de desesperación, ¡loco de atar! No, no tenía ni puñetera idea. Pero iba a saberlo en breve.

Un destello de demencia fulguró en la mirada de Jesse. Atravesó el salón, fue hacia la estantería de los CD y empezó a empujarla hacia adelante. La estantería se tambaleó y varios discos aterrizaron al suelo, aunque eso no le bastó a Jesse. Siguió meneándola de un lado al otro hasta que consiguió derrumbarla.

Tras caer la estantería estrepitosamente al suelo, Jesse se subió encima de los CD y empezó a pisotearlos con una furia que nunca había conocido hasta aquella noche.

—¡A la mierda Bettye LaVette! ¡Y a la mierda el *soul*! ¡A la mierda todo!
—gritó como una bestia salvaje.

Al cabo de unos minutos, se tranquilizó. Ahí, en medio de toda esa destrucción que había causado, se echó el pelo hacia atrás con las dos manos y respiró hondo.

—¡El divorcio! —volvió a gritar a las cuatro paredes, como un poseso—. ¡Vamos, hombre! ¡No me jodas!

Pasó toda una semana sin que los señores de Winter volvieran a verse. Y ninguno echaba en falta la compañía del otro. O eso era lo que ellos mismos

se habían empeñado en creer.

Jesse trabajó como un loco. Su humor era pésimo. Despidió a cinco personas. No, a cinco *incompetentes*. Corrió todas las mañanas diez kilómetros. Hizo ciento veinte abdominales al día. Intentó acostarse con una mujer que había conocido en un bar cualquiera. Fue incapaz. Solo podía verla a ella. Sus ojos clavados en los suyos, sus labios susurrando: *Jesse...*

Todo eso le enfermaba. Echó a la desconocida a la calle y se puso a levantar pesas. ¿Qué día era? No lo sabía. No le importaba.

Hayley, por el otro lado, pintó. Pintó *mucho*. Cuadro tras cuadro, oscuros y desgarradores. Todos mediocres. Hechos deprisa, solo para expulsar de algún modo esa vorágine de sentimientos que la atormentaba desde que había visto a Jesse.

—¡Madre mía! —exclamó su vecina Clara un día que fue a pedirle azúcar a Hayley y esta la había hecho pasar al salón, el cual encontró abarrotado de lienzos esparcidos por el suelo.

Hayley vestía un mono vaquero lleno de pintura y tenía una cinta ancha, amarilla, en el pelo. Clara advirtió lo cansada que parecía. Sus ojos estaban hundidos, rodeados de dos círculos oscuros. Ella juraría que esa chica había perdido al menos tres kilos en la última semana. Era simpática y todo eso, pero había algo extraño en ella. Clara no sabía el qué, así que lo achacó a la profesión de su vecina. Todos los artistas eran extraños.

—¿Qué vas a hacer con todos estos cuadros? —preguntó mientras tomaba asiento en el sofá.

—*Quemarlos* —gruñó Hayley entre dientes.

Clara, horrorizada por su tono y ese brillo de malignidad en sus ojos, la siguió con la mirada. Hayley fue a la cocina y regresó con un brick de leche.

—Aquí tienes.

—Azúcar.

—¿Eh?

—Quería azúcar.

—Aahh. Perdona. Ahora te lo traigo.

Fue a la cocina y regresó al cabo de veinte segundos con las manos vacías.

—Lo siento. Me acabo de dar cuenta de que yo nunca tomo azúcar. Puedo ofrecerte miel.

—No, no te molestes. Es igual. Iré al mercado.

Hayley la miró como si no supiera qué era un mercado. Estaba demasiado

aturrullada desde que había visto a su marido.

—¿Al mercado? —repitió distraída.

—Sí, ese sitio donde va una a comprar cosas. Y aunque esto te chocará, ya que es la tercera vez que llamo a tu puerta para pedirte algo prestado, resulta que ese sitio no es el apartamento de tu extraña vecina.

Hayley sonrió. Muy poco. *Sí, es rarita*, pensó Clara con una sonrisa de atención al cliente.

—¿Puedo ir contigo?

Clara parpadeó, convencida de no haberlo entendido bien.

—Creo que llevo seis días sin salir de casa —siguió diciendo Hayley—. O siete... ¿Qué día es hoy?

—Viernes.

—¡Viernes! Juraría que la última vez que salí era jueves, y no fue ayer.

—Creo que te vendrá bien tomar un poco de aire fresco. Estás muy pálida.

—No, creo que es la luz.

—No. No es la luz. Estás pálida como un espectro. Dame quince minutos para que prepare al niño y nos vamos.

—¡Hala! ¿Tienes un niño? —se extrañó Hayley, aterrando a su vecina todavía más.

—Un día te lo dejé cinco minutos para ir a perseguir al cartero. ¿No te acuerdas?

—¿Ah, sí? No me suena.

—Dios mío. Sí que eres extraña. Ahora vuelvo.

Y se marchó meneando la cabeza. Hayley intentó recordar la escena, pero fue incapaz.

—Será que el niño se portó bien —refunfuñó hacia sus adentros mientras entraba en el baño.

No chilló de puro milagro. Tenía un aspecto horrible. Enfermizo. Se había consumido en una semana ¡y ni siquiera se había dado cuenta de ello! Sus pómulos parecían tan salientes, tan afilados, y sus ojos estaban hundidos. Su rostro lucía demacrado. Sacó de prisa unos polvos de un cajón y empezó a aplicarlos. Maldita sea, ¿por qué le temblaban tanto las manos? Desechó la idea de pintarse la raya. Con ese temblor se arriesgaba a sacarse un ojo.

Se miró el mono lleno de pintura. No podía salir de esa guisa. Fue a la habitación, abrió el armario y retiró el primer pantalón que vio. Colgaba sobre sus caderas, pero le dio igual. Se cambió de camiseta y se calzó las

Converse. Antes de salir, se lanzó una mirada al espejo de cuerpo entero. Nadie iba a nombrarla *Miss Boston* esa tarde.

Clara ya estaba en el portal, meneando al niño entre sus brazos. Hayley se acercó sonriendo.

—Hola, tesoro —le dijo al niño, cogiéndolo de la manita—. ¿Cómo se llama?

—Jimmy, como su padre.

—¿En serio? Una vez tuve un gato que se llamaba *Jimmy*.

Clara le lanzó una mirada cruzada, pero al poco tiempo se dio cuenta de que Hayley no lo decía para ofender, sino que era horriblemente franca.

Salieron del portal y echaron a andar por la acera. Hacía sol.

—¿Ah, sí? —dijo Clara de mala gana.

—Mm-mm. Robaba comida. Una vez robó el pavo de mis vecinos, aunque fue culpa de ellos, no del gato. Dejaron la bandeja encima de la mesa de la cocina, y como la ventana estaba abierta, *Jimmy* se coló, pegó un salto en la mesa y empezó a tirar del pavo. Era muy grande para él, pero lo arrastró por el suelo, poniéndolo todo perdido. Era Acción de Gracias. Fue muy divertido ver a mi vecino gritándole a mi padre porque ese *demonio con bigotes* les había arruinado la fiesta. Creo que mis padres le tuvieron que indemnizar y todo.

Soltó una risita al recordar ese día.

—¿Eres de Boston? —preguntó Clara, lanzándole una mirada.

—Sí...

—Oh, qué bien. Yo soy de Los Ángeles.

—¡Los Ángeles! Vaya. ¿Y qué haces aquí?

Clara rio.

—El amor, cariño mío. El amor.

Hayley desvió la mirada al suelo y las mismas nubes de tristeza de siempre empezaron a flotar de nuevo encima de su cabeza.

—El amor... —musitó para sí, como sopesándolo.

—¿Tú estás casada? —siguió indagando Clara.

—¡Oh, no! O sea, sí. Un poco...

Clara le lanzó una mirada extraña a Hayley.

—¿Sí o no? Uno no puede estar casado *un poco*.

—Es complicado.

—¿No lo es siempre?

—Sí. Supongo. Estoy casada, pero quiero divorciarme.

—Aahh. Vaya. Lo siento.

—No, es igual. Soy yo la que quiere el divorcio.

—Le pillaste con otra —afirmó Clara, convencida de lo que estaba diciendo y cabreada por la naturaleza masculina—. ¿Su secretaria?

Hayley parpadeó azorada.

—¿Qué? No, no es eso.

—No me lo digas. ¡La becaria!

—¡Dios, no! Jesse nunca me puso los cuernos. Que yo sepa...

—Entonces, ¿por qué quieres dejarle? No lo comprendo.

Cruzaron la calle y caminaron hacia el mercado.

—Quiero casarme con otro tío —confesó Hayley.

Clara la miró boquiabierta.

—¡Así que la que le puso los cuernos fuiste tú!

—¿Qué? No, nada de cuernos.

—Pero si estás casada y te has enamorado de otro, eso es poner los cuernos, ¿no?

Clara abrió la puerta del mercado. Hayley se quedó unos segundos fuera, sopesando aquello, y luego la siguió.

—El caso es que visto así...

—Le pusiste los cuernos —zanjó Clara con los ojos entornados—. ¿Y cómo se lo tomó él?

Hayley hizo una mueca.

—Me echó a la calle.

—Y con razón. No te ofendas —se apresuró a añadir.

—No me ofendo —aseguró Hayley con una sonrisa.

Fueron a un puestecillo de fruta, donde Clara pidió manzanas, peras y nueces. Hayley aprovechó para comprar un racimo de uvas.

—Hace años que no como uvas. A Jesse le gustaban mucho.

—Mmmm. Así que ahora os estáis divorciando.

—No exactamente —murmuró Hayley, siguiéndola por el mercado rebosante de personas.

—¿Cómo es eso? ¡No te comas las uvas sin lavar! —chilló Clara al ver lo que hacía su vecina.

Hayley se llevó una a la boca y masticó deleitada.

—Bah. No pasa nada. Seguro que las han lavado ellos.

—Lo dudo.

—Me da igual. No me moriré por comer un par de uvas.

—Lo que tú digas.

—Mmmm, están buenas. ¿Quieres una?

—¿Sin lavar?? —se escandalizó Clara—. Ni loca.

—Está bien. Ya me las comeré yo. En cuanto a mi divorcio, resulta que él se niega a firmar los papeles.

—¿Le dijiste que quieres casarte con otro?

—Ajá. Por eso no quiere firmar. Para joder la pava. Jesse es así de rencoroso.

—No me extraña —murmuró Clara para sí—. ¿Te quedas un segundo con Jimmy? Voy a por el azúcar, y este niño pesa demasiado.

—Claro.

Hayley cogió al niño de los brazos de su madre.

—Pero recuerda que lo tienes en brazos, ¿vale?

Hayley rio.

—¡Oye, que no estoy loca!

—No sé qué pensar. Pintas cuadros siniestros, pones los cuernos a tu marido y te comes las uvas sin lavar. Incluso tú tienes que admitir que eres extraña.

Hayley volvió a reír y Clara se fue a por el azúcar.

—Tu mamá es mala —le susurró a Jimmy.

Al ver que su madre se iba y lo dejaba en brazos de una desconocida, el niño rompió a llorar. Hayley, desesperada, empezó a menearlo.

—Vamos, diablillo, no llores. Mamá está a punto de volver y se enfadará contigo.

Pero al niño le dio igual. Rugió a pleno pulmón, haciéndose oír por todo el mercado, atrayendo la atención de un hombre que paseaba tranquilo entre los puestecillos.

—¡No jodas que encima tienes hijos con ese tío! —exclamó Jesse de Winter, quien había ido a ese mismo mercado a por naranjas. Su asistente, cansada de su continuo mal humor, al ver el desastre de su salón, le había dicho, textualmente, *que lo limpie su puta madre* (en ruso) y se había marchado enfurecida, por lo que el señor de Winter había tenido que ir en persona a por naranjas para su zumo.

Jimmy dejó de berrear y examinó a Jesse con curiosidad. Era una cara

nueva.

—Hola, pequeñín —le sonrió este—. *Contesta* —le gruñó a Hayley, un segundo después.

Ella se asombró por su capacidad de sonreírle al niño y, al mismo tiempo, gruñirle a ella. Pasaba de un sentimiento al otro como la facilidad de un paciente diagnosticado con trastorno bipolar.

—¿Y si los tuviera? ¿Me firmarías el divorcio de una vez?

—Al contrario. Te demandaría por incumplimiento de contrato.

Y volvió a hacerle carantoñas al niño. Hayley no daba crédito a todo aquello.

—¿Qué contrato, por el amor de Dios?

—El matrimonio es un contrato, Hayls. ¿Te suena de algo el abandono del hogar?

—No serías capaz.

Jesse esbozó una media sonrisa malévolamente y alzó los ojos hacia los suyos.

—¿Tú crees? Ponme a prueba, amor.

—Ya tengo el azúcar.

Clara se quedó paralizada al ver a Jesse hablando con Hayley. Le lanzó una mirada de arriba abajo, se fijó en su ropa de sastre, en su reloj de marca, en sus brillantes zapatos, y en su pelo. ¿Cómo conseguían esos hombres guapos peinarse de un modo que hacía que parecieran despeinados? Sucedió lo mismo con los moños desenfadados de Hayley. Cuando su vecina se hacía un moño, lucía como una supermodelo. Cuando se lo hacía Clara, parecía que una vaca se había cagado en su coronilla. Una cosa enorme y aplastada. Esos dos no parecían humanos, en serio. De lo contrario, ¿por qué lucían tan guapos con tan poca cosa?

—Disculpad, no sabía que estuvierais hablando. Espero no interrumpir nada.

—Oh, no, no interrumpes nada, señorita —le sonrió Jesse—. Solo le contaba a su amiga algo muy interesante sobre el abandono del hogar. ¿Está usted casada?

Clara lo miró con desconfianza.

—S... Sí —tartamudeó.

—Entonces, cuide de abandonar el hogar. Podría meterse en problemas.

—¡Ah, que usted es el marido! Es tu marido, ¿verdad? —le susurró a Hayley.

—Sí —corroboró Hayley desganada—. Este es Jesse.

Clara se limpió la palma en los vaqueros, por si la tenía pegajosa por la merienda de Jimmy, y le ofreció la mano.

—Soy Clara. Encantada de conocerle.

—Jesse de Winter.

¡Qué formal! Y qué bueno está. Clara se ruborizó un poco.

—Un placer, señor de Winter.

—El placer el mío. ¿Es usted amiga de Hayley?

—Bueno, somos vecinas.

—¡Oh, qué interesante! Y dígame, ¿vive usted cerca, señorita? Esas bolsas parecen pesar mucho.

—A tres calles de aquí. ¿Conoce usted ese edificio grande y azul donde hay un reclamo de *Chanel*?

—¿El del cruce que siempre está atascado?

—El mismo.

—Claro. Así que es ahí donde vive usted. Vaya, pues tiene un buen cacho desde el mercado hasta ahí.

Clara sonrió.

—No es para tanto.

Hayley entornó los ojos. ¿No se había dado cuenta de que ese interés no era más que una artimaña para adivinar dónde vivía Hayley?

—Bueno, Jesse, nos tenemos que marchar —rezongó.

Clara pareció volver en sí. Sacudió la cabeza y dejó de mirar a Jesse tan ensimismada.

—Ah, es verdad. Tengo que bañar a Jimmy antes de que vuelva su padre. Si no, volverá a preguntarme que qué demonios he hecho en todo el día.

Cogió al niño de los brazos de Hayley y le hizo una carantoña.

—Tiene usted un hijo precioso —comentó Jesse, mirando a Hayley con una media sonrisa astuta.

Ella no le sacó la lengua de puro milagro.

—Es un buen chico.

—Lo parece. ¿Necesita usted ayuda con las bolsas? Puedo acompañarles a casa. Dos señoritas y un niño, cargadas de bolsas de compra...

—Ni de coñ...

—Será un placer —la interrumpió Clara—. Coja usted esta bolsa de fruta, que me está destrozando el hombro.

—Claro —sonrió Jesse cortésmente.

Se colgó la bolsa del hombro y siguió a Clara por el mercado. Hayley, sin poder creerse lo que veía, lo tiró de la manga de la chaqueta, y los dos ralentizaron el paso.

—¿Qué demonios estás haciendo, Jesse? —gruñó entre dientes.

—¿Ser un buen ciudadano? —le propuso él con una sonrisa socarrona.

—Esto no tiene nada que ver con la bondad, ¡y lo sabes!

—Vamos, cariño. No sé por qué te molesta tanto mi magnanimidad.

—¡Porque no es desinteresada, por eso!

Jesse le lanzó una mirada indignada.

—¿Insinúas que tengo un interés amoroso en tu vecina? ¡Es una madre, por el amor de Dios! Ni que fuera yo un degenerado.

—¡Insinúo que tienes un interés amoroso *en mí!* —gritó ella, fuera de quicio.

Jesse la miró con impasibilidad.

—No seas arrogante. Las he visto más guapas que tú.

Enervada, Hayley le propinó un golpe en el brazo. En ese momento se volvió Clara, y los dos sonrieron para disimular.

—¿Por qué vais tan despacio?

—Pesan mucho las bolsas —mintió Hayley, y Jesse lo corroboró con una sonrisa encantadora. Clara les dio la espalda y siguió andando con el niño en brazos—. Te estoy vigilando —le gruñó Hayley a Jesse, antes de aumentar el paso para alcanzar a su vecina.

Jesse se quedó detrás de ella y medio sonrió como un felino malvado. ¿No estaba adorable cuando se enfadaba con él?

Capítulo 15

Jesse le subió las bolsas a Clara hasta su cocina, aunque declinó la invitación de esta de tomar un té. Hayley, malhumorada, se despidió de ellos en el rellano y se dio prisa para regresar a su casa. No se extrañó demasiado cuando, al cabo de dos minutos, alguien llamo al timbre de su puerta.

Dejó la botella de agua encima de la encimera de la cocina y fue a abrirle. Jesse entró con las manos en los bolsillos. No aguardó una invitación. Sabía que no la recibiría.

—Así que esta es la guarida de la señora de Winter —comentó mientras lo catalogaba todo con la mirada.

Sus ojos cayeron sobre los cuadros amontonados en el suelo. Hayley se ruborizó un poco.

—Para haber pasado página, hay demasiados cuadros míos dentro de tu casa.

—Fueron inspirados por la ira, no por el amor.

Él asintió pesaroso.

—Ya me imagino.

Entró y se sentó en el sofá.

—Es un buen piso —volvió a decir—. Una buena iluminación. No debe de hacer mucho frío en invierno.

Hayley se mordió el labio para retener la sonrisa.

—Pues no lo sé. Era primavera cuando lo alquilé. ¿Quieres beber algo?

Él dejó de mirar la ventana y desplazó los ojos hacia los suyos.

—¿Somos tan buenos amigos como para tomar algo juntos sin sacarnos los ojos?

Ella se encogió de hombros.

—A diferencia de ti, yo no olvido la etiqueta.

—Tu madre estaría orgullosa —comentó Jesse mirándola a los ojos. Hayley sonrió un poco.

—Seguro que sí. Siempre me decía que hay que ser educado con los visitantes.

Jesse también sonrió.

—Has pasado el luto.

Hayley dijo que sí con un gesto de cabeza.

—Lo he hecho.

—Me alegro de oírlo —hizo una pausa y suspiró—. Tienes... ¿whisky?

—Agua o zumo.

—Pues agua.

—Espera.

Se marchó a la cocina a por dos botellas.

—¡Pero no le echés cianuro! —gritó Jesse desde el salón.

Ella sacudió la cabeza y volvió a sonreír.

—Lo había pensado, pero no quiero ir a la cárcel —le gritó de vuelta.

Regresó y le lanzó una botella desde el umbral. Él la atrapó sin nada de esfuerzo.

—Gracias.

—De nada. Pensé que tomarías algo con mi vecina.

—Es encantadora, pero yo odio el té. Además, quería verte a ti.

Hayley cruzó la estancia y tomó asiento en una butaca. Parecía que esta vez iban a tener una conversación civilizada, y quería aprovechar el momento.

—¿Cómo te va, Jesse?

Él se encogió de hombros.

—Tengo una empresa más grande, una fortuna más escandalosa, un coche más lujoso y una casa más bonita. Supongo que me va bien.

—Ya. ¿No hay nadie en tu vida? ¿Nadie... especial?

—No me va el adulterio, Hayls. A diferencia de ti, yo soy fiel.

Ella encajó el golpe cerrando los párpados.

—No fue planeado —le dijo al cabo de unos momentos, cuando se atrevió a mirarle—. Yo estaba hecha polvo, él fue mi amigo durante años...

—Una cosa llevó a la otra y follasteis encima de la mesa de la cocina. Ahorrámelo, Hayley. No quiero oírlo.

—El salón —lo corrigió ella con una sonrisa torcida.

—¿Disculpa?

—*El salón*. La mesa era la del salón.

Jesse puso mala cara, aunque sabía que Hayley estaba bromeando.

—¿De verdad le quieres? —susurró al cabo de unos segundos y, mientras aguardaba una respuesta, escrutó sus ojos con avidez.

Hayley tragó saliva. Sus ideas se dispersaban cuando él la miraba de ese modo tan concentrado.

—Si te dijera que sí, ¿me firmarías el divorcio?

—¿De verdad quieres eso?

Ella desenroscó su botella y tomó un trago. Jesse se dio cuenta de que sus manos temblaban.

—Quiero seguir adelante, Jesse. Lo nuestro no funcionó. No puedo seguir para siempre estancada en el pasado.

—No diste una oportunidad para que funcionara, Hayley. Saliste corriendo. Nunca supe por qué.

—¿Nunca supiste por qué? —repitió ella, entre la incredulidad y la ironía—. ¿Vas en serio?

—Voy muy en serio, Hayls. Nunca me diste una explicación.

—¡Madre mía, Jesse! ¡Creía que era evidente!

Él se inclinó hacia delante, con las manos apoyadas contra sus rodillas. Buscó sus ojos y frunció el ceño.

—No lo era —musitó, casi con dolor.

Ella dejó caer los párpados mientras el recuerdo de esa noche volvía por enésima vez para seguir atormentándola.

Cinco años antes

Era otoño, y Jesse llevó a Hayley a cenar esa noche. Apenas se habían visto en los últimos meses. Al poco tiempo de contraer matrimonio, él la había enviado a estudiar arte a París. La despedida había sido lacrimógena (Hayley se había deshecho en lágrimas en el aeropuerto), a la vez que gélida (Jesse se había limitado a plantar un beso en su frente). Para convencerla de que cogiera ese avión, él tuvo que prometer que iría a verla todos los fines de semana. No viajó a París ni una sola vez.

Al cabo de diez meses sola en Europa, Hayley lo dejó todo plantado para volver a casa y estar con él. Pero quedó decepcionada, porque su marido no parecía demasiado entusiasmado por la idea. Es más, la regañó por esa imprudencia y le dio un buen sermón acerca de su futuro. Hizo que se sintiera como una niña descabellada que lo ponía todo en peligro solo por algo tan estúpido como el amor. La convicción de Hayley de que él no la amaba se volvió más fuerte que nunca.

Se fue a su habitación llorando, y Jesse, para mejorar su humor, la siguió, se sentó delante de su puerta cerrada, encima de la moqueta, como tantas veces había hecho en el pasado, y le dijo que la llevaría a cenar. Hayley sintió un poco de entusiasmo. Pensó que salir juntos mejoraría las cosas.

Él la llevó a su restaurante favorito, aquel donde ya la había llevado una vez cuando era su tutor. Pidió ostras y champán.

—Técnicamente, no tengo edad para beber en territorio estadounidense.

—Bebe —gruñó él, todavía mosqueado—. Finjamos que estamos en París y que tú todavía vas a la escuela de arte. Quiero imaginarme que aún tienes un buen futuro profesional por delante.

Ella, cohibida, bebió y se centró en las ostras. Al poco tiempo, advirtió que Jesse rechinaba los dientes, y no supo por qué. No al principio.

—¿Qué es lo que te pasa? —le susurró, inclinándose un poco encima de la mesa. Estaba preocupada. El rostro de Jesse se había nublado aparentemente sin ninguna razón—. ¿Estás bien?

Jesse ni siquiera la miró. Se levantó enfurecido y salió a la calle sin decirle nada. Hayley frunció el ceño y se quedó paralizada unos segundos, parpadeando a causa del desconcierto.

Solo cuando el mundo volvió a girar y ella tomó conciencia de lo que sucedía a su alrededor, entendió qué había pasado en realidad.

—Sí, era su tutor —expuso alguien a sus espaldas—. Menudo perverso. En vez de cuidarla, se casó con ella. Rafaella está devastada. Solo de pensar en ellos, se le revuelve el estómago a la pobrecita.

Hayley tragó saliva. Volvió la mirada hacia atrás y le lanzó una mirada de hielo a esa señora, pero ella no advirtió su gesto, por lo que siguió despotricando.

—Tan jovencita, la pobre chica. Y lo que es aún peor, después de casarse con ella, se desatendió del tema y la envió a Europa. Creo que le dio demasiada vergüenza exponerla en público. Me extraña que lo haya hecho esta noche. ¡Qué cara tan dura tiene como para traerla aquí!

Hayley no pudo soportarlo más. Lanzó la servilleta encima de la mesa y fue corriendo tras Jesse.

Lo encontró en el parque de al lado, dando vueltas de un sitio al otro. Llevaba una chaqueta color mostaza, que casaba muy bien con las hojas de los árboles, cuyo tono de ocre era uno de los más hermosos que Hayley había visto nunca. Jesse se pasaba constantemente los dedos por el pelo. Parecía

desesperado. Devastado. Se arrepentía. Hayley supo que se arrepentía.

Al principio, no vio a la mujer. Pensó que estaba solo y cabreado. Pero al acercarse, vislumbró una silueta apoyada contra un árbol.

—Cometí un error, ¿vale? —le decía Jesse en susurros—. Ya te pedí disculpas. ¿Qué más quieres que haga?

—¡Que no me lo restriegues, Jesse! Estoy harta de esta mierda.

El corazón de Hayley pegó un brinco al reconocer la voz de Rafaella. ¿Él se estaba disculpando? ¿Le decía que había cometido un error al casarse con ella? ¡¿Y por qué haría todo eso?! A no ser...

El dolor de Hayley se volvió devastador al caer en la cuenta de lo que todo aquello suponía. Su eterna frialdad, la línea infranqueable entre ellos dos, su cabreo cuando ella había regresado a casa... Jesse quería a Rafaella. Quería recuperarla, por eso estaba tan mosqueado por su retorno. Ella le había jodido la vida obligándole a casarse con ella y separándolo de la mujer a la que él quería y que era la más adecuada para convertirse en la señora de Winter. Había condenado a Jesse al aislamiento social y a tener que bajar la mirada siempre que la gente le criticaba por ese matrimonio tan inadecuado. ¡Y todo era culpa suya! Él era un hombre y había cedido ante sus constantes intentos por seducirle. Por Dios, ¡si se había quitado el top delante de él! Se había lanzado a sus brazos como una cualquiera y no le había dejado elección.

Y ahora él lo sentía. Había sido todo tan precipitado... Él no lo había pensado con calma. ¡Su matrimonio no era más que fruto de un calentón!

Al comprender aquello, Hayley, con amargas lágrimas escurriéndosele por el rostro, volvió sobre los talones y le dio a espalda a Jesse. No solo a Jesse, sino a la vida que tenían juntos. Había un único modo de solucionar las cosas: apartarse de él y asegurarse de que nunca la encontrara. Debía liberar a Jesse de esa vida tan desgraciada a su lado, y eso iba a hacer, porque lo amaba muchísimo. Y como lo amaba tanto, lo más justo era dejarlo ir.

Presente

Jesse la miró callado hasta que acabó de contarle lo que realmente había sucedido esa noche. Al concluir, Hayley intentó interpretar su expresión, pero fue incapaz.

—Di algo...

Jesse bajó la mirada al suelo y sacudió la cabeza.

—El restaurante era del tío de Rafaella —abrió por fin la boca—. Ella estaba cenando ahí esa noche con sus padres, cuando me vio. *Contigo*. Salió enfurecida y yo la seguí para disculparme. Se me había olvidado que el lugar pertenecía a su familia. Ni siquiera lo pensé. Ella creyó que lo había hecho aposta, para restregárselo. Yo le dije que no era cierto. Que había cometido un error y que lo sentía...

La voz de Jesse se apagó. No sabía qué más podría decir.

—¿No te referías a lo nuestro? —musitó Hayley, con expresión devastada.

Él lo negó y siguió manteniendo los ojos clavados en la alfombra manchada de pintura negra. Puede que trascurrieran minutos enteros hasta que ella volvió a hablar.

—¿Lo entendí mal?

Él asintió despacio. Mirarla dolía demasiado, por lo que siguió contemplando la alfombra con mirada hueca.

—Dijiste que yo no te amaba. No es cierto, Hayley. Te amé entonces —levantó la mirada y la fijó en la suya, al mismo tiempo que sus labios susurraban—, y te amo ahora. Por eso no quiero firmarte el divorcio. Porque te quiero. Y no quiero volver a perderte.

Los ojos de Hayley se nublaron a causa de las lágrimas que los invadían.

—Pero tú me apartaste —señaló, perdida, frágil, vulnerable. ¿Cómo se había podido equivocar de ese modo?—. Nada más casarnos, no volviste a...

—¿Hacerte el amor?

Ella se ruborizó y bajó la mirada.

—Me enviaste a Europa. ¿Por qué lo hiciste si me amabas?

Jesse agitó la cabeza desesperado, se levantó del sofá y se fue a la ventana. Durante mucho tiempo se quedó ahí, de espaldas a ella, con los ojos clavados en los coches que pasaban por la calle.

—Después de casarme contigo —musitó, tragando saliva—, viví un infierno, Hayley. La culpa me corroía por dentro. Te amaba tantísimo, *tan* desesperadamente, pero sentía que no tenía ningún derecho a amarte de ese modo. No dejaba de pensar en tus padres, en qué dirían de todo aquello. Dios, ¡tenías dieciocho años y yo treinta y dos! Era demasiado viejo para ti.

—A mí no me molestaba. ¿Por qué tenía que molestarte a ti?

Él cabeceó despacio.

—Tu padre era mi mejor amigo. Me dio una oportunidad cuando nadie lo hizo. Yo no era más que un chico sin padres, recién salido de la facultad, sin un céntimo en el bolsillo, cuando conocí a Nolan. Él me acogió bajo su ala protectora, me abrió las puertas de su hogar y me hizo ser quien soy ahora. ¿Y cómo se lo pagué yo? Follándome a su hija de dieciocho años de edad.

—Haces que parezca sucio.

—¡Lo fue! —gritó él, volviéndose para encararla—. Lo fue, Hayley. No fue justo para ti. Te merecías algo mejor que yo. Y me sentía tan culpable por no haberte ofrecido esa posibilidad...

—Debiste haberme dejado decidir a mí, pero tú me enviaste lejos. Me apartaste de ti. ¿Cómo pudiste?

Jesse sintió su dolor vibrando a través de esas palabras, y se dio cuenta de que era tan potente como el suyo propio.

—¡No tuve elección! —le gritó, con los ojos muy abiertos—. Si te hubieses quedado, no habría sido capaz de mantenerme alejado de ti, ¿no lo entiendes? Quería que fueses un poco más mayor antes de volver a acercarme a ti; que tuvieras las ideas un poco más claras.

—¡Las tenía!

—¡No, no las tenías! ¡Solo eras una niña! Así que, sí, Hayley, te aparté de mí, y luché contra mí mismo durante todos esos meses para mantenerme alejado. Por eso me cabreé tanto cuando volviste a casa, porque verte me resultó devastador. Preferí gritarte y regañarte, porque la otra opción habría sido hundirme en ti y hacerte el amor desesperadamente.

—Hubiese preferido esa opción.

Jesse, a pesar de su agonía, sonrió un poco. Bajó la cabeza y susurró:

—Sí, yo también.

Ella suspiró, se levantó del sofá y se fue hacia un aparador, encima del cual colocó las palmas, quedando de espaldas a Jesse.

—Mi amor por ti era tan grande que habría sido capaz de seguirte hasta los confines del mundo y saltar por el precipicio más abismal de todos, si me lo hubieses pedido.

Jesse se le acercó vacilante. Titubeó un poco, sin saber muy bien qué hacer. Finalmente cedió y colocó las palmas en los hombros de Hayley. Ella cerró los ojos y los mantuvo así.

—¿Era? —subrayó él con voz rota—. ¿Por qué hablas en pasado?

Hayley levantó los párpados y sus ojos se perdieron en algún punto de la

pared.

—Porque ese amor ya no existe ahora, Jesse. Se acabó. He dejado de amarte.

Jesse la volvió entre sus brazos y la miró a los ojos. Ella se dio cuenta de lo hecho polvo que estaba, lo advirtió en su mirada, tocada de dolor, en sus labios, entreabiertos, y en su frente, contraída en un gesto de agonía.

—¿Has dejado de amarme? —repitió él, entre incrédulo y devastado.

Hayley asintió, con un colosal nudo en la garganta.

—Sí. Lo he hecho.

Una sonrisa amarga tembló en la comisura derecha de la boca de Jesse. Movi6 la mano y le acarici6 la mejilla. Ella se estremeci6 y entrecerr6 los ojos.

—Hayley, Hayley, Hayley. Te est6s engañando a ti misma, pequeña—. Jesse acerc6 su rostro al suyo, hasta que sus labios quedaron separados solo por un par de cent6metros de aire—. *Tú me quieres.*

Hayley trag6 saliva y lo neg6.

—No. Ya no.

Jesse le sonri6 con esa ternura que la desarmaba. Movi6 la mano por su mand6bula y se centr6 en sus labios, sonrosados y entreabiertos.

—Conociste otros labios —susurr6 Jesse mientras, distra6do, mov6 el dedo por el arco de la boca de Hayley—. Y otras manos te tocaron muchas veces desde entonces. Pero nunca m6s volviste a sentirte igual. Nunca volviste a sentir lo que sentiste esa noche en la que cumpliste dieciocho a6os.

—No importa. No quiero volver a sentirme as6.

—Mientes. Lo deseas m6s que nada en el mundo.

Antes de que ella pudiera replicar, Jesse la cogi6 por la nuca, la atrajo hacia s6 y fundi6 sus labios con los suyos. Hayley solt6 un suspiro de asombro, y Jesse la bes6. Le separ6 delicadamente los labios con la lengua y se hundi6 en su boca, reclam6ndola, record6ndole que era suya y que nadie m6s la hac6a sentirse de ese modo.

Ella intent6 oponer resistencia. Coloc6 las manos contra el pecho de Jesse y lo empuj6 hacia atr6s, pero 6l la cogi6 por las muñecas y la apret6 contra su cuerpo. Hayley empez6 a sentirse cada vez m6s desarmada, cada vez m6s vulnerable. Jesse volvi6 a hundir la lengua en su boca y roz6 la suya, que reaccion6 ante esa caricia tan lenta y tan er6tica.

Sin que el cerebro de Hayley fuese consciente de ello, su cuerpo despert6

a la vida y se acopló al de Jesse. Sus labios empezaron a moverse, su lengua se unió en ese duelo carnal. Sus manos dejaron de luchar y, en vez de empujar ese rígido pecho hacia atrás, se aferraron a él para mantenerlo cerca. Notó el aparador pegado a su espalda y la erección de Jesse empujando contra su vientre. Su corazón latía como si fuera a estallar, y el movimiento circular de la lengua de Jesse repercutía en sus entrañas, habiéndola vibrar de deseo.

Fue entonces cuando sonó el teléfono, y el mundo de Hayley volvió a girar. Cobró consciencia de lo que estaba haciendo, y se horrorizó. Empujó a Jesse hacia atrás y corrió hacia el móvil, olvidado encima de una estantería. Entrecerró los ojos al ver el nombre con el que se iluminaba la pantalla.

—¿Es él? —murmuró Jesse a sus espaldas.

Ella se volvió y lo miró con los ojos cargados de lágrimas.

—Vete. Ya has causado bastante daño.

—No era mi intención.

—Eso es lo de menos. Vete, Jesse.

—Hayley...

—Esto no cambia nada. Sigo queriendo el divorcio.

—¿Qué? Pero si acabo de demostrarte que...

—¿Que me pones cachonda? Sí, enhorabuena. Llevo mucho tiempo sola en esta ciudad y necesito mimos. Eso no quiere decir que siga enamorada de ti.

Jesse, preso de la desesperación, se peinó el cabello con los dedos.

—No me puedo creer que me estés diciendo esto.

—Es cierto. Me has besado. ¿Y qué? No significa nada para mí.

Él cabeceó con pesar.

—Una pena, porque para mí lo significa todo.

Pasó por delante de ella sin volver a mirarla y se marchó, cerrando ruidosamente la puerta a sus espaldas. A Hayley le temblaban las manos cuando descolgó.

—Hola, amor —dijo, y rezó para que él no notara su alteración.

—¡Cariño, no te lo vas a creer! —le dijo su prometido, pletórico—. Tenemos el restaurante. El que tú querías. Tuve que mover un par de hilos, pero ya está.

—¡Ah, qué bien! —exclamó Hayley con amargas lágrimas corriendo por sus mejillas—. Cuánto me alegro.

Su voz sonaba normal, incluso alegre. Pero en su rostro no había alegría. Sus facciones estaban contraídas de dolor.

—Ah, y tengo otra sorpresa.

—¿En serio? ¿Cuál?

—Dame solo un minuto.

Y sin decir nada más, le colgó. Hayley frunció el ceño y, desconcertada, fue a enjuagarse las lágrimas. Estaba en el baño cuando escuchó el timbre de la puerta.

—¿Y ahora, qué? —gruñó disgustada.

Dejó la toalla en su sitio, cruzó el vestíbulo y abrió la puerta.

—*¡Sor-pre-saaaaa!*

Hayley parpadeó entumecida.

—¿Qué...? ¿Qué...?

No era capaz de decir nada.

—Pobrecita mía, estás sobrecogida.

Él entró, la abrazó y luego le dio un beso larguísimo.

—Te he echado mucho de menos, amor —le susurraron sus labios, en el mismo oído donde otros labios le habían susurrado minutos antes.

—¿Qué haces aquí?

—La fiesta.

—¿Fiesta?

—Ya sabes, mañana, cuando elegirán al empresario más exitoso de la Costa Este. Te dije que mi padre estaba nominado y que yo acudiría a recoger su premio.

—Pero no dijiste que lo celebraban en Boston.

—¿En serio? Yo juraría que sí.

—No, no lo dijiste. Me acordaría.

Él sonrió para ponerle fin a la discusión. No entendía muy bien por qué su chica estaba tan gruñona.

—¿Qué más da? El caso es que heme aquí, contigo. Pensaba que te alegrarías.

—Y me alegro.

—Pues no lo parece. Dame un beso, ¿no?

Hayley, arrepentida, se colgó de su cuello y lo besó. Sin embargo, no pudo disfrutarlo como otras veces. Solo podía pensar en el beso de Jesse. Sus labios moviéndose encima de los suyos, su sabor... ¿Acaso su prometido no

notaba el sabor de otro hombre en sus labios?

—Será mejor que cenemos algo —dijo, apartándose nerviosa.

Él sonrió, y Hayley tuvo que admitirse que estaba guapísimo cuando sonreía de ese modo, con esa mezcla de ternura, descaro y diversión.

—Son las siete, amor.

—¿Ah, sí?

—Pero puedes servirme una copa.

Se dejó caer en el sofá y la miró a los ojos. Verde traspasando el marrón. Hayley tragó en seco. ¿Por qué la miraba de ese modo? ¿Notaba algo extraño en ella?

—No tengo nada de beber. Solo agua y zumo.

—Pues agua.

Como Jesse.

Fue a la cocina, retiró una botella del frigorífico y se la lanzó desde el umbral.

Como a Jesse...

—Gracias.

—De nada.

Como había hecho con Jesse, Hayley ocupó la butaca en frente del sofá.

—¿Cómo va el asunto *divorcio*?

Hayley hizo una mueca de disgusto con los labios.

—Jesse se niega a colaborar.

Él dejó la botella en el suelo, se tomó un momento y alzó los ojos verdes hacia los suyos.

—¿Quieres que intervenga? —propuso, y ella pudo sentir en esas palabras la firmeza que él solía derrochar.

Al igual que Jesse, era inflexible y no le asustaba luchar por aquello que deseaba.

—No, no será necesario. Acabará cediendo.

El hombre esbozó una sonrisa casi imperceptible. Aun así, Hayley reparó en el aire de incredulidad que había en ese sencillo gesto.

—Tic tac, amor. La boda se celebra dentro de ocho meses.

—Lo sé. Lo sé... —Se echó el pelo de las sienes hacia atrás y suspiró—. Pero no quiero que intervengas. Déjame que me ocupe yo de esto. Jesse es cosa mía.

—Te doy dos semanas, Hayley.

—Estás siendo inflexible.

—Llevas aquí meses.

—No he movido ficha hasta la semana pasada.

—Me da igual. Tienes dos semanas para que de Winter colabore. De lo contrario, iré a verle yo mismo.

—No-hagas-eso.

—Dos semanas —aseguró él con dureza.

Hayley soltó un gruñido de exasperación hacia sus adentros. Estaba cansada de hombres tan impacientes. Se produjo una pausa, que él acertó al comentar:

—Sabes, Hayley, me acabo de dar cuenta de que aún no me has enseñado tu piso.

—Oh. Vaya. Lo siento. ¿Quieres verlo?

Él se levantó parsimonioso y la miró con su media sonrisa seductora.

—Pues claro. Empecemos por el dormitorio.

Hayley sonrió mientras cabeceaba.

—Si querías acostarte conmigo, podías haber ido directamente al grano.

Dio un paso hacia ella, la cogió por la cintura y colocó sus ojos a la misma altura.

—Está bien. Quiero acostarme contigo, Hayley.

Y la besó apasionadamente para dar más fe a sus palabras.

Hayley lo llevó a su dormitorio, donde él la desnudó y cubrió de besos su cuerpo. Ella intentó concentrarse, pero fue incapaz. Fantasmas del pasado no dejaban de atormentarla. Se imaginaba a Jesse, sentado en el sillón al lado de la ventana, mirándola con sus ojos grises llenos de una dolorosa acusación.

¿Qué es lo que estás haciendo con él?, le diría. ¿Cómo puedes hacerme esto, Hayls? ¿No me has oído cuánto te he dicho que te quiero?

La boca de su prometido se aferró a su cuello. Sus manos se arrastraron por sus costados. Sus seres se fundieron en uno solo. Vagos gemidos llegaron a sus oídos. ¿Eran de ella? ¿De él? ¿Importaba, siquiera? Nada de eso tenía sentido alguno.

Hayley cerró los ojos y se esforzó un poco más por tomar consciencia de lo que estaba sucediendo. Su cuerpo empezó a reaccionar, pero solo porque su mente reprodujo la imagen de Jesse. ¿Qué demonios estaba haciendo? No podía imaginarse a Jesse mientras se acostaba con su prometido. Eso estaba mal por millones de razones.

Él hundió los dedos entre los mechones de su pelo y atrajo su rostro hacia el suyo. Ella se dio cuenta de los fuertes que eran sus brazos; vio la rigidez de sus bíceps. Lo tocó. Despacio. Muy despacio. Era guapo. Demasiado guapo.

Hayley respondió a su beso mientras sus caderas chocaban contra las suyas. El beso era lento, insistente, enloquecedor. ¿A cuál de los dos estaba besando? No lo sabía. Los rostros se fundían dentro de su mente y estaba demasiado mareada; demasiado confusa. Arrastró las palmas por su tensa espalda, separó un poco más las rodillas y se dejó arrastrar hacia el delirio. No sabía con cuál de los dos se estaba acostando realmente, y no le daba la gana meditar sobre ese aspecto.

Carpe diem, Hayley. Carpe diem.

Capítulo 16

Hayley llevaba un vestido amarillo que destacaba entre la multitud. Él no esperaba verla esa noche. Desde luego, no es ese lugar. ¿Qué hacía ahí? Seguramente, venía para acompañar a alguien. Jesse miró la lista de los nominados. Los conocía a todos, pero Hayley no podía conocer a más de tres personas, y que él recordara, no tenía una relación demasiado estrecha con ninguna de ellas, salvo con él. Y, desde luego, su acompañante no era, ya que había acudido solo, pues la mera compañía de una mujer le sacaba de quicio. No quería a ninguna que no fuese ella.

La siguió con la mirada y estuvo a punto de decidirse ir a hablarle, cuando se dio cuenta de que no estaba sola. Había un hombre esperándola, sentado en una mesa en la otra punta del local. Hayley fue hacia él y le dio un beso. Fue un beso corto, pero un beso, al fin y al cabo.

Jesse agarró su copa con tantísima fuerza que fue un milagro que no estallara entre sus dedos.

—Y el ganador de este año es...

Apenas escuchaba las palabras. Solo podía mirarla a ella. Sus ojos estaban ardiendo de furia.

—¡Jesse de Winter! —Se produjo una pausa y la sala cayó en las redes de un agitado desconcierto al ver que nadie acudía a recoger el premio—. ¿Jesse? ¿Estás entre nosotros?

Los focos de la sala aterrizaron sobre él. Jesse, aturdido, se levantó y miró en derredor suyo con aire de confusión.

—¡Jesse, sube a por tu galardón! —lo instó uno de sus socios.

Los ojos de Jesse encontraron a los de Hayley a través de la oscuridad. La miró, sacudió la cabeza y se marchó de ahí. Le enfermaba verla esa noche.

—Será que el señor de Winter no estaba conforme con el premio —se burló el presentador.

—Le ha surgido una emergencia —se escuchó decir Hayley—. Yo recogeré su premio.

Las luces amarillas la enfocaron.

—Oh, una dama preciosa. Qué suerte la mía. Suba usted, señorita.

Hayley, haciendo caso omiso de la expresión homicida de su prometido, cogió con la mano los bajos del vestido, para no pisarlos, y subió al

escenario.

—¿Y usted es?

Se inclinó hacia el micrófono y contestó con toda la naturalidad que le fue posible:

—La señora de Winter.

Fue evidente que todos estaban en *shock*, ya que no conocían la existencia de ninguna señora de Winter.

—Qué encantador. ¿Hermana de nuestro galardonado Jesse?

—Esposa —aclaró Hayley cuando le volvieron a colocar el micrófono por debajo de las narices.

—Vaya. *Sí* que es un hombre con suerte. Un premio y una esposa preciosa.

—Gracias.

—¿Quiere decir un par de palabras en su nombre?

Hayley lo pensó un segundo y luego se inclinó sobre el micrófono.

—Seguro que Jesse os está muy agradecido y, donde quiera que esté, se siente muy orgulloso de todo el trabajo que ha hecho posible ganar este premio. Gracias.

Con el galardón en la mano, bajó con la misma dignidad con la que había subido. Nada más regresar a su mesa, fue cogida del brazo por su prometido y arrastrada hacia la terraza. Eso sí, entre sonrisas educadas, para que los demás no notaran las magnitudes de su cólera.

—¿Qué cojones estabas haciendo? —estalló tan pronto como cerró la puerta a sus espaldas.

—Si no lo cogía, lo hubieran declarado desierto —explicó ella con calma.

—¿Y? —gritó él.

—¡Y no quería que eso pasara, joder! Si Jesse no ha subido a ese escenario ha sido porque nos ha visto juntos. Sabías que él vendría esta noche, ¿verdad? ¡Contéstame!

Lo miró con tal dureza que él suspiró, se pasó la mano por el pelo, vaciló un poco y volvió a suspirar.

—Hayley... —comenzó con actitud conciliadora.

—¿*Lo sabías*? —insistió ella entre dientes.

Él bajó la mirada.

—Sí.

Hayley sacudió la cabeza.

—No me lo puedo creer. ¡Lo has hecho aposta!

—Hayley...

—¡Quita!

—¿Adónde coño vas?

—A llevarle el premio —ladró ella mientras se alejaba.

—Te lo prohíbo.

Hayley frenó en seco, bufó una sonrisa incrédula y se volvió para encararle.

—¿En serio? —le dijo desafiante.

Al ver esa expresión tan incisiva en sus ojos, él se vio obligado a rectificar. Entornó los ojos y la miró exasperado.

—Vale, no te lo *prohíbo*. Pero no quiero que vayas a verle.

—Ni yo quería que lo supiera de este modo, ¡pero a ti te importó una mierda! —le gritó ella con los ojos en llamas.

Su ira no consiguió alterarle. Hundió las manos en los bolsillos de su pantalón de alta costura y mantuvo el rostro impassible.

—Se suponía que venías a Boston para pedirle el divorcio, amor, no para llegar a la conclusión de que sigues enamorada de él.

—Que te jodan —ladró Hayley entre dientes.

Y se marchó sin añadir nada más.

Él le dio un puñetazo a la pared y juró. Las cosas no marchaban como había planeado. Había sido el mayor de los errores de su vida dejar que ella volviese a esa condenada ciudad.

La puerta no estaba cerrada con llave, por lo que Hayley pudo entrar sin necesidad de llamar. Buscó a Jesse con la mirada y lo vio sentado en el suelo, con la cabeza entre las manos. Algo se estremeció en su interior. Parecía demasiado herido; demasiado vulnerable.

—No sabía que te gustara el rap —comentó, con el hombro negligentemente apoyado contra el umbral de la puerta.

Él alzó la cabeza y la miró desconcertado.

—¿Qué?

—Estás escuchando *Cleanin' Out My Closet*, por si no te has dado cuenta. Una de las mejores canciones de Eminem, si me lo preguntas a mí.

—Ah. No lo sé. Es el único CD que pude rescatar.

Los ojos de Hayley se movieron hacia el montón de CD destrozados.

—¿Un terremoto?

—Sí. El terremoto Jesse.

Ella suspiró y él sonrió un poco, antes de bajar la mirada.

—¿Qué haces aquí, Hayls?

—Te traigo tu premio.

—Tíralo al lado de ese montón de trastos.

Hayley volvió a suspirar y dejó el premio encima de un aparador. Fue hacia Jesse y se sentó a su lado en el suelo.

—Siempre quisiste ganar este premio. Era muy importante para ti.

—Ahora quiero ganar otras cosas —comentó él con desapego.

—Mi padre habría estado orgulloso esta noche.

—¿De ti o de mí?

—De ambos.

—Sí tú lo dices...

—Yo también estoy orgullosa de ti.

Él empezó a dibujar círculos con el dedo encima del suelo.

—Vale...

Se produjo una pausa larguísima. Eminem rapeaba y los dos escuchaban la letra de esa canción.

—Lo siento, Jesse —soltó Hayley en un impulso—. Lo siento mucho.

Él frunció los labios y cabeceó despacio.

—Ya. Vete. Quiero estar solo esta noche.

—¿Estás borracho?

—No, pero estaba en ello y tu presencia aquí me distrae de mi tarea.

—Está bien. Me iré.

—Adiós.

Hayley esperó un momento más, por si Jesse recapacitaba. No lo hizo, de modo que la chica suspiró y se dispuso a regresar a su casa. Estaba a punto de levantarse, cuando cambió de opinión, se inclinó hacia él y le dio un beso en la mejilla.

—Buenas noches, Jesse. Procura no emborracharte demasiado.

Él entrecerró los párpados. Su lado más primitivo fantaseó con coger su rostro entre las manos y besarla hasta lastimarle los labios. Hasta sentir el sabor de su sangre en la boca. Sin embargo, no lo hizo. La dejó marchar. Al

menos, por una noche...

El lunes a primera hora, Jesse estaba hecho polvo. Se había pasado el fin de semana ahogándose en whisky, y ahora tocaba volver a encarnar al empresario exigente de siempre, un papel que le costaba mucho interpretar dado su estado físico y anímico. Solo quería regresar a su casa para así volver a beber y rodearse de todos los objetos que guardaban relación con ella. Por desgracia para él, tenía una empresa que dirigir y tomarse el día libre no era una opción.

—¿Por qué no cuadran las cuentas? —le dijo a su directora financiera mientras se masajaba, agotado, el entrecejo.

—Tiene que haber un error.

Jesse bostezó.

—Ya sé que hay un error, señorita. Lo que pregunto es: ¿cómo ha podido suceder algo así? ¡¿Cómo *cojones* ha podido suceder algo así?! —rugió aún más alto—. ¿Tiene idea del contratiempo que su incompetencia supone?

Ella se disponía a justificarse, o a echarse a llorar (no lo tenía muy claro), cuando fue interrumpida por el sonido del ascensor privado. Jesse miró desconcertado a su secretaria, que fingía teclear algo muy deprisa. Estaban en el pasillo, delante de su despacho.

—¿Tengo una reunión?

—No que yo sepa —contestó esta sin mirarle. Cuando Jesse estaba de tan malas pulgas, lo mejor era tratarlo como a una serpiente venenosa y evitarlo todo lo posible. Y lo más importante de todo: nunca, jamás, bajo ningún concepto, mirarlo directamente a los ojos. De lo contrario, te saltaba a la yugular.

Jesse frunció el ceño y volvió los ojos hacia el ascensor justo cuando se abrían las puertas y Ryan Hamilton las cruzaba con paso firme.

—Hola, viejo amigo —saludó el visitante, con una sonrisa torcida—. Cuánto tiempo.

Jesse rechinó los dientes, trasladó la mirada hacia su directora financiera y le dijo:

—Prepare usted treinta monedas de plata, señorita. Judas ha vuelto a la ciudad.

—Bueno, di algo, ¿no?

Jesse se movió en su sillón de cuero para encontrar una postura que le hiciera parecer más despótico todavía. No es que le hiciera falta, de todos modos. Ya lo parecía.

Ryan, incómodamente sentado en una silla delante de su escritorio, tragó saliva con dificultad. Estaba muy tenso y le sudaban las palmas. Jesse no apartaba los ojos de los suyos, lo cual era espeluznante, sobre todo porque no decía nada. Se limitaba a tamborilear los dedos en el reposabrazos y a observarlo con fijeza.

—Iowa. Oregón. Arizona. Dakota del Norte. Seguí su pista por todos los estados. Siempre en vano. Siempre callejones sin salida. Cuando alguien mencionó el nombre *Hayley* en Nueva York, no me veía con fuerzas de ir hasta allí y encontrarme con otro fracaso, porque cada vez que fracasaba... —Se produjo una pausa, en la que Ryan pudo advertir un repentino aire agónico en el rostro de Jesse—. Algo se apagaba dentro de mí —volvió a decir este, a media voz—. Así que mandé a mi buen amigo Ryan a que indagara un poco acerca de aquella Hayley que había expuesto un cuadro en una galería de Brooklyn. ¿Y qué fue lo que me dijiste?

Ryan volvió a tragar saliva. Nunca se había sentido tan intimidado ni tan ruin.

—Jesse...

—¿*QUÉ* ME DIJSTE? —rugió, tan alto que Ryan pegó un brinco en su asiento.

—Que no era ella —se las apañó Ryan para susurrar.

—Que no era ella —corroboró Jesse con mirada enajenada.

—Jesse...

—¡Cállate! —gritó, volviendo a enfocarle con toda la intensidad de su mirada—. La encontraste, ¿verdad? Por eso te largaste un mes después de la ciudad. *Quiero vivir la vida cosmopolita, de Winter. La Gran Manzana me ha conquistado con su brillo podrido.* Eso fue lo que me dijiste. ¡Menuda chorrada!

—Oye, esto no fue cosa mía, tío. Ella no quería que la encontraras.

—¿*Ella*? ¡Ella! ¡Ella tenía dieciocho años, joder! —rugió Jesse—. ¿De

verdad crees que tenía las ideas claras?

—Solo sabía que tú no lo amabas.

—Y mi buen amigo Ryan, que *sí* conocía la naturaleza de mis sentimientos, no se dignó a sacarla de su error, ¿verdad? Claro que no. De lo contrario, ¿cómo habría podido follársela?

—Jesse, tío, eso no fue así.

—¿No te la follaste? ¿Le hiciste el amor?

—Eres cruel.

—No jodas. Tú te follas a mi mujer y el cruel soy yo. ¿Esto es por la tía esa con la que me acosté estando borracho? ¡Porque llevabas con ella algo así como cinco minutos, Ryan! La última vez que chequeé, Hayley y yo estábamos casados. No es comparable.

—No tiene nada que ver con Sharon. Es que...

—¿Qué? —ladró Jesse, al ver que su amigo callaba y apartaba la mirada.

Nadie dijo nada durante algo más de veinte segundos.

—Me enamoré de ella —confesó en su susurró, al tiempo que volvía los ojos hacia los suyos.

Jesse soltó una blasfemia entre dientes.

—¡Lo siento!, ¿vale? Lo siento mucho. No fue a propósito. Ella estaba mal y vio en mí a un amigo, y empezamos a pasar mucho tiempo juntos. Hayley estaba hecha polvo, Jesse. Yo la ayudé mucho.

—La ayudaste, te la follaste... Para ti todo eso es sinónimo, ¿no?

—No fue así. No me acosté con ella hasta casi año y medio más tarde.

—No me digas. Qué santurrón. No te reconozco.

—Mira, insúltame lo que quieras, pero no le hagas daño a ella.

—Yo no le estoy haciendo daño a Hayley. Jamás podría.

—¿Tú crees? Porque está sufriendo mucho con todo este rollo de vuestro divorcio. Por si no has reparado en ello, Hayley se está consumiendo desde que llegó a esta repugnante ciudad, así que, ¿por qué no le firmas el divorcio y la dejas marchar de una vez? Te estás aferrando a algo que murió hace mucho tiempo. Libérala, tío. Deja que otro la haga feliz, porque tú no supiese cómo hacerlo. Esto es cosa tuya, Jesse. El que la apartó fuiste tú, así que no te atrevas a echarme la culpa a mí.

Jesse soltó un gruñido de exasperación. ¿Se estaba aferrando a algo que ya no existía? Menuda chorrada. Cuando la besó, le había quedado claro que sus sentimientos hacia él no estaban muertos en absoluto. Es más, ardían con más

vivacidad que nunca. Podría habérselo dicho a Ryan para hacerle daño, pero no era su estilo. Jesse de Winter nunca jugaba sucio. Le gustaba seguir las normas. Y ganar. Porque una victoria justa sabía mil veces mejor.

Así que se puso en pie y retó a su amigo (*ex* amigo) a que siguiera su ejemplo.

—Se enamoró de mí una vez, *viejo* amigo —subrayó en tono sarcástico, para dejar bien claro que Ryan ya no significaba nada para él—. Volverá a hacerlo. Ya conoces el camino hacia la puerta.

Ryan lo miró sacudiendo la cabeza.

—No me puedo creer que seas tan testarudo.

—Ni yo que tú seas tan capullo. Pero según puedes ver, las apariencias engañan.

—No conseguirás separarla de mí. Hayley me ama.

—No te ama ni una milésima parte de lo que me amó a mí, Hamilton, no te engañes. ¿Nunca has oído eso de que el primer amor nunca se olvida? Por si nadie te lo mencionó, su primer amor soy yo. Y también seré el último, porque las cosas han de acabar como han empezado. Ahora si me disculpas, estoy cansado de filosofar y quiero ir a tomar un café, así que desaparece de mi vista antes de que te parta la puta cara.

Ryan lo fulminó con la mirada y se marchó enfurecido. Una vez estuvo solo, Jesse se dejó caer en su sillón, se aflojó la corbata y soltó una maldición entre dientes. ¡Tener que luchar con su mejor amigo por el amor de una mujer! Eso sí que era un golpe muy bajo.

Dio vueltas con el coche por toda la manzana, convencido de que ella saldría de casa en un momento u otro del día. Pero Hayley no lo hizo. A eso de las ocho, Jesse estaba al borde de un colapso. Veía las luces de su casa encendidas, y se sentía enfermo solo de imaginarla entre los brazos de Ryan, viviendo la vida que debía haber sido la suya; haciendo con Ryan las cosas que nunca había podido hacer con él.

Sin darse cuenta, empezó a tararear *Sing for the Moment*.

¡Ah, genial! Ahora resulta que te gusta Eminem, pensó con los ojos entornados.

Su monólogo interior cesó de pronto. Se puso tenso en su asiento al ver la

puerta del portal abriéndose.

Dios, que sea ella.

—¡Sí! —exclamó al ver a Hayley cruzando la puerta, con una sudadera ancha y la capucha puesta.

Arrancó en coche y la siguió. Le daba igual que se estuviera comportando como un loco. ¿Adónde iba Hayley a esas horas, en una noche lluviosa? ¿Por qué no estaba con su maravilloso prometido horneando *brownies*?

Condujo a sus espaldas hasta que ella giró en dirección a la playa y echó a correr. Como ya no podía seguirla con el coche, aparcó de cualquier modo y corrió tras ella para no perderla en la oscuridad. A lo lejos, Hayley parecía una figura gris, fantasmal, corriendo sin inmutarse por el violento oleaje. La lluvia, mezclada con el agua del mar, golpeaba a Jesse en toda la cara, pero no le importó. Corrió por la arena empapada para alcanzar a Hayley, y no se detuvo hasta estar a su lado.

Ella le lanzó una mirada breve, mas no dijo nada al reconocerle. Durante al menos diez minutos corrieron en silencio. Sin embargo, ninguno se sentía incómodo. Él recordó su infancia y esos largos paseos por la playa. Ella recordó el momento en el que él se lo había contado; recordó lo mucho que había deseado besarle para arrancarle todo ese dolor.

Al cabo de un rato, llegaron a una especie de colina de arena y Hayley se sentó encima. Jesse, suspirando, se dejó caer a su lado y le cogió un auricular, para indagar acerca de sus gustos musicales. Pensaba que la música que escuchaba uno decía mucho sobre su estado de ánimo, y quería averiguar de qué humor estaba su chica aquella noche, antes de lanzarse a una conversación con ella.

—Mmmm, Marilyn Manson —apreció con deleite—. ¿Problemas en el Paraíso, pequeña Hayley?

Ella le lanzó una mirada de piedra y elevó el volumen de la canción. La sonrisa de Jesse fue socarrona. Pasaron los minutos, las canciones volaron, y Jesse y Hayley estaban cada vez más cerca el uno del otro. Era el viento el que les obligaba a acercarse, se consoló ella. Ese acercamiento no tenía nada que ver con las corrientes magnéticas que rugían entre ellos dos, ni con esa maldita inquietud que latía en las profundidades de su vientre. Solo era la gelidez de la noche.

Colocó la palma encima de la arena y se obligó a respirar y a dejar de estar tan tensa, pero Jesse dejó la mano encima de la suya y eso le cortó la

respiración por completo. Volvió el rostro hacia el suyo y advirtió la pasión que consumía las pupilas de Jesse, como un fuego lento y latente. Sacudió la cabeza para detenerlo cuando él acercó los labios a los suyos.

—Jesse, no puedes volver a besarme —le susurró suplicante, a pesar de que cada fibra de su cuerpo anhelaba desesperadamente ese beso.

—No *debo* —musitó él, con expresión de tormento—. Pero es esta música, Hayley. Esta melodía, *Sweet Dreams*. ¿No te hace desear perder todo el control?

Llevó las manos al rostro de Hayley y arrastró las palmas por sus pómulos mientras la miraba como si estuviera en trance.

—No, Jesse. Esto no está bien —se resistió ella.

—Escucha la canción, Hayls. *Tú solo escucha...*

Hayley cerró los párpados y dejó que las manos de Jesse subieran por su cuello y le masajearan la nuca. Estaba seducida. ¿Era la lluvia? ¿Era la letra de esa canción? ¿La mirada de Jesse, quizá? O puede que fuesen sus manos, esas caricias tan lentas, tan enloquecedoras.

Sus labios estaban cada vez más cerca, tan cerca que casi sentía su contacto. Prometían intensidad, delirio, todo el peligro y la oscuridad del mundo. Prometían tantísimas cosas los labios de Jesse...

Hayley abrió los ojos y lo miró por unos segundos, dándose cuenta de que su control se había esfumado.

—Jesse.

—¿Mmmm?

—Bésame...

Pero no esperó a que él lo hiciera. Se precipitó hacia esa carnosa boca magullada de viento y le besó. Jesse, preso de un devastador alivio, la rodeó entre sus brazos y tomó las riendas, manteniendo la unión de sus labios durante muchísimo tiempo.

Cuando se sintió capaz de soltarla, apoyó la frente contra la suya y estudió sus ojos.

—Voy a dar una fiesta el viernes —le susurró mientras su pulgar acariciaba la esquina de la boca de Hayley—. Quiero que Ryan y tú vengáis.

Ella frunció el ceño.

—¿Vas a...?

—No. No voy a contarle esto, Hayls. ¿Qué clase de persona crees que soy?

Ella bajó la mirada al suelo y sacudió la cabeza.

—Conocí al viejo Jesse, pero tú...

—Sigo siendo el mismo. Puede que un poco más mayor y ligeramente más cabreado contigo, pero soy el mismo Jesse de siempre. El Jesse del que tú te enamoraste una vez.

Ella suspiró y alzó la mirada para encontrarse con la suya.

—¿Firmarás el divorcio el viernes?

Jesse sintió el impacto de sus palabras como un golpe en el estómago. ¿Cómo podía hablar de divorcio después de ese beso?

—No, el viernes no —musitó. Intentó sonreír, pero su sonrisa salió débil y atormentada.

—¿Entonces cuándo, Jesse?

Él se tomó unos momentos para escrutar su rostro. ¿Era eso lo que ella quería de verdad? ¿El divorcio? ¿Ese beso no había sido más que su modo de decirle adiós?

—Ya lo veremos... —murmuró abstraído.

No dijo nada más. Se sentía demasiado disperso; incapaz de hablar. Se levantó, dio media vuelta y regresó al coche. ¿De verdad la había perdido para siempre? No podía soportar esa idea.

Ralentizó el paso hasta que se detuvo. Cerró los ojos y se tomó un momento, ahí en esa playa desierta, para intentar asimilar que eso, a lo mejor, había sido el fin de todo.

Capítulo 17

Jesse de Winter llevaba muchísimo años sin sentirse tan nervioso. Tan pronto como sonó el timbre, fue corriendo hacia la puerta. Hayley y Ryan estaban en el porche, con una botella de vino entre las manos. Jesse cogió aire en los pulmones, se prometió que sería amable y abrió. Su plan era muy sencillo: quería verlos juntos, estudiarlos detenidamente e intentar descubrir si Hayley en verdad le quería. En tal caso, firmaría el divorcio y se olvidaría de ella.

Pero, si por asomo, dentro de Hayley aún quedaba un resquicio de amor hacia él, entonces haría todo lo imaginable por avivar ese fuego.

—Traemos vino.

Jesse miró a Ryan unos segundos y luego cogió la botella.

—Gracias. Siempre viene bien. Pasad.

Hayley tomó oxígeno y siguió a los dos hombres de su vida. La situación le parecía un tanto violenta. Jesse y Ryan, en la misma casa. Esperaba que hubiera más invitados.

—¿No hay nadie más? —se asombró al encontrar la sala de estar vacía.

Jesse volvió los ojos grises hacia los suyos.

—No. Aún no. Os he citado un poco antes, porque os quería hacer el tour de la casa.

Ryan puso los ojos en blanco cuando nadie le miraba.

—Como no. Pues muéstranosla.

Jesse sonrió de un modo apenas perceptible.

—Empezaremos por la galería.

Los ojos de Hayley se abrieron de par en par. ¡Su cuadro estaba en la galería! ¡Un cuadro del que Ryan no tenía ni idea!

—Casi es mejor que nos muestres el jardín —se apresuró a decir—. Estar dentro me asfixia.

La sonrisa de Jesse cobró vida encima de sus labios.

—Insisto. La galería es lo mejor que tiene esta casa. Los cuadros que he colgado ahí —prosiguió, mirándola fijamente a los ojos—, representan lo más valioso que tengo en el mundo.

—¡Por Dios! ¿Has conseguido un Rembrandt?

Jesse lanzó a Ryan una mirada glacial.

—Mis cuadros tienen más valor que todas las obras de Rembrandt juntas

—expuso apasionadamente.

—Pues habrá que verlos.

Hayley entrecerró los ojos y se tomó unos instantes, antes de seguirlos por el largo vestíbulo que desembocaba en la galería.

—¡Estarás de coña! —escuchó a Ryan—. ¿Te refieres a esta mierda? ¿Me estás tomando el pelo o qué?

—En absoluto —decía Jesse con voz calmada—. Esto es lo más valioso para mí.

Se dio prisa para ver de qué hablaban.

—¡Y yo te tenía por un tipo serio! Ven, cariño, ya verás qué chorrada nos quería mostrar tu ex marido.

—Actual marido. Todavía no he firmado.

—T tecnicismos.

Pero Hayley ya no les escuchaba. Entrar en la galería de Jesse causó en ella un enorme impacto. Los ojos se le llenaron de lágrimas, su faz palideció. Sus manos registraban ese temblor nervioso que a Jesse le resultaba muy familiar.

—Has enmarcado todos mis dibujos —musitó, mirando dispersa a su alrededor. Todas las obras de valor habían sido retiradas y reemplazadas con los dibujos que ella le había ido regalado a lo largo de toda tu infancia.

Ryan cerró los ojos. Era una trampa y él había caído de cabeza. Jesse se acercó a Hayley y la cogió de la mano.

—¿Para qué querría un Rembrandt pudiendo tener esto? —le susurró con una sonrisa tierna.

Las lágrimas de Hayley desembocaron y se deslizaron por sus mejillas. Miró a Jesse a los ojos. Se sentía rota, devastada; vencida. Los momentos eran lentísimos para ella.

—Suéltala —gruñó Ryan.

Hayley lo miró confusa. Se le había olvidado su existencia. Al entrar en esa galería, había sido transportada a otra época y a otro lugar. Ella era una niña de nuevo y se enamoraba de un hombre que cruzaba una mágica luz y se le acercaba para regalarle un membrillo. Su primer sueño lo había alcanzado gracias a él. ¡Y él había guardado sus dibujos a lo largo de todos esos años! ¿Por qué, si no había significado nada para él? Él no la amaba. Entonces, ¿por qué se resistía tanto a dejarla marchar? ¿Cabía la posibilidad de que él, de verdad...?

Trasladó los ojos hacia los de Jesse, en un intento por descifrar su mirada y comprender qué significaba todo eso. Ryan, con expresión iracunda, se les acercó de una zancada y liberó la mano de Hayley apartando a Jesse con brusquedad.

—He dicho que la sueltas.

La magia del momento fue interrumpida. Hayley, aturrullada, miró a Ryan, y su expresión pasó de la turbación a la cólera.

—¿Se puede saber qué pasa contigo?

—¿Conmigo? —le gritó Ryan—. La pregunta es qué pasa contigo, amor. ¿Te parece normal esto?

—Lo que no me parece normal es que te estés comportando como un gilipollas.

Jesse apretó los labios para no sonreír. Aun así, su rostro desvelaba diversión.

—¿Podemos hablar en un lugar donde él no esté? —gruñó Ryan.

—Salgamos.

Jesse se quedó unos segundos más en la galería. Con las manos en el bolsillo de su pantalón oscuro, estudió sus preciados tesoros. Uno en concreto llamó su atención. Hayley había dibujado a una pareja abrazándose, y debajo había escrito, con pintura azul, *te quiero, Jesse*. Tenía especial valor para él porque en ese dibujo Hayley le había dicho por primera vez que le quería. Tenía seis años. Lo sabía porque él había ido anotando la fecha detrás de cada dibujo.

Con una sonrisa triste, salió de la galería y fue al salón. Vio por la ventana a Hayley discutiendo con Ryan. Los miró unos segundos, sin saber qué decían.

—Me niego a participar en una competición de quién la tiene más grande —le decía Ryan a Hayley.

—¿Pero qué estás diciendo?!

Ryan dejó de gritar, se dejó caer en un banco y se tomó unos momentos. Algo se removió en el interior de Hayley al verle tan triste, tan derrotado. Hundió la cabeza entre las manos y se quedó inmóvil por un tiempo incalculable. Los ojos de Hayley se llenaron de lágrimas. Jesse, delante de la ventana, frunció el ceño. Eso no pintaba bien.

—Dios, Hayley —Ryan alzó el rostro y la miró dolido—. Vosotros tenéis toda una historia juntos, y él se está aprovechando de ello, ¿no lo ves?

Estuviste enamorada de él durante casi toda su vida. ¿Cómo voy a competir con eso? Yo no tengo dibujos, ni recuerdos, ni... ¡Joder, ni siquiera conozco el nombre de tu primer novio! Seguro que él sí lo sabe.

Hayley se mordisqueó el labio por dentro pensando que el dolor la haría dejar de llorar.

—Eh —se arrodilló delante de Ryan y cogió su cabeza entre las manos. Buscó sus ojos, brillantes a causa del dolor, y los sostuvo—. Tú no necesitas unos dibujos para tener mi amor. Te quiero, ¿vale? Te quiero, Ryan.

Él intentó sonreír.

—¿En serio?

Hayley asintió despacio.

—Estuviste a mi lado en mis horas más oscuras. Me ayudaste, me apoyaste. Antes de ser mi amante, fuiste mi mejor amigo. Y te quiero por ello.

Se acercó y lo besó. Jesse dejó caer los párpados y tragó saliva. La estaba perdiendo y esa idea le mataba. No pudo soportarlo más, agarró las llaves de su coche y salió por la puerta trasera para no cruzarse con ellos.

Ni Hayley ni Ryan se dieron cuenta de ello. Cuando dejaron de besarse, ella le sonrió y él le devolvió la sonrisa.

—¿Nos vamos a casa? —susurró Hayley—. La competición de quién la tiene más grande ha acabado.

Él la cogió de la mano y juntos cruzaron la mágica luz de la luna, en dirección a su coche.

Jesse entró como un terremoto en el bar donde se había pasado los últimos años de su vida.

—¡Whisky! —ordenó nada más cruzar las puertas.

El camarero, si bien estaba sorprendido, se dio prisa en atenderlo. Era la primera vez que el señor de Winter cambiaba el patrón. Esa noche no llovía.

Debía de haberle sucedido algo muy grave para venir hoy, especuló el hombre, que llevaba años estudiando a ese desconocido que se había convertido en su cliente más pertinaz.

Jesse ocupó la misma mesa de siempre. Tan pronto como se sentó, le fue entregada su bebida.

—Tráigame otro —gruñó, bebiendo de la copa con ansia.

—¿Está usted bien? —se atrevió a indagar el camarero. Era la primera vez que hablaban acerca de algo que no guardaba relación con el whisky o la cuenta.

Jesse no reaccionó durante unos segundos, y el hombre empezó a arrepentirse de habérselo preguntado. ¿Quién le mandaba a entrometerse en los asuntos de los demás? De Winter dejó de beber y alzó la mirada con una lentitud que le puso los pelos de punta al empleado.

—Estaré mucho mejor cuando me traiga lo que le he pedido —ladró.

El camarero bajó la mirada, incómodo por la aspereza con la que Jesse le había hablado.

—Claro. Disculpe.

Jesse, arrepentido, dejó caer los párpados.

—Oiga, lo siento —suspiró a sus espaldas—. Usted solo intentaba ser amable. He tenido un día nefasto. O un año, no lo sé. Mi mujer quiere el divorcio porque está enamorada de mi mejor amigo, y creo que me estoy volviendo loco.

El camarero frenó en seco y se volvió para encararle.

—Demuéstrele que la ama.

Jesse frunció el ceño.

—¿Cómo dice?

—Mi mujer murió hace ocho años. Yo ya no tengo esa posibilidad. Pero si usted aún la tiene, no la deje escapar. Hágala sentir su amor. Al menos, inténtelo.

El camarero se marchó a por el whisky. Jesse, meditabundo, volvió la mirada hacia el cristal. ¿Demonstrar a Hayley lo mucho que la quería? Era un buen plan, ¿pero cómo? ¿Qué más podía hacer para que ella lo comprendiera?

A medida que vaciaba las copas de whisky, la mente de Jesse empezó a funcionar cada vez más despacio. Escuchó a Bettye, bebió en silencio, pensó en Hayley, en lo mucho que le gustaba a ella ese lugar. Y de pronto, lo supo. Así, sin más, una respuesta que ahora le parecía evidente. La solución no era demostrar que él la quería, sino demostrar que ella aún le quería a él.

Y Jesse de Winter sabía perfectamente cómo conseguirlo.

Su boca empezó a moverse en una media sonrisa lenta, un poco burlona. Buscó el móvil dentro del bolsillo y miró la hora. Las doce de la noche. Le

dio igual. Marcó el número de Ryan y aguardó pacientemente.

—¿Qué coño quieres ahora? ¿No has tenido bastante con restregarme antes tu pasado con Hayley?

Jesse no se inmutó por ese tono agresivo. Es más, volvió a sonreír.

—Tranquilo, *playboy*. No te llamó a ti. Quiero hablar con Hayley y no tengo su número.

—¿Pero tú me has visto cara de gilipollas? ¡Por supuesto que no puedes hablar con Hayley!

Jesse torció la boca en un gesto de desdén.

—Está bien. Quería hablar con ella acerca del divorcio, pero si ya no os interesa, por mí, genial. Así me ahorro un trámite y que la señora de Winter me exija una indemnización millonaria. Por cierto, ojo con los bienes gananciales. Ojalá alguien me lo hubiese advertido a mí antes de casarme.

Hizo ademán de colgar, cuando escuchó a Ryan diciendo:

—Espera, espera, espera. No cuelgues. Voy a buscar a Hayley.

—¿Es que no está a tu lado, acurrucada como un gatito?

—Está pintando —gruñó Ryan, molesto por el tono cínico de su amigo.

—Ni os habéis casado, y ya se vuelca en su trabajo para no tener que aguantarte. Presagio un futuro turbio para vuestro matrimonio.

—Que te jodan. Hayley, es Jesse. —Ella dijo algo que Jesse no alcanzó a entender—. No lo sé, dice que quiere hablar contigo. Del divorcio.

Jesse se examinó las puntas de los dedos mientras aguardaba a que ella se pusiera. Quería parecer tranquilo, pero el corazón le martilleaba dentro del pecho. Por fin Hayley cogió el móvil de Ryan y salió a la terraza para poder hablar a solas.

—Estás solo y borracho y, en un ataque de nostalgia, decidiste llamarme a mí —afirmó, un tanto sarcástica.

—Uyyyyy, casi. Estoy en el *Forever Soul* y he pensado que tú estarías mucho mejor aquí conmigo, escuchando a Bettye LaVette, que en tu casa, pintando sola e ignorando a tu prometido.

—No le estoy ignorando. Es la soledad del artista.

—Llámalo cómo te dé la gana. Le estás ignorando.

Hayley suspiró y apoyó la espalda contra el muro.

—¿Qué quieres, Jesse?

—¿Es que no puedo llamar solo para escuchar tu voz?

—No si son las doce de la noche y llamas al móvil de mi prometido...

—Si me hubieses dado tu número, no tendría que despertar al pobre Ryan cada vez que te echo de menos.

—¿Y qué tal si dejas de echarme de menos, Jesse?

—Ya me gustaría a mí... Oye, he estado pensando en lo de antes.

—¿Lo de los dibujos?

—Lo del divorcio.

—Oh.

—Estoy de acuerdo.

Hayley notó una punzada en el corazón. Era lo que ella quería: ser libre para poder casarse con Ryan. Entonces, ¿por qué de repente le dolía tanto?

—¿En serio? —se obligó a decir.

—Sí. Claro que tengo unas cuantas condiciones...

—¿Quieres mi alma a cambio y que nuestro primogénito lleve tu nombre?

Jesse siseó entre dientes.

—Casi, pero no. Quiero verte. A solas.

—Está bien. ¿Dónde y cuándo?

—Ahora mismo.

—¿Ahora?! —gritó Hayley—. Jesse, no puedo ir a estas horas. Es medianoche y estoy llena de pintura.

—Ya sabes dónde encontrarme. No llegues tarde. Me impacientan los retrasos.

Y le colgó en las narices. Hayley soltó una blasfemia entre dientes. Regresó en el salón, donde Ryan aguardaba sentado en una silla con máxima rigidez.

—¿Y bien?

—Me va a firmar el divorcio.

Ryan suspiró aliviado.

—Menos mal.

—Pero tengo que irme ahora —añadió Hayley, balanceándose incómoda delante de él.

Ryan ladeó la cabeza hacia un lado.

—¿Disculpa? —gruñó despacio.

Ella aspiró.

—Quiere verme y exponer sus condiciones —respondió con un suspiro.

Ryan pegó un salto de su silla.

—¿Condiciones?! ¿Me estás tomando el pelo?

—No grites. Es medianoches y tenemos vecinos que madrugan.

—Ni se te ocurra ir a verle ahora. Estará borracho y...

Los ojos de Hayley fulguraron bajo la amarillenta luz de una bombilla.

—¿Y qué? ¿Qué insinúas? ¿Que se propasará conmigo?

—Bueno, yo...

—¡Estás hablando de Jesse! ¡Antes se cortaría un brazo que hacerme daño a mí!

—Ya te está haciendo daño. ¡Mírate!

Hayley sacudió la cabeza y se quedó evaluándolo en silencio. Con cada instante que transcurría, algo cambiaba dentro de ella; algo que la alejaba de Ryan y la acercaba a Jesse.

—Voy a verle y punto. No necesito tu maldito consentimiento.

Enervada, agarró su bolso y salió dando un portazo. Ryan se pasó la mano por la cara, suspiró y se dejó caer otra vez en la silla, con la cabeza entre las manos. Sentía que la estaba perdiendo y no sabía cómo reaccionar. Estaba claro que no podía atacar a Jesse. Él aún significaba mucho para ella. ¿Pero qué otra cosa podía hacer? ¿Cómo conseguir que Hayley se quedara a su lado?

El taxi dejó a Hayley delante del bar. Vio a Jesse a través del cristal, sentado en la mesa donde, años atrás, se habían sentado juntos. Se armó de valor, cruzó la calle y entró. Saludó al dueño y caminó hacia la mesa de Jesse.

—Llegas tarde —dijo él sin mirarla.

—Vivo en la otra punta de Boston —comentó ella mientras ocupaba la otra silla.

Jesse, meditabundo, pasó el dedo por el borde de su copa. Sus ojos siguieron vagando por la ventana.

—¿Por qué toda esta premura, Jesse? ¿Qué quieres de mí?

La boca de Jesse esbozó un gesto amargo.

—¿Te acuerdas de cuando estuvimos aquí, sentados en esta mesa?

Hayley hizo un gesto de disgusto con los labios.

—Perfectamente.

—Me impresionó este sitio. Me pareció... elegante.

—Lo es.

—Pídete una copa, Hayley.

—No me apetece.

—Por favor —Jesse movió los ojos hacia los suyos y ella se estremeció por algo que pudo ver en la hondura de sus pupilas, un dolor casi inhumano—. Toma una copa conmigo. Nuestra última copa juntos.

Hayley bajó los párpados y se tomó un instante. Sentía ganas de llorar.

—Está bien. Un Martini.

Jesse le hizo una señal al camarero y solicitó la bebida. No tardaron nada en servírsela. Salvo otra pareja más, no había otros clientes. Era una noche muy tranquila. Jesse no dijo nada, se limitó a beber en silencio y a mirar por la ventana. Hayley, a su lado, estaba siendo asaltada por todos los recuerdos del pasado, que la dejaron demudada. Miró hacia la pista y recordó con tristeza cómo había girado entre los brazos de Jesse. Cómo lo había mirado ella... Cómo la había mirado él.

Empezó a sonar *Nights in White Satin*, y Hayley cerró los ojos.

—¿Bailas? —susurró Jesse con voz ronca.

Ella tragó saliva, aunque eso no consiguió disolver el nudo que se le había formado en la garganta.

—No creo que sea buena idea —balbució, cada vez más dispersa.

—¿Por qué no? Lo nuestro casi empezó con un baile en este lugar. ¿No crees que debería acabar del mismo modo?

Hayley volvió los ojos hacia los suyos y lo escrutó en silencio. Se mordisqueó el labio por dentro mientras cavilaba.

—Está bien —musitó, seducida por la pasión que ardía en esos hermosos ojos grises.

Él intentó sonreír. No pudo. Tan solo movió un poco la boca. Se levantó y le ofreció su mano. Hayley vaciló unos segundos y luego la cogió. Tocar a Jesse le resultó devastador. La calidez de su piel, la energía que fluía entre ellos dos, todo era desconcertante.

Jesse la condujo a un sitio apartado, se abrazó a ella y empezó a moverse despacio, con la nariz enterrada en su cabello.

—Aún vuela a vainilla —comentó con voz queda.

Hayley agradeció la penumbra, así podía ocultarle lo afectada que estaba. Era la música, puede que la oscuridad. Incluso, la presencia de Jesse. O tal vez fuese la voz de Bettye LaVette lo que tanto la seducía esa noche.

No hablaron de nada. Se movieron en silencio hasta que acabó la canción.

Entonces, él bajó el rostro hacia el suyo y le besó la frente.

—Gracias —le susurró, evaluando sus ojos.

—¿Por?

—Por ayudarme a crear nuevos recuerdos. Ahora, cuando escuche esta canción, la asociaré en mi mente con este baile, y no con los cinco años que pasé aquí, esperando a que volvieses. Te llamaré mañana para hablar del divorcio.

Y, sin más, dio media vuelta, dejó dinero encima de la mesa y empujó la puerta con el hombro. Hayley, con los ojos empañados, lo siguió con la mirada, a través del cristal. Por primera vez en mucho tiempo, el que se marchaba era él.

Capítulo 18

Jesse llamó a Hayley al día siguiente y la citó en un parque. Al principio, ella no se dio cuenta de por qué quería verla tan lejos de su zona. Solo lo comprendió cuando lo vio sentado en ese banco, tan tranquilo, leyendo el periódico. Jesse llevaba traje gris y el cabello despeinado. El cristal de su *Rolex* la deslumbró por unos segundos, hasta que él movió la mano y la luz se reflejó en otra dirección.

Llena de ira, cruzó la arena y se fue hacia él a grandes zancadas.

—¿Se puedes saber qué demonios pasa contigo?

Jesse, azorado, levantó la mirada hacia la suya y parpadeó.

—¿De qué me estás hablando?

—El bar, este banco... ¡Me estás haciendo un recorrido por todo nuestro pasado juntos!

—¿Lo estoy haciendo? —repuso él con fingida inocencia.

Hayley lo pulverizó con la mirada.

—Sabes perfectamente que este es el banco en el que me besaste por primera vez.

Jesse enarcó las cejas.

—Oh. No había pensado en ello.

—Sí, claro. Y bien, ¿tienes los papeles?

Él la miró turbado.

—¿Qué sientes al estar aquí? —preguntó de pronto.

Ella, exasperada, agitó la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué sientes, Hayley? —repitió Jesse con sosiego—. Porque yo solo siento ganas de volver a besarte. Sé que fue el mayor error de mi vida besarte esa noche, pero no querría deshacerlo por nada en el mundo. ¿Y tú?

Hayley cogió aire en los pulmones para obligarse a permanecer tranquila y poco afectada. A lo largo de los años se había impuesto no recordar cosas. Era más fácil; el único modo de cortar los lazos emocionales que, de lo contrario, habrían intentado arrastrarla de vuelta a Boston.

—No te va a funcionar —advirtió.

—¿El qué?

—Intentas tocar mi fibra sensible, hacerme viajar de vuelta al pasado, pero

no te va a funcionar, Jesse. Voy a casarme con Ryan. Él me hace feliz.

Los ojos de Jesse se nublaron. Le dolía muchísimo que ella le dijera algo así.

—Pero tú me quieres a mí.

Hayley se sentó a su lado y, en un impulso, cogió sus manos.

—Y siempre te querré, pero estoy enamorada de él.

Jesse cerró los ojos ante el impacto que esas palabras produjeron en sus entrañas.

—Estás... ¿*enamorada*? —apenas se atrevió a susurrar esa palabra—. ¿De él?

Hayley, con lágrimas en los ojos, asintió despacio.

—Sí.

Jesse bajó la mirada al suelo y cabeceó. A Hayley le pareció devastado en ese momento. Deseó con todas sus fuerzas calmar ese dolor, pero no lo hizo. Se limitó a sujetar sus manos en silencio.

—Entiendo —susurró—. Ven mañana a la casa del lago de tus padres y te firmaré los papeles.

—Jesse...

—Por favor —suplicó, alzando los ojos hacia los suyos—. Es todo cuanto te pido. Pasa veinticuatro horas conmigo y al día siguiente te prometo que serás una mujer libre. No más trucos, Hayley.

—¿Quieres que me acueste contigo para que me firmes el divorcio?!

Él la miró como si lo hubiese abofeteado. Le llevó un instante reaccionar, pues su mente había quedado entumecida.

—¿Qué te acuestes conmigo? No, claro que no. Solo quiero que pases un último día conmigo y que a la mañana siguiente me mires a los ojos y me digas que ya no estás enamorada de mí.

Las lágrimas de Hayley se desbordaron.

—¿Por qué me lo estás poniendo tan difícil? —musitó al cabo de unos segundos en silencio.

Él extendió el brazo y le enjuagó la mejilla.

—En el pasado no luche por ti, Hayls. Intento enmendar mis errores. Por favor, déjame hacerlo. Si voy a perderte de nuevo, que no sea por no haberlo intentado. Te quiero. Te quise entonces y te quiero ahora. Eres lo único que he querido en toda mi vida. No puedo renunciar a ti sin antes luchar.

Hayley se tragó el nudo de la garganta y asintió.

—Estaré ahí.

Jesse le besó la frente, tal y como había hecho el día anterior, se levantó del banco y se marchó. Una vez más, Hayley lo observó mientras se alejaba, consciente de que algo se resquebrajaba dentro de ella conforme la distancia entre ellos dos aumentaba. Sabía que, la tercera vez, Jesse se marcharía para siempre y se llevaría con él muchas cosas; cosas valiosísimas, sentimientos y emociones que solo él podía despertar en su interior.

Pero no había remedio. Le había dado su consentimiento a Ryan y ahora no se podía echar atrás. Además, ella quería a Ryan, se dijo a sí misma.

¿En serio? Entonces, ¿por qué cada pequeña partícula de ti quiere marcharse con Jesse?

Hayley cerró los ojos y se quedó en ese banco durante muchísimo tiempo, asaltada por aquellos recuerdos de los que llevaba años enteros huyendo. Había vuelto a casa y los recuerdos la estaban aguardando, despiadados y empeñados en hacerle recordar lo que se sentía al estar enamorada de Jesse de Winter.

Hayley se había dicho a sí misma que no iría a la casa del lago. Durante toda la noche había asegurado una y otra vez que se quedaría en casa con Ryan. El día anterior lo había recordado todo y le había resultado brutal. Estaba hecha un desastre. Nunca se había sentido más confusa. Había regresado a Boston para solicitar el divorcio, convencida de que ahora amaba a Ryan. Pero todos los acontecimientos ulteriores, Jesse y su manera de pasar esos cinco años, siempre aguardado a que ella volviera, el hecho de que él no hubiese seguido adelante con su vida, esas dos veces que ellos se habían besado, su galería, llena de dibujos suyos, bailar *Nights in White Satin* en ese lugar tan especial, sentarse a su lado en el banco donde la había besado por primera vez... Todo eso formaba un cúmulo desbordante que la había sumido en la más profunda turbación.

Había elegido a Ryan porque sabía que era el hombre al que debía elegir; un hombre enamorado de ella, alguien que nunca le haría daño. ¿Pero había sido real su amor hacia Ryan? ¿Eran reales sus sentimientos? Hayley suspiró de pura frustración y se levantó, incapaz de seguir en la cama ni un minuto más. Eran las siete de la mañana. Ryan aún dormía.

Hayley se puso unos vaqueros viejos, un jersey ancho y cogió las llaves del coche de Ryan. Iría a dar una vuelta y a poner en orden sus pensamientos.

Se cruzó con Clara, que iba a sacar al perro. Hablaron delante del portal durante un par de minutos. Hayley no pudo seguir la conversación, por lo que se limitó a asentir mecánicamente. Por fin Clara decidió que hacía demasiado frío y regresó a su casa. Hayley, presa del desasosiego, se precipitó hacia el coche, arrancó y dio marcha atrás. Iría a la casa del lago. Le debía eso a Jesse. Y no, aquello no guardaba relación con el escalofrío que había sentido cuando Clara había dejado caer ese nombre. *Jesse...*

Como Hayley no era muy buena conductora, le llevó un buen rato llegar a la cima de la montaña. Había conducido despacio y con precaución, aterrada por esas curvas tan cerradas y esos precipicios tan hondos. No sabía muy bien qué estaba haciendo. Aparte de poner en peligro su relación con Ryan, claro. ¿Qué pensaría este al despertar solo y sin coche?

Hayley aparcó en el lado derecho de la carretera y le escribió un mensaje tranquilizador a Ryan, antes de que se quedara sin cobertura. Dijo que necesitaba pasar una noche en casa de sus padres, aunque no mencionó a Jesse. ¿Para qué preocuparle? Solo era una visita entre amigos. No pasaría nada entre ellos dos, y al día siguiente ella regresaría con el divorcio firmado, prepararía las maletas y regresaría con Ryan a su piso de Manhattan. Era muy simple todo. Estaba tan cerca de su sueño que casi lo rozaba. Lo único que necesitaba para alcanzarlo era... a Jesse. Qué irónico.

Mientras sus manos giraban el volante para volver a incorporarse a la carretera, su mente la transportó al día de los membrillos. Una vez más, le necesitaba a él para conseguir aquello que deseaba. Con esos pensamientos atormentándola y esa extraña inquietud en el estómago, Hayley condujo hacia el lago.

Dejó el coche en el jardín y se quedó unos segundos ahí fuera, asombrada de ver que todo seguía igual. Había esperado encontrarse la casa rodeada de hiedras secas, y decenas de arbustos torcidos inundando el jardín. En cambio, todo estaba igual de limpio y ordenado que siempre, como si sus padres hubiesen abandonado el lugar esa misma mañana. Jesse había mantenido ese lugar para ella.

Hayley cruzó el jardín, subió las escaleras del porche y entró en el vestíbulo. Le resultó abrumador. Los fantasmas se volvieron más reales que nunca. Sus padres, vivos, sonriéndole desde lo alto de la escalera. Jesse,

pidiéndole que se casara con él. Ellos dos bailando en el salón. Ellos dos haciendo el amor arriba. Los recuerdos volvían en *flashes*, debilitándola cada vez más. Otra época y otro lugar. Un solo instante. Pero un instante de felicidad absoluta.

Las lágrimas empezaron a desbordarse por sus mejillas. Se le había olvidado todo eso. Se había esforzado *tanto* en olvidar que finalmente lo había conseguido. Había olvidado lo que se sentía al estar en casa. Sonrió y se enjuagó las mejillas. Se tomó un instante más, para tranquilizar sus emociones, y siguió caminando, hacia la cocina. Por lo bien que olía, Jesse debía de estar ahí.

—¿Qué es lo que estás preparando? —preguntó, apoyada contra el umbral.

Él alzó la mirada y sus ojos grises brillaron de alegría. Había temido que ella se echara atrás.

—Chili —contestó mientras removía el contenido de una enorme olla.

—¡Ay, madre! ¡Hace que no como chili...!

Jesse rio.

—¿Quieres probar? —le señaló la cuchara.

—¿Puedo?

—Claro. Lo he hecho para ti.

Hayley se acercó con una sonrisa. Jesse retiró la cuchara de madera de la olla, sopló un poco y se la ofreció. Ella colocó la mano encima de la suya y sorbió un poco.

—¿Me he pasado con las guindillas?

—¡No! Está buenísimo.

Se sonrieron el uno al otro y él volvió a remover la olla.

Al cabo de unos momentos, Hayley retiró una silla alta de debajo de la isleta central, donde Jesse preparaba la comida, y se sentó delante de él.

—¿Qué es lo que estás haciendo, Jesse?

Él no la miró.

—Chili, ya te lo dije.

—¿Pero por qué estás haciendo chili?

Jesse se tomó unos instantes. Alzó la mirada hacia la suya, vaciló y por fin se armó de valor para abrir la boca.

—Esta es la vida que pudimos haber tenido. Yo... podía haber preparado chili para ti y... nuestros hijos. Podía haber sido un buen marido, Hayley. Te habría llevado a bailar *Nights in White Satin* en nuestro aniversario, y el *Día*

de los *Enamorados* habríamos dado un paseo por ese parque donde te besé por primera vez. Podría haber hecho un montón de cosas contigo. Pintar la habitación de nuestro bebé, montar una cuna, acondicionar un sitio para convertirlo en tu taller... —Se calló por unos segundos, y luego prosiguió, con un brillo atormentado en los ojos—. Solo me queda hoy para hacer todo eso. Mi último día contigo. Por eso he hecho el puto chili.

Hayley bajó la mirada y tragó en seco. Él la observó unos segundos más, antes de volver a centrarse en el contenido de esa olla.

—¿Quieres una copa de algo? —preguntó Hayley, después de mucho tiempo en silencio.

—Hay vino en la bodega.

—Iré a por una botella.

Bajó a la bodega solo para poder derrumbarse. Se apoyó contra la puerta y rompió a llorar. La vida que podían haber tenido era tan maravillosa...

Se sentó en el suelo y siguió llorando, desbordada por toda esa tristeza que la invadió al comprender que ella nunca iba a tener esa vida. No con Jesse. Él nunca sería el hombre con el que montaría una cuna, ni el hombre que la sostendría entre sus brazos en sus momentos más oscuros.

—¿Hayley? —Jesse, preocupado, bajó la escalera que conducía al sótano—. ¿Estás bien?

Ella se dio prisa en secarse las lágrimas. Lo que menos quería era llantos en su último día juntos.

—Sí, es que... estaba pensando en mis padres y la ilusión que les hizo tener una bodega. Ahora subo.

—Vale —Jesse se quedó unos segundos al otro lado de la puerta, intentando encontrar algo que decir—. El chili ya está listo.

Y se marchó, cabreado consigo mismo. Tantas cosas que se debatían en su mente, palabras que necesitaba que ella escuchara, y, sin embargo, había dicho algo tan ridículo como *¡¿el chili ya está listo?!*

Regresó arriba jurando entre dientes y puso música. No colocó un CD que le gustara a Hayley, sino uno que solía escuchar él antes de conocerla a ella.

Cuando volvió Hayley, sonaba *Here Without You*. Al entender el mensaje, ella cabeceó, con los ojos aún llenos de lágrimas. Se le acercó despacio y lo abrazó.

—¿Qué haces? —musitó él, turbado.

—Es nuestro último día juntos. Quiero bailar con mi marido.

Jesse sonrió un poco, apartó el cabello de Hayley y hundió la nariz en su cuello. Los dos cerraron los ojos mientras se movían lentamente. Fuera empezó a nevar. Era demasiado pronto. Aun así, los copos flotaban despacio. Jesse la abrazó con fuerza; con abrumadora desesperación.

—No quiero que nuestro último día juntos acabe nunca —le susurró.

Hayley apretó los párpados con fuerza para no llorar. Nunca se había sentido peor, ni siquiera la noche en la que lo había abandonado, cinco años atrás.

—Te quiero, Hayls —volvió a susurrarle él retrocediendo.

La cogió por el mentón y le alzó el rostro. Ella abrió los ojos y se estremeció al cruzarse con la ardiente pasión que consumía el gris de sus iris. Pensó que iba a besarla, y se sorprendió a sí misma deseándolo con todas sus fuerzas. Pero él no la besó. Esbozó una especie de sonrisa llena de tormento y se limitó a mirarla a los ojos.

—Te quiero —aseguró en un susurro.

Acabó la canción y Jesse la soltó. Retrocedió y volvió a exhibir ese gesto tan devastador que pretendía que fuera una sonrisa.

—Espero que tengas hambre.

Ella asintió.

—Claro.

Le dio la espalda y se marchó a la cocina. Hayley se apoyó contra un mueble. Le temblaba todo el cuerpo. Necesitó unos dos minutos para ponerse en marcha e ir a reunirse con Jesse.

Cuando entró en la cocina, la mesa estaba puesta, los platos humeaban y él aguardaba sentado. Hayley, parada en el umbral, tuvo una visión con todas aquellas veces en las que él podía haberla esperado de ese modo en el pasado; momentos que nunca habían sucedido y ya nunca sucederían. La inquietud en el estómago aumentó todavía más.

Tomó asiento delante de Jesse y lo miró callada y angustiada.

—¿No te gusta el chili? Porque si no te apetece, puedo preparar...

Ella lo interrumpió sacudiendo la cabeza.

—Me encanta el chili, Jesse.

—Pero no lo estás comiendo.

—Estoy triste.

—¿Por qué, Hayley?

—Porque una parte de mí te echará de menos.

—¿Solo una parte? —propuso él con una ceja en alto.

Hayley bajó la cabeza y cabeceó.

—*Solo* una parte —mintió.

Jesse hizo una pausa.

—Yo también te echaré de menos a ti.

—Lo sé... Odio las despedidas.

—Estoy al tanto. Pero era necesario despedirnos.

Hayley alzó la mirada y lo contempló con el ceño fruncido.

—¿Por qué era necesario pasar por todo esto?

Jesse suspiró despacio. Parecía muy cansado en ese momento.

—¿Te acuerdas de cuando dijiste que no pudiste despedirte de tus padres?

¿Que lo último que les dijiste había sido una estupidez?

Los ojos de Hayley se volvieron a humedecer.

—Sí...—dijo a media voz.

—No quería que nos pasara eso, Hayls. Necesitaba que tú lo supieras.

—¿Que supiera, el qué?

—Que perderte me está matando, pero que te dejaré ir porque es tu decisión y yo debo respetarla. Había planeado... —se detuvo y esbozó una sonrisa entre pesarosa e incrédula, que desvelaba que cualquier cosa que hubiera planeado, ahora carecía de sentido para él.

—¿El qué? —susurró Hayley, cada vez más hambrienta por escucharle.

Jesse estaba tan compungido que necesitó unos instantes para recomponerse.

—Pasear por el lago y... dormir abrazado a ti esta noche, por los viejos tiempos. Quizá, incluso besarte antes de decirte adiós, pero no puedo.

—Levantó los ojos hacia los suyos y agitó la cabeza. En su rostro estaba grabado un dolor que dejó a Hayley sin aliento y con el corazón latiendo de un modo doloroso—. No puedo enfrentarme a esto. Lo siento. Es demasiado para mí.

Tal era su turbación que se levantó abruptamente y se precipitó hacia la puerta.

—¿Jesse, espera! ¿Adónde vas?

—A casa —contestó, deteniéndose por un segundo, de espaldas a ella—. Encontrarás los papeles encima del escritorio de tu padre, al lado de otras cosas que te pertenecen. Adiós, Hayley. Espero que él pueda hacerte feliz. Yo, obviamente, he fracasado.

Hayley miró con los ojos repletos de lágrimas cómo él salía y la puerta se cerraba a sus espaldas. Era la tercera vez que le daba la espalda, y ahora no volvería.

—No te vayas... —suplicó con entonación débil. Pero solo la escucharon las cuatro paredes que la cercaban—. No... Para...

Se agarró a la esquina de la mesa para poder mantener el equilibrio. Aun así, era difícil.

¡Se había ido!

Después del instante de parálisis, llegó la ola devastadora. El dolor se generó en el interior de su estómago y luego se propagó por todo su ser, como una explosión que no pudo controlar. Irse era mucho más fácil que quedarse. Porque al irse, uno no quedaba rodeado de tantos recuerdos. Cosas materiales, como una prenda que aún conservaba su olor, o un adorno que podía ser relacionado con esa persona. Incluso el umbral de una puerta, desde donde nunca la volvería a mirar...

La presión era tan alta que Hayley se acurrucó en el suelo y rompió a llorar. Se había acabado. Tantos años de su vida, tantos sueños e ilusiones, morían ese día. Ahí.

Mientras la nieve no dejaba de caer.

La primera nevada del año había lanzado a Jesse a sus brazos, mucho tiempo atrás. Ahora, era la primera nevada la que se lo arrancaba.

Hayley estaba sosegada. ¿Sosegada? Puede que más bien paralizada a causa del dolor. Se sentía como si le hubiesen anestesiado todos los sentidos. Calmada, aunque por poco tiempo, porque cuando pasara el efecto de esa extraña anestesia, el dolor la tragaría en oscuras oleadas y la hundiría.

Se sentó en la silla de cuero de su padre y miró con ojos huecos todo lo que Jesse había dejado atrás. Los papeles del divorcio, con su firma. *J.D.W.*, con una línea por debajo y un bonito lazo a la izquierda, justo debajo de la j. Una carta que, por la letra, era de su padre. Y el ejemplar de *Cumbres Borrascosas* que le había pertenecido a ella años atrás. Se lo había dejado al marcharse y ahora parecía mucho más desgastado de lo que recordaba. ¿Acaso Jesse lo había estado leyendo? ¿Por qué, si ni siquiera le gustaba la historia?

Desprovista de cualquier emoción, Hayley extendió el brazo y cogió la carta. Era, en efecto, de su padre, e iba dirigida a Jesse. Sus ojos bajaron y se pasearon a lo largo del papel. Al principio, se limitó a contemplar la letra pequeña y apretada de su padre y solo después se detuvo a leer el texto.

Mi querido Jesse,

Si recibes esto, es que estoy muerto, lo cual es una putada. Por favor, toma un trago en mi honor. Pero no te emborraches, te estaré vigilando desde el otro lado.

Bromas aparte, le he enmendado a mi abogado que te haga llegar esta carta pasado un tiempo prudencial. No quería agobiarte desde el principio, ya bastante duro te habrá resultado hacerte cargo de la pequeña Hayley.

Supongo que te habrá desconcertado nuestra decisión. Dios sabe que tenemos muchos amigos y conocidos, y seguro que a algunos les consideras mucho más capacitados que a ti, un hombre joven y aún soltero (espero). Pero quiero que sepas que no he dejado nada al alzar. Hayley es lo más importante que Emma y yo tenemos en la vida...

Hayley se detuvo en ese punto para coger aire. Los ojos se le habían llenado de amargas lágrimas. Escuchar la voz de su padre, después de tanto tiempo, le resultaba igual de devastador que perder a Jesse.

Sorbió por la nariz, se limpió las dos mejillas y siguió leyendo.

Hayley es lo más importante que Emma y yo tenemos en la vida, así que hemos meditado mucho antes de tomar esta decisión. No te sorprendas, Jesse, de que te hayamos elegido a ti. ¿Quién mejor que un huérfano para cuidar de otro huérfano? Tú pasaste por lo mismo años atrás, y solo tú, de todos mis conocidos, podrías cuidar de Hayley con la misma dedicación y amor que nosotros, sus padres. La familia es el mayor tesoro que tenemos, Jesse (espero que lo averigües algún día), y yo dejo el mío en tus manos.

Aunque confieso que no es esa la única razón que me impulsa a elegirte a ti. Verás, amigo mío, resulta que mi hija está enamorada de ti. No sé si aún te lo habrá confesado, pero conociéndola, probablemente te haya hecho un dibujo con letras luminosas para que te des cuenta de una vez. Hayley lleva toda la vida enamorada de ti y supongo que te he elegido como su tutor porque una parte de mí guarda la esperanza de que, algún día, sus

sentimientos sean correspondidos. No se me ocurre nadie mejor que tú para ser el marido de Hayley, Jesse. Sé que probablemente te esté horrorizando la diferencia de edad, pero, tras hablarlo con Hayley muchas veces (tiene quince años ahora, no sé cuántos años tendrá cuando recibas esta carta), he llegado a la conclusión de que a ella no le importa en absoluto.

Mejor dicho, me ha hecho comprender que no le importa. Dios sabe que es tan testaruda como su madre.

Ojalá nunca te llegue esta misiva y pueda hablar contigo de esto en persona, cuando Hayley tenga una edad apropiada, pero si no fuera así, quiero que sepas que a Emma y a mí nos parece bien y que siempre tendrás nuestra bendición.

*Sin más, se despide, esta vez para siempre, tu amigo,
Nolan.*

PD. Y tu amiga, Emma, que ha fruncido el ceño al ver que no está incluida. Cuida de Hayley, amigo mío, y si te enamoras de ella, no te atormentes. Probablemente sea porque ella se haya empeñado en que así suceda. Besos desde el más allá. Qué tétrico, ¿verdad?

Hayley se volvió a enjuagar las lágrimas. Rio y lloró al mismo tiempo. Sus queridos padres... Habían pensado incluso en el más insignificante detalle. Ojalá el *tiempo prudencial* no hubiese sido tan largo. Eso habría salvado su matrimonio. Jesse no se habría sentido tan culpable por casarse con ella, no la habría apartado, y ella no lo habría abandonado. Pero el pasado, pasado estaba.

Hayley suspiró y cogió el ejemplar de *Cumbres Borrascosas*. Sí, estaba mucho más desgastado. Jesse lo había hojeado, y no una vez, sino decenas de veces. De lo contrario, no se explicaba tanto deterioro. Pasó un par de páginas, hasta que el libro se abrió cerca del final, en una parte donde más veces había sido leído, a juzgar por el hueco que se había creado en ese lugar. Había una frase subrayada. ¿Jesse había subrayado una frase?

Los ojos de Hayley se movieron mientras leía.

El mundo es para mí una horrenda colección de recuerdos diciéndome que ella existió y yo la he perdido.

Hayley volvió a estallar en llanto. No pudo más. Su dolor se estaba desbordando, así que lloró y lloró, cada vez más convencida del enorme error que había cometido. Se había obligado a amar a Ryan, por miedo a volver a

salir herida, ¿pero de qué le había servido? Ahora estaba más herida que nunca. El dolor era tan asfixiante que no podía ni respirar.

Me iría con Heathcliff. Me daría igual mi marido. Lo dejaría todo y me iría con él hasta los confines del mundo.

Eran sus propias palabras. Se había traicionado a sí misma, porque en vez de irse, como había asegurado, había actuado en contra de su propio corazón. El miedo la había convertido en una persona completamente desconocida. No le gustaba la nueva Hayley. La antigua habría corrido el riesgo, porque la vida no era más que un instante. ¿Y qué hacía la nueva? Apartarse, porque era lo más prudente. A Hayley le enfermaba su propia estupidez.

Sacudió la cabeza y agarró los papeles del divorcio. Los miró un poco por encima, leyendo algunos párrafos. ¿Jesse quería que ella se quedara con la mitad de todo su patrimonio? Hundió la cabeza entre las manos y cerró los ojos. Así era como acababan los cuentos de hadas en el mundo real: el príncipe firmaba el divorcio y la princesa se quedaba con el castillo y la carroza. Menuda mierda.

Capítulo 19

Un transeúnte cualquiera podría haber observado esa escena a través del cristal salpicado de gotas. Podía haberse quedado apoyado contra el tallo de la alta farola, ahí envuelto por la amarillenta luz que las dos bombillas arrojaban sobre el suelo mojado, y haber levantado los ojos, por debajo del ala de su sombrero, hacia el edificio que se alzaba en el cruce de dos calles bastante transitadas en hora punta. Imaginemos que el desconocido se había detenido a encenderse un cigarrillo y que ahora fumaba desdeñosamente, mientras se preguntaba cuánto valdría la vivienda en un edificio tan elegante como aquel. Especularía durante un rato, hasta que sus ojos, atraídos por la luz encendida, repararían en cierta ventana de la quinta planta.

Desde ese punto exacto, la vista era perfecta, y el transeúnte habría podido fijarse, de haberlo deseado, en esa chica que, sentada en un sillón, le explicaba algo al hombre que la contemplaba desde el sofá. Era imposible escuchar lo que ella decía, claro, pero sí que se podía percibir el aire afligido de su rostro, las manos temblorosas, que gesticulaban y gesticulaban, intentando hacerse comprender.

Delante de ella, el hombre sacudía la cabeza una y otra vez, rechazando todos sus argumentos. No podía, ¡no quería! escucharla más. Empezó a hablar acaloradamente. Ella rompió a llorar. Era tan frágil; tan delicada. Cualquier cosa la alteraba. Odiaba hacer daño a la gente así como así. Hundió el rostro entre las palmas y se quebrantó. Lloró despacio, por pena, por rabia; una rabiosa compasión, quizá. Él hombre la miró herido; destrozado. No soportaba más sus llantos. ¿Por qué no le gritaba, en vez de lloriquear? Se irguió con brusquedad, agarró su chaqueta y salió por la puerta.

Al cabo de unos momentos, se lanzó a la calle llena de charcos. Su rostro estaba contraído en un gesto de tormento. Sus ojos registraban un brillo vidrioso; miraban, pero no veían nada, tan ausentes se mantenían. Tenía el cuello del abrigo levantado, para evitar que la lluvia se colara por debajo de la tela.

Perdido en su suplicio, pasó por delante de la farola encendida. No había nadie ahí, tan solo un cigarrillo encendido que alguien había dejado caer unos pocos segundos antes.

Un par de horas más tarde, un taxi amarillo se detuvo delante de un local cualquiera. La noche era oscura y húmeda. La lluvia en Boston solía ser persistente. No demasiado violenta, no llovía a raudales, pero sí con bastante fuerza como para que las calles estuvieran llenas de charcos.

Una mujer bajó y se adentró en la neblina, cerrándose el cárdigan beige para no coger demasiado frío. Al pasar por delante de una farola, se detuvo y miró hacia arriba, miró cómo caía la llovizna, encima de su cabello, de su piel. Gotas ligeras, tan pequeñas y, aun así, pertinaces. Arrastró las palmas por su rostro mojado y sonrió. La primera sonrisa verdadera en muchos años. Adoraba la lluvia y le parecía que en ningún otro sitio llovía tanto como en la ciudad de Boston.

Cogió una bocanada de aire húmedo para saciar sus pulmones y se encaminó, con pasos pequeños, hacia la puerta del local. Entró, le sonrió al camarero y echó a andar por un pasillito enmoquetado. Se detuvo delante de una mesa pequeña, se quitó el cárdigan y tomó asiento, de cara a la puerta. En su rostro se notaba lo ansiosa que estaba.

Pidió vino cuando se le acercaron para tomarle nota, y luego desvió la mirada hacia el cristal. Las gotas se escurrían muy despacio. Era un verdadero espectáculo. Sobre todo si lo contemplabas desde un lugar cálido, con una canción de Bettye LaVette sonando de fondo.

Se sobresaltó cuando escuchó la puerta abriéndose. Volvió los ojos hacia ahí de inmediato y sus pupilas se dilataron, de placer o de sorpresa, el camarero no supo identificar sus sentimientos, pero contempló la escena con gran interés. El hombre que había entrado se detuvo nada más entrar y se peinó el cabello mojado con los dedos, mientras sus ojos grises la contemplaban con fijeza. El camarero estaba seguro de que, para ese hombre, ahí no había nadie más que la chica del jersey azul.

Se le acercó despacio, casi vacilante, y se quedó unos segundos de pie, como si dudara sobre si ocupar la silla libre o no. Ella sostuvo sus ojos en silencio. Finalmente, él se sentó, aunque sin que su mirada rompiera ese extraño contacto visual. La miraba como si temiera que ella fuese a desvanecerse si apartaba los ojos por su segundo.

El camarero apoyó los codos contra la barra y sonrió. No se acercó a

preguntar qué quería tomar el recién llegado. Ya sabía que no quería nada más que ser dejado en paz. Y eso hizo. Les volvió la espalda y se puso a cambiar las botellas de sitio. Era una noche demasiado tranquila, perfecta para esa clase de tareas.

Puede que pasaran diez minutos hasta que Jesse de Winter abriera la boca.

—¿Por qué me has llamado? —preguntó por fin.

Ella suspiró despacio. Desvió los ojos hacia la ventana, y luego lo volvió a mirar.

—Porque el mundo es para mí una horrenda colección de recuerdos diciéndome que tú exististe y yo te he perdido. La casa del lago, la playa, la lluvia de Boston... Te veo en todas partes. En cada maldita gota que se escurre por mi rostro; en cada ráfaga de viento que remueve mi pelo... Me imagino tus manos. No es el viento el que me roza, son tus dedos. Y no es la lluvia, son tus labios. Ahora lo entiendo todo, entiendo lo que sentiste al quedarte solo.

—¿Lo entiendes?

—Odiabas este lugar y aun así, volvías cada vez que llovía, porque esperabas verme sentada en esta mesa, con los ojos vagando por el cristal.

Jesse bajó la mirada al suelo y asintió despacio.

—Una parte de mí aún esperaba que tú volvieras —musitó.

Ella se alargó un poco y cogió su mano por encima de la mesa.

—He vuelto.

Él levantó la mirada e intentó sonreír, una sonrisa que no denotaba demasiada convicción.

—Ya...

—Y no voy a marcharme más, porque ahora lo sé.

La miró extrañado.

—¿Sabes, el qué?

—Que tú también me quieres.

Él abrió y cerró la boca un par de veces.

—Espera. ¿Has dicho *también*?

Hayley sonrió un poco.

—Pues claro, tonto. No habrás pensado que he dejado de quererte, ¿verdad? ¿Después de tantos años? Neah. Soy una mujer de costumbres fijas.

—¿Y Ryan?

Ella sacudió la cabeza mientras suspiraba.

—De camino a Nueva York. Esta ciudad es demasiado pequeña para los dos. Los... ¿tres? Como sea.

Él movió el dedo índice por su muñeca y sus ojos se oscurecieron al ver que la chica se estremecía. Levantó la mirada y la arrastró por todo su rostro, sus labios ligeramente entreabiertos, su largo y delgado cuello... Se imaginó cómo sería arrastrar los labios y no la mirada y, por supuesto, su miembro reaccionó ante esa imagen de él hundiendo los dedos en su cabello, echando su cabeza hacia atrás y lamiendo la piel de su cuello.

—Hayls... —suspiró.

—¿Mmmm?

—¿Qué tal si te llevo a casa y te hago el amor? Esta vez, sin nada de culpa o remordimientos. Estaré contigo al cien por cien, libre de demonios y conflictos interiores.

—Solo tengo una pregunta.

Jesse entornó los ojos. ¿Por qué había pensado que eso sería sencillo?

—A ver...

Ella apoyó la barbilla contra la palma, hizo una pausa de lo más dramática y luego sonrió dulcemente.

—¿Tu casa o la mía?

—Esa es mi chica —dijo Jesse, con una media sonrisa descarada.

Hayley creía haber muerto, porque eso debía de ser el Cielo. De acuerdo, el Cielo en una versión retorcida y lujuriosa; una versión para mayores de dieciocho años.

Su apuesto marido estaba desnudo y se mordisqueaba el labio mientras la contemplaba con ardor. Se sentía venerada, mirada como siempre había deseado que él la mirara.

—Te quiero, Hayley Button, de Colorado.

Ella se incorporó un poco, lo cogió por la nuca y tiró de él hasta que aterrizaron encima del colchón.

—En realidad, es Hayley de Winter, de Boston. O Hayley Walsh, si prefieres mi nombre de soltera. Pero no perdamos el tiempo con formalidades. Hay algo que quiero que me hagas.

La sonrisa de Jesse fue pícara. Sus brazos parecían todavía más abultados

mientras sus palmas se arrastraban por los costados de su esposa.

—¿Ah, sí? Soy todo oídos.

—Acércate. Te lo tengo que susurrar.

Jesse se acercó y escuchó la propuesta de Hayley. Parecía muy divertido. Se echó un poco hacia atrás y abrió los ojos en un gesto teatral.

—¿Con la lengua?! —se escandalizó.

Ella asintió solemnemente.

—Con la lengua, por supuesto.

Jesse fingió meditarlo.

—Está bien. Creo que podré hacerlo. Pero hay algo que quiero a cambio.

Hayley alzó una ceja.

—¿Y de qué podría tratarse?

—Acércate. Es demasiado obsceno como para que te lo diga en voz alta.

Hayley soltó una carcajada y le acercó su oído. La lengua de Jesse dibujó el contorno de su oreja, y Hayley se estremeció entre sus brazos.

—Jesse...

—Espera, ahora te lo digo —ronroneó él mientras deslizaba la mano entre sus piernas y la acariciaba despacio. Introdujo dos dedos en su interior, los giró y, al constatar que estaba preparada, los retiró y la penetró muy despacio, centímetro a centímetro, porque quería disfrutar de cada instante dentro de ella—. Quiero... que tú...

—¿Sí? —gimió Hayley, aferrándolo por los hombros.

Jesse se hundió un poco más y le mordió el cuello.

—Y yo...

—¿Sí, Jesse?

Se hundió del todo y Hayley abrió los ojos de par en par.

—¡Jesse! ¡Habla de una vez!

—Volvamos a...

Encajado entre sus piernas, entró y salió un par de veces, mientras lamía su clavícula.

—¿Volvamos a, qué?

Se acercó a su oído y le susurró, con su tono más ronco y sensual:

—A casarnos cuanto antes.

Hayley puso los ojos en blanco.

—Hay que ver lo que te gusta joder los momentos eróticos.

—Hayley, no decimos la palabra con *j*.

—¡Joder, joder, joder!

—Mira que eres cría.

—¿Pero me quieres?

Él hundió la mano en su pelo y arrastró su boca hacia la suya. Durante unos segundos no hizo nada, se limitó a mirarla embelesado.

—Te adoro —le susurró, antes de hundirse en ella y besarla insistentemente.

—Jesse... —suspiró Hayley cuando la soltó.

—¿Mmmm?

—Mira hacia la ventana.

Él dejó de contemplarla a ella y volvió la vista hacia atrás. Sonrió.

—Está lloviendo y tú estás conmigo —murmuró, cogiéndola por la cintura—. Ya no me siento triste ahora.

Epílogo

Hayley y Jesse se casaron en una ceremonia pequeña en el jardín de su casa. Ella llevaba el colgante que él le había regalado. Jesse se sintió conmovido. Ya estaba casados legalmente, de modo que solo pudieron renovar los votos. Invitaron a Ryan, entre otras personas, pero este rechazó la invitación. En cambio, les envió un cheque regalo de una tienda de música rock llamada *Infierno*.

—¿Un poco subliminal, no te parece? —comentó Hayley con el ceño fruncido.

—Aun así, habrá que escribirle una carta de agradecimiento —aconsejó Jesse, el cual no era demasiado rencoroso.

Tras casarse, tuvieron cinco hijos.

Tranquilos, es broma. ¡Pero podían haberlos tenido!

—¡No puedo creer que sean gemelos! —exclamó Hayley angustiada—. ¡Dijeron que venía uno solo!

—Para que veas qué buena puntería.

—No entiendo por qué pareces tan encantado. ¡Ni siquiera sé qué nombres ponerles!

—¿Qué te parece si les llamamos Nolan y Emma?

A ella le pareció maravilloso. Incluso lloró de felicidad.

Y de ese modo, aquella niña ladrona de membrillos y su intransigente príncipe vivieron todo un cuento de hadas en la ciudad de Boston, donde la lluvia era lenta y persistente. Jesse se aficionó al *soul*. Hayley, a Jesse. Abrieron su propia galería de arte. Fue un éxito. Él intentó que le cayera bien el profesor Wesley Holt. No lo consiguió. Hay cosas que nunca cambian. Enamorado o no, Jesse de Winter nunca dejó de ser impaciente, exigente, adusto, difícil, arrogante...

Y perfecto, según Hayley.

Ella nunca notó la diferencia de edad. Salvo cuando echaban *Los Gremlins* en la tele...

Otros libros de la autora

Querido lector,

Muchas gracias por seguir mi trabajo. Si te ha gustado esta novela, es posible que también te guste *Tango a medianoche*, por lo que te dejo un pequeño adelanto. ¡Espero que lo disfrutes!

¡Y recuerda que esta novela cuenta con una maravillosa banda sonora en You Tube! Si no me sigues en las redes, es posible que no la conozcas, por lo que te dejo el enlace: https://www.youtube.com/watch?v=K6raFWDBZLI&list=PLXY_i15WKLWLBIMBydVfi02xHOkYebkLf



*Vamos a bailar.
Usted y yo.*

*Tango
a
medianoche*

ISABELLA MARÍN

Capítulo 1

Siempre conservaré el recuerdo de aquel día en el que regresé a Nueva Orleans. Había abandonado París sabiendo que jamás sentiría nostalgia, y no traía conmigo más que una maleta repleta de sueños rotos y un alma vacía.

Yo era una silueta alta, pálida y delgada, de pie en la plataforma abarrotada de viajeros. Mi cabello era rubio, cortado en una media melena ondeada, en la que destacaba una cinta ancha para la frente, hecha de pedrería y encaje de color marfil. Mi ropa era cara y elegante, acorde con la última moda de Europa. Iba impecable de pies a cabeza, con un vestido corto de un beige casi dorado, bolso a juego y zapatos de tacón alto. Coco Chanel había conseguido revolucionar el mundo, no solo el mío, sino el de todas nosotras, niñas ricas a las que sus gobernantas francesas habían inculcado el buen gusto para la ropa.

Imaginé que así luciría yo a los ojos de un viajero cualquiera.

—Era toda una dama. Impecable de los pies a la cabeza.

Eso diría a sus amigos sobre mí.

Pero si aquel viajero se hubiese detenido por un solo momento a fijarse en mí con un poco más de atención, si hubiese sido capaz de ver más allá del aura de lujo y riqueza que me envolvía, se habría dado cuenta de que mi rostro estaba contraído y ausente; habría advertido que mi mirada lucía apagada, como la de una persona que había visto el mundo, había estado en todos los lugares donde valía la pena estar y había descubierto todos los secretos que valía la pena conocer, lo cual había matado su entusiasmo por vivir. La mía era la mirada de una persona hastiada; alguien a quien el mundo había decepcionado de modos inenarrables, convirtiendo en añicos cada una de sus esperanzas, arrancándoselo todo, hasta la última gota de humanidad.

Sin embargo, ningún viajero se detuvo a mirarme, por lo que seguí avanzando a lo ancho de la plataforma, indiferente a todo cuanto sucedía a mi alrededor.

—¡Dioses, cómo echaba de menos esta ciudad! —exclamó un pletórico Nick.

Me dedicó una sonrisa de oreja a oreja que, por una vez, no me resultó ni gélida ni malintencionada.

Yo no dije nada. No tenía nada que decirle.

Nick cogió una buena cantidad de aire en los pulmones, quizá para experimentar a qué olía el hogar, le sonrió a un niño pecoso y me agarró de la mano. Me dejé guiar a través de una marea de personas, ruidosas y alegres; ¡tan multiculturales!, que se iban o regresaban a la ciudad, presos de un entusiasmo y una felicidad casi febriles. Incluso los elegantes mozos, que empujaban por el andén enormes carros dorados, llenos hasta arriba de baúles y maletas, se me antojaron felices. Tuve la sensación de que todo el mundo sonreía esa tarde en Nueva Orleans.

Todos, menos yo.

Les lancé una mirada aburrída, y luego les volví la espalda. No tenía razones para compartir ninguno de esos sentimientos. Ni el entusiasmo ni la felicidad tenían cabida en mi día a día.

Salimos de la estación, y sentí la humedad de Nueva Orleans más que nunca. La ropa se me empezó a pegar al cuerpo. El pelo quedó aplastado, como carente de vida. Ya no era una chica impecable de pies a cabeza. Solo era una chica cualquiera. No tenía nada de especial. Nada en absoluto. ¿Por qué un minuto atrás había pensado lo contrario?

Nick me abrió la portezuela. Me acomodé en la parte de atrás del lujoso coche negro, cuyo chófer nos esperaba con el motor en marcha, y pasé todo el viaje de vuelta a casa mirando por la ventanilla. El ritmo de la ciudad no había cambiado en absoluto, seguía siendo tan trepidante como recordaba. El *jazz* sonaba en cada rincón, y la variedad cromática que poblaba las calles resplandecía con una exquisitez pocas veces vista. Estábamos en la década de los grandes cambios, donde lo reciente se intercalaba con lo añejo, sin alterar nunca el perfecto equilibrio.

Al cruzar por Bourbon Street, vi montones y montones de nuevos ricos, gente salida de los bajos fondos, con un pasado turbio y un futuro muy prometedor. Eran ahora los reyes del nuevo orden. Se les había presentado una oportunidad en la vida y habían sabido cómo aprovecharla. Bien por ellos.

Los reconocí al instante, eran ostentosos sin ninguna especie de sentido común. Como para compensar sus enormes y emergentes fortunas, tenían un claro déficit en cuanto a elegancia y etiqueta social. Nick siempre se burlaba diciendo que, si ibas a tomar el té a casa de un nuevo rico, más valía matar tus expectativas, pues los anfitriones eran absolutamente incapaces de prepararlo como es debido.

—¡No conocen la diferencia entre un té inglés y uno americano! ¿En qué clase de mundo estamos viviendo?

Así era cómo se lamentaba Nick cada vez que nos llegaba una invitación por parte de alguien que no había nacido con sangre azul en sus venas. Daba igual lo lujosa que fuera su nueva vivienda, el deportivo que tuviera aparcado a la puerta de su mansión o las pinturas que aguardaran expuestas en su galería, la gente como Nick, los de la vieja escuela, eran incapaces de perdonar a aquellos que habían salido de las cloacas del mundo el hecho de haber conseguido trepar hasta la cima de la pirámide. Lo tenía así de claro: no formaban parte de su círculo. *No* eran como él. ¿Cómo se atrevían a ansiar su amistad? ¡Cielo Santo!, ¡si no eran más que ex obreros con las manos aún llenas de mugre! No importaba lo grandiosa que fuera su fortuna. La mugre nunca iba a desaparecer, razón por la cual Nick jamás aceptaba sus invitaciones, a no ser que le beneficiara de algún modo entablar amistad con el anfitrión.

Los nuevos ricos le producían un extraño y poco saludable rechazo a mi marido. A mí, el mismo desapego de siempre. No me eran ni simpáticos ni antipáticos. No despertaban en mí ningún sentimiento. De hecho, había días en los que nada despertaba en mí sentimiento alguno.

Antes de casarme, no me tenía a mí misma por una persona profunda. Aunque tampoco era del todo superficial. Ahora, en cambio, ya no tenía ni idea de cómo era. Pasaba de la apatía a la euforia, y de la euforia a la profunda melancolía. Me asustaba la muerte, a la vez que me asustaba la vida. Me asustaba envejecer y que, con el paso de los años, las cosas cambiaran. Y aun así, me aterraba despertar un día siendo vieja y descubrir que nada se había alterado; que mi vida seguía el mismo curso, como un eterno río cuyo caudal nunca iba a secarse; que había desgastado mis mejores años en cosas sin importancia; que nunca había vivido, vivido *realmente*. Lo que más me arredraba en el mundo era morir sin antes haber descubierto a qué sabía la vida.

Me veía a mí misma como a una persona inestable, pues había momentos en los que quería dejarlo todo y salir corriendo. Me imaginaba derruyendo las murallas que me aprisionaban. Las reducía a polvo, sin piedad, sin vacilación, sin remordimientos, y escapaba. Me marchaba muy lejos de ahí.

Luego, regresaban esos momentos lentísimos y oscuros en los que me aferraba con las dos manos a la soledad que me encadenaba. Porque, sin mi

soledad, el universo se habría convertido en un extraño para mí. No podemos renunciar a aquello a lo que estamos acostumbrados. Da igual que sea bueno o malo, nos agarramos a ello porque nos es familiar.

Había tantísimos contrastes en mi vida que ya no sabía quién era. Había conocido más o menos a la jovencísima Ingrid Prince. Ingrid Fairbanks, por el contrario, esa gran dama de la alta sociedad, era toda una desconocida para mí.

—Por fin. Hogar, dulce hogar. ¿Has visto alguna vez algo más espectacular?

No le presté la más mínima atención a Nick. Me limité a mirar por la ventanilla. El coche giró a la derecha por el camino privado que conducía a la mansión Fairbanks, un castillo de estilo colonial, propiedad de la familia de Nick.

Al fondo de esa amplia avenida bordeada de castaños, pasada la glorieta del caballo dorado, se alzaba mi prisión, un monstruoso edificio circundado por más de dos hectáreas de jardín, donde podías encontrar excentricidades como estanques japoneses, ocho fuentes de agua (que Nick mandaba iluminar cada noche, a pesar de que consumían casi tanta electricidad como una ciudad pequeña), una piscina olímpica, dos pistas de tenis, un campo de golf (nadie en nuestra familia sabía jugar al golf; al menos, no decentemente) y una casa de ocho habitaciones y cuatro baños, en la que se alojaba el servicio. Si no me fallaba la memoria, había un total de dieciocho personas haciéndose cargo de la babilónica propiedad.

Nick fue un cielo ayudándome a bajar del coche tan pronto como este se detuvo delante de la entrada principal. Le tendí la mano enguantada, y él la cogió y la sostuvo con delicadeza. Podía ser considerado cuando lo deseaba. Por desgracia, la mayoría de las veces, su consideración rozaba lo inexistente.

El séquito de empleados, alineados a lo largo de la moqueta roja que habían desplegado en nuestro honor, empezó a darnos la bienvenida y la enhorabuena. No nos habían visto después de nuestra boda, ya que Nick y yo habíamos pasado los últimos dos años recorriendo el mundo. Petrogrado (cuando aún se llamaba de ese modo), Shanghái, Estambul, Viena, Florencia... Arte, música, historia y cultura. Belleza genuina.

Lamentaba habernos visto obligados a regresar a casa. Tenía la sensación de que en casa, todos los monstruos adquirirían contorno.

—Bienvenido, señor. Señora. —El mayordomo inclinó la cabeza, y yo

correspondí con un gesto similar y una tenue sonrisa.

Nick, más atento que de costumbre, colocó un brazo en mi espalda y me guio hacia el interior. Sonreía mientras caminaba e inclinaba la cabeza para recibir las enhorabuenas del servicio, y yo seguí su ejemplo. La única delante de la cual se detuvo antes de que entráramos fue Edna Pickford, la mujer que llevaba *realmente* la mansión Fairbanks, y cuyos métodos yo encontraba retrógrados, inicuos y, sin duda, ilegales.

Nick disentía, e incluso se echó a reír cuando le sugerí un curso de ética profesional para *madame* Pickford, como a ella le gustaba hacerse llamar. Sospeché que, en un derroche de simpatía, poco típicos en Nick, este le había confesado a su ama de llaves mi preocupación hacia su modo de tratar al servicio, pues, la última vez que Edna y yo nos habíamos visto, unos cuantos días antes de la boda, si bien su modo de atormentar a sus subordinados no había cambiado en absoluto, sí lo había hecho su modo de dirigirse a mí.

No pretendo hacerme malinterpretar, ella siempre fue correcta y formal conmigo, pero las miradas que me dirigía eran tan gélidas que, estúpidamente, sentía la necesidad de echarme un chal por encima de los hombros cada vez que esos reprobatorios ojos azules se clavaban en los míos. Creo que *madame* Pickford estaba enamorada de Nick, por eso me odiaba tanto. A lo mejor albergaba esperanzas de desposarlo, afanes que yo había echado a perder con mi juventud, mi grandiosa fortuna y mi... ¿rostro angelical?

Divertida a causa de esa idea (¿*madame* Pickford y Nick? *Oh, mon Dieu!*), le dediqué mi mejor sonrisa, que, según cabía esperar, no fue correspondida. Edna se mantuvo tan impertérrita como un soldado en su guardia. Vestía un solemne atuendo, su uniforme habitual, falda y chaqueta negras, sin forma. Un recogido severo retiraba los oscuros mechones hacia atrás, dejando libres sus orejas, que parecían demasiado grandes para un rostro tan pequeño. No era bella, pero la rigidez de sus pálidas facciones y la sobriedad de su porte hacían que la gente se detuviera de su caminata para mirarla con más atención. Edna Pickford, con su ropa oscura, sus afilados ojos redondos y sus pómulos salientes, me había impresionado desde el principio.

—¡Por fin está en casa, señor Nicky!

Tuve que ahogar una risotada malévolamente. *Señor Nicky* me sonaba a criatura traviesa y revoltosa, nada que ver con el flemático Nick Fairbanks, el desdeñoso aristócrata de sonrisa helada y expresión siempre áspera; un

hombre imponente e intimidante que se consideraba superior a todos los demás seres que poblaban la tierra. Yo incluida.

Mi madre, Blanche, que, a diferencia de mi padre, no tenía en tan alta estima a Nick (aunque defendía que su desorbitada fortuna compensaba indudablemente la gelidez de sus modales), dijo una vez que ni el sol de Kenia sería capaz de derretir el corazón del único heredero del viejo y bastante obsoleto Randolph Fairbanks, mi querido suegro, dueño de la mitad de los rascacielos de Nueva York. No se jugaba con hombres como Nick o Randolph. Claro que yo era demasiado joven y demasiado estúpida como para saberlo entonces.

En mi noche de bodas, empecé a comprender las palabras de Blanche. Mi marido, al que yo le había atribuido cualidades de las que carecía por completo, retratándole dentro de mi mente como un hombre indomable y pasional, resultó ser esquivo, arrogante y absolutamente gélido, como si estuviera siempre aprisionado detrás de un enorme bloque de agua helada que no permitía el paso hacia su corazón. Y era así con todo el mundo.

Menos con Edna, cuya mano cogió entre las suyas sin ningún reparo. Me quedé impresionada al ver que le dedicaba la sonrisa más sincera que le había visto esbozar en los diez años que llevaba conociéndole.

—Oh, Edna, bendita seas, no sabes cuánto he echado de menos tus *Beignet*.

Entorné los ojos cuando nadie me miraba. Me constaba que los dulces que nos habían servido en París eran infinitamente mejores que los de Edna, que a mí se me antojaban tan duros y secos que la única utilidad que les habría concedido, y eso siendo encantadora, habría sido la de para partir cráneos humanos por la mitad. Había que mojarlos en el té (durante un buen rato) para que resultaran comestibles. ¡Pero a él le encantaban sus malditos *Beignets*!

—Y por eso, en su honor, he preparado un par de bandejas de ellos.

¡Que el Señor nos proteja!

—Nunca podré agradecerte lo bastante todo lo que haces por esta familia.

Volví a hacer una mueca. Mis zapatos nuevos me estaban matando y necesitaba un baño relajante. ¡Cuanto antes! Lo que menos me apetecía era escuchar alabanzas dirigidas a una mujer cuyo mayor placer en la vida consistía en atormentar a los demás. Para mí, Edna Pickford no era para nada digna de elogios. Ni tampoco lo era Nick.

—Sabe que estoy más que encantada de hacerlo.

Sí, sí, sí. Más que encantada. Lo sabemos.

—Gracias, Edna. ¿Puedes pedirle a alguien que nos prepare el baño? Mi mujer tiene una de esas jaquecas insufribles. Le ha debido de sentar mal el viaje.

Madame Pickford sonrió. A Nick, por supuesto. Parecía muy eficiente y dispuesta a complacerle en todo.

—Se hará de inmediato.

Nick inclinó la cabeza y entró, ya sin preocuparse por mi persona. ¿No tenía que pasar el umbral en sus brazos? Supuse que no, y lo seguí de camino a la escalera, preguntándome cómo diablos se las apañaba Pickford para mantener las arañas de cristal tan relucientes. Esa mujer seguro que practicaba alguna especie de magia oscura. Más me valía mantenerme alejada de ella.

Mis propias estupideces me hicieron sonreír.

—¿Vienes, Ingrid?

—Sí, perdona. Estaba... contemplando la casa.

Apresuré el paso para alcanzar a Nick escalera arriba. Yo siempre estaba a sus espaldas. En la sombra de un hombre tan grandioso. Si algún día escribiera mis memorias, ese habría sido el título.

—Alguien debería mostrarte tus aposentos, querida.

¿No deberían haber sido *nuestros* aposentos?

—¿Y a quién tienes pensado encomendar la engorrosa tarea de entretener a tu mujer?

Los ojos azules del *señor Nicky* (iba a burlarme durante semanas) se volvieron hacia mí.

—A nadie. Lo haré yo mismo.

—¡Oh! —exclamé, intentando no desvelarle mi aburrimiento, el mismo que llevaba días enmascarando bajo un concepto mucho más tolerable: la jaqueca.

—Estoy seguro de que te encantarán —me dijo mientras colocaba la mano en mi espalda y me instaba a girar hacia la derecha por el pasillo enmoquetado—. Le pedí a Edna que los decorara según la moda francesa. Todo tonos pastel y obras de arte. Te sentirás como en casa.

Curvé los labios en la sonrisa educada y agradecida que él esperaba recibir a cambio de toda esa... *benevolencia*. Nick acababa de dejar clara su postura.

Al igual que en los últimos dos años, yo dormiría sola, me ocuparía de dar las mejores fiestas y de sonreír como la niña bonita que era, mientras que él se pasaría el tiempo entregado a los placeres de la vida, que en su mayoría se componían de beber, fumar y follarse a todas las chicas tontitas que se le cruzaran por el camino.

Tal y como había previsto mi madre tres años atrás, íbamos a tener un matrimonio espléndido.